



**Yukio
Mishima**
**La estrella
más
hermosa**

Alianza Lit

Yukio Mishima

La estrella más hermosa

Traducido del japonés por
Fernando Cordobés y Yoko Ogihara

Alianza editorial

En mitad de una noche despejada de noviembre, un Volkswagen modelo 1951 empezó a ronronear en el garaje de una casa de la ciudad de Hanno, en la prefectura de Saitama. Mientras el motor se calentaba, los pasajeros, sentados ya en el interior del vehículo, dispusieron de unos minutos durante los cuales miraron inquietos a su alrededor.

No hacía mucho que habían añadido a la vieja casa ese garaje levantado casi de cualquier manera, para guardar en su interior un coche de segunda mano. La puerta pintada de azul se abría como un paréntesis y rompía la continuidad de la valla medio podrida de bambú. Era la señal inequívoca de que la casa empezaba a afrontar una nueva etapa de cambios tras un largo periodo de quietud.

Sin embargo, nadie habría podido explicar en detalle qué clase de cambios eran aquellos a los que se enfrentaba. Era de suponer que no guardaban relación alguna con el negocio de madera de la familia, el más próspero de la ciudad de Hanno, una herencia gracias a la cual disfrutaban de una considerable fortuna. Corría el rumor de que Akiko, la bella y silenciosa hija de la familia que apenas se relacionaba con nadie, salía de casa de vez en cuando cargada con un montón de paquetes y caminaba hasta la oficina de correos frente a la estación de tren, a pesar de que a solo dos o tres manzanas de su propio domicilio había otra más antigua en un edificio que aún conservaba las paredes de adobe. Entre todos aquellos paquetes había algunos dirigidos a residentes en el extranjero.

El automóvil avanzó por las calles llanas y amplias de la ciudad a medianoche. Al volante iba Kazuo, el hermano mayor de Akiko, con ella a su lado. El asiento trasero lo ocupaba el matrimonio Ōsugi, sus padres.

—Me alegro de haber salido tan temprano —dijo Jūichirō Ōsugi—. A veces el tiempo se desajusta y en previsión es mejor llegar lo antes posible.

—Tienes razón —respondió Iyoko, su mujer—. Si nos retrasamos nuestros amigos no se lo tomarán bien, estoy segura.

Los cuatro pares de ojos de la familia miraban fijamente a través del parabrisas tras el cual se desplegaban hileras de casas con las luces apagadas. Tenían todos los mismos ojos glaucos, una peculiaridad de su estirpe.

En la calle no se veía un alma. El coche giró a la derecha nada más pasar la Cámara de Comercio. Enseguida lo hizo a la izquierda, tan pronto como tuvo delante la tenue luz de la comisaría de policía. No tardó en salir junto al nuevo centro cívico donde también estaba la estación de autobuses. El edificio pintado de un blanco inmaculado, de planta rectangular y diseño moderno parecía flotar a los pies del monte Rakan, justo a sus espaldas, que emergía en la oscuridad como una masa tenebrosa. El destino familiar era, precisamente, ese monte. Se proponían subir hasta la cima.

El monte tenía una altura de 195 metros. En el periodo Kōji, entre 1555 y 1558, durante el

reinado del emperador Go-Nara, el venerable monje Onoja, primer abad del templo Nōninji, fundó allí su centro de oración y le dio el nombre de Atago. Más tarde, en el quinto año de la era Genroku¹, Keishōin, madre de Tsuneyoshi, quinto sogún de la dinastía Tokugawa, donó al templo dieciséis *rakan* o estatuas de santos budistas que fueron allí instaladas, momento a partir del cual el lugar comenzó a ser conocido por la gente como Rakan.

Kazuo aparcó bajo los grandes ventanales del centro cívico. Desde el otro lado de los oscuros cristales, la luz de las farolas iluminaba tenuemente la altura casi absurda del techo interior del edificio, así como incontables sillas ordenadas en filas semicirculares enfrentadas a un escenario vacío como todo lo demás. El vacío reflejando vacío, un tenso equilibrio que resultaba inapreciable durante el día cuando estaba lleno de gente.

Después de echar un vistazo a su alrededor, Kazuo abrió el maletero del coche. Sacó una mochila bien provista de comida y una manta para protegerse del frío y se lo colgó todo a la espalda. Los demás iniciaron el ascenso cargados de cámaras y prismáticos.

Akiko saltó del asiento del copiloto con un gesto grácil. Para abrigarse había elegido un pantalón gris, un jersey grueso de esquiar y una bufanda larga enrollada al cuello. La etérea belleza de su rostro resplandecía aun en plena noche y el pañuelo con el que cubría su cabello enmarcaba sus rasgos delicados. El aire frío de la madrugada le insufló vitalidad y con su linterna plateada alumbró aquí y allá para comprobar su alcance, aunque en sus manos pareciera como si se tratara más bien de un arma mortífera.

Jūichirō salió tras ella. Se puso una cazadora encima del jersey e Iyoko, vestida con quimono, se cubrió con un sobretodo de corte tradicional y con una bufanda. Tras graduarse en la Facultad de Letras, Jūichirō había ejercido como profesor durante un breve periodo, casi como si fuera un pasatiempo, si bien nunca llegó a inclinarse del todo por una profesión puramente intelectual. No obstante, su cara alargada, sus gafas, producían la impresión de inteligencia. Con su nariz prominente desprovista de carne olfateaba de inmediato el distintivo aroma de la soledad y la desolación de quienes lo rodeaban, el mismo olor con el que él había crecido. Comparadas con sus facciones, las de Iyoko, por el contrario, resultaban mucho más cálidas, corrientes, la misma expresión carente de toda perspicacia y con un marcado aire de credulidad que había heredado su hijo.

La excursión dio comienzo por un acceso al monte fácilmente distinguible a pesar de la oscuridad y lo hicieron en completo silencio. Ascendieron poco a poco flanqueados por los cedros vagamente iluminados por la luz de las linternas que se enredaba entre sus pies. A partir de ese punto donde se encontraban ya no había más farolas.

En la parte baja apenas soplaba el viento, si bien a medida que ascendían los árboles susurraban cada vez más alto. Entre los huecos que se abrían en medio de los árboles, allí donde el cielo nocturno quedaba al descubierto, se revelaba una profundidad como el abismo de un pozo y las estrellas brillaban cada vez con mayor intensidad. Kazuo, a la cabeza del grupo, alumbraba el sendero con la linterna y justo en el extremo donde alcanzaba la luz descubrió a un costado unas lápidas. Era un camino ancho con una suave pendiente. Dieron un amplio rodeo alrededor de las lápidas para salir enseguida a un espacio abierto en mitad del monte. Las luces iluminaron unos bancos vacíos a esas horas de la noche y restos de basura esparcidos por el suelo.

No se oía ningún canto de pájaro. Después de dejar atrás el claro, el sendero volvía a

estrecharse para hacerse más agreste y empinado. A pesar de los travesaños de madera colocados transversalmente en el suelo para facilitar la ascensión, las piedras y las raíces de los árboles brotaban por todas partes. La luz artificial, por su parte, tenía el efecto de exagerar las irregularidades del terreno, deformaba las rocas, proyectaba sus sombras sobre el camino. El viento arreciaba en las copas de los árboles, aumentaba su ulular.

Nada de aquello, sin embargo, les distrajo de su noble objetivo y ninguna de las dos mujeres parecía asustada.

De haber sido una noche de luna llena habrían disfrutado de mucha más claridad de la que había en ese momento aun sumergidos en mitad del bosque. La luna, de hecho, había hecho acto de presencia al ocaso, pero a medianoche se esfumó del firmamento llevándose consigo el resplandor lechoso de su cuarto creciente. Así las cosas, el ascenso continuó entre ánimos mutuos, pero lo cierto era que, de haber sido de día, hasta un niño habría trepado por allí sin ninguna dificultad.

Por fin salieron a una especie de pradera un tanto angosta en una de cuyas esquinas las linternas iluminaron cuatro o cinco escalones medio arruinados, los cuales daban la impresión de una cascada de piedra bajo la penumbra de los cedros.

—¡Por fin llegamos! —exclamó Jūichirō entre jadeos—. El mirador está muy cerca.

—Hemos tardado en subir veintisiete minutos desde el coche —constató Kazuo mientras se acercaba a la cara la esfera iluminada del reloj de pulsera.

El mirador era apenas un desmonte en el terreno rocoso de unos trescientos metros cuadrados. Al norte, un monolito de piedra protegido a su espalda por el bosque conmemoraba una visita imperial al lugar. El claro se abría hacia el sur y aparte de unas cuantas ramas de pino retorcidas y algunos setos, nada obstruía la vista del horizonte. Un poco más abajo, hacia el este, se extendían las luces de la ciudad de Hanno y más allá, tras unas manchas de verdor oscuras, brillaban las luces rojas y amarillas de la base militar Johnson.

—¿Qué hora es?

—Faltan siete minutos para las cuatro.

—Menos mal que hemos llegado antes. Quería estar aquí al menos con media hora de antelación respecto a la hora establecida.

En cuanto se secó el sudor de sus cuerpos provocado por el esfuerzo de la ascensión, sintieron el verdadero frío de la montaña en un amanecer del mes de noviembre. Kazuo extendió la vieja manta en el suelo y su madre y su hermana se esforzaron también para acomodar un lugar donde sentarse sin dejar de luchar en ningún momento contra el viento del norte. Iyoko sirvió de un termo un té rojo bien caliente en vasos de plástico y seguidamente sacó unos sándwiches envueltos en papel. Disponían de tiempo suficiente para disfrutar de la visión de las estrellas bajo el cielo despejado.

—No hay luna ni tampoco una sola nube —señaló Iyoko con la voz cargada de emoción.

Era, de hecho, un cielo saturado de estrellas como no suele verse casi nunca en las ciudades. Los puntos luminosos parecían adheridos al firmamento como las manchas en la piel de un leopardo. La extraña transparencia de la atmósfera nocturna, la superposición de astros, su posición más próxima o alejada, creaba una insólita sensación de profundidad en el firmamento. Sin embargo, la acumulación de luz producía al cabo de cierto tiempo la sensación de una bruma, de una nebulosa como un esparavel que cayese sobre los ojos de quienes observaban.

Demasiadas estrellas para poder contarlas, pensó Akiko. Por si fuera poco, ni siquiera el presagio del amanecer en ninguna parte. La Vía Láctea cruzaba el horizonte y el gran cuadrante formado por la constelación de Pegaso se veía a lo lejos a punto de desaparecer. El tintineo de las infinitas estrellas copaba el cielo con sus vibraciones a modo de cuerdas de un instrumento tocado al tiempo con delicadeza y exceso.

—Es una lástima —dijo Jūichirō en un tono de voz firme y directo—. Vuestra madre y yo podemos encontrar nuestros planetas natales a simple vista. Un único vistazo a esos diminutos puntos de luz basta para traer de vuelta a la memoria recuerdos a punto de borrarse. Hace mucho tiempo, de eso sí me acuerdo bien, cuando todavía vivía en Marte, miraba a la Tierra como hago ahora desde aquí.

—Marte no se ve en el mes de noviembre —replicó Kazuo en un tono seco—. Sale y se oculta casi al mismo tiempo que el Sol. El planeta de mamá, por el contrario, sí se ve en cuanto cae la noche.

—Anoche ni siquiera tuve la oportunidad de levantar los ojos al cielo de lo ocupada que estaba —suspiró Iyoko—. No podéis imaginar la alegría que sería para mí si esta noche pudiéramos todos ver nuestros respectivos planetas natales.

—El mío aparecerá dentro de poco —dijo Akiko dirigiendo una mirada cariñosa a su hermano mayor.

—También el mío —dijo él—. Pobres terrícolas. Deberíamos compadecernos de ellos.

—¡Ssssh! —chistó su madre con una sonrisa en los labios—. Recordad que tenéis prohibido usar esa palabra. Ahora da igual porque nadie nos escucha, pero si os acostumbráis a usarla se os escapará delante de la gente y no imagino qué clase de problemas podríamos llegar a tener.

El viento del norte a sus espaldas murmuraba con la misma melodía de las olas del mar. Mecía las ramas de los cedros y de los pinos a intervalos y enseguida volvía a rugir como si se echase encima un alud de nieve. Tenían las manos ateridas de frío, pero para poder manejarse bien con las linternas ninguno llevaba guantes. Las hojas caídas en el suelo crujían sin cesar a sus espaldas y, de tanto en cuanto, se oía un sonido extraño. Aguzaron el oído y resultó ser la puerta metálica de una casa de té cercana desierta a esas horas.

Las constelaciones se desplazaban en la bóveda celeste con un movimiento imperceptible al ojo humano. El cinturón de Orión colgaba del centro mismo del firmamento en dirección suroeste y la línea imaginaria que lo unía al punto de Rigel producía la ilusión de una vieja cometa. Atentos como estaban a cualquier variación de la luz, una mínima insignificancia tenía el efecto de aturdirles: una estrella fugaz, el centelleo de las luces de posición de un avión más allá de las montañas situadas al sur y que les había pasado inadvertido. Igualmente, los faros de los automóviles circulando por la carretera provincial en las afueras de Hanno donde apenas había alumbrado público...

—Dijeron que aparecería en dirección sur entre las cuatro y media y las cinco de la madrugada.

Jūichirō miraba tras sus gafas sin apartar los ojos de la dirección indicada.

—Aún faltan diez minutos —continuó—. Me pregunto qué clase de indicaciones traerán nuestros hermanos y hermanas, qué clase de misterio es ese que tienen tanto empeño en transmitirnos. La Unión Soviética acaba de llevar a cabo un nuevo ensayo nuclear con una bomba de cincuenta megatones. Están a punto de cometer un crimen odioso que destruirá la

armonía del universo. Si los Estados Unidos toman ese mismo camino... El fin de la existencia humana en este planeta ya se atisba en el horizonte y la misión de nuestra familia es, ni más ni menos, que tal cosa no llegue a producirse nunca. Qué incompetentes hemos sido hasta ahora, sin embargo. Qué despreocupado parece el mundo de su terrible destino.

—No desesperes, padre —dijo Kazuo a modo de consuelo sin dejar de escrutar el cielo en todas direcciones—. Si tomamos la escala de tiempo del universo, todos nuestros sufrimientos se revelan insignificantes. Yo no creo que los terrícolas sean todos tan sumamente necios como parecen. En algún momento comprenderán sus errores y aceptarán nuestra filosofía de la paz eterna y de la infinita armonía. De todos modos, deberíamos escribir una carta a Jruschov lo antes posible.

—Akiko ha estado trabajando en un borrador. Casi lo ha terminado, ¿verdad, Akiko? —preguntó Iyoko.

—Sí —se limitó a contestar ella con un monosílabo y sin apartar los ojos del cielo estrellado.

Dieron las cuatro y media. El silencio se instaló entre ellos mientras miraban hacia arriba con una mezcla de tensión y esperanza. La mañana del día anterior, Jūichirō había recibido aviso de que a esa hora de la madrugada aparecerían en el cielo unos platillos volantes.

*

Ocurrió durante el verano del año anterior, cuando cada uno de los miembros de la familia tomó conciencia por su cuenta de su origen extraterrestre, cada cual de un cuerpo celeste distinto. Fue una iluminación en oleadas sucesivas; primero Jūichirō, luego Akiko, que en un primer momento se había reído de su padre. Pronto dejó de hacerlo.

La explicación más plausible era dar por hecho que el espíritu de seres de otros planetas se había apoderado de ellos paulatinamente hasta terminar por ocupar sus cuerpos y sus mentes. De manera simultánea, los recuerdos familiares, la memoria del pasado, del nacimiento de los hijos, todo se transformó en historias falsas, pero lo más terrible de todo, sin duda, fue que su memoria personal de otros mundos, es decir, sus auténticos recuerdos, se habían perdido irremisiblemente.

Jūichirō no era un hombre de acción, pero sí un ser reflexivo y con un claro discernimiento sobre los asuntos del mundo. Para proteger a su familia, tal era su convencimiento, lo más importante era esconder a ojos de los demás su origen extraterrestre. Pero ¿cómo lograrlo?

Tenía suficiente sentido común como para comprender que la honestidad y la pureza de los seres humanos solo podían ser protegidas del daño si se envolvían cuidadosamente en capas sucesivas. Era ese un modo de pensar que a su mujer le costó mucho entender, porque tenía un carácter imprudente por naturaleza, como también lo tenían sus hijos. Podían sentirse todo lo orgullosos que quisieran de su condición de extraterrestres, pero la más mínima muestra de arrogancia por su parte sería tanto como desnudarse ante los demás, revelar su verdadera identidad. Era vital para ellos disimular de todas las maneras posibles su superioridad. La gente, después de todo, siempre trataba de buscar un porqué cuando se enfrentaba a algo o a alguien extraordinario.

Para el propio Jūichirō, esa superioridad que él mismo había percibido en las fibras de su cuerpo a sus cincuenta y dos años era algo sumamente inesperado. Después de todo había atravesado una juventud marcada por un evidente complejo de inferioridad. Su padre, un hombre

práctico hasta el extremo, siempre le había despreciado y él había buscado el perdón y la salvación en las artes. En vida de su padre no faltó nunca cuando se trataba de ayudar en la empresa, a pesar de hacerlo sin el más mínimo entusiasmo, pero nada más fallecer él, una vez desvanecidas las obligaciones, se dedicó a vivir sin hacer absolutamente nada. Iba con su mujer a Tokio de vez en cuando para asistir a la representación de alguna obra de teatro, a alguna exposición y decidió matricular a sus hijos en escuelas de la capital. Con todo ello formó una familia de seres inteligentes, silenciosos y solitarios que residían en una ciudad de provincias a apenas una hora de tren del centro de Tokio.

Entonces, un buen día empezó a experimentar esa sensación de superioridad sin hacer nada, sin mérito alguno por su parte. Fue la primera vez en sus cinco décadas de vida en la que se le reveló, al fin, su misión en el mundo. Le dio por pensar que todo lo ocurrido con anterioridad, todo ese transitar sin objetivo, sin propósito alguno, solo había sido un error, algo que se podría llamar inmadurez, cuyo único sentido había sido el preservarlo sin daño para que la verdad del universo lo encontrase, se sirviera de él a capricho.

Tiempo atrás, en la etapa ociosa de su vida, había sido esa clase de persona que, por razones desconocidas, se pregunta sin parar el porqué de las cosas, la razón por la cual las ramas de un árbol, sin ir más lejos, son más delgadas que su tronco; por qué los de hoja caduca se integraban con tanta delicadeza en el lienzo del cielo. La silueta de los grandes olmos durante el invierno le sugería los afluentes de un río dibujados en un mapa y enseguida pensaba que en el cielo existía una fuente de árboles invisibles desde cuya línea del horizonte fluían en varias direcciones e incontables cursos que se juntaban al final en una única corriente que, de pronto, adoptaba la forma sólida de un árbol. Quizás todas esas imaginaciones nacían del hecho de que los árboles le sugerían corrientes delicadas fluyendo hacia el cielo a través de sus formas cristalizadas, que elevaban sus ramas y erizaban su follaje hacia lo alto en un intento de reintegrarse al reino celestial.

Pero las ensoñaciones no bastaban para probar su naturaleza de poeta. Sus ilusiones sobre el mundo siempre terminaban hechas trizas y nunca había podido confiar siquiera en la estructura o en la eficacia de los objetos individuales que poblaban el mundo. Dedicó mucho tiempo, por ejemplo, a reflexionar sobre la forma de las tijeras. Unas tijeras abiertas contaban con un punto de apoyo a partir del cual se abrían como un abanico para crear dos áreas enfrentadas. No dejaban de ser un objeto práctico que uno sostenía en la mano, pero bien podían dividir el mundo en dos mitades, formar dos espacios que incluyesen montañas, lagos, ciudades y océanos. Y, sin embargo, el ruido metálico que hacían al cerrarse bastaba para borrar toda esa ilusión y reducirla a un trozo de papel en blanco cortado por un curioso utensilio terminado en punta.

Ese era el modo en el que el mundo se alargaba y se encogía para él, cómo cobraba vida de pronto para morir enseguida, cómo se transformaba sin cesar a su alrededor. Jūichirō sospechaba, por tanto, de la utilidad de los objetos cotidianos, de esos pequeños esfuerzos a los que lo obligaban. Los días lluviosos, el paraguas, sin ir más lejos, desplegaba una misteriosa forma negra por encima de su cabeza sujeta a un mango curvado cuya visión le desagradaba. Las varillas metálicas ejercían una tensión excesiva, casi despiadada, en la tela de seda negra sobre la cual caían gotas de agua que corrían sin descanso en todas direcciones.

En una esquina de un callejón cercano a la casa familiar de los Ōsugi había un tonelero que fabricaba cubos de madera. Los días soleados, dos o tres artesanos extendían una arpillerera sobre

el suelo del callejón desierto y empezaban a repiquetear los clavos con sus martillos. Un día que pasaba por allí, Jūichirō vio uno de esos cubos como los que se solían usar en las casas a la hora del baño familiar y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Vio con toda claridad frente a sus ojos al padre de la familia, a la madre y a sus hijos, todos ellos con sus cuerpos desnudos, flácidos, el pelo empapado después de haberse echado el agua por encima con ese cubo, los restos de jabón en la cintura, en el rostro, el crudo reflejo de una vida pagada de sí misma.

Cada vez que iba a Tokio con su mujer, las ventanas de los descomunales edificios alzándose al cielo en competencia unos con otros, sus interiores iluminados con luces fluorescentes, le daban pánico. La gente trabajaba detrás de cada una de esas ventanas, hablaba en voz alta ¡y todo ello sin un objetivo concreto!

Jūichirō percibía la total incoherencia del mundo. Nada coincidía con nada. No era capaz de encontrar la conexión entre el volante de un coche y sus ruedas, ni con el cerebro y el estómago de la gente.

Por si eso no fuera ya lo suficientemente terrible, su espíritu amable y delicado le impedía asistir al espectáculo de ese mundo inconexo con indiferencia. La guerra fría, la creciente inseguridad planetaria, el falso pacifismo, la población mundial despeñándose cuesta abajo y sin frenos en una carrera hacia la necesidad a pesar de algún intervalo de respiro, la ilusión del progreso económico, el hedonismo disparatado, la afeminada vanidad de los líderes políticos mundiales... Todos esos asuntos le provocaban pinchazos en la punta de los dedos, como la estocada de las espinas de un puñado de rosas.

El tiempo le ayudó a comprender que no eran sino presagios, pero para entonces ya se había acostumbrado a echarse todo el sufrimiento a la espalda, a asumir que si el mundo se encontraba en esa situación tan lamentable era, en última instancia, por culpa suya. Alguien debía sufrir por ello, pagar. Eso pensaba. Aunque fuera una única persona, alguien debía caminar descalzo sobre los cristales rotos de un mundo hecho trizas.

Escuchaba las noticias: un niño atropellado por un coche tendido en mitad de la calzada con el cuerpo ensangrentado, un accidente ferroviario con más de diez pasajeros muertos, una inundación con cientos de casas anegadas..., todo tenía el efecto de encogerle cada día un poco más, de provocarle graves remordimientos de conciencia. Él habitaba en el mismo planeta que los demás, en ese mismo mundo que había perdido el sentido. ¿Cómo iba a negar su parte de responsabilidad en los crímenes o en los escándalos? El sufrimiento que tanto mal infringía a su cuerpo era, tal vez, lo único que iba a redimirle, a ayudarle a recuperar el sentido de totalidad. Tal vez con el humilde gesto de cortar por la mañana una flor de un seto de su jardín, alguien, en algún lugar del mundo, debido a alguna misteriosa conexión del destino con esa flor en particular, moriría aplastado por un camión de diez toneladas.

De ser así, ¿cómo era posible que no le doliese el cuerpo? Si el sufrimiento de una persona a las puertas de la muerte no producía siquiera una mínima vibración en el resto de la humanidad, ¿cómo podía alguien encontrar sentido a eso? Enfrentado al hecho desnudo de que el sufrimiento físico no traspasa jamás la barrera de quien lo padece, Jūichirō se hundía en la más profunda de las desesperaciones. ¿Por qué hasta el miedo aterrador que le producía la bomba atómica quedaba reducido al fin a un sufrimiento íntimo? ¿Acaso solo era una experiencia física? Creía entender a la perfección la causa última que había llevado a la locura a la persona encargada de arrojar una de las bombas atómicas. Si se había vuelto loco era por el hecho de no sentir el dolor

ajeno, por no sentirlo siquiera bajo la forma de un ligero picor.

Pero Jūichirō comprendió poco a poco el alcance de sus limitaciones, de sus padecimientos personales y empezó a avergonzarse de su presunción. Fue entonces cuando cayó en sus manos por pura casualidad un libro publicado en Londres titulado *La casa de los platillos volantes*.

Hasta entonces apenas había tenido interés por semejante asunto, pero al terminar de leer el libro, en especial la parte relacionada con el incidente Mantell, se convenció de la existencia de esos objetos.

El incidente Mantell tuvo lugar el 7 de enero de 1948 en la base aérea norteamericana de Godman, en Fort Knox, en el estado de Kentucky, cuando el capitán Thomas F. Mantell perdió la vida en persecución de un objeto volador no identificado.

Aproximadamente a las dos y media de la tarde de aquella jornada, un policía militar de la base tuvo conocimiento, gracias a un aviso de la policía federal, de la existencia de un objeto de dimensiones extraordinarias que volaba a una gran velocidad en dirección a la base. La policía había localizado el objeto sobre la ciudad de Madison, en Indiana, a ciento cincuenta kilómetros de allí. Cientos de vecinos de la ciudad fueron testigos de la aparición del objeto.

Nada más recibir la alerta, los oficiales de la base, poco antes de las tres de la tarde, salieron para escrutar el cielo nublado en los ocasionales claros que se abrían entre las nubes. De pronto, en dirección sur apareció ese objeto gigantesco que a primera vista parecía metálico. El sol lo iluminó unos instantes antes de desaparecer. Se dio la orden de despegue inmediato a tres cazas. Al mando del escuadrón iba el capitán Mantell. La persecución había comenzado.

Todos los oficiales presentes en la torre de control habían visto el objeto y lo describieron como una especie de enorme disco con la parte superior en forma de cono invertido y con un punto rojo parpadeante en la parte superior.

A las tres y ocho minutos, los escoltas de Mantell informaron por radio a la torre que habían localizado el objeto a poca distancia para perderlo enseguida tras las nubes. Cinco minutos después se escuchó la voz del propio Mantell a través de los altavoces: «Objeto en ascenso. Iguala su velocidad a la mía: 360 millas a la hora. Asciendo a siete mil metros. Si la interceptación resulta imposible abortaré la misión».

Esa fue la última ocasión en la que se pudo escuchar la voz del capitán. Unos minutos más tarde, su caza, un F-51, se desintegró en el aire y los restos se dispersaron en un área de varios kilómetros a la redonda.

El incidente fue confirmado por numerosos testigos que pudieron observarlo a simple vista. Igualmente se pudo documentar con abundante material como para poder descartar cualquier tipo de fabulación.

La lectura del libro convenció a Jūichirō de que los ocupantes de aquel objeto volador solo podían ser seres de otro planeta. Se sumergió a partir de entonces en el estudio e investigación de todo lo relacionado con avistamientos de ovnis, un empeño que terminó por ocupar todo su tiempo. Su familia pronto compartió su pasión por la lectura de todos esos libros hasta el extremo de que el tema de conversación diario se redujo a uno solo: la vida extraterrestre y los platillos volantes.

Fue después de aquello, el verano del año anterior en concreto, cuando le sucedió a Jūichirō. Dormía en el cuarto de tatami de la segunda planta de su casa cuando un sonido le despertó en mitad de la noche como si le llamara. Iyoko se dio cuenta de que su marido se había levantado,

pero no era raro que se despertase para ir al baño y enseguida se volvió a quedar dormida. Jūichirō salió de la casa con el pijama puesto. La luna estaba casi llena y la calle bien iluminada. Más tarde recordaría su nítido perfil reflejado en el polvoriento parabrisas de un motocarro aparcado junto a un aserradero. Caminó un trecho hasta el paso a nivel del tren de la línea Seibu. Cruzó y se fijó cómo, sobre la gravilla roja a ambos lados de las vías, resplandecían bajo la luz de la luna virutas de acero desprendidas de los raíles a causa del desgaste. No sabía dónde se dirigía. Se limitaba a seguir un camino sin desviarse un ápice, como si alguien tirase de él con un hilo.

Más allá de las vías se extendía un amplio solar destinado a la construcción de una fábrica. Entre las hierbas altas del verano tan solo había un hule sucio para tapar algunos materiales y fuera de eso ninguna otra cosa que diera la impresión de que la obra había empezado. Entró allí a través de una abertura en la alambrada de espinos y notó cómo se le mojaban los empeines por culpa del rocío, el ubicuo chirriar de los insectos.

De pronto se hizo el silencio. Alzó la vista al cielo. Sobre los tejados de las casas de los alrededores flotaba un platillo volante con una ligera inclinación. Tenía forma ovalada, era de color verde pálido y permanecía totalmente inmóvil. Mientras lo contemplaba empezó a teñirse de color naranja por uno de los lados. El cambio de color debió producirse en apenas el intervalo de cuatro o cinco segundos. El platillo osciló con una inclinación cada vez mayor y se dio cuenta de que ahora era completamente naranja. Después, el objeto aceleró en línea recta a una velocidad vertiginosa en dirección sureste y con un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. Lo que en un principio le había parecido de un tamaño similar al de la luna llena, se redujo en un abrir y cerrar de ojos al de un grano de arroz antes de desvanecerse del todo en la oscuridad.

Jūichirō estaba tan nervioso que tuvo que sentarse sobre las hierbas crecidas de verano. Las lágrimas resbalaban sin fin por sus mejillas y pronto comprendió que la visión del platillo había despertado recuerdos en lo más profundo de su memoria.

Durante los escasos segundos en que la nave estuvo a la vista saboreó la desbordante emoción provocada por una dicha suprema. Era la misma clase de felicidad que habría sentido, sin duda, si el fragmentado mundo que habitaba adquiriera de pronto un sentido de armonía y de unidad, lo cual le proporcionaba una sanación inmediata. En el intervalo de un suspiro sintió como si el pegamento del cielo uniera de nuevo todos los pedazos sueltos del mundo para devolverlo a su estado original, a su forma cristalizada en roca, a su paz original e inmaculada. Los corazones de la gente conectaban unos con otros, las disputas llegaban a su fin, todo recuperaba un aliento tranquilo después de dejar atrás la respiración agonizante de hacía un momento...

Jūichirō jamás habría pensado que sus ojos tendrían la oportunidad de contemplar esa clase de mundo otra vez. Ciertamente, hacía ya mucho tiempo lo había entrevisto para perderlo enseguida, pero ¿cuándo fue aquello? Seguía sentado sobre la hierba con el pijama mojado por el rocío y se esforzaba por descender a las profundidades de su memoria. Recordó numerosas escenas de su niñez, banderas izadas en el mercado, soldados marchando, rinocerontes en el zoológico, su mano dentro de un bote de mermelada de fresa, rostros extraños que veía dibujarse en el techo de madera de su cuarto cuando superponía las líneas en la madera con las de su imaginación...

Eran recuerdos apilados en estanterías a ambos lados del pasillo de su memoria, como si tan solo se tratara de viejos artículos dispuestos sin apenas espacio entre ellos. Era un pasillo que

conducía al vacío, con las puertas cerradas a izquierda y derecha tras las cuales se extendía un cielo plagado de estrellas, un pasillo orientado en la misma dirección por donde había desaparecido el platillo volante.

«Es ahí donde reside mi memoria», pensó Jūichirō. Lo que pasaba era que sus ojos habían estado cerrados hasta ese mismo instante a esa evidencia.

Fue en ese preciso instante cuando se convenció: no era un terrícola. Un platillo volante le había traído desde Marte para dejarle allí con la misión de salvar el planeta. La felicidad que le produjo la contemplación del platillo volante fue una suerte de intercambio entre la persona que había sido él hasta entonces y ese otro ser que había venido en la nave.

Tomar conciencia de ello le produjo una profunda somnolencia a la que apenas era capaz de resistirse. Se levantó como pudo y deshizo el camino sumido casi en la inconsciencia.

Al día siguiente por la mañana se despertó en la misma cama donde se había acostado la noche anterior. Nadie en la casa se había percatado de su ausencia, ni siquiera Iyoko.

Su corazón latió henchido de felicidad durante todo el día, lo cual no le impidió dudar si hablarle o no a su familia de la experiencia de la noche anterior. No fue hasta que esa misma alegría le provocó un nudo en la garganta cuando al fin se decidió a hacerlo. Los cuatro habitantes de la casa se habían sentado a la mesa para cenar. Akiko se rio a carcajadas.

Esa misma noche, sin embargo, Kazuo tuvo una experiencia parecida y al día siguiente por la mañana Iyoko, la más madrugadora de todos, vio los destellos grises plateados de un platillo volante en un cielo que ya alboreaba.

Akiko se carcajeó todavía más.

Al día siguiente se bajó del tren en la estación de Hanno de regreso de la escuela. No quería volver directamente a esa casa absurda que era la suya, por lo que se detuvo en el santuario de Hachiman y subió los escalones de piedra que daban acceso al recinto. Aún había luz y el aire era fresco. Aprovecharía para preparar allí sus clases del día siguiente. No había nadie por los alrededores. La sombra de los cedros y el canto de las cigarras de la tarde aumentaban la sensación de frescor.

Subió por la escalera del norte y cuando estaba a punto de pasar bajo el *torii*², en el cielo que se extendía sobre el edificio justo enfrente de ella vio algo parecido a un punto parpadeante de color blanco. Debía sobrevolar el paso de montaña de la sierra de Koma y, en principio, lo tomó por una estrella que refulgía en el ocaso.

Pero la *estrella* hizo un movimiento inesperado y en un segundo se situó justo encima de su cabeza. Estaba en el jardín desierto del santuario rodeado de cedros y lo que flotaba sobre su cabeza era un objeto redondo, brillante, plateado. Daba vueltas por el cuadrado de cielo que enmarcaban los árboles. Se estremeció.

El objeto ejecutaba movimientos en espiral, estrechaba cada vez más su radio de desplazamiento. De la parte inferior brotaban destellos verdosos, como si se tratase de piedras preciosas. Akiko quería gritar. Toda la desconfianza, todo el desprecio que había mostrado hasta ese momento hacia los miembros de su familia parecieron volverse en su contra. Sin embargo, aquella cosa desapareció pronto de su vista... Akiko no volvió a reírse de esos asuntos. Se convenció de que su origen estaba en Venus, de que formaba parte de una peculiar familia de extraterrestres llegados de planetas distintos.

Desde entonces y durante los seis meses siguientes, Jūichirō se esforzó cuanto pudo para

proteger a su familia, para ocultarles a ojos de una sociedad de la que no formaban parte en realidad. Inculcó a sus hijos el valor y la necesidad de esforzarse en los estudios, no desatender ninguna de las actividades que les hacían parecer iguales a los demás. Puso un especial énfasis con Akiko para que aprendiera costura, cocina, para que no se apartase de las reglas establecidas por esa sociedad para las mujeres. Después de todo, él era perfectamente consciente de lo fácil que resultaba mancillar la pureza y la honestidad.

Akiko, de hecho, fue quien de entre todos ellos hizo gala de unos cambios más evidentes. Desde que supo de su origen en Venus, su belleza deslumbró cada día más. Siempre había sido una chica agraciada, pero mientras no tuvo conciencia de su propio aspecto no se preocupó demasiado por ello. Por lo demás, en cuanto supo que Venus era la causa última de su gracia, a ello se le sumó elegancia y frialdad. Los vecinos rumoreaban: había encontrado un novio, decían; si bien ella, por su parte, empezaba a mostrar una actitud cada vez más indiferente y desdeñosa hacia los hombres.

La familia ponía buena cara a los vecinos aun sin querer hacerlo, pero, distantes y solitarios como eran, había en sus gestos algo forzado que aumentaba la separación con los demás. El resultado fue un mayor distanciamiento.

—Padre, ya no me enfado tanto como antes ni siquiera cuando me toca ir en el tren atestado de gente. Noto como si me observasen desde arriba, desde un lugar muy por encima de donde se encuentran todas esas personas. Pienso que solo mis ojos son transparentes, solo mis oídos capaces de escuchar la música del cielo. Todas esas existencias pegajosas no saben nada de nada aun cuando sus destinos están en mis manos.

Cuando Kazuo se sinceró con él, Jūichirō percibió el peligro inminente. Si esa misma gente que despreciaba alcanzaba a leer sus pensamientos, jamás se lo perdonarían. Acabarían con él, de hecho.

—Tienes que actuar como los demás —le aconsejó esforzándose por parecer comprensivo—. Como uno más, por mucho que eso te desagrade. Los seres superiores tienen el deber de actuar así. Es la única forma que tienes de protegerte.

... Al cabo de seis meses llegó la primavera y fue entonces cuando Jūichirō cambió de opinión. Quería llevar a cabo su misión y hacerlo con éxito, y para lograrlo debían hacer un esfuerzo por encontrar almas gemelas en lugar de dedicar todos sus esfuerzos a ocultar su secreto. El mundo afrontaba un peligro inminente, solía decir, y aun así ahí estaba él, prisionero de ese sentimiento trasnochado del deber hacia la familia, con sus ideas sometidas por culpa de la timidez.

Le dio vueltas y más vueltas al asunto hasta que se le ocurrió la idea de insertar un anuncio en la sección de «intereses comunes» de una revista: «Si está interesado en Θ , nos gustaría mucho saber de usted. Unamos nuestras fuerzas en la Asociación para la Amistad Universal con el fin de lograr la paz en el mundo». Θ era el símbolo que se le había ocurrido a Jūichirō para representar un platillo volante. Las respuestas no tardaron en llegar. El ochenta por ciento de las cartas remitidas desde todos los rincones del país demostraban haber entendido a la perfección a qué se refería el símbolo sin que él llegase a explicarse bien por qué.

Jūichirō preparó un manifiesto y los demás se hicieron cargo de las copias. Fue así como dio comienzo un fluido intercambio entre los miembros de la recién creada asociación.

A comienzos de ese mismo verano vendió todas las acciones que había heredado de su padre

e ingresó todo el dinero en el banco con objeto de disponer de fondos suficientes para sus actividades futuras. Las acciones habían incrementado mucho su valor y el capital, en consecuencia, se había multiplicado por cinco. Mediado el verano estalló una crisis financiera y a ninguno de la familia le cupo la más mínima duda de que la bendición del cielo les amparaba.

Hasta ese momento, los platillos volantes se habían limitado a escoger situaciones señaladas y solo se les aparecían de uno en uno en cada ocasión. Todos creían a los demás cuando se trataba de avistamientos, si bien nunca habían tenido la oportunidad de presenciar uno todos juntos. Como cabeza de familia, Jūichirō había aprendido a mejorar su comunicación con los extraterrestres y ansiaba que sus hijos y su mujer pudieran seguirle pronto.

Fue el día anterior por la mañana cuando al fin recibió el aviso.

*

—No hay tiempo que perder. Jruschov y Kennedy deben reunirse lo antes posible, no sé, desayunar juntos. Basta con algo sencillo, no hace falta nada complicado. Las comidas espléndidas solo provocan después movimientos torpes del cerebro.

Jūichirō hablaba para sí mismo. Estaba cansado, impaciente por recibir una señal del cielo que no llegaba. Se frotaba las manos por culpa del frío.

—Deberían descolgar ahora mismo los teléfonos que tienen encima de sus respectivas mesas para pronunciar una sola palabra: «Washington». Deberían dejar de lado el orgullo, las insignificancias, empezar a tratar en serio el futuro de la humanidad. También podrían hacer algún comentario sobre los huevos cocidos del desayuno, claro está. Muchas desgracias de este mundo tienen lugar porque las personas como ellos se alejan demasiado de los problemas cotidianos. A mí también me ha ocurrido y por eso sé bien de lo que hablo. Por eso les comprendo tan bien. Mi vida ha estado siempre tan alejada de los objetos de uso diario, de unas tijeras, de un paraguas, de los árboles del jardín, de las ensaladas en la comida, que al final es como si todo hubiera desaparecido. Lo mismo sucede con las estrellas que parecen huir de los humanos. Detener la carrera nuclear, enfrentar el problema del desarme, abordar la cuestión de Berlín, son temas que deberían abordar frente a unos buenos huevos cocidos, a unas manzanas asadas y a un pan con pasas. Deberíamos convencerles de que todo tiene la misma importancia por mucho que lo miremos desde la perspectiva del espacio. Los seres humanos asumen que un asesinato es algo de una extraordinaria gravedad y por eso lo cometen, porque son incapaces de resistir la tentación.

»Después de dejar las servilletas encima de la mesa, unas cuantas migas en el mantel, Jruschov y Kennedy deberían levantarse de sus sillas agarrados por el brazo y anunciar a todos los periodistas apostados bajo el sol de mañana: “Somos de la misma opinión: la humanidad debe vivir y prosperar”.

»No haría falta liberar palomas de la paz, interpretar marchas militares, porque en el mismo instante que pronunciasen esas palabras nacería un nuevo día, fresco y luminoso. Todos comprenderíamos en ese preciso instante que el lugar que habitamos se había convertido de golpe en una hermosa estrella. ¿Qué os parece? ¿No deberíamos usar nuestro poder para obligarles a estrechar sus manos lo antes posible?

A pesar de su optimista propuesta enseguida añadió con una voz debilitada:

—En caso de disponer de semejante poder, me entristece mucho estar encerrado en este cuerpo humano, aunque, bueno, seguramente también eso es parte del plan general urdido por el universo.

No hubo respuesta por parte de su mujer y de sus hijos, que se limitaron a mirar el cielo en dirección al sur.

La astronomía seguía siendo una ciencia inexacta, pero, al parecer, había logrado determinar que en la superficie de Júpiter había una temperatura inferior a los cien grados bajo cero. Envuelta como estaba en la manta y sin dejar de tiritar a pesar de todo, Iyoko se dio cuenta de lo débil que era aun siendo originaria de ese planeta. Tenía poco interés en la política, pero si el mundo mejoraba de veras y se instalaba la paz como tanto proclamaba su marido, ella se dedicaría entonces exclusivamente a las tareas del hogar en ese mundo perfecto. Amaba los cereales que la fecunda Tierra producía en abundancia, la fragancia dulce de los trigales en verano, el color dorado de las espigas cabizbajas del arroz en otoño. Solo eso constituía por sí mismo un gran valor que la especie humana tenía la obligación de conservar. Podía llegar el momento en el que dispusiera de una cocina en varios planetas, pero ya fuera en Jupiter o en la Tierra, no tenía la confianza suficiente en sí misma como para verse capaz de mantenerlas a la vez.

Kazuo escrutaba todos los rincones del cielo con los prismáticos y en cada uno de los movimientos tenía la impresión de haber divisado un platillo volante.

Intentaba concentrarse, pero la cháchara de su padre le distraía. Su corazón desbordaba una mezcla de voluntad y poder con una bondad inocente y un amor puro hacia el planeta. Soñaba con un poder limpio capaz de mantener la paz eterna, pero eso era algo que el mundo jamás había conocido, por lo que necesitaba instrucciones del exterior. Es más, un poder como el que tenía en mente no era de naturaleza espiritual o religiosa, sino, más bien, uno libre de defectos, puro como una toalla a estrenar, capaz de ejercer el control sobre cada aspecto de la vida.

Akiko los ignoraba a todos y era la única que miraba en dirección este. Si había un desajuste respecto al horario previsto, ¿acaso no podía haberlo también respecto a la dirección por donde aparecería el platillo volante?

Los hombros le temblaban de frío. Temía que sus labios terminasen por agrietarse y se puso un poco de pintalabios a tientas. Tenía las manos congeladas y muchas posibilidades, por tanto, de que la línea del pintalabios no siguiese el perfil de su boca, pero era mejor eso que encender la linterna, mirarse en el espejo y llevarse la regañina de sus padres.

Akiko era desinteresada por naturaleza, con un carácter entre perezoso y agradable muy propio de los nacidos en Venus. De hecho, desde que supo de su origen lo aceptó con toda naturalidad. Analizada en detalle, la frialdad de Akiko, su inteligencia y pureza eran comparables a las de un animalito listo y autosuficiente. No tenía deseos o parecía, al menos, haberlos satisfecho todos. Estaba de acuerdo con el proyecto de instaurar la paz mundial como habría estado de acuerdo con darle un dulce a un chiquillo en la calle.

Eran casi las cinco en punto de la madrugada y no había indicios de platillo volante alguno en el cielo del sur. A pesar de todo, ninguno de ellos dio muestras de impaciencia. Cuánta añoranza sentían por ese objeto de líneas elípticas teñidas en rojo y capaz de variarlas en un santiamén a un verde pálido, de modificar en una fracción de segundo su ángulo de vuelo. Verlo todos juntos

por primera vez afirmaría el sentido de solidaridad que les empujaba a querer salvar el mundo. Aunque el platillo en sí no aportase nada nuevo, su aparición sí les insuflaría fuerzas renovadas. Ese era el verdadero anhelo que albergaban sus corazones.

El rumor del viento del norte aumentó de volumen. Kazuo bajó la vista hasta la esfera luminosa del reloj. El minuterero se había situado justo encima de las doce. Eran las cinco en punto.

—No, aún no. Creo recordar haberos dicho que a veces se producen desajustes con la hora.

Jūichirō habló en un tono grave, flemático. Sin embargo, el viento frío pareció congelar el entusiasmo general como si les arrinconara en su propia soledad. La armonía y unidad que había resonado en su interior hasta ese momento como la infinita melodía de un *koto*³ pareció cortarse, silenciada por completo.

—¡Lo veo! —gritó Akiko con una voz clara.

—¿De verdad? —respondió alguien.

La alegría los desbordó y todos miraron al este. Pero no se trataba de un platillo volante, sino del reflejo de Venus en el horizonte.

—¡Veo mi planeta natal! —exclamó de nuevo para corregirse a sí misma.

Sus padres eran lo suficientemente indulgentes con ella como para no enfadarse y, en lugar de eso, la felicitaron por encontrar en la inmensidad del firmamento su hermoso mundo. Volvieron a mirar al cielo del sur. Kazuo también localizó su planeta, Mercurio. Un modesto resplandor en comparación a Venus. Apartó los ojos de los prismáticos muy contento.

—¡Yo también he encontrado el mío!

El brillo de aquel punto en el cielo le hizo recuperar el ánimo.

Ninguno de los dos podía apartar los ojos de sus respectivos planetas. Venus y Mercurio describían sus solemnes y ceremoniosas trayectorias. El arrebol de Venus empezó a diluirse hasta convertirse en una transparencia parecida a la de Mercurio. Los dos cuerpos celestes se situaron entonces sobre la línea de nubes teñida de púrpura cuyo reflejo disipaba las sombras alrededor de los árboles que enmarcaban el cielo en dirección al este y que se metamorfoseaban en un cuadro de delicadas penumbras cubierto de ramas mecidas sensualmente al viento.

Las estrellas desaparecían una tras otra, si bien el alba no lograba librarse de su tinte caoba oscuro. En el horizonte del este se acumulaban capas de nubes de distintas densidades y de matices que iban del negro al morado.

—No me extrañaría que se presentase al amanecer. ¿No fue entonces cuando viste uno? —preguntó Jūichirō a su mujer.

—Sí. Justo después de que pasara el repartidor de periódicos.

Las facciones de su rostro empezaban a ser visibles en la oscuridad. También los cuadros de la manta con la que se protegía del frío. Jamás se le habría ocurrido pensar que las luces de la alborada pudieran arañar de ese modo su corazón, provocarle semejante sensación de vacío.

Las hojas de los arces vestidas de otoño y acariciadas por la brisa de la mañana ya eran perfectamente visibles, como lo era también la irregularidad del suelo provocada por las piedras. Cuanto más se definía el mundo a su alrededor, cuanta más evidencia cobraban sus existencias invisibles durante la ascensión, más se angustiaba el corazón de Jūichirō.

—Aún es pronto —se dijo a sí mismo—. Es pronto para renunciar.

Iyoko no se había resignado en absoluto.

A las cinco y media, el reloj de Kazuo se veía sin necesidad de recurrir al botón que lo iluminaba. Las nubes longitudinales del este cambiaron a un color uva. El cielo se blanqueó, la cadena montañosa al oeste se recortó contra el horizonte y las estrellas del cinturón de Orión acariciaron sus cumbres.

—Mi planeta se desvanece... —dijo Akiko mientras sacudía a su hermano por los hombros—. Fijaos en la luz.

—El mío también.

El amanecer vacilaba con sus colores de flores secas, con vetas anaranjadas entreveradas de rojos apagados. Cuando el color rojo finalmente se apoderó de todo, la luz terminó de tragarse a Venus y a Mercurio.

Por las mejillas congeladas de Akiko resbalaron unas lágrimas.

—Mi planeta...

Los tejados de las casas de la ciudad se revelaron tenuemente al pie de las colinas cuya vegetación tomaba un verde cada vez más intenso. El primer tren de la mañana de la línea Seibu partió puntual a las seis menos diez para deslizarse entre los árboles como un hilo de luz. Algo más allá de las cumbres, al suroeste, se hacía visible el monte Fuji nevado con su melancolía propia de grabado.

—¿Qué hora es? —preguntó Jūichirō a su hijo—. ¡Vaya! Veo el reloj. Son las seis. Ya ha pasado una hora. Imagino que no nos queda más remedio que resignarnos... En cualquier caso, esperar en vano es una lección del platillo volante, un desafío para probar nuestro coraje, nuestra resistencia como seres llegados de otros mundos.

—Ya que hemos esperado tanto —dijo Kazuo para tratar de animarle—, deberíamos esperar, al menos, hasta que salga el sol. Tal vez se presente de improviso, quién sabe.

—Tienes razón. Quizá sea precipitado resignarse.

Desde la ciudad de Hanno, iluminada todavía por las farolas, llegó el sonido de las campanadas de los relojes que daban las seis en punto. Ya se veía el rocío sobre los campos, los almacenes de paredes pintadas de blanco. Dos o tres cuervos cruzaron el cielo delante de ellos con sus graznidos matutinos. Hacia el suroeste brotaron nuevas montañas, más al sur del paso de Sanno. Los primeros rayos de sol habían teñido las nubes de blanco.

La bruma del este mantenía la horizontal del cielo y allí, en un punto determinado, se rasgó de pronto y a través de la abertura apareció una intensa luz roja que sugería la silueta de unos labios sonrientes.

—Pase lo que pase no podemos perder nuestra certeza —dijo Iyoko en un tono firme como de otros tiempos poco adecuado a su carácter más bien irreflexivo—. Los seres humanos presentan una marcada tendencia a la decepción tan pronto las cosas no les salen como han previsto. Pero nosotros no lo somos, no somos humanos y jamás debemos olvidarnos de ello. En ningún momento.

El sol mostró su rostro luminoso en cuanto evaporó las nubes. El primer rayo en alcanzar el planeta tiñó de rosa la nieve del monte Fuji, como si un arquero le hubiera acertado con una flecha de luz.

2. Puerta de entrada a modo de arco ceremonial a los santuarios sintoístas.

3. Arpa japonesa.

Akiko terminó la versión inglesa del borrador de la carta a Jruschov dos o tres días después de la excursión familiar al monte Rakan. Ella misma se había hecho cargo de redactar el texto mientras Jūichirō había añadido, tan solo, algunos adornos retóricos. La traducción, sin embargo, había corrido de su cuenta como la aplicada estudiante de inglés que era. A ambos les preocupaba que los rusos se tomaran a mal recibir una carta escrita en ese idioma, pero ninguno de ellos hablaba ruso y difícilmente podían recibir ayuda de nadie en ese sentido.

Estimado Primer Secretario de la Unión Soviética, señor Jruschov:

El motivo de esta misiva guarda relación directa con la noticia conocida recientemente del ensayo nuclear llevado a cabo por su país de una bomba de cincuenta megatones, lo cual nos ha causado una profunda preocupación. Vivimos en el Lejano Oriente, en Japón en concreto, y nuestra preocupación se ha incrementado todavía más después de leer en el periódico que tras el ensayo la lluvia portaba ya un nivel de radiación peligroso para la salud humana.

No obstante, quisiéramos aclarar que no le enviamos esta carta desde una perspectiva étnica, es decir, como japoneses, sino que lo hacemos movidos por las demandas, temores y advertencias compartidas por la humanidad entera. O, para ser más exactos, de la totalidad de la Vía Láctea. Como comisionados de los habitantes de otros mundos residentes ahora en la Tierra, consideramos que su actitud no es algo ante lo que podamos callar.

No le juzgamos a usted responsable único de todo cuanto ocurre, por supuesto. Esta es una cuestión que atañe a la totalidad de la especie humana. Mejor dicho, de algo que afecta al conjunto de un universo en paz. Los seres humanos se enfrentan actualmente a los desafíos propios de una civilización avanzada de la que solo ellos son responsables. Nos apremian, por tanto, dos asuntos fundamentales: la de convertirnos en los dueños supremos de esta civilización o, por el contrario, la de arruinarnos como meros esclavos suyos, como responsables últimos de ese desastre. Para usted, por lo tanto, el principal enemigo no deberían ser los Estados Unidos de América, sino usted mismo. El mayor enemigo del ser humano es el propio ser humano. Si fuera usted capaz de vencerse a sí mismo, de socorrer a la especie humana y al planeta de su inminente ruina, si actuase con coraje y determinación para conjurar por los siglos de los siglos la posibilidad de que una mano apriete cierto botón, se ganaría usted entonces el honor y la gloria de haber sido el mayor benefactor que jamás haya existido.

Los Estados Unidos ya tienen sus manos manchadas después de arrojar bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki y jamás podrán limpiar en toda su historia semejante acto. ¿Por qué rivaliza usted con ellos en esa carrera por mancharse las manos? ¿Por qué no actúa guiado por un pensamiento audaz que aisle a los Estados Unidos y lo convierta en el primer y

único país que ha cometido un crimen imperdonable contra la humanidad? ¿Por qué no mantiene usted sus manos limpias?

Aún no es tarde. Las estrellas y los planetas observan día y noche el desastre que se anuncia sobre la Tierra, se lamentan del grado de contaminación al que ya han sometido a su propio mundo. Y a pesar de todo nunca han perdido la esperanza de que pueda recuperar la belleza del pasado.

Cuando leyó hasta ahí, la mitad de la carta aproximadamente, Jūichirō se congratuló con su habitual parsimonia.

—¡Brillante! Ha sido un acierto evitar un tono fanático, una orientación religiosa, mostrar profundo respeto por la posición de Jruschov y estimularlo en su ambición. No serviría de nada dirigirnos a él en el mismo tono que usamos con nuestros seguidores. Con los seres humanos debemos aplicar siempre su misma lógica, su psicología. Debemos actuar con la misma perspicacia que haría falta para enseñar arte a un perro estúpido.

—¿Y qué haremos si no recibimos respuesta? —preguntó Kazuo.

—No pasa nada. La respuesta en sí misma no es importante, porque lo cierto es que la carta tocará el corazón de Jruschov y dejará una huella indeleble.

Los cuatro miembros de la familia estamparon los símbolos correspondientes a sus respectivos planetas y debajo sus firmas. Volvieron a pasársela de uno a otro para leerla de nuevo, inquietos por el efecto que pudiera tener en su destinatario.

Akiko tenía libre el día siguiente porque su profesor de Historia de Inglaterra debía ausentarse. Por eso se hizo cargo de llevarla a la oficina central de correos.

—¿Por qué no cenamos *oshiruko* esta noche? Cuando vuelvas podrías pasar por Murata para comprar un kilo de judías.

Su madre siempre decidía las cantidades guiándose por la intuición y, aunque un kilo de judías parecía excesivo para preparar una sopa dulce con pasta de arroz para cuatro comensales, ella no se atrevió a llevarle la contraria.

El empleado de la oficina de correos no prestó especial atención al nombre del destinatario escrito en el sobre y se limitó a hacer el trámite para enviarla por avión. Era el mismo empleado que aprovechaba siempre la ocasión para intercambiar algunas palabras con Akiko cuando iba por allí. A ella le preocupaba esa familiaridad, que terminase por interesarse en las cartas que mandaba. No apreciaba señales de que tal cosa fuera a ocurrir porque, de momento, solo parecía interesado en su belleza.

Se subió al autobús y se bajó antes de la parada de su casa para acercarse al bazar Murata. En la ciudad de Hanno no había cuestas, pero sí muchas calles sin pavimentar. Sobre la calzada blanquecina, iluminada por el sol de la mañana de principios de invierno, sobresalía un toldo azul y rojo que ocupaba el espacio de los transeúntes.

Cuando el mozo de la tienda la vio acercarse a paso lento desde la parada del autobús con su cesta bajo el brazo, entró a trompicones en la trastienda para avisar a la dueña.

—Viene la hija de los Ōsugi. Lleva un abrigo blanco y una boina francesa de color rojo.

—No te pongas nervioso —dijo ella ocupada en atender a sus hijos—. Véndele lo que te pida de la peor calidad posible y al precio más caro. En esa familia nadie sabe lo que es comprar.

El rumor de que la familia Ōsugi había ganado mucho dinero en bolsa justo antes de la crisis

financiera había corrido como la pólvora por todo el vecindario. La propietaria del bazar, por su parte, había perdido cincuenta mil yenes con el golpe y estaba convencida de que ellos se habían beneficiado de algún soplo, lo cual no hacía sino aumentar su amargura y su rencor. Se vengaba de esa familia tan generosa vendiéndoles productos a punto de caducar e incitaba al mozo para que husmeara en los secretos de la familia. De ahí el interés desmedido del muchacho cuando atendía a la madre o a la hija. «Si pudiera les vendería veneno», rumiaba la mujer para sus adentros. «Han ganado esa fortuna con argucias y encima me toca aguantar su altivez, sus aires de grandeza, ese gesto de no rebajarse a tratar con los demás, como si sus vidas estuvieran un peldaño por encima de las nuestras. Son unos pretenciosos. El padre con sus aires de erudito, la mujer dándose las de sensata, el hijo, un inútil y un mujeriego y esa niña, que parece como si se sacudiera de encima a todos los hombres de Tokio, con su carita de no haber matado una mosca. Pero ya sé yo que una chica con esas caderas lascivas como las tuyas jamás logrará quedarse embarazada. Una familia honrada y trabajadora como la mía pierde una enorme cantidad de dinero y ellos, con toda su despreocupación de intelectuales, lo ganan a espuertas. No hay quien entienda la injusticia de este mundo. Hace dos o tres días salieron en plena noche para ir quién sabe dónde. Seguro que andan metidos en asuntos de drogas o cosas así. ¡Ya está bien! ¡Les voy a desenmascarar como sea! Les atraparé, les arrastraré hasta la comisaría de policía. Allí tendrán que vérselas con las autoridades».

Habían colocado una tabla encima de unas cajas vacías de manzanas y mandarinas para exponer los productos de temporada, cebollas, patatas, verduras encurtidas, nabos, jengibre rojo, legumbres cocidas, dulces, chicles, curry instantáneo y cosas por el estilo. En verano, también vendían helados.

El toldo demasiado bajo oscurecía en exceso el interior de la tienda, donde se respiraba un olor pesado como de agua estancada en los recodos de los ríos donde se amontona basura flotante multicolor.

El bello rostro de Akiko, de un blanco puro, asomó bajo el toldo para decir con voz clara y transparente:

—Disculpe. ¿Tendría judías *adzuki*?

—Me alegro de verla de nuevo, señorita. Muchas gracias por venir. Precisamente tenemos unas judías de primera calidad —dijo la dueña desde el interior—. ¿Cuánto quiere?

—Un kilo, por favor.

Como de costumbre, a Taro, el mozo, le espoleó una especie de compromiso interno para engañar a esa hermosa joven con un producto de mala calidad. Engañarla delante de sus propios ojos sin que se diera cuenta era como compartir un secreto, como si con su maldad borrara de sus mejillas el acné que tanto le acomplejaba. Canturreó entre dientes una cancioncilla que reservaba solo para ella mientras pesaba las judías: *¡Como los patos dormidos en el aguaaaa... Un amor no correspondidoooo...!*

Le vendió un kilo de judías mezcladas con cáscaras por ciento treinta yenes e incluso la convenció para que se llevase una lata de setas de segunda por doscientos yenes, ni más ni menos, el doble de su precio normal.

«Qué personas más encantadoras», pensó Akiko al salir de la tienda. Tomó un atajo para volver a casa. Todos le parecían seres felices, llenos de alegría. Los niños estaban sucios, cierto, pero el descuido lo compensaba el hecho de que se llevaban bien con la madre, como uña y

carne. «Me tratan siempre bien, me reciben con una sonrisa. Puedo no ser una experta en la materia, pero a mí me parece que eso es lo que los humanos llaman felicidad. ¿Cómo no vamos a hacer uso de todo nuestro poder para protegerlos de la bomba de hidrógeno?».

Era una hermosa y límpida mañana de comienzos de invierno. A ambos lados del estrecho sendero se levantaban matas de té con las hojas polvorientas entre las cuales se veían flores blancas marchitas. Levantó la vista y vio recortarse contra el cielo caquis brillantes colgados de ramas dobladas por el peso. Detrás de una valla vio una casa de campo con la ropa tendida en el patio, hojas enormes de una colocasia y unos cuantos crisantemos marchitos. Cerca de allí, un granero medio en ruinas que apestaba a cabra amenazaba con desplomarse en cualquier momento sobre la valla.

Akiko estaba contenta. Quizá el platillo volante no se había presentado a su cita en el monte Rakan, pero ellos, al menos, habían cumplido con su obligación de extraterrestres. Su alegría se vio empañada, sin embargo, cuando vio la espalda de un hombre y una mujer caminando delante de ella. Se le nubló el gesto, las piernas se negaron a continuar. Era Kazuo con una desconocida. A esas horas deberían estar en la escuela.

«Otra vez ha vuelto a las andadas», pensó. «Y encima se interesa por otra chica humana».

Notó sus mejillas sonrojadas por el enfado y su corazón perdió todo sentido de la discreción. No porque su hermano mancillase la virtud de la chica, sino porque era ella misma quien se ensuciaba con su actitud.

Kazuo hacía caso a su padre y se comportaba como un chico normal, en cierto modo como si se burlase de él. ¿Realmente se refería a eso?

La mañana en el monte Rakan, mientras contemplaba el solemne ascenso de Venus en el cielo del este, Akiko creyó entender de pronto el origen de su pureza. Hablar de la castidad de Venus era una paradoja y, sin embargo, el cuerpo celeste bañado en el aire frío del alba era como el de una diosa emergida entre burbujas verdes del mar en las costas de Fenicia, ignorante por completo de las reglas del amor sensual. ¿Qué la había llevado a ella a un lugar donde aplicaban unas leyes distintas a las que regían el movimiento planetario? Las leyes de traslación de los planetas se cumplían escrupulosamente, describían sus órbitas elípticas alrededor del sol asegurando con ello que las líneas invisibles que los unían a él se desplazasen siempre en momentos precisos para que la superficie del área en forma de abanico que dibujaban permaneciese siempre constante, para que se mantuviese inalterada la exacta correlación entre el cuadrado de sus periodos orbitales y el cubo de la distancia media al Sol.

Eran unas leyes que por sí solas confirmaban la ética de Akiko, la cual, al contrario de la pacata virtud de las mujeres de la Tierra, poseía la cualidad y la dureza de una fulgurante estrella más allá de toda moral. ¡Pureza! ¡Pureza! En el fuero interno de Akiko esa palabra resonaba constantemente como una música obstinada, no dejaba de sonar nunca ya estuviera en un tren atestado de gente camino de la universidad o asistiendo al curso de Literatura Norteamericana en el aula 16.

Un reflejo de la luz en la ventana, por ejemplo. En función del ángulo en el que incidiese, podía cegarle temporalmente e impedirle ver lo escrito en la pizarra. Sobre su superficie negra, el profesor había escrito un nombre en alfabeto: «Nathaniel Hawthorne», pero al caer la luz sobre el apellido ella sentía como si el rayo que se había colado a través del vidrio desplegara sus alas para tapar las letras escritas con tiza y reemplazarlas por otra palabra que solo ella podía leer:

«Pureza».

En otra ocasión acompañó a unas amigas a una cafetería donde nunca había estado. Por alguna razón había muchos ficus en el local y por los altavoces sonaba una ruidosa música latina. En una mesa en un rincón de la sala vio a una pareja que parecía llevar allí todo el día sentada sin despegarse. Se acomodó en el respaldo de la silla y cerró los ojos un buen rato.

—¿Qué te pasa? —le preguntó una de sus compañeras.

—Tengo los ojos cansados. Déjame descansar.

En ese momento, el sugerente estribillo de una samba muy popular se transformó en sus oídos en una voz transparente que gritaba: «¡Pureza! ¡Inocencia!». Tras sus ojos cerrados, la pequeña y oscura cafetería se convirtió en un lugar sagrado, recogido, frío, inundado por el aire fresco de la mañana, con las paredes iluminadas por un tenue resplandor y la gente piadosamente vestida con largos ropajes de un blanco immaculado. «Estoy en una cafetería de Venus», pensó. «Incluso me van a servir un café de Venus».

Una vez empezaba a recordar episodios similares no había límite.

A finales de la primavera, en el momento de mayor elongación hacia el este, Venus brillaba con tal intensidad en el cielo del atardecer que Akiko podía localizarlo sin ninguna dificultad desde la ventana del tren de la línea Seibu con solo estirar un poco el cuello para tomar aire entre la masa de cuerpos desaliñados de hombres que abarrotaban el vagón a esas horas y la aplastaban. Incapaz de mover siquiera la mano con la que sujetaba el bolso, se vencía hacia delante y hacia atrás con piernas tambaleantes por culpa del traqueteo del tren, y cuando sentía que estaba a punto de quedar sepultada por esa masa de despiadada carne, su rostro pálido y sereno flotaba entre los hombros sucios como una flor y sus ojos se dirigían más allá de la ventana, más allá de los campos en dirección a Venus.

El tren avanzaba en paralelo a Venus, como si la persiguiera a ella a medida que el convoy tomaba velocidad. Un centelleo de indestructible pureza suspendido en el cielo de una tarde de la primavera avanzada.

El sendero terminó por bifurcarse. Si continuaba recto llegaría enseguida a la casa de los Ōsugi, a la suya. Su hermano y la chica que lo acompañaba habían girado a la derecha. Akiko trató de ocultarse tras una valla por si se les ocurría darse media vuelta. La compra le resultaba cada vez más pesada.

Por la parte derecha, el camino conducía al santuario de Inari. Su hermano balanceaba un bolso de un lado a otro. Se reía divertido y besaba a la chica en las mejillas. Ella le devolvió la coquetería con un golpecito de la cadera y él la abrazó como si nada. El corte de su abrigo azul tenía el efecto de exagerar su espalda ya de por sí ancha.

La chica era pequeña. Estaba de moda llevar jerséis amplios de hombre y se había recogido las mangas para no desentonar en nada. Sin embargo, su perfil, visible cuando miraba a Kazuo, descubría a una niña de facciones delicadas. Tal vez tuviera la edad de Akiko, quizás uno o dos años más joven, pero sus labios pintados eran los de una mujer madura. El aire a su alrededor parecía adherirse a ella sin necesidad de que hiciera nada. Una falda estrecha de color morado ceñía su cintura, caminaba distraída y, al hacerlo, su sombra se contoneaba de izquierda a derecha.

Entraron en la parte ajardinada del santuario con sus viejos cedros y cerezos. Entre los árboles había algunos bancos, un columpio y un balancín donde se oían gritos de niños. Algunas madres

con sus bebés cargados a las espaldas recogían hojas de cedro para quemarlas. Los dos valoraban en qué banco sentarse. Decidieron evitar la sombra fría bajo los árboles y ocuparon uno a pleno sol junto a una lápida tallada en cuya inscripción se podía leer: «El primer canto del gallo».

Akiko se escondió tras los cedros, se quitó su boina francesa para no llamar la atención y la guardó en la cesta de la compra. Se acercó con sigilo a la pareja por su espalda. Aguzó el oído sin abandonar el parapeto que le ofrecía uno de los troncos.

—O sea, que te has saltado las clases. ¿Y si se entera tu familia? —preguntó ella.

—No pasa nada. Siempre salgo a la misma hora y hoy, encima, nos han dado libre. Hay mucha gente con gripe, ¿sabías? Los profesores son mayores y enferman enseguida. Además, nunca he llevado a casa a ninguna compañera. Todo el mundo hace lo mismo. Las madres siempre andan metiendo las narices en todas partes para descubrir cosas que no deberían saber.

—Eres un chico brillante, ¿no crees? —dijo ella en un tono encantador.

Desde su escondite, Akiko comprendió que el halago de ella le habría llegado muy hondo a un chico como Kazuo tan fácil de adular.

—Eres malo, Kazu —insistió ella con coquetería. —No se puede bajar la guardia contigo.

—¡Qué va! —dijo él notablemente satisfecho—. Está bien encontrarnos en Tokio, pero pasear cerca de tu casa o de la mía tiene algo emocionante.

—A mí no me hacen falta esas emociones porque me gustan las cosas estables, sólidas, como esos cojines grandes y pesados cosidos con hilos dorados que usan los monjes para sentarse.

—Ya sé, pero yo los prefiero pequeñitos, como tú.

—¡No seas tonto!

Akiko se enfadaba por momentos y cuando se disponía a salir de su refugio se quedó paralizada porque habían empezado a besarse. Era la primera vez que veía a su hermano besarse con una chica. Tenía los labios apretados, lo cual le imprimía a su gesto un aire verdaderamente estúpido.

Cerró los ojos con todas sus fuerzas. En la oscuridad repentina explotaron cientos de Venus para dispersarse en todas direcciones. Metió la mano en la cesta de la compra y se acercó al banco donde estaban sentados. La chica parecía haberse olvidado de sí misma arrastrada por los besos de él. Tenía el rostro vuelto hacia arriba, los ojos cerrados. Aprovechó la circunstancia para tirarle un buen puñado de judías.

La chica gritó y se levantó de un salto. Se alejó dos o tres pasos antes de darse media vuelta. Akiko sonreía.

—¡Monstruo! —gritó repetidamente mientras rompía a llorar—. ¿Qué clase de monstruo eres tú?

—Te equivocas. Soy su hermana.

—¡Eres un cerdo! Ya sabía que tenías a otra.

La chica se dio media vuelta. Se alejó despacio en un principio para echarse a correr enseguida por donde había venido con una extraordinaria energía.

Kazuo estaba sorprendentemente tranquilo. Ni siquiera se tomó la molestia de levantarse. Tenía en la mano una de las judías que su hermana había lanzado.

—¿De dónde ha salido todo esto? —le preguntó con unos ojos somnolientos enmarcados por unas largas pestañas—. Akiko, ¿se puede saber por qué has hecho eso?

No hubo respuesta. En lugar de eso, dio un pequeño rodeo para ir a sentarse junto a él. Sacó la

boina francesa de la cesta y se la arregló por encima de las orejas.

—Se puede saber por qué, Akiko.

—¿Acaso pensabas que no me había dado cuenta de tus líos con las chicas? Hoy no es la primera vez que te veo con una de tus novias.

—¿Y por eso te has enfadado?

—¡Claro que no...! ¿Qué te has creído? ¡Es porque es una chica humana!

Kazuo guardó silencio. El viento arreció y del cerezo se desprendieron unas cuantas hojas marchitas mordisqueadas por los bichos para aterrizar sobre el regazo de ambos. Fue un instante hermoso, de una dulzura difícil de expresar.

—En tal caso te explicaré mis sentimientos —dijo él al fin después de echar un vistazo a su alrededor—. Jamás he revelado mi secreto a ninguna de esas chicas. Imagino que eso es lo que tanto temes, pero no he olvidado la advertencia de nuestro padre y me doy cuenta de las dificultades si alguien llegase a descubrir que no soy de este mundo. Es más, nunca me olvido de que nuestro objetivo es promover la paz en el mundo, una misión del universo, no de la Tierra. Pero nosotros, en realidad, no tenemos ningún deber hacia este lugar. Tampoco responsabilidad. Sus asuntos no nos incumben. Si nos dedicásemos a acabar con ellos, por ejemplo, desde una perspectiva moral no significaría nada para nosotros. Si no lo hacemos es solo por respeto a sus leyes. Nuestro padre, sin ir más lejos, se preocupa de pagar todos sus impuestos para evitarse cualquier tipo de problema.

»Pero —continuó—, si se trata de mujeres, no puedo evitar la atracción que siento hacia ellas. Son tan exóticas, tan extrañas, encantadoras, tan primitivas y frescas. Es cuestión de perspectiva, imagino. A los hombres humanos les gusta mirarlas desde abajo, pero yo lo hago desde arriba y por eso entra en mi campo de visión, por mucho que no quiera, el paisaje de sus pechos blancos ligeramente hinchados tras suaves escotes.

»De todos modos, debo admitir que no representan una tentación tan seria. Sé que no tengo ninguna responsabilidad hacia ellas y confío en que no se darán cuenta de nada. Incluso si una de ellas se quedase embarazada...

—¿Cómo? ¿Has dejado embarazada a alguna chica? —le gritó Akiko desesperada.

—No te preocupes. He dicho en caso de...

—¡Da igual! Solo plantear ese «en caso de» ya es algo espantoso. Si viene a este mundo un niño mitad humano, mitad extraterrestre, ¿se te ha ocurrido pararte a pensar por un momento qué clase de sufrimientos tendría que padecer a lo largo de toda su vida? ¡Una desgracia detrás de otra! Ese niño sería responsabilidad de este planeta, estaría sometido a sus leyes, pero dentro de sí llevaría una parte sustancial de la libertad del universo heredada de su padre. Con toda seguridad se sentiría al margen de todo, más allá del bien y del mal. ¿Qué clase de padecimientos y de suplicios tendría que soportar un ser así?

—Te preocupas demasiado por el futuro —continuó Kazuo sin inmutarse—. Aunque deje embarazada a alguna chica, como madre humana sabrá consolar a esa criatura con su amor maternal. Yo estaré libre de toda responsabilidad... Y si va a tener que soportar tanto sufrimiento bastaría con acabar discretamente con el problema. Eso sería una buena forma de hacerles entender lo inútil de sufrir por mí o por mi causa.

—En eso tienes razón —dijo Akiko inesperadamente complacida por su honestidad—. En mi opinión, creo que en algún lugar hay una mujer adecuada para ti, una mujer de tu propio mundo.

A diferencia de ese amor animal y vulgar que se prodiga en este planeta, tu corazón alberga el anhelo de ese otro puro y elevado del universo. Si ya ni siquiera pervive ese recuerdo en ti, pensaré que has caído irremediabilmente en las redes de los seres humanos. He perdido los nervios con esa chica porque todo esto me entristece mucho. A lo mejor no tenemos suficientes judías para el postre de esta noche. ¡Por tu culpa!

La discusión había perdido temperatura y Kazuo ya no sentía la más mínima inquietud. Quizá por eso le dedicó una mirada traviesa a su bellísima hermana pequeña.

—Vamos, es tu turno de confesarte. Tu intención es llevarme a tu terreno, ¿verdad? Vosotros los de Venus os valéis por vosotros mismos, ¿no crees?

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Sé que te escribes con un chico de Venus que vive en Kanazawa. ¿No será uno de esos amores puros y elevados caídos del cielo?

Akiko se sonrojó, pero la profunda gravedad de su carácter le impedía tomarse la licencia de contestar con una broma. Estaba avergonzada, se sentía burlada en su sinceridad. Se enfadó y le atravesó con una mirada furiosa. Su mirada transparente adquirió una tonalidad azulada, sus mejillas ardientes drenaron la sangre acumulada para dar paso a un gesto helador que recordaba al vacío de una noche estrellada a pesar de la luz clara de la mañana que los iluminaba a ambos.

Kazuo conocía a la perfección ese gesto de su hermana cuando se enfadaba y de inmediato se arrepintió de no haberse mordido la lengua cuando debía. Era demasiado tarde. En los labios de ella se concentraba todo el desprecio que llevaba dentro.

—Eres un bocazas, ¿no te parece? Te das muchos aires, pero a lo mejor lo que pasa es que solo eres un farsante.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Kazuo se enojó tan pronto comprendió a que se referían las palabras de su hermana. Era una sospecha no articulada en palabras y ella se había tomado la libertad de disparar donde más dolía. Por tanto, solo tenía la opción de pagarle con su misma moneda.

—Lo que digo es que eres falso —se adelantó ella—. Tal vez solo seas un ser humano como los demás, o a lo mejor es cierto que no eres de este planeta, pero nada más. Dices que vienes de Mercurio, pero yo jamás he tenido noticia de alguien de allí que se dedique a perseguir los culos de las chicas. Eres un fraude, nada más. Dices haber visto un platillo volante. ¡Mentira! Mamá y papá sí los han visto y por eso tú también finges. ¿Me equivoco? Simplemente no quieres perder ese tren. Eso es lo que quiero decir.

—¡Por supuesto que lo he visto! Eres tú la única de nosotros en quien no se puede confiar.

—Yo he visto uno con mis propios ojos. Era yo quien más dudas tenía y solo me convencí después de un avistamiento en el bosque de Hachiman.

—¿Tienes testigos?

—No —respondió Akiko dubitativa—. ¿Y tú? ¿Los tienes tú?

—Por supuesto que no, pero estoy seguro de haber visto uno. Sabes, no entiendo tu forma de ser, ya que nos ponemos, esa estrechez de miras. Se supone que vienes de otro mundo. Si eso fuera cierto, yo creo que actuarías de un modo más natural.

—Deja ya esa retahíla de palabras podridas de los humanos. Hasta en tu forma de expresarte se te ha pegado el sarcasmo de la gente de este planeta.

—¿De verdad no me crees?

—No te creo en absoluto.

Akiko se expresaba en un tono cada vez más impetuoso, pero en cuanto esas palabras salieron de su boca le sobrevino una inexplicable tristeza y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Bajó la mirada. Sobre el suelo reseco y agrietado se proyectaba la sombra rectangular de una lápida situada un poco más allá. Nadie parecía cuidar de ella desde hacía mucho tiempo, de purificarla con agua. El abandono había terminado por enterrarla entre un montón de hojas secas. Sobre su superficie los niños habían garabateado con ceras rojas, no para dibujar nada, tan solo para ensuciar. De entre los cedros, en la distancia, llegaba el chirriar metálico de un columpio, como si fueran unos dientes entrechocando.

Los dos hermanos se sumieron en el silencio. Cada cual por su lado entrevió ante sí un mundo tan desagradable como absurdo. Era el mismo mundo al que su padre se enfrentaba tan a menudo, el mismo que tantos quebrantos le causaba. Las cosas habían perdido su sentido, todo cuanto existía allí dentro parecía haber sido arrojado sin orden ni concierto, con absoluta carencia de armonía y de sentido práctico.

«¡No te creo en absoluto!». Decirle eso a su hermano terminó con el hermoso mundo que habían habitado hasta entonces, se hizo trizas como un cristal y fue reemplazado por otra cosa, por algo escalofriante, por una siniestra forma salpicada de manchas rojas y negras.

No volvieron a dirigirse la palabra hasta la noche, pero durante la cena les resultó imposible empeñarse por más tiempo en el silencio. Su madre había preparado con todo su corazón una sopa de judías rojas, aunque estaba sosa. El arrebato se enfrió poco a poco y, al menos, disfrutaron de la comida. Akiko fue después al cuarto de su hermano. Kazuo había abierto la ventana para ventilar el olor a gas de la estufa.

La ventana orientada al sur descubría un grandioso cielo estrellado. Orión permanecía invisible en el firmamento, pero Escorpio se sumergía ya hacia el oeste con Sagitario siguiéndole los pasos. De la vecina constelación de Capricornio solo la cabeza y la cola eran visibles a esa hora. En el centro del cielo estaba Acuario, cuya estrella gigante Sadalmelik formaba la hermosa cabeza de un joven aguador y las cuatro estrellas próximas su cántaro. De la boca del cántaro fluía un torrente de puntos luminosos en dirección al sur, donde Piscis parecía tragarse todos y cada uno de los astros.

La contemplación silenciosa del cielo estrellado sanó el corazón herido de los hermanos. El orden celestial les ayudó a recuperar la confianza y las palabras de disculpa resultaron del todo innecesarias.

—Nosotros venimos de allí —dijo Akiko—. De eso estoy segura. Lo que pasa es que nuestros recuerdos se diluyen poco a poco con el paso del tiempo.

—Tienes razón. Por eso debemos contemplar a menudo el firmamento. Así los reviviremos con la intensidad de antaño —dijo Kazuo en tono de voz suave antes de estornudar.

*

No se organizaba una reunión de antiguos alumnos del instituto desde hacía mucho tiempo. La de aquella ocasión iba a celebrarse en un pequeño restaurante en la segunda planta de un edificio en el distrito de Nihonbashi. Jūichirō debía ir a Tokio de todos modos para encargarse de algunos

libros extranjeros sobre platillos volantes en la librería Maruzen y por eso decidió asistir. De camino se cruzó con un grupo de excursionistas vestidos de estridentes colores que salían de la estación de Hanno. Cruzó aprisa el torniquete de acceso a las vías y esperó al tren en el andén. La ciudad de Hanno era el principal acceso al parque natural de Oku Musashi, razón por la cual llegaban hasta allí infinidad de caminantes durante todo el año. Ataviados con su peculiar indumentaria, con bufandas multicolores, botas para caminar y relojes resistentes al agua, tan solo demostraban un pobre conocimiento de los misterios de la naturaleza.

Durante el trayecto de una hora hasta Ikebukuro, Jūichirō notó que el corazón se le encogía por culpa de las dudas. ¿Qué podía hacer él solo contra la locura que se había apoderado del mundo?

Después de salir de Maruzen, decidió matar el tiempo en unos grandes almacenes que había justo enfrente para unas pequeñas compras encargo de su mujer. En aquel lugar no pudo evitar la fascinación que ejercía sobre él la infinita variedad de productos expuestos por todas partes, llegados desde todos los rincones del planeta. Abrumado, se dedicó a pasear hasta la hora del cierre. Resplandecientes cajas doradas con uvas pasas en su interior, jerséis de tacto suave, ropa interior femenina estampada en flores, trenes de juguete a escala con sus correspondientes estaciones, túneles, puentes, pasos elevados, delicadas gasas para los pañales de los bebés... Todos los productos imaginables de la civilización humana pensados para colmar el ansia infinita de la gente por los innumerables encantos de la vida. Cada uno de los objetos, perfectamente diseñado y restringido al uso específico para el cual había sido concebido, ofrecía a los aturridos y casi dementes consumidores formas elaboradas y sutiles de mejorar minucias del día a día. La naturaleza esencial de todos esos objetos no variaba: las escobas eran siempre escobas, los zapatos siempre zapatos, y formaban una gigantesca red que atrapaba sin remedio a los seres humanos en el laberinto de sus propias vidas.

«Al menos en este lugar estoy a salvo», pensó Jūichirō. «Aquí la locura humana termina por curarse. Después de todo, ese es el propósito de los grandes almacenes. Son los hospitales de nuestro tiempo».

Jūichirō comprendía a la perfección las tendencias patológicas de los seres humanos. Se tratase del país que se tratase, las masas estaban sanas, hambrientas a un tiempo de novedades y antiguallas, mezquinas y compasivas, cautelosas ante el peligro o las emociones violentas, admiradoras rendidas de atmósferas anodinas... Y a pesar de todo ello eran perfectamente capaces de caer en la locura en cualquier momento.

Cuando subió a la segunda planta, donde estaba el restaurante, constató que la mayor parte de sus antiguos compañeros ya había llegado. Lo recibieron con entusiasmo. Después de todo, llevaban mucho tiempo sin verlo.

Su existencia era por sí misma un gran misterio. Nadie sabía qué había sido de él después de la guerra, pero alguien se acordó y envió una invitación a una vieja dirección de Hanno que conservaba por pura casualidad y, para su absoluta sorpresa, recibió respuesta y la confirmación de su asistencia. Esa era la razón de que sus antiguos compañeros hubieran especulado tanto sobre su vida hasta que se presentó.

Jūichirō había sido un estudiante del montón, sin brillo alguno. Por eso el recuerdo que había dejado en los demás era ambiguo. En el instituto se había apuntado al club de literatura y sus aportaciones eran poemas indescifrables. Más tarde se unió al club de arte, donde, por el

contrario, se dedicó a pintar paisajes suaves y apacibles. Nunca se perdía un concierto. En aquella época, el incidente del 15 de marzo de 1928⁴ causó una verdadera conmoción social que afectó incluso a los estudiantes como él. Sin embargo, como hijo que era de un próspero hombre de negocios de Hanno, él se dedicó a seguir su camino sin levantar la vista del suelo poniendo mucho cuidado en que no le afectaran los vientos variables.

No le gustaba el modo de vestir descuidado tan de moda en su juventud y siempre se había esforzado por mantener un aspecto arreglado, digno. En eso destacaba sobre los demás. Rechazaba testarudamente todo interés por el mundo y sonreía con ironía cuando se trataba de cuestiones como la amistad o lo sentimental. En los días cálidos de invierno, acostumbraba a tomar el sol bajo la acacia del patio del instituto, acurrucado dentro de su abrigo negro, apartado del resto. Por ese motivo le apodaron «la mosca de invierno». A él le daba igual, no daba muestras de padecimiento ni de tristeza. Si se veía en la necesidad de pedir prestado el cuaderno a alguno de sus compañeros, lo hacía de un modo reservado y temeroso y cuando eran ellos quienes le pedían dinero a él, por ejemplo, accedía sin pensárselo dos veces, sin mirarlos siquiera a la cara. Por lo demás, jamás se le conoció un romance.

Por todo ello no había dejado una huella especial en el corazón de nadie, sino más bien una especie de vacío que los recuerdos eran incapaces de rellenar, como si su rostro apareciera en una fotografía sin ojos, sin nariz, escondido bajo la gorra del uniforme escolar. Los denodados esfuerzos de los asistentes a la cena por recuperar recuerdos relacionados con él suscitaban sentimientos parecidos a los celos, a la envidia y ello se debía, precisamente, a ese espacio en blanco que había dejado su juventud de la que no conservaba nada, ni siquiera el desprecio hacia uno mismo tan frecuente en la mayor parte de la gente.

—Es un tipo que no dejó nada tras de sí —comentó uno de sus excompañeros asistentes a la reunión—. Supongo que eso significa que vivirá una vida larga.

*Si bien odiada,
disfruta larga vida.
Mosca de invierno.*

—O quizás no —dijo Satomi, jefe del Departamento de Asuntos Generales de la compañía eléctrica Tozai echando mano de un famoso poema de Takarai Kikaku, como buen aficionado al haiku que era.

—Quién sabe, en apariencia parece un tipo tranquilo, pero puede ser lo contrario de puertas para adentro —aventuró Maeda, director de Dainippon Rayon.

—A lo mejor hablas de ti mismo —se burló Sakaki, abogado famoso por su lengua viperina.

Mientras se divertían con sus comentarios, Jūichirō deslizó la puerta corredera y entró en la sala. En otros tiempos nadie habría reparado en él, pero en ese momento todos se precipitaron a darle la bienvenida.

—¡Vaya, tienes canas! Qué lástima. Yo había apostado a que te habías quedado calvo.

Otsu, el que hablaba, calvo precisamente él, era dueño de una famosa tienda de tejidos para quimono en el distrito de Ginza.

Invitaron a Jūichirō a ocupar el lugar de honor en la mesa y se sentó sobre el tatami con sus piernas cruzadas embutidas en unos pantalones de franela y un gesto de timidez en el rostro.

Todos los ojos se posaron en él para analizar cualquier detalle, como la calidad de su ropa, como si se tratase en realidad de una mujer. En su aspecto, sin embargo, no encontraron motivo alguno para preocuparse por la posibilidad de que hubiera acudido a la reunión para pedirles dinero. Quizás la verdadera razón de su asistencia por primera vez en veinte años fuera retomar contactos para echar una mano a su hijo a punto de graduarse y abrirle camino así en el mercado laboral con un buen puesto. La conclusión general pareció esa. En tal caso, podían respirar tranquilos.

La mayor parte de los asistentes había hecho acto de presencia, de modo que el organizador del encuentro se hizo cargo de los saludos de rigor para dar paso enseguida a las presentaciones individuales:

—Actualmente trabajo en el Ministerio de Hacienda —dijo un tal Tamagawa después de ponerse en pie—. En el ministerio trabajamos duro para tratar de reducir al máximo los impuestos en el próximo ejercicio fiscal. Supongo que es la gran esperanza de todos los aquí presentes, así que les ruego confíen en nosotros.

—¿Pero qué dices!? —le espetó alguien—. ¡No nos tomes por idiotas!

Tamagawa continuó.

—Tengo dos hijos y tres hijas. Son todos como esas muñecas Billiken de los Estados Unidos, con sus caritas regordetas, su pelo arreglado y las cabezas puntiagudas. No hay ninguna duda de que son parte de mi propia estirpe.

Lo decía, obviamente, porque él mismo parecía uno de esos muñecos. Un pequeño esfuerzo bastaba para hallar en él ese característico gesto cariñoso y sonriente, sin olvidarse, eso sí, de ponerle pelo a su cabeza, borrar las bolsas bajo sus ojos, suavizar un poco las mejillas y tensar ligeramente los labios. Por alguna razón, había algo en él que hacía pensar en una brisa del mes de junio acariciando las copas de los árboles y en el olor de una cama sin hacer en un dormitorio de tercera. Era imposible discernir si se trataba de una persona mayor caricaturizada más joven o si era una caricatura de la juventud.

Después de varias intervenciones llegó el turno de Jūichirō. Se puso en pie y se dirigió a la audiencia en un tono reflexivo.

—Quizás algunos no me reconozcan, pero soy Jūichirō Ōsugi. En la actualidad no trabajo. Tengo un hijo y una hija. Mi esposa goza de buena salud. No tengo mucho más que decir, de manera que me parece oportuno dejarlo en este punto...

Para alguien como él, empeñado en actuar en todo momento como uno del montón, aquellas palabras no resultaron, precisamente, las más apropiadas. Nadie reaccionó. Se hizo el silencio en la sala e incluso olvidaron aplaudirle.

A continuación, se sucedieron el resto de presentaciones y ante los ojos de los presentes en la sala desfiló el catálogo completo de todas las esferas posibles de la vida social de Japón, cada cual compitiendo por ver quién tenía el escritorio más grande, la oficina más noble. Se sirvió alcohol y el rumor aumentó de volumen sin parar, como si cada cual se empeñase en hacer valer su propio discurso.

—... este verano se han disparado las ventas de camisas tropicales. El sector textil es el ejemplo perfecto de cómo uno no puede pasar por alto las nuevas tendencias, la revolución tecnológica.

—... los abogados que se ocupan del incidente Nagai no van a sacar nada en limpio, pero

cuanto peor les vaya en el juicio a ellos más beneficio sacaremos nosotros.

—... deberías comprar acciones de mi empresa. Hemos vendido quinientos cincuenta mil ventiladores eléctricos este verano y ahora empezamos la temporada de las estufas. No creo que este invierno sea tan suave como anuncian.

—... así las cosas, el ministro Ikeda corre peligro, pero, fíjate, ningún gabinete ha dimitido en bloque por fracasar en política económica.

—... dices que la diabetes te impide funcionar en ese aspecto, pero yo conozco casos que no tienen problema.

—... siempre tomo esas pastillas de tu empresa para proteger el hígado y me gustaría pasárselas a mis clientes. ¿Podrías hacerme un buen precio?

—... ¿No tienes línea telefónica? ¿Por qué no vienes mañana mismo a verme? Te lo solucionaremos de inmediato.

—... en esencia el haiku es una forma poética sobre pájaros y flores.

—... ¿Recesión? ¡Qué más da! Es la mejor forma de sanear la economía del país. En Occidente pasa lo mismo. Es como un baño caliente después de una ducha de agua fría y vuelta a empezar. Así es como se fortalece el corazón económico del país.

—... sabes, cuando esa *geisha* hizo su debut en Yanagibashi hace tres años...

Jūichirō estaba solo en mitad de aquel galimatías. Sus oídos, sin embargo, prestaban especial atención a la voz atiplada de Tamagawa, el funcionario del Ministerio de Hacienda, que estaba muy cerca de él, y a los corrillos a su alrededor. Los demás no eran funcionarios, pero igualmente estaban al tanto de informaciones de primera mano sobre políticos que maniobraban para conseguir un puesto en el gabinete del primer ministro.

—... jamás se me habría ocurrido pensar que el señor Kuroki tuviera una vena sentimental con ese aspecto. Encontró el modo de asistir al funeral de mi mujer, a pesar de su apretada agenda, y mientras hacía la ofrenda de incienso los ojos se le llenaron de lágrimas. Unas lágrimas tan naturales... —dijo alguien para que quedase bien claro los excelentes términos en los que se entendía con el tal Kuroki.

—¡De eso nada! Solo es un buen actor, una especie de monstruo. Parece recto y honesto y por eso tiene ese magnetismo con los jóvenes, pero no te creas. No es habitual encontrar a alguien como él en el Partido Conservador. Mientras mantenga esa imagen, ¿a quién le importa su integridad? Lo importante es su forma de estar en el mundo y yo creo que es ahí donde radica su éxito y su popularidad.

Kuroki era dos o tres años menor que Jūichirō y parecía haber eclipsado incluso al primer ministro. De vez en cuando organizaba una especie de academia donde reunía a sus seguidores y allí exponía sus ideas sobre lo que él llamaba la «nueva educación». Se trataba de un gran proyecto que pretendía proteger a la juventud japonesa de las nocivas garras del sindicato de profesores. Mantenía intacta su fidelidad a los principios del partido, incluso honraba la memoria de los miembros difuntos. Era delgado, estilizado, con un físico atlético gracias a la práctica del deporte. Su oratoria era notable y se decía que cada vez que aparecía en televisión las mujeres caían rendidas a causa de su elocuencia e intensa mirada.

—... si tan mal van las cosas, ¿por qué no vienes a verme? Dices que no te llama nadie. Pásate por mi oficina en Nozzu y verás...

Jūichirō creía volverse loco por momentos. Se arrepentía de haber acudido a semejante

reunión. ¿Qué clase de idea le había poseído para tomar semejante decisión? Su misión le había empujado inconscientemente hasta allí para tratar de abrir los ojos a todos esos hombres influyentes. De no ser por eso, jamás se le habría ocurrido aventurarse en un lugar tan alejado de la armonía y de la unidad del universo.

Se acordó de la infinita acumulación de artículos de consumo perfectamente organizados en los grandes almacenes por donde había paseado hacía un rato. En ese momento comprendió que esos hombres que lo rodeaban y todos esos productos formaban parte de una misma cosa.

Les imaginó desnudos, sin ropa por culpa de un inesperado golpe de viento que se la hubiera arrebatado. Estaban tirados por el suelo, gimiendo de agonía, la piel de sus cuerpos desprendida, el pelo enredado entre sus dedos después de arrancárselo de la cabeza, los ojos inflamados, sin fuerzas siquiera para ponerse en pie. Alzaban la vista de tanto en cuanto para pedir ayuda y daban gritos inaudibles. Sus ventiladores, sus estufas, sus teléfonos, todo estaba tirado de cualquier manera por todas partes. Sus cuerpos caían aplastados contra un muro y, por alguna razón, solo habían conservado sus corbatas rojas, que se mecían de lado a lado como lenguas exhaustas. Los papeles que se salvaban del fuego de la destrucción volaban por los aires como bandadas de pájaros...

Jūichirō no pudo resistir por más tiempo.

—¡Disculpen! ¡Discúlpenme! —gritó con la voz que pudo sacar de su débil pecho—. Por favor, les ruego escuchen lo que tengo que decir.

Todos los presentes guardaron silencio muy sorprendidos y clavaron sus ojos en ese rostro pálido con gafas y rematado por una pronunciada nariz.

—Señores, nuestro mundo enfrenta un gran peligro. De hecho, podría desaparecer mañana mismo. No es el momento de invertir en teléfonos, de comprar medicamentos a buen precio, de preocuparse por el próximo gobierno o de componer un haiku sobre una estufa eléctrica. Debemos unir nuestras manos y luchar con todas nuestras fuerzas para advertir a la humanidad sobre su propia estupidez. Debemos arrancar las anteojeras a los más conspicuos estúpidos, desnudar las religiones a los que viven cegados por sus dogmas, abrir los ojos a todos para que puedan regresar al lugar al que una vez pertenecieron. Si no lo hacemos, tendremos verdaderos problemas. Si fracasamos a la hora de establecer una paz eterna en la Tierra, aquí y ahora, una inmensa tumba de oscuridad sepultará a la humanidad para siempre. Olvídense de sus asuntos más inmediatos, se lo ruego, únense a mi causa en este primer paso hacia la gran misión de salvar el mundo.

En un primer momento todos se tomaron sus palabras a broma y esa fue la razón de que la primera parte del discurso transcurriera relativamente bien. Sin embargo, a medida que continuaba los murmullos no dejaron de aumentar. Algunos apartaron la mirada con un gesto de evidente desagrado y otros empezaron a darse golpecitos haciendo verdaderos esfuerzos por contener la risa. Poco después, turbias y sonoras carcajadas salidas de esos hombres de mediana edad empezaron a extenderse por todos los rincones de la sala y el asunto derivó en un verdadero estruendo que hizo temblar hasta las puertas. Finalmente, el organizador del encuentro se vio en la necesidad de intervenir; se acercó a Jūichirō y le tomó del brazo.

Jūichirō se zafó de él y volvió a dirigirse a su público con una mirada serena.

—No estoy loco.

Su voz grave alcanzó hasta el último de los oídos de los presentes. Las risas subían de

intensidad. Alguien imitó las advertencias por megafonía de la policía, justo antes de la guerra, cuando eran jóvenes y se reunían en grupos que eran considerados peligrosos.

—¡Basta ya de palabrería! —gritó alguien.

El anfitrión era un hombre considerado y razonable. Después de obligar a Jūichirō a salir al pasillo, cerró la puerta tras de sí y le habló sin prestar atención a las risotadas al otro lado.

—Lo lamento mucho. Son solo una banda de brutos, como bien ha podido usted comprobar por sí mismo. No están en condiciones de prestar atención a su discurso. Por mi parte, me ha sorprendido mucho y me gustaría escucharle en otro momento más propicio, no ahora.

—¿Cuánto le debo?

—¡¿Cómo!?

Al hombre pareció desagradarle sobremanera su pregunta y sus ojos se abrieron como platos.

—Me refiero a cuánto le debo por mi asistencia. Ya me marchó.

Cuando se apeó del tren en la estación de Hanno, Jūichirō no subió al autobús y en lugar de eso decidió caminar hasta su casa. De tanto en cuanto se detenía a contemplar el cielo estrellado y su visión le insuflaba un renovado ánimo. Aun así, las risotadas que oía una y otra vez en su interior parecían resonar en el espacio que mediaba entre su cabeza y las estrellas. Se resfrió y le subió la fiebre varios días. En su estado febril soñaba recurrentemente y las imágenes que se formaban en su mente terminaban por romper un dique y le inundaban como si fuera una forma de distraerle de la irredimible debilidad del cuerpo humano y de la sensibilidad que había heredado.

4. Se trató de una ofensiva contra comunistas y socialistas perpetrada por el gobierno de la época para evitar la propagación del marxismo.

El día 1 de diciembre, el tren semiexpreso Cisne blanco dio media vuelta en la estación de Naoetsu para circular en dirección contraria. Sentada junto a la ventana, Akiko pasó de contemplar las hierbas secas que tapizaban las montañas moteadas con escuálidos álamos, a ver un extenso erial iluminado por los rayos de sol que se filtraban entre las nubes.

Era su primer viaje sola. Su padre y su madre se habían opuesto horrorizados por lo que juzgaban una actitud temeraria de su hija y muy preocupados por ella. Todas esas angustias y precauciones tan típicamente humanas como las mostradas por sus padres solo habían tenido como resultado enervarla todavía más, porque se acordaba perfectamente de las palabras de su madre aquel amanecer en el monte Rakan: no eran humanos y nunca debían olvidarlo.

—Ese joven de Kanazawa asegura venir de Venus, pero ¿y si resulta un fraude? ¿Y si se trata de un simple humano empeñado en seducirte? Una niña como tú, tan protegida por su familia, no tiene recursos ante tipos así.

—Él no es humano, porque de serlo jamás me inspiraría como lo hace.

—¿De verdad crees en la *inspiración* por un simple intercambio epistolar?

—Debo encontrarme con él. Tan pronto como lo tenga delante lo sabré y si me asalta la más mínima sospecha me daré media vuelta de inmediato.

El viaje de Akiko estaba motivado, en parte, por algo que no podía decir en voz alta: la pérdida de confianza en su padre. Durante el mes de noviembre había recibido aviso en tres ocasiones distintas de la visita de plátanos volantes y en las tres ocasiones sus expectativas se habían visto frustradas. Peor aún. Había mandado imprimir cientos de llamativos anuncios en ciclostil para distribuirlos por todo el país entre los miembros de la Asociación.

Jūichirō se comunicaba telepáticamente en mitad de la noche, de manera que su familia no tenía modo de comprobar si el método era el adecuado o si, de hecho, fallaba. Sin la larga experiencia de su padre en toda clase de asuntos mundanos, Akiko nunca se había molestado en tomar las riendas por sí misma y lo único que ansiaba era una empatía sin resquicios para la duda, pruebas sólidas.

En ese sentido, no podía dejar de sentir envidia por el modo en que los humanos se comunicaban entre sí esa empatía. Por ejemplo, una rosa en un jarrón en el centro de una mesa. La enseñanza estandarizada que recibían desde niños les servía para conocer de manera inequívoca el nombre de la flor y para comprender el concepto que representaba. De cada diez humanos, ninguno habría dudado de que se trataba de una rosa. Sus ojos la verían como lo que era sin más. El siguiente paso sería el de componer poemas en torno a la palabra, de tal manera que no importaría la soledad que el poeta pudiera sentir, porque incluso un oscuro poema evocaría los sentimientos más comunes asociados a ella.

Sin embargo, a Akiko le resultaba complicado expresar sus sentimientos a través de la poesía incluso si se trataba de su propia familia. De haber sido una artista de la talla de Van Gogh, por

ejemplo, habría estado en disposición de crear una obra que representase a un sol extraño y suscitar así la empatía de otras personas. Pero ella no tenía forma de transformar su Venus natal y los platillos volantes que transportaban a sus emisarios en obras de arte.

Akiko demostraba cada vez menos interés en maquillarse si hacerlo era solo por complacer a los humanos. Si no tenía forma de mostrarse bella a los de su propio planeta, ¿qué sentido tenía entonces perfilarse los labios y fantasear frente al tríptico del espejo con un maquillaje que no estaba pensado para un rostro como el suyo? El color de moda ese año, el largo cambiante de las faldas, nada de eso tenía ningún sentido en su caso. Los humanos se maravillaban por su belleza, pero a ella le asaltaban las dudas, porque desde la perspectiva de Venus, quizás, solo era una chica del montón y por eso quería obtener alguna clase de evidencia de si era así o no y estaba dispuesta a pagar el precio que fuera por ello. Su sensual belleza no le proporcionaba satisfacción por mucho que todas las personas de este mundo le asegurasen lo hermosa que era. Eso, de hecho, había terminado por convertirla en una hermosura aislada carente por completo de cualquier rastro de coquetería.

El joven venusiano de Kanazawa se llamaba Takemiya. En sus cartas le insistía una y otra vez, a pesar de no haberla visto nunca, obviamente, que no le escribía con la intención de adularla. Si se había puesto en contacto con ella era solo porque tenía la capacidad de predecir la llegada de platillos volantes, si bien ese don suyo tenía unos límites geográficos circunscritos a la prefectura de Kanazawa. Si iba a visitarle a su ciudad, le decía, podía garantizarle el avistamiento de uno de esos platillos. La siguiente fecha prevista, de hecho, era el 2 de diciembre a las tres y media de la tarde. Akiko respondió afirmativamente a su propuesta a pesar de las objeciones de sus padres. Cuando su hermano Kazuo se enteró de sus planes se limitó a sonreír maliciosamente sin decir una sola palabra.

Akiko descuidaba su maquillaje en los últimos tiempos, pero para el viaje encargó ropa de terciopelo negro muy a la moda por entonces y no se olvidó de retocarse la cara de la mejor manera posible según el gusto terrestre. «La estética, al menos, estará a mi favor. Si llega a decirme que como mujer de Venus tengo un aspecto terrible, en ese caso no solo cambiará por completo mi concepto de la belleza, sino mi concepto de la humanidad, y si le gusto, bueno, al menos así comprobaré que el criterio de los humanos no es tan desatinado después de todo».

Nunca se había hecho la manicura, pero ahora incluso se había pintado las uñas de los pies de un color rosa cereza. La mujer de mediana edad que iba sentada a su lado en el compartimento del tren dormía feliz y cuando Akiko fue al vagón restaurante a comer algo, los ojos de los hombres no pudieron apartarse de ella. Era como si un grupo de astrónomos aficionados tuviera en la lente de sus polvorientos telescopios una estrella con todos sus detalles.

El cielo estaba nublado desde por la mañana, el paisaje al otro lado de la ventana empapado por la lluvia. No obstante, cuando el tren se aproximó a la costa del mar de Japón, el sol comenzó a abrirse hueco entre las nubes. Mientras contemplaba la superficie gris pizarra de la bahía de Toyama a su derecha, el sol poniente, como un horno al rojo vivo, se hundía entre pesados nubarrones por la izquierda. Hacia el interior, el horizonte seguía cubierto por una espesa capa que difuminaba la línea divisoria entre el cielo y las montañas, para hacer visibles únicamente las blancas barbas de nieve flotando en las laderas como si fueran fantasmas.

Akiko dejó boca abajo encima de sus rodillas un libro en inglés a medio leer. Examinó el lustre de sus uñas bajo los rayos de un sol a punto de hundirse en el mar. Formaban un conjunto

muy hermoso y por alguna razón se acordó de ese gusto de su hermano por la belleza exótica de las chicas humanas. Al pensar en ello sintió una mezcla de orgullo extrañamente deformado por una tenue y placentera humillación. Después de todo, sus pensamientos no eran del todo negativos.

El Cisne blanco entró en la estación de Kanazawa a las cinco en punto de la tarde, la hora exacta a la que se encendió el alumbrado público de la ciudad. Akiko había informado al joven con antelación del número de vagón, así como los detalles de la ropa que llevaría puesta. Apenas empezó a bajar la escalerilla hasta el andén escuchó una voz jadeante cerca de ella.

—Usted debe ser la señorita Ōsugi, ¿verdad?

El vagón de la parte delantera del convoy donde estaba el asiento de Akiko se había detenido en la parte descubierta del andén y allí la iluminación era escasa.

—Sí, soy yo —respondió con calma mientras terminaba de bajarse.

El joven no tardó ni un segundo en hacerse cargo de su bolso de viaje.

—Bienvenida a Kanazawa. Soy Takemiya.

En la ciudad hacía un calor inusual para la época del año y esa fue la razón de que la atmósfera de ese lugar que pisaba por primera vez no le resultara extraña, a pesar de que en el vagón del que acababa de salir la calefacción estuviera puesta. Nada sorprendió su sensibilidad desde el primer momento.

Así se desarrolló el encuentro entre dos extraterrestres cuyo hogar común estaba en el lejano planeta Venus. A ojos del resto del mundo debía parecer una cita secreta en la penumbra de un andén, pero desde una perspectiva más amplia, más universal, desde alturas celestiales muy por encima de sus dos cabezas desprotegidas de un humilde techo, era el encuentro entre la constelación del Cisne y la del gran cuadrado formada por el caballo alado de Pegaso. El tren reemprendió la marcha y con él desapareció el rumor de voces en el andén. Se instaló un gran silencio apenas roto por esporádicos alborotos. El viento nocturno soplaba con sigilo entre las señales luminosas con un rumor de hojas pisadas sin que nada lo opacase. Pareciera como si alguien se tomase la molestia de anotar los detalles de su encuentro desde un privilegiado observatorio en las alturas.

Les llevó un tiempo sobreponerse a la sorpresa causada por la belleza del otro. Akiko jamás habría imaginado que Takemiya pudiera ser un joven tan apuesto y a él le ocurría exactamente lo mismo. De cualquier modo, la juventud de Takemiya no tenía rasgos peculiares y, comparado con otros humanos de su misma edad, tampoco presentaba ningún deterioro de consideración.

Si Akiko apreciaba belleza en él, es decir, en un ser de Venus, eso significaba que su propio aspecto no podía ser poco agraciado. Más bien al contrario, teniendo en cuenta que la perspectiva era la misma. Darse cuenta de ello la hizo enormemente feliz.

El joven tenía una piel blanca sobre la cual caía un abundante cabello negro, tan brillante que parecía estar mojado. Una mirada melancólica, los labios firmes y bien delineados, complejión fuerte y actitud relajada a pesar de la corbata color granate ceñida al cuello con un nudo pequeño que daba a entender un cierto nerviosismo. Lo único en él que daba una pista de su condición no humana era un eco en el fondo de su voz fresca y resonante, una reverberación como la del roce de un material oxidado.

—He reservado una bonita habitación desde la que se ve el río Sai —le dijo—. Iremos allí en

primer lugar. Me hubiera gustado atenderla en mi propia casa, pero mi familia es numerosa y me temo que estaríamos demasiado estrechos.

—¿Se refiere a su propia familia?

Takemiya se sonrojó cuando comprendió la confusión de ella.

—No, no. Estoy soltero, por supuesto, pero a diferencia de su familia, la mía, mis padres, hermanos y hermanas, tíos y tías son todos humanos. Un verdadero problema.

Akiko le miraba a los ojos mientras hablaba. Los de la familia Ōsugi eran casi transparentes, etéreos, pero no le cabía duda de que los de Takemiya tampoco eran de este mundo. Sus pupilas eran un pedazo de cielo nocturno cristalizado y todos los elementos de la Tierra que se reflejaban en ellos parecían purificarse de inmediato al entrar en contacto con un pedazo del universo. Esos ojos revelaban un origen común, no le cabía ninguna duda.

El taxi que tomaron evitó la congestión del distrito de Korinbo y les condujo hacia el sur a lo largo de un extenso terraplén que discurría paralelo al río Sai hasta cruzar un gran puente tras el cual llegaron al hotel junto al dique. El cuarto estaba decorado al modo de una habitación de té, con una sola ventana orientada al río. Estaba caldeada y olía a incienso.

Takemiya ofreció sitio a Akiko en el lugar de honor junto al *tokonoma*⁵ para apoyar enseguida las manos sobre el tatami e inclinarse en una profunda reverencia. Su lustroso cabello sobre la frente parecía acariciar el suelo. Akiko jamás había conocido a un joven tukiota de su edad que se inclinase de ese modo. «Mi propio hermano viene de Mercurio —pensó—, y sus modales dejan mucho que desear».

La dueña entró a saludarles y se dirigió a Takemiya con aire amistoso. Las pocas palabras que intercambiaron le revelaron que practicaban juntos el canto *utai*⁶.

—¿Practica *utai*? —preguntó Akiko muy sorprendida.

—Sí, y también sabe interpretar las danzas sobre el escenario —dijo la mujer un poco rechoncha y con los cabellos ligeramente grisáceos—. Se le da muy bien, de hecho. En primavera debutó en el teatro Hosho y yo quedé eclipsada por completo.

Esa primera noche cenaron juntos en el hotel. La sirvienta les llevó unos aperitivos entre los cuales había ovarios secos de cohombro, ciruelas verdes envueltas en hojas de *shiso*⁷ y gambas en salsa dulce, todo ello decorado con una hoja otoñal de arce y acompañado de una botella de sake caliente. Akiko se esforzó sin demasiado éxito en imaginar a ese joven con su aspecto tan moderno subido a un escenario con la máscara *fukai* típica del teatro Noh cubriéndole el rostro, con una peluca larga y un quimono *tsuboori* tejido al estilo tradicional chino de color rojo.

Tras despedir a la criada se hizo evidente que a Takemiya le rondaba algo en la cabeza, si bien le llevó un rato considerable decidirse a hablar. Su rostro se iluminó finalmente con una amplia sonrisa.

—Comprendo que habrá podido sentirse muy confundida cuando ha sabido de mi gusto por la práctica del *utai*, pero eso no guarda ninguna relación con otro secreto que soy incapaz de compartir con los demás. De hecho, fue durante mi debut en la representación de *Dōjōji*⁸ cuando tuve el primer indicio de mi origen en Venus. Me doy cuenta de que puede sonar extraño, pero desde entonces todos mis contactos con extraterrestres guardan alguna relación con esa máscara de teatro Noh.

Lo peculiar de su historia despertó todavía más el interés de Akiko hasta el punto de

impacientarle esa forma tranquila y cortés suya de expresarse.

Takemiya pertenecía a una de las familias más renombradas de Kanazawa cuya residencia era una vieja casa de samuráis. Como era costumbre en la ciudad, él se había visto en la obligación de practicar *utai* aun cuando en un principio el canto no estaba entre sus intereses. Había empezado a popularizarse en los tiempos del dominio feudal, cuando el daimio constató el talento de los artesanos para el canto. Se inició así una tradición que obligaba a los *osakujigata*, es decir, a los herreros, pintores, escultores, montadores de pintura en rollo y plateros, a practicarlo en sus gremios de la ciudad intramuros. Cuando el señor regresaba de su estancia anual obligatoria en Edo, invitaba a actores de primera categoría del teatro Noh de Kioto, y de ese modo sus súbditos tenían la oportunidad de verlos sobre el escenario, dándose el caso, en ocasiones, de que él mismo se subía al escenario.

Tras la Restauración Meiji⁹, la costumbre se perdió por un tiempo, si bien no tardó mucho en recuperarse. Para entonces, incluso los jardineros y pescaderos se juntaban para practicar el arte del *utai* en los barrios donde residían. Cuando los empleados de un restaurante, por ejemplo, terminaban su jornada laboral, sin quitarse siquiera los delantales se sentaban para decidir qué pieza cantar de obras tan famosas como el *Hagoromo*. Durante la ceremonia previa a la construcción de una nueva casa, los carpinteros cantaban *chouseiden*, la sala de la longevidad, una famosa pieza, y durante los funerales o ceremonias budistas en memoria de los ancestros se entonaban las notas de *yoroboshi*, del monje vagabundo. Desde el periodo Tokugawa¹⁰, la escuela de Noh de *kaga-hosho* había enfatizado mucho la práctica de un canto sonoro de voces masculinas y solo hacía veinte años la escuela de Tokio había adoptado ese mismo estilo.

Takemiya no era de esa clase de joven con tendencia a rebelarse frente a las normas establecidas o las viejas costumbres. Desde muy niño se inclinó ante la serenidad de la belleza y nunca se sintió en absoluto decepcionado por una belleza que no cambiaba ni ofrecía salvación. Al contrario de otros niños, él fue siempre un ardiente admirador de cualquier cosa que excluyera la posibilidad de la autorredención.

Prefería la soledad, los paseos, amaba el color del mar del país del norte. Intuía que su fin sería el mismo que el de muchas otras personas enterradas en su ciudad natal. Sus pensamientos de juventud disfrutaban del consuelo de que un día le enterrarían en ese lugar, ajeno y desconocido para el resto del mundo.

La atmósfera clara y luminosa del país del norte, la decadencia con tintes de pureza y frialdad de esa ciudad famosa por la cerámica, el reflejo apacible de sus casas protegidas por tejas esmaltadas casaba bien con la silueta del viejo castillo que parecía haberse sumergido en el túnel del tiempo. A Takemiya le resultaba casi imposible el contacto con los seres humanos, con esas vidas turbulentas tan distintas a la suya. Con el tiempo, la semilla de la soledad arraigó aún más profundo en su ser y la idea de la muerte tomó un cariz grandioso, para transformarse en una suerte de sedimento de belleza en el fondo de una taza de té de porcelana de Katuni, con sus relieves decorados en bermellón y oro. Ese reflejo del oro, su interés por la muerte y por el dulce apartamiento típico de la juventud habían definido su belleza solitaria y siempre se alejaba de cualquier chica que tuviera a bien acercársele.

El entusiasmo de los jóvenes y el obstinado pensamiento «progresista» típico de las gentes del norte eran para él meras pruebas de vulgaridad, de mal gusto. Lo que a él le interesaba de veras

no era la purificación personal, los sueños excepcionales o cualquier otra cosa que pretendiese ir en contra de los tiempos. Las cosas que él consideraba esenciales para el mundo simplemente no existían y, por tanto, deberían hacerlo. Esa era la base moral de la belleza y del arte, sin duda. Su única opción, por tanto, era convertirse en artista. ¿Qué otra cosa podía hacer? Su única alternativa era superponer el mundo real y el de los sueños, hacerlo con el propósito de crear uno nuevo, una realidad de dos capas en la que cualquier cosa que existiera podría apreciarse en su forma dual.

De niño empezó con el canto *utai* con auténtica aversión, pero con el tiempo aprendió a sentir hacia esas frías y magníficas frases el mismo apego que le tenían las gentes del norte. Su estilo excesivamente decorativo en ocasiones ayudaba a equilibrar la sensibilidad oscura y el ensimismamiento típico de los largos inviernos del norte. Como sucedía con el contraste entre el estilo Kutami de cuencos lacados y ribeteados en oro demasiado pomposos y la umbría de los interiores de las casas, el canto florido ayudaba a mantener el equilibrio con la atmósfera turbia y funesta de la ciudad.

Kanazawa era también una ciudad de estrellas. El aire se mantenía transparente a lo largo de las estaciones del año y fuera de Korinbo, el único distrito inundado de neones, los astros resplandecían como gotas de lluvia tras los aleros de los tejados de cualquier casa de la ciudad. Eso no significaba, sin embargo, que Takemiya hubiera desarrollado desde niño un especial interés por la astronomía. Algunos compañeros sí acostumbraban a llevar mapas del firmamento a la escuela para hacer gala de sus conocimientos sobre las distintas constelaciones. A él, por su parte, aquello le daba igual y no le influyó especialmente, pero al pensarlo más adelante sí comprendió que ese mismo afán podía haber estado latente en algún rincón de su ser desde tiempos inmemoriales, desde un tiempo tan antiguo que era incapaz de recordarlo, porque estaba sumergido en la profundidad de su memoria como la sombra de las estrellas se sumerge bajo plantas acuáticas de un estanque. Solo cuando hizo su debut en la representación de Dojoji, esos astros se revelaron simultáneamente por vez primera en sus ojos y en su corazón.

Sucedió un mes de abril, cuando la primavera alcanzó su cénit en la región de Hakunku. Los cerezos y los ciruelos habían florecido al mismo tiempo y por todas partes se producía un tumulto de lirios, de azaleas, de melocotoneros y albaricoques. Las peculiares tejas que remataban los encuentros entre los tejados superpuestos de las viejas residencias de samuráis, unas con la imagen de un conejo a la carrera, otras con hojas de árboles, resplandecían bajo la luz del sol.

Takemiya estaba de pie frente a fríos espejos vistiéndose para la función y una vez estuvo listo esperó su turno. ¡Cuán henchido su corazón de pura tensión! Era un momento de radiante felicidad en el que estaba a punto de zambullirse en las profundidades de su propia existencia y, tal vez, fue entonces cuando tomó conciencia de cómo los escauceos y vaivenes de las notas musicales que llegaban desde el otro lado del telón parecían absorberle. La música le ayudó a zafarse de esa existencia dual que durante tanto tiempo le había llevado como en volandas a avanzar hacia una verdadera comunión con la naturaleza.

Estaba a punto de transformarse en la materia de los sueños del público y su corazón purificado ya no sentía la necesidad de soñar con ninguna otra cosa. Las puntas de los dedos de los pies, envueltas en unos *tabis*¹¹ de un blanco virginal, parecían talladas en la madera, pero finalmente se deslizaron a lo largo del puente a modo de pasillo que conducía hasta el escenario

principal.

«Con sumo placer me esforzaré para ofrecerles lo mejor de mi arte». Después de pronunciar esas palabras, el protagonista de la obra se retiró tras las cortinas para que pudieran colocarle un sombrero alto típico de la corte. Seguidamente, junto al primero de los pinos decorativos que adornaban el puente, dio inicio la sección conocida como *ranbyoshi*, una danza pautada por una variedad de ritmos mientras él repetía varias veces la misma frase.

Un pequeño tambor de mano marcaba la cadencia como si se tratara de un aliento emergido de las profundidades. Takemiya levantó el dedo gordo del pie derecho para dejar que flotase en el aire a escasos centímetros del suelo. Con el abanico en la mano derecha, alzó sutilmente el brazo y empezó a ejecutar los complejos y lentos movimientos de la danza durante un intervalo de alrededor de veinte minutos. Una enorme campana de un púrpura adamascado colgaba en mitad del escenario como símbolo de un gran sufrimiento.

Una vez más sonó el golpe del tambor acompañado en esta ocasión de un intenso acento en el recitativo, como si se tratase de un inesperado y violento vendaval soplando sobre un extenso campo. Tras los minúsculos agujeros en los ojos de la máscara *fukai* que portaba Takemiya, el mundo exterior entrevisto al otro lado se había convertido en un lugar carente de sentido. La danza, enraizada en viejos rituales de los sacerdotes medievales, dependía por entero de los gritos proferidos por los músicos, que favorecían el movimiento del pie en sincronía con los golpes del tambor. El actor debía mantener un ritmo constante regulando su respiración...

La parte interior desgastada de la máscara rozaba sus pómulos sudados y su aliento constreñido en ese minúsculo espacio producía la impresión de intoxicarle con los efluvios del infierno. A pesar de que sus ojos captaban las tenues luces del escenario, se creía sumergido en una vasta oscuridad tras la máscara. Los toques del tambor le llegaban como los golpes del viento seco de invierno y alcanzaban las profundidades de esa oscuridad.

Al tomar conciencia de ese espacio en sombra tras la máscara vivió una perturbadora experiencia. La superficie externa de la máscara que él no podía ver se había transformado en su nuevo rostro. El antiguo, el suyo verdadero, sumergido en las tinieblas, había dejado de pertenecerle, se había convertido en un algo sin conciencia que al emerger de las profundidades de una memoria desconocida debía enfrentarse a una bruma infinita.

Su cuerpo entero se había empapado de música: los *tabis* inmaculados, el cristalino vacío en las profundidades de su corazón, que había brotado debido al esfuerzo constante por mantener el equilibrio. Se hallaba en el centro mismo de la belleza cuando, de pronto, el mundo apenas entrevisto a través de los orificios de la máscara se transmutó en algo distinto.

La campana adamascada con su ligero balanceo en lo alto de la escena, la luz crepuscular del escenario y del patio de butacas desaparecieron en determinado momento y fue en ese instante cuando se asomó a otro mundo tras la máscara. Creía avanzar despacio, un paso tras otro, a lo largo de una planicie sumergida en la penumbra, atento al rumor del viento. Había recorrido una considerable distancia y notaba las piernas cansadas. A pesar de todo, la médula misma de su existencia, la extraordinaria intimidad del hogar habitado por su ser más esencial, quedaba al otro lado de esa oscuridad. Continuó su camino. Las notas de una terrible música resquebrajaban el aire. Los ocasionales arrebatos de una flauta le atravesaban como llamaradas caídas sobre su espíritu... Caminó. Cuanto más se acercaba a su destino más se abrían los agujeros de los ojos de la máscara y la luz que brotaba de ellos alcanzaba a disipar las tinieblas delante de él.

Debió de ser con la melodía de la flauta cuando se le apareció una estrella en la mente. El sonido delicado del instrumento se le antojó un hilo de luz llegado de la estrella y que lo alcanzó después de atravesar el espacio. El sonido entrecortado, sus intermitencias le llegaban a los oídos y al hacerlo la luz de ese alba parecía perder intensidad. Se convenció de que el sonido de la flauta era, en realidad, la luz del lucero del alba. ¿Qué otra cosa podía ser?

Lentamente, sin margen para la equivocación, su hogar se hacía visible. Llegaba hasta él de repente. El mundo que atisbaba a través de la máscara resplandecía. Era Venus.

—¿Y qué pasó entonces? ¿Cómo es Venus? —preguntó Akiko atropelladamente.

—No sé cómo describirlo con palabras —respondió él con una sombra que le cruzaba el rostro—. Era un lugar magnífico. De verdad, no encuentro las palabras. Supongo que es lo que podría llamarse «belleza», la belleza en su forma más pura.

—Pero ¿cómo es? ¡Cuénteme lo que vio!

—Debería usted saberlo, señorita Ōsugi. Venus es su hogar.

Takemiya guardó un solemne silencio y Akiko no tuvo el arrojo de insistirle. Poco después continuó con su historia.

Fue a partir de aquel día cuando Takemiya sospechó de su origen venusiano. No tenía la certeza absoluta, pero una semana después de la actuación fue al barbero y hojeó una revista donde leyó un anuncio: «Si está interesado en Θ , nos gustaría mucho saber de usted. Unamos nuestras fuerzas en la Asociación para la Amistad Universal con el fin de lograr la paz en el mundo».

Él no sabía nada de ese tipo de asuntos, pero la intuición le dijo que esos dos círculos concéntricos, el interior pintado en negro, guardaban relación con los platillos volantes. Y ese fue el inicio de su largo intercambio de cartas con Akiko. Espoleado por las certezas de ella, dado que nunca puso en duda sus orígenes en Venus, terminó por hablarle de sus sospechas en ese sentido. Por el contrario, no le habló de su experiencia con la máscara de Noh, convencido de la dificultad de hacer entender a alguien una cosa así aun cuando había vuelto a vivir cosas semejantes en otras ocasiones. Se colocaba la máscara *fukai*, un verdadero tesoro de la familia, y oía una lejana voz llegada del espacio exterior.

La máscara era una obra maestra atribuida a Echi, un famoso artista cuyo nombre derivaba del monasterio de Echiyama, en el antiguo dominio de Echizan. Yoshifune Echi disfrutó de una considerable fama a finales del periodo Muromachi¹² gracias a sus máscaras para el teatro Noh.

Takemiya había tomado por costumbre encerrarse en su cuarto para ponerse la máscara y con el tiempo llegó el día en que escuchó una voz que le anunció el día y la hora de la llegada de un platillo volante. Exactamente, el 16 de junio a las ocho de la tarde. Tres platillos volantes, para ser precisos, que se dejarían ver sobre las dunas de Uchinada. Acudió al lugar a la hora convenida y en el cielo encontró aquellos objetos como si fuera la cosa más natural del mundo.

Desde hacía mucho tiempo, Takemiya menospreciaba el discernimiento de los seres humanos y por eso le ocultó todo a su familia. Celoso de su secreto, regresó en otras ocasiones al lugar exacto y a la hora anunciada para saludar de nuevo a los objetos voladores.

El día siguiente iba a ser la primera vez que acudía a su cita acompañado de alguien, de Akiko.

En ese punto, la larga historia de Takemiya llegó a su fin. Akiko dejó escapar un profundo suspiro. Era un relato salpicado de anécdotas que habría hecho las delicias de cualquiera, pero

para ella constituían pruebas fehacientes de la existencia de un poder desconocido, motivo por el cual sentía hacia él una profunda empatía. Takemiya había visto platillos volantes. Los había visto de verdad, con sus propios ojos. «Si no existieran deberían hacerlo», le había dicho también. Los objetos voladores, los hechos extraordinarios relacionados con ellos, se le habían presentado de acuerdo con una determinada estética, lo cual evidenciaba un planteamiento y una experiencia en las antípodas de las del padre de ella. Akiko estaba convencida de ser de Venus. Su padre de Marte. ¿Acaso la perspectiva de Marte (el único motivo que les ligaba como familia) era lo suficientemente fuerte como para imponerse a la de Venus?

Jūichirō se entregaba en cuerpo y alma a la causa de la paz en el mundo, pero Takemiya no daba muestras de interesarse lo más mínimo por los demás. Para él, el mundo solo era una gran mentira y lo único en lo que creía era en la existencia de platillos volantes y en la incomparable belleza de Venus. Akiko y él eran la prueba evidente de las bendiciones de ese planeta cuando allí tan solo era lo normal.

Takemiya se disculpó por haberse extendido tanto. Ella debía estar cansada del viaje y le dijo que iría a buscarla a la diez de la mañana del día siguiente. En cuanto se marchó, Akiko se dio un baño y contempló detenidamente su proporcionado cuerpo de piel blanca, agradecida por los materiales con los que Venus la había formado. Esa noche cayó en un profundo y agradable sueño.

*

A la mañana siguiente disponían de tiempo de sobra antes de ir a las dunas de Uchinada. Como el tiempo acompañaba, Takemiya quiso enseñarle la ciudad. Caminaron por el distrito de Korinbo, vacío a esas horas de las multitudes típicas de los sábados. Desde allí se dirigieron a la famosa puerta del santuario de Oyama, algo retirado de la avenida principal por donde circulaban los tranvías.

A ojos de cualquier observador caminaban como haría una pareja de novios y las personas con quienes se cruzaban no podían evitar girar la cabeza repetidas veces para admirarles. ¿Qué razón iba a tener nadie de pensar que no eran novios? Daban la impresión de ser forasteros en la ciudad sin ningún reparo en mostrarse.

Akiko se sentía feliz. Takemiya le había causado una óptima impresión la noche anterior y la luz del nuevo día no la había arruinado. El cielo estaba completamente despejado y, a pesar de estar en pleno centro, el aire traslúcido les atravesaba la piel. No había rastro en ellos de esa viscosidad tan característica de la sensualidad humana. El cielo de invierno era una lámina perfecta de un azul puro y absoluto.

—Ayer, cuando la vi bajar del tren, pensé que era usted la persona a la que he estado buscando durante mucho tiempo. Estoy convencido de que es gracias a Venus, ¿no le parece?

Takemiya tenía la virtud de hablar con aire desenfadado de asuntos de una gran trascendencia.

—Yo también lo creo —dijo ella.

Al admitirlo les invadió una sensación de orgullo, como si se elevaran de repente a alturas celestiales adornados con delicadas guirnaldas. La conversación le proporcionó argumentos para ventilar su desesperación por la fealdad del mundo, su desdén hacia los humanos. Dicho de otro modo, se embarcaron en una conversación hipócrita movidos por motivos impuros con el fin de

transformarla en otra que, esta vez sí, siguiera las leyes del cielo aun cuando las palabras que usaban eran idénticas.

¡Qué sorprendente resultaba el hecho de conversar de un modo que replicaba a la perfección el discurso humano! Usaban un hermoso lenguaje sazonado siempre de sorna, de palabras de amor trilladas envueltas en un forro plateado de desdén. Si Takemiya le hubiera dicho de pronto que la quería no le habría sorprendido en absoluto, porque ella habría interpretado su declaración como un doble sentido retórico y humorístico cuyo significado subterráneo era el de compartir la hermandad celestial y el desprecio por la humanidad.

Llegaron a la peculiar puerta del santuario. Se había diseñado y construido en el año 1895 bajo la supervisión de un tal Holtman, un arquitecto holandés, y constituía uno de los raros ejemplos de un estilo que se podía calificar de exótico. Se dividía en varias secciones en altura, pero no lograba transmitir una impresión de nobleza. Unos leones chinos flanqueaban la puerta para otorgar protección a una estructura de apariencia un tanto infantil que no recordaba el palacio del dragón bajo el agua de la vieja leyenda japonesa. Los tres arcos de ladrillo que la completaban estaban separados entre sí por una cenefa en piedra que emulaba las pinturas tradicionales con motivos de pinos y grullas, con numerosas insignias de ciruelos chinos aquí y allá, mientras que en la parte superior, en unas ventanas de estilo holandés, destacaban unos vidrios verdes y rojos. Tras ellos se habían colocado en tiempos unas lámparas de cobre de brillo tan intenso que servían como marcas de navegación para los barcos que surcaban las aguas del mar de Japón.

—¿Sabes? —dijo Takemiya mientras golpeteaba con sus delicados dedos los pilares blancos y marrones de la puerta—, este lugar siempre me ha hecho pensar que el verdadero objetivo del arquitecto era el de construir un faro con una señal en cinco colores. Seguro que los japoneses de la época lo empujaron a hacerlo así porque tenían un gusto horrible que mezclaba la tradición china con la occidental, muy de moda por entonces. Pero yo creo que el corazón de ese hombre latía conmovido por la melancolía infinita de las noches de este mar del norte. Tal vez él también vio platillos volantes, quién sabe. Tal vez se encerraba tras esos cristales para intercambiar señales luminosas con esos objetos que sobrevolaban el mar y por eso creó ese ingenio multicolor.

—Supongo que por aquel entonces estabas en Venus, ¿verdad? —le preguntó ella tuteándole por primera vez.

—Y tú también.

En sus corazones aumentaba la tensión provocada por el continuado esfuerzo que hacían para determinar el origen último de sus sentimientos. Cualquiera cosa que despertase su simpatía, por pequeña que fuera, podía ser rastreada hasta su raíz en Venus: el hecho de pedir lo mismo en la cafetería donde se sentaron, sin ir más lejos, el jarrón de porcelana de Kutani expuesto en una tienda que tanto les había gustado, su complicidad cuando leyeron el cartel de un supermercado donde se anunciaba que allí se vendía felicidad, sus pasos sincronizados al subir los escalones del santuario. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más notaban cómo tiraba de ellos un hilo invisible conectado a Venus.

Takemiya detuvo un taxi y le pidió que los llevase hasta al parque de Kenroku. Era un lugar de visita obligada para quienes llegaban a la ciudad por primera vez. La entrada estaba frente a la imponente torre vigía pintada en blanco del castillo de Ishikawa y sobre los senderos empedrados

a sus pies yacían hojas de todos los colores. Ascendieron una suave pendiente hasta un lugar elevado cubierto por un bosque.

Akiko estaba abrumada porque notaba cómo cada paso le conducía a un lugar familiar, en absoluto desconocido. Incluso los árboles que flanqueaban el camino a izquierda y derecha conservaban las huellas visibles de viejos recuerdos adheridos a sus troncos como si fueran líneas trazadas por un lápiz que ninguna goma había logrado borrar del todo. Las ramas de los pinos vueltas hacia el cielo evocaban imágenes familiares de tiempos remotos.

Llegaron al borde de un estanque llamado Kasumigake poblado de cisnes que jugaban en el agua. En ese lugar, las intuiciones de Akiko terminaron por confirmarse.

—Estoy segura de haber estado aquí en otra ocasión —dijo.

—Pero es la primera vez que vienes a Kanazawa, ¿verdad? —le preguntó él—. ¡Ahora lo entiendo! Seguramente recibes de algún modo todo lo que se me pasa por la cabeza.

De ser cierto, eso significaba que en Venus no existía la soledad. Su padre no se habría sentido tan desamparado de provenir del mismo mundo, pero, para su desgracia, era de Marte. Takemiya y Akiko compartían, por tanto, infinidad de recuerdos.

No obstante, los recuerdos que ella guardaba en su memoria de él no se remontaban tan lejos como Venus, ni siquiera alcanzaban cosas pequeñas de la vida diaria de Takemiya en la Tierra. Se limitaban a paisajes que le gustaban, a una especie de memoria lírica. Era lógico, después de todo, que le gustara tanto aquel estanque, porque para Akiko era la imagen viva de una excepcional calma mezclándose con recuerdos familiares íntimos e impresiones recientes.

En el estanque nadaban tres cisnes, cada cual con el pico orientado en una dirección distinta. La habitación de té anexa al restaurante Uchihashi-tei, suspendida sobre las aguas del estanque por unos pilares de piedra, refulgía a causa de la blancura del papel de los *shojis* cerrados. Cerca de la linterna decorativa de piedra, un arroyo de agua pura alimentaba el estanque día y noche. ¡Qué verdor el de los pinos en la encantadora islita en mitad del estanque! Incluso las esteras de paja que protegían sus troncos de la nieve parecían vibrar al contacto con la luz...

Todo rastro humano había desaparecido de la vista y los elementos que formaban esa naturaleza artificial resultaban en una armonía nada desdeñable. Rasgos humanos como el odio, los celos o el egoísmo quedaban excluidos de ese paisaje cuya atmósfera transparente era la perfecta reproducción de la paz celestial.

Takemiya se preguntaba en ocasiones si no le hablaba en un tono demasiado familiar, pero a ella no parecía disgustarle en absoluto. Si no la tomó del brazo o le dio la mano no fue por un sentido de la discreción, de la cortesía o el decoro. Sus corazones estaban tan próximos el uno del otro que no había necesidad de que su piel se rozase. ¿Y si la relación física venía moldeada desde el principio por la unión sensual de las mentes y servía solo para compensar la desesperación?

Sus corazones contemplaban el paisaje formado por todos los elementos de la belleza, el lento discurrir de los cisnes sobre el agua, el cielo reflejándose en la superficie, las flores rojas y blancas de las camelias. Ni siquiera las palabras eran necesarias. Sentarse a descansar en un banco al borde del estanque constituía una muestra de perfecta sincronía. Si Akiko quería descansar un poco y se levantaba cuando había recuperado ese estímulo tan característico de los viajeros, los dos lo hacían al mismo tiempo.

Se alejaron del estanque y cruzaron un puente construido con piedras traídas de las montañas

de los alrededores cortadas en forma de caparazón de tortuga, dispuestas hasta formar la imagen de una bandada de gansos en formación de vuelo. Salieron por la parte del riachuelo donde las hojas amarillentas de un cerezo centenario se agitaban temblorosas con la brisa. Desde allí se dirigieron al mirador de la colina orientado al noroeste y Akiko disfrutó de todo cuanto le mostraba y explicaba Takemiya.

Era el placer del viaje en su forma más pura. Akiko saboreaba la emoción de estar lejos de los asuntos cotidianos del mundo, de su familia en Hanno, de esas existencias llegadas de planetas distintos, cada cual con su propio carácter y forma de pensar. Le alegraba también sentirse muy lejos de las amenazas cotidianas a su *pureza* que debía enfrentar en la ciudad.

—¡Qué bien me siento! Hace un día tan agradable con esta brisa tan fresca.

Akiko se había guardado el pañuelo en el bolso y su cabello sutilmente perfumado con aceite aromático se mecía al viento, que lo enredaba mientras sus orejas bien formadas se enrojecían. Sus facciones podían resultar frías para muchos, pero bajo la cálida luz del sol la frialdad parecía fundirse.

—De niño, cuando llegaba la primavera, iba a menudo a recoger brotes de helecho comestibles —le contó Takemiya mientras señalaba las suaves pendientes al noreste del monte Hōdatsu, más allá del río Asano.

En realidad, la gente de la ciudad conocía al monte como *mukoyama*, es decir, el monte de allá, del otro lado, y un poeta local cambió los ideogramas para que se pudiera leer también así, es decir, como la montaña (*yama*) de los sueños (*mu*) fragrantés (*ko*). Cerca de la cima destacaba un edificio blanco que albergaba un sanatorio. Más abajo, donde brillaban los viejos tejados esmaltados de las casas de Kanazawa, junto a un templo majestuoso, se levantaba el edificio nuevo de una escuela secundaria. No podía haber otro lugar donde los postes eléctricos, con toda su maraña de cables, desentonaran más que allí. Sobre el edificio de ladrillo blanco construido al estilo de Meiji que albergaba un banco, el caos de los cables alcanzaba tal extremo que producía la impresión de un espejo roto, y en la calle el tendido del tranvía pintado en rojo y amarillo se extendía a lo largo de las vías de una calle sumergida en la atmósfera típica de un día despejado de invierno.

—¡Qué ciudad tan bonita! —exclamó Akiko—. Tengo la sensación de vivir aquí contigo hace tiempo.

—¿Significa eso que te gustaría vivir aquí conmigo en el futuro?

Sorprendida por la pregunta, no pudo evitar mirarle a los ojos, si bien en su rostro seguía sin aparecer rastro alguno de emoción. A Akiko no le quedó más remedio que traducir la conversación según las reglas gramaticales del cielo. Lo que le preguntaba, en realidad, era si tenía la intención de vivir con él en este planeta.

—En el futuro... Pues sí, por un breve periodo de tiempo, hasta que este lugar salte en pedazos —dijo ella con su voz fresca y refinada.

—Mira, ahí está Kahokugata —señaló él en dirección norte donde se intuía vagamente la presencia del mar.

Hasta llegar allí se extendía una llanura de color amarillento iluminada por el sol y en la distancia brotaban de las chimeneas de las fábricas esparcidas aquí y allá columnas de un humo irreal. El horizonte difuminado a pesar del cielo despejado parecía la extensión de los campos secos bajo el sol.

*

Regresaron a Korinbo y almorzaron en un pequeño restaurante llamado Casa de Té Tanuki. Se acercaba el momento de acudir a su cita en Uchinada. Akiko sacó la guía de viaje y la abrió encima de la mesa.

—¿Cómo vamos a ir hasta allí? —le preguntó—. Al parecer llega el tren de la línea Awasaki y el autobús de la línea Hokutetsu.

Akiko sintió como si hubiera cortado de repente la corriente de simpatía que fluía entre ambos desde por la mañana. No porque en el rostro de él se hubiese dibujado un gesto difícil de interpretar, sino porque dirigió sus ojos hacia los posos turbios y amargos en su taza de café.

—Bueno, tal vez podríamos ir en taxi —propuso—. Podemos pedirle que nos espere durante una hora.

Sus palabras ayudaron a que la corriente fluyera de nuevo. Si se había interrumpido era solo atribuible a Akiko. Una existencia originaria de Venus no podía albergar ni por un segundo uno de esos pensamientos mundanos que tanto atribulaban a la gente. Esa y no otra era la causa de que el lazo invisible que les unía se hubiera roto momentáneamente. Después de todo, Akiko había traído consigo una considerable suma de dinero que le había dado su padre para el viaje. Podía tomar un taxi sin necesidad de pensar siquiera en ello. Podía pagar la carrera y mucho más. Mientras lo pensaba, cayó en la cuenta de que Takemiya no había pagado un solo céntimo desde por la mañana. Las cosas habían sucedido así con toda naturalidad. Una vez más, volvió a pagar la cuenta del almuerzo. Por supuesto también pagó el taxi.

El trayecto hasta Uchinada duraba cerca de media hora desde el centro de la ciudad. De camino hasta allí, el río Asano se dividía en dos y una de sus corrientes se dirigía hacia el mar de Japón mientras la otra lo hacía en dirección a Kahokugata. El taxi circulaba en paralelo a la desembocadura del río por la misma ruta del autobús.

Habían dado las dos de la tarde cuando se subieron al taxi. Había estado despejado todo el día, pero el cielo inestable de la región de Hokoriku se cubrió de nubes negras a medida que el vehículo atravesaba la ciudad. En apenas unos minutos, las nubes cubrieron la mitad del cielo y cuando llegaron a la parte inferior del curso del Asano, allí donde los arrozales lo teñían todo de amarillo, incluso las piedras en el lecho del río parecieron ennegrecerse. En cualquier caso, no parecía que fuese a llover enseguida.

Cuando la suave pendiente del monte Houdatsu apareció por la derecha bajo los nubarrones, guardaron silencio, con su mente puesta en el mar cada vez más próximo, así como en el momento sagrado que les aguardaba.

Akiko se acordó de los repetidos intentos de contacto de su padre, del frío de aquella madrugada en la cima del monte Rakan. También de Venus alzándose majestuoso en el cielo blanquecino del alba como si señalara una esperanza perdida.

La familia Ōsugi podía haberse zafado de la soledad en el mundo de los humanos, pero no así de la soledad interplanetaria, pues ninguno de ellos había alcanzado a ver un platillo volante en compañía de otro. Akiko guardaba silencio como si se debatiera entre dos sentimientos contradictorios, el de sentirse afortunada por su nacimiento en Venus y el de la inquietud que le provocaba la posibilidad de que esa felicidad pudiera romperse al cabo de unos pocos minutos. Comprendía que el silencio de Takemiya se debía a esa misma inquietud, a esa misma tensión.

—¡Mira, las dunas! —anunció él de pronto en un tono frío, casi metálico, mientras señalaba los montículos al otro lado de la ventanilla del coche.

Estaban cerca. El conductor, temeroso de que las ruedas pudieran trabarse en la arena, los dejó a una considerable distancia. Caminaron a lo largo de una carretera ancha que conducía directamente al mar y que se abría paso entre un campo árido sembrado de cebollinos y otro de crisantemos. Era una carretera firme sin ninguna diferencia respecto a cualquier otra. De todos modos, si querían contemplar sin obstáculos el perfil de las dunas no les quedaba más remedio que seguir caminando. El mar no era visible desde esa distancia y a ambos lados se extendían monótonos pinares plantados de ejemplares jóvenes. En poco tiempo, en cuanto el camino empezó a elevarse, vieron por primera vez la línea de un mar teñido de negro y, a la izquierda de la colina, una sucesión de delicadas ramas de acacias que en su desnudez parecían querer pinchar el cielo entreverado de rayos de luz. Los troncos de los árboles reflejaban una luz melancólica, la que llegaba desde la línea de un horizonte que se cubría poco a poco con nubes de un aspecto sagrado por cuyos huecos se filtraban poderosos rayos de luz que terminaban por estrellarse contra la superficie del mar.

Del bosque y de las colinas emanaba una inexplicable fuerza que ejercía su atracción sobre Akiko. Las ramas grises de las acacias no desentonaban con el verdor circundante.

—¿Por qué no subimos a esa colina? —preguntó Akiko.

Takemiya vaciló y miró el reloj.

—Está bien. Aún tenemos tiempo, pero no podemos retrasarnos, porque a veces llegan antes de lo previsto.

Era exactamente el mismo argumento de su padre la madrugada del monte Rakan y oírlo le provocó una considerable ansiedad. Le dominó un sentimiento mezcla de tristeza y desilusión y, sin esperar a su ayuda, corrió hacia arriba. Takemiya no tuvo más remedio que seguirla. En cuanto alcanzó la cima se dio cuenta de que no era gran cosa. Había tocones de árboles cortados por todas partes y muchos de ellos yacían en el suelo como huesos de animales gigantes. Takemiya se quedó de pie con las manos en los bolsillos del abrigo sin saber bien qué hacer.

Akiko comprendió que la ilusión poética de fuerza que creía haber sentido solo había sido una equivocación. En realidad, había renunciado unos instantes a la búsqueda de la poesía universal para centrarse en un único verso romántico. Al darse cuenta, le molestó hasta el canto de los gorriones posados en las ramas de los árboles, el propio bosque reseco y desnudo. Nada tenía sentido. Pero seguía esperando algo. ¿El qué? ¿La aparición de platillos volantes? ¿Otra cosa, tal vez? No alcanzaba a entender el reflejo del bosque desolado en su corazón y, a pesar de ello, en su interior gritaba sin reservas: «¡Soy feliz! ¡Soy libre de nadar en la pureza, de hacerlo con total libertad! ¡Qué lejos están de mí todas esas absurdas costumbres de los seres humanos!».

Descendieron y caminaron sobre las dunas con el mar al fondo cuando ya habían pasado las tres. No había rastro de trabajadores, pero en un cartel al borde del camino se leía:

COMUNA DE UCHINADA. DISTRITO DE KAHOKU.

RESTAURACIÓN INTEGRAL DEL ÁREA DE EJERCICIOS DE TIRO DE UCHINADA PARA LA PLANTACIÓN DE UN BOSQUE REGENERATIVO COMO BARRERA DE VIENTO.

INICIO DE LAS OBRAS: AGOSTO DE 1961.

FINALIZACIÓN PREVISTA: MARZO DE 1962.

Los ojos de Akiko resplandecieron. Comprendió la razón de tantas manchas de huellas de camión en dirección a la playa.

—Ahora lo entiendo —dijo—. Existe una relación entre este lugar y los platillos volantes. El Ejército de los Estados Unidos usó este lugar como campo de tiro de artillería durante la guerra de Corea y ahora plantan el bosque para remediar todo el mal y todo el sufrimiento causado en ese sangriento conflicto. Las naves se dejan ver aquí para que se entienda su significado simbólico. Es un mensaje de paz.

—No estoy muy seguro de eso —replicó Takemiya sin dejar de sacudir la cabeza—. No lo creo. No veo la conexión entre la absurda historia humana y mis platillos volantes. Yo creo que simplemente les gusta el mar del Norte.

Akiko no respondió. A partir de ese momento todo dependía de la aparición de los platillos volantes. Las famosas dunas gigantes se habían parcelado en grandes cuadrados, protegidos del viento con vallas de bambú para evitar así que los árboles recién plantados se echaran a perder, y se extendían hasta donde alcanzaba la vista. En la arena se mezclaban restos de tejas con pequeños guijarros allí por donde pasaban los camiones. En alta mar se veían las crestas de las olas, pero la orilla estaba tranquila, a pesar de lo cual se oía el rugido en la lejanía.

Se sentaron en el suelo y apoyaron la espalda en una de las vallas. Las nubes se amontonaban y el agua de color gris verdoso producía la impresión de estar muy fría. Solo a través de una pequeña porción de cielo hacia el oeste se filtraba la luz y justo debajo el verde se tornaba púrpura oscuro. Más a la derecha emergía el extremo de la península de Noto. Las nubes cambiaban de forma a cada instante y en la lejanía se oían los graznidos de los cuervos.

El viento no era lo suficientemente recio como para levantar la arena, pero sí lo bastante como para susurrar algo en sus oídos.

Se acomodaron uno al lado del otro. Se abrazaron sus respectivas rodillas. Notaron la temperatura corporal del otro a través de la ropa, incluso el palpito de su corazón. Ya fueran de Venus o de la Tierra, eran seres vivos que olían a seres vivos. Su carne podía ser exquisita, pero no por ello dejaba de ser carne. ¿Qué importaba eso? Sus corazones latían al unísono y la conexión que habían alimentado desde la mañana tomaba forma ahora como una peonza girando sin parar. No había nada más que aguardar, sólo quedaba disfrutar del momento.

¡Qué otra cosa podían esperar!

El silencio del mundo. La lejanía de los hombres. El mar del Norte agitado, bramando, inmutable como la propia muerte. Una estela dorada que descendía del cielo, la belleza de ambos...

Akiko vio un punto de luz parpadeante tras la espesa capa de nubes negras y sacudió a Takemiya por el hombro para advertirle. El punto se duplicó enseguida para triplicarse poco después. Aumentaban de tamaño y descendían sobre el mar. Volaban en formación y solo cuando se acercaron a ellos en diagonal pudieron ver con toda claridad por primera vez las siluetas de los platillos volantes. La mitad de su superficie brillaba con el reflejo de la luz del oeste. Se apreciaba a simple vista la suave rotación de las secciones superiores de color verde. Volaron sobre el mar durante cuatro o cinco segundos y después se detuvieron por completo para mutar en tres enigmáticas pupilas entre las nubes negras... Seguidamente temblaron con mucha intensidad y sus fuselajes se tornaron color albaricoque, como si estuvieran incandescentes. Se elevaron hacia el cielo a una velocidad imposible y desaparecieron de la vista.

-
5. Espacio decorativo en la habitación principal de las casas japonesas.
 6. Canto del teatro Noh.
 7. *Perilla frutescens*. Hoja comestible habitual en la dieta japonesa.
 8. Obra del teatro Noh de autor anónimo.
 9. De 1868 a 1912, supuso el fin del sistema feudal en Japón y el comienzo de la modernización del país.
 10. De 1603 a 1868.
 11. Se trata de una especie de calcetines blancos que se visten con el kimono o la ropa ceremonial con el dedo gordo del pie separado del resto.
 12. De 1338 a 1573.

Akiko regresó a casa sana y salva para alivio de sus padres, pero se cuidó de no contarles nada sobre los platillos volantes que había visto con Takemiya. Lo decidió así porque le preocupaba herir el orgullo de su padre y también porque lo consideraba un secreto exclusivo de los originarios de Venus. Tampoco ellos le preguntaron nada, pues debieron interpretar su silencio como la prueba evidente de que las expectativas de Takemiya no se habían cumplido. Temían hacer algún comentario al respecto, señalar su fracaso y con ello inclinar su corazón hacia el lado del chico... Se cruzaban en la casa sin llegar a tener contacto físico, como si reprodujeran los movimientos de las constelaciones.

Llegó Año Nuevo. Jūichirō les habló de un llamativo fenómeno que, con toda probabilidad, tendría lugar muy pronto en el cosmos. De hecho, era una predicción con criterios científicos, pero trascendente también para el mundo de la astrología. A partir del 3 de febrero y durante un periodo de cinco días, ocho cuerpos celestes, el Sol, la Luna, Marte, Venus, Júpiter, Saturno y Mercurio, además del planeta invisible Ketu, convergerían en Capricornio, el décimo signo del zodiaco. Era la primera vez que se iba a producir un alineamiento como ese desde hacía cuatro mil novecientos setenta y cuatro años.

—Al parecer, en la India están muy preocupados porque para ellos ese momento señala el fin del mundo —dijo Jūichirō sin andarse con rodeos y un tono de voz calmado—. Para nosotros, ocupados como estamos cada uno con nuestras cosas, va a ser la ocasión perfecta de sentarnos por fin en el salón después de mucho tiempo sin hacerlo. Yo, por mi parte, espero muy ilusionado ese suceso tan extremadamente raro...

Kazuo les habló de un encuentro fortuito de ese mismo día. Se había encontrado con un antiguo compañero de primaria a quien no veía desde hacía siete años. Más tarde, cuando volvía a casa en tren, alguien le dio un golpecito en el hombro y resultó ser otro de sus compañeros de primaria.

—¿De verdad piensas que ha sido una casualidad? —le preguntó a su padre con gesto sagaz.

—La casualidad es una palabra inventada por los humanos para maquillar su ignorancia, para darle a las cosas un aspecto más presentable.

»La inevitabilidad definitiva, un concepto que supera la comprensión humana, suele cubrirse a sí misma con una gruesa capa, pero la coincidencia señala ese momento cuando de pronto descubre una parte de carne desnuda. Quizás la forma máxima de inevitabilidad definitiva con la que ha luchado el conocimiento humano es, precisamente, el movimiento de los cuerpos celestes. Pero la inevitabilidad de un orden aún más elevado y exquisito queda oculta a sus ojos y solo puede suponerse mediante un gran rodeo: el método religioso. El hecho mismo de que los líderes religiosos lo llamen misterio mientras los científicos lo describen como coincidencia confirma la naturaleza oculta de la verdadera inevitabilidad. Los cielos simplemente la cuelgan delante de los seres humanos con métodos traviosos y frívolos para dar la impresión de que se trata de algo

poco importante. Los humanos son muy simples, superficiales, criaturas inherentemente banales, de manera que les alegra mucho aferrarse a una filosofía seria, a los asuntos urgentes del día o a cualquier otra cosa que les parezca que merece la pena. Pero cuando se trata de cuestiones en apariencia ridículas y sin sentido, le ofrecen la atención que creen se merecen. Por eso están destinados a permanecer eternamente ciegos ante la inevitabilidad celestial. Por esa razón interpretan las huellas dejadas por esa inevitabilidad celestial como meros accidentes.

»Los amantes a menudo terminan encontrándose por coincidencia. Probablemente no es tan extraño, pero quienes se odian y ni siquiera soportan estar cerca suelen encontrarse a menudo por casualidad. En el campo de la ética humana, estos dos ejemplos están relacionados en el sentido de que, bien a través del amor, bien a través del odio, la gente con una conexión mutua inevitablemente se encuentra por coincidencia. La ética humana nunca ha llegado más allá. Pero los extraterrestres tenemos una perspectiva a vista de pájaro y nuestro campo de visión es mucho más amplio. Desde nuestra perspectiva, los humanos se encuentran tantos extraños sin relación alguna con ellos, ya sea en el día a día, en el tren o en la ciudad, que el número de personas a las que encuentran con quienes sí tienen una conexión palidece hasta quedar reducido a la insignificancia. El milagro es que no sea tan raro reencontrarse con alguien a quien, con suerte, solo han visto una vez en su vida. Lo que describe las coincidencias que se han desarrollado hasta nuestros tiempos es una inmensa e invisible red de inevitabilidades. Solo los budistas han adquirido cierta comprensión de ese fenómeno y lo expresan con bellas metáforas: «La sombra de un árbol y la corriente de un río están determinadas por los hechos de una vida pasada». También dicen: «Hasta el sencillo acto de sacudirse las mangas viene ordenado por una existencia previa». Esa visión demuestra el modo en que las estrellas han imprimido sus tenues rastros en el carácter humano. Admite el distante reflejo del sutil movimiento de los cuerpos celestes, pero, de hecho, también implica que estamos atrapados en un caos aún mayor de inevitabilidad definitiva...

»Dado que no existe una diferencia sustancial entre el desorden de la Tierra y la armonía celeste, nunca caemos en la desesperación. Una bella joven con gustos de otros tiempos toca el *koto* en una habitación separada del resto de la casa. En ese mismo instante, un joven electricista que trabaja en lo alto de un poste situado a solo tres manzanas de allí se precipita al suelo y muere a causa de la caída. Al mismo tiempo, unos niños que juegan en el arenero del jardín de su casa encuentran una preciosa canica con los colores del arcoíris que habían perdido el año pasado; una mujer se seca el pelo junto a la ventana después de habérselo lavado cuando una elegante mariposa se posa encima y deja una sutil huella de polen amarillo en un mechón... Todas esas conexiones milagrosas ocurren en silencio, inadvertidas, en cualquier sitio en el intervalo de unos pocos minutos de, digámoslo así, una preciosa mañana de primavera. El arrebató de la música, la muerte, el hallazgo de un tesoro perdido, la veleidad de un deseo sin trabas... y todos esos grandes acontecimientos de tiempos pasados que los humanos creen tejidos entre sí a través de la inevitabilidad son, en realidad, el resultado de los mismos materiales básicos. Y cada uno de esos materiales lleva el nombre de las lejanas estrellas.

»Sabes, solo hace poco he empezado a comprender que todas mis preocupaciones del pasado respecto a la gente y a los acontecimientos que ocurren en la Tierra son una bendición del cielo. Quiero decir, a medida que se acerca el momento de la unidad y de la armonía universal, la inevitabilidad del cielo se acelera como haría una máquina a pleno rendimiento. El inesperado

resultado es que las condiciones que se dan en la Tierra se asemejan a una caja de juguetes vuelta del revés con todo su contenido esparcido por el suelo, de tal manera que según la lógica humana de las conexiones inevitables nada tiene sentido. Lo que nosotros debemos hacer es mantenernos constantemente alerta para vigilar cuanto sucede a nuestro alrededor y tomar nota en cuanto aparezca una coincidencia por muy insignificante que pueda parecer. Mi predicción es que las señales crípticas de esas pequeñas e insignificantes coincidencias serán cada vez más habituales en la Tierra a partir de ahora. Fíjate si no en lo que ha sucedido recientemente en los Estados Unidos. En una gran ciudad, un hombre de mediana edad, un tal James, tuvo un pequeño accidente de tráfico. Pues resultó que el hombre al volante del vehículo con el que chocó también se llamaba James. Dos horas más tarde, el primer James volvió a chocar con otro coche y el conductor de ese tercer automóvil también se llamaba James.

*

Llegó la época de los exámenes finales. A Kazuo y Akiko sus padres les pidieron quedarse en casa durante todo el fin de semana, entre los días 3 y 5 de febrero. El día 5 era lunes y después de tanto estudiar tenían ganas de ir al cine. Al salir de clase se encontraron en Ikebukuro para ir a ver una vieja película en Jinsei-za. Para cuando volvieron a casa ya era la hora de la cena. Los trenes en dirección a Hanno circulaban cada treinta minutos. Esperaron en el andén mientras el sol se ocultaba entre la bruma del cielo del oeste salpicado de nubes. Kazuo miraba de reojo el horizonte.

—Quizás el mundo termine hoy mismo, porque el tren tarda demasiado en llegar.

—Papá no cree en esa clase de supersticiones. De todos modos, ¿no sería grandioso que se terminase un día corriente como hoy? De suceder así, no volveríamos a ver el sol nunca más.

Los rostros de la gente en el andén delataban impaciencia por volver a casa lo antes posible. Casi parecía oírse el entrecuchar de los platos en un salón donde ponían la mesa bajo alguna de las incontables luces esparcidas en la planicie de las afueras de la ciudad. Como le había sucedido siempre, a Akiko esos rituales de la vida cotidiana le resultaban un misterio insondable, mientras que su hermano se dedicaba a fantasear, como era habitual en él, con la idea de tener la autoridad suficiente como para igualar el diseño de todos esos platos en uno solo.

Los trenes locales con parada en todas las estaciones llegaban y partían de los andenes: unos iban en dirección a Toshima, otros a Kiyoshe, pasó el tren rápido de Tokorozawa... El único que no llegaba era el de Hanno y la luz roja del semáforo en la vía llamaba poderosamente la atención con su resplandor cada vez más cálido y tenue en la bruma del ocaso.

Kazuo daba golpes al suelo con los tacones al ritmo de una canción de moda.

—Escucha, Akiko —dijo al fin—. ¿No crees que todas las chicas humanas son unas mentirosas?

Ella no respondió en un principio y se limitó a sonreír. Las elucubraciones filosóficas de su hermano nunca dejaban de sorprenderle. Sus ideas se fundamentaban, sin lugar a duda, en una especie de agnosticismo, lo cual no dejaba de ser un modo de pensar muy propio de los humanos.

—¡Bobadas! —dijo al cabo de un rato visiblemente enfadada—. Los humanos no representan ningún misterio para nosotros.

—No estoy diciendo que sean misteriosas. Digo que son mentirosas —protestó él con aire descontento sin dejar de balancear su mochila hacia delante y hacia atrás.

—Si las mentiras funcionan es porque hay personas dispuestas a dejarse engañar.

En ese instante el tren se detuvo en el andén y los pasajeros que llegaban descendieron mientras los que se marchaban esperaron su turno a ambos lados de las puertas.

Encontraron unos asientos libres. El tren empezó a moverse y guardaron silencio mientras contemplaban el atardecer al otro lado de la ventana. Cerca de Ōizumi-gakuen se multiplicó el número de olmos que se recortaban contra el cielo y las luces empezaron a parpadear en todas direcciones por una planicie que transmitía un ambiente de desolación. Cuando llegaron a la estación de Tokorozawa, el manto del crepúsculo cubría la totalidad del paisaje y solo los arrozales entre los árboles destacaban como si fueran pañuelos caídos sobre un camino en la noche.

—¿Acaso no es un enigma para ti ese chico de Kanazawa?

—Sí, pero él no es humano.

Kazuo quería probar a su hermana, hacerlo desde todos los ángulos posibles, con la esperanza de descubrir en ella algún cambio. Por lo demás, no quería volver a discutir sobre el mismo tema de hacía un rato. Lo cierto era que, desde su viaje a Kanazawa, Akiko parecía más encerrada en sí misma. Ya se tratase de sus bromas de siempre o de algún comentario cariñoso, ella se defendía con uñas y dientes hasta que él terminaba por darse por vencido.

—El señor Kuroki me ha pedido que vaya a verle a su casa —dijo para cambiar por completo de tema de conversación.

—¿Quién es?

—Un político famoso. Organizó un buen alboroto en la escuela cuando vino a dar una charla por culpa de esos izquierdistas. Formo parte del club de debate que organizaba el encuentro y me tocó subir al escenario para pedir calma. Cuando la charla acabó, me recibió en la sala de espera, me dio su tarjeta de visita y me pidió que fuera a verlo.

Kazuo se sacó de la cartera una tarjeta de visita donde se leía: KATSUMI KUROKI. *Diputado de la Cámara Baja.*

—Eso significa que tienes intención de ir a verlo.

—Desde luego —dijo él como si nada—. Yo no soy tan listo como para apuntar desde el principio a un objetivo tan grande como Jruschov.

—¿Tienes intención de hablarle de nuestro padre?

—Sí, en algún momento lo haré. Quizá antes de despedirme. Soy de los que creen imprescindible esconder en todo momento las ambiciones políticas.

Cerca de la siguiente estación, una luz cegadora resplandecía en mitad de los campos. Se trataba de una tienda de electrodomésticos en cuyo alero colgaba una bandera multicolor y en cuyo interior había televisiones encendidas, radiadores eléctricos, lámparas y apliques que cegaban con sus luces. El tren reemprendió la marcha y se alejó de la tienda, que parecía resistirse a acabar engullida por la oscuridad circundante. Akiko fantaseó con la luz de Venus: una gigantesca bola radiante suspendida en mitad del espacio oscuro, como esa tienda de electrodomésticos perdida en mitad de la nada...

Hanno era una ciudad sin grandes atractivos trazada a golpe de escuadra y cartabón. Se bajaron en cuanto el tren se detuvo, subieron enseguida a un autobús y se apearon en la parada más próxima a su casa, de donde partía una calle ancha y oscura sin un alma a esas horas. A un lado de la calle había un salón de belleza y la planta de arriba la ocupaba la casa de su propietario. En el interior, un cartel luminoso informaba a los clientes de una oferta de permanentes. Justo enfrente había un aserradero y un almacén de madera iluminado con una luz anaranjada que apenas alcanzaba a alumbrar unos cuantos tablones expuestos en el exterior. Por la ventana de una tintorería situada algo más allá emergía el vapor etéreo de las planchas.

Pasaron frente a la tienda de ultramarinos Murata. Acababa de cerrar y desde sus ventanas solo un tenue hilo de luz alcanzaba la calle. La dueña los vio pasar y comentó a dos hombres que había dentro:

—El hijo y la hija. Vuelven a casa a estas horas porque andan enredados en algo, seguro.

Los hombres eran el policía del barrio, con quien la mujer se entendía bien, y un funcionario de la comisaría central encargado de la seguridad en la zona. En realidad, era ella quien les había llamado.

Los hombres se levantaron con parsimonia y observaron a los hermanos alejarse por la calle sumida en la oscuridad. La delicada luz de la luna que acariciaba sus espaldas estaba a punto de desvanecerse y le imprimía a la escena la atmósfera de un crimen. En una pequeña ciudad somnolienta como aquella, la policía siempre estaba hambrienta de cualquier clase de delito. Para el funcionario, aquellos dos eran un tesoro con el que raras veces se tropezaba, una especie de poema. Después de una serie de redadas policiales llevadas a cabo en el distrito de Ikebukuro, los jóvenes delincuentes habían empezado a dispersarse por otros distritos a lo largo de la línea de tren de Seibu, aunque esos chicos no eran el objeto principal de su trabajo. Lo suyo era algo mucho más sofisticado, más alejado del escrutinio público.

—Según el testimonio de un empleado de la oficina de correos, el señor Ōsugi envió una carta dirigida a Jruschov el mes de noviembre del año pasado —explicó el funcionario—. Cabe la posibilidad de que se dedique a actividades ilícitas para algún partido político y tampoco sabemos en qué gasta todo ese dinero que ha ganado con sus acciones en bolsa. Acude a menudo al banco para disponer de efectivo, pero, sea como sea, de lo que no cabe duda es de que se trata de una familia sospechosa.

La dueña de la tienda no esperó ni un segundo para intervenir.

—Seguro que se dedica al tráfico de drogas o está afiliado al Partido Comunista. Nunca me ha gustado esa familia tan altiva, su forma de mirarnos por encima del hombro. Nos devuelven el saludo con cortesía, eso sí, pero sus sonrisas no son sinceras y no se integran con el resto de los vecinos. Todas las mujeres del barrio dicen lo mismo. Además, ¿no le parece extraño que ni siquiera tengan sirvienta con una casa tan grande?

—No constituye un delito no tener sirvienta.

—A lo mejor no, pero para un hombre tan intuitivo como usted eso debería bastar para llamar su atención. Le digo que esa gente no tiene sentimientos, sentimientos normales como los del resto de la gente, quiero decir. Esconden un gran secreto, estoy segura. ¿Y si descubren un cadáver enterrado en el jardín de la casa? ¿En ese caso, qué?

—No diga usted disparates.

—Le digo yo que esos intelectuales con un poco de dinero son la peor calaña que existe. La

gente normal como nosotros, los trabajadores, somos buenos y generosos, pero siempre perdemos de un modo u otro. Nos pasamos la vida defendiendo la justicia animados por sentimientos sinceros, de día y de noche. Somos compasivos, sentimentales y nunca nos cansamos de luchar contra todas esas cosas que están mal. No es que yo odie a esa familia. Solo deseo que salgan de una vez por todas de ese pantano donde viven, ayudarles a tomar el camino correcto.

Durante la cena, Jūichirō no pudo evitar perderse en sus ensoñaciones y cuando al fin volvió a posar los pies en la tierra dijo:

—¿Por qué no estudiáis aquí en el salón después de cenar? Podríamos hacer como la constelación de Capricornio y celebrar nuestro primer encuentro después de cinco mil años. Después de todo, el alineamiento de Marte, Júpiter, Mercurio, Venus, el Sol y la Luna no volverá a producirse en los próximos cinco mil años. En cuanto vuestra madre termine de fregar los platos y empiece con su labor podéis venir. Yo aprovecharé para estudiar la ruta de mis conferencias. Debo ir en coche y tú, Kazuo, vendrás conmigo durante las vacaciones de primavera. Prometo estar aquí en silencio. ¿De acuerdo? Cumpliremos así con nuestro sagrado papel de familia.

Nunca habían tenido televisión, porque según Jūichirō interfería en las comunicaciones cósmicas. De tal modo, cuando cada uno de ellos se entregaba a sus ocupaciones se hacía un silencio absoluto en ese salón excesivamente iluminado solo roto por el ruido de pasar las páginas de algún libro.

Como Jūichirō era originario de Marte, quizá por eso no salía de su perplejidad cuando se trataba de desentrañar los mapas de carreteras terrestres, que le resultaban de una dificultad extrema. No encontraba atajos que conectasen en línea recta una ciudad con otra. Al contrario, estaban unidas por líneas torcidas y caprichosas que se estrechaban aquí para ensancharse más allá.

Iyoko tejía para su hijo un jersey en lana fina para la primavera. Le podía servir para la Tierra o para cualquier otro planeta. Sus dedos se movían enérgicos, sin descanso. El ovillo de lana sobre su regazo adelgazaba poco a poco y tejía motivos típicos de la estación en la Tierra como árboles a punto de brotar, hierbas despuntando, los cielos opacos del final del invierno, el plumón en el pecho de los pajaritos o aguaceros inesperados. Pero no se olvidaba de añadir algún motivo tomado de otro mundo, llamaradas, cuerpos gaseosos, vegetación extraña y congelada. Tejía con sus pequeñas manos rechonchas como si disolviera con ellas el material de esos cuerpos celestes para fundirlo de nuevo a una escala reducida que resultaba más de su agrado, es decir, en el jersey de su hijo.

Kazuo, por su parte, pasaba las hojas de sus apuntes sobre legislación internacional sin librarse del hartazgo que le producían todas esas leyes tan abstractas, timoratas e infantiles, con sus retorcidos reglamentos y trasnochados principios de cooperación internacional. Con ese lenguaje, incluso las leyes cósmicas quedaban reducidas a aburridas regulaciones centradas en el tráfico y pensadas exclusivamente para cubrir el ámbito de la fina capa de aire que rodeaba el planeta. Él era partidario de imponer una severa y rigurosa constitución cósmica de aplicación universal. Su legislación destruiría los límites de la realidad humana que les servía como pretexto para todo. El gobierno del mundo del futuro obligaría a todos los habitantes del planeta a

reunirse en las plazas de las ciudades para jurar la paz universal y a quien no mantuviese el juramento de manera constante se le cortaría la lengua como castigo.

Akiko estudiaba la poesía de Edgar Allan Poe.

La interpretación de su profesor resultaba sumamente anodina. Según él, el poema narrativo titulado *Eldorado* simbolizaba el destino de quienes perseguían un alto ideal hasta quedar extenuados en el empeño. A pesar de todo, desesperados por unos ideales que nunca alcanzarían, se empeñaban en su búsqueda sin sentido. La explicación podía ser válida para un niño, pero ella prefería pensar que Poe había compuesto el poema con la imagen en mente del planeta natal de unos seres llegados de allí. Después de todo, era el autor de *Eureka*.

*Más allá de las montañas de la Luna,
en el fondo del valle de las sombras;
cabalgad, cabalgad sin descanso
—respondió la sombra—,
si buscáis Eldorado...*

Sin duda, *Eldorado* se refería a Venus. Takemiya aseguraba haberlo visto con sus propios ojos... Ella no tenía dudas al respecto. Las montañas de la Luna debían referirse al desolado paisaje de la cara oculta del satélite de la Tierra tras cuyos picos aparecía la esplendorosa imagen de Venus.

Cada cual se sumergió en silencio en sus propios pensamientos y así transcurrió un tiempo cósmico. La mesa baja de té reflejaba destellos rojizos y el suelo de tatami marcaba suaves ondulaciones como las olas del mar. Había un cuenco lleno de mandarinas lustrosas. Jūichirō disfrutaba del tacto de su piel en un mundo en perfecta armonía. Era la suya una familia ideal muy alejada de la imaginación de la gente corriente. En su seno no existía la preocupación ni la inquietud, se amparaban en el amor y en el respeto mutuo gracias a lo cual se protegían en su soledad y se arropaban con el manto de oscuridad del espacio. Era una familia a salvo del frío del invierno gracias a la llama de la estufa de gas. Un modelo para los humanos, un ejemplo de paz en la Tierra. La luz de la lámpara acariciaba el cabello azabache de Akiko que caía sobre el cuaderno. También los experimentados dedos de Iyoko agitados en su anudar y tejer con las agujas. La escena daba una impresión como si la vida cotidiana se hubiera convertido en una ceremonia sagrada.

Jūichirō cerró los ojos y recordó los días aciagos de su juventud. La idea de la felicidad le atemorizaba entonces como si se tratase de una plaga. Preocupado por su indolencia, angustiado por un serio complejo de inferioridad, pensaba que sus defectos le roerían hasta hacerle desaparecer. Pero la indolencia no le mató y la idea del suicidio se convirtió en una obsesión para él. El mundo visto a través de sus ojos se le mostraba como algo gigantesco, resbaladizo, un todo inaccesible al que debía enfrentarse irremediamente a pesar de no tener ningún atractivo para él.

Después de casarse y tener hijos se convirtió en un buen marido, pero ¿hasta dónde era capaz de amarlos? Recientemente había terminado por comprender que venían de mundos distintos y fue gracias a ese descubrimiento como aprendió a amarlos más. A partir de ese momento todo le resultó digno de perdón, una bendición del cielo.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién será a estas horas?

Iyoko dejó la costura y se levantó.

—No esperamos a nadie. Quizás es de un miembro de la Asociación para la Amistad Universal que pasa a saludarnos. ¡Hay que ver! Y pensar que en las normas de la Asociación dejamos bien claro que no aceptamos esa clase de visitas.

Regresó enseguida con la cara lívida y una tarjeta entre las manos en la cual se podía leer: «*ROKURO TAKAHASHI, Departamento de Orden Público. Comisaría Central de Hanno*».

Jūichirō recibió al oficial Takahashi en la fría sala de invitados. Era un hombre corriente vestido con ropa ordinaria, pero que se expresaba con suma cortesía. De hecho, no resultaba tan cortés como servil. Solo sus ojos inquietos escrutando la expresión del dueño de la casa y la habitación donde le recibía denotaban una falta de respeto.

—Permítame ser directo con usted —dijo en un tono en el cual no era fácil discernir qué había de positivo y qué de negativo en sus palabras—. Lo cierto es que hemos recibido una serie de cartas en las que nos advierten de que usted y su familia salen en plena noche de casa para ir a alguna parte en su vehículo...

El oficial no mencionó nada sobre la carta a Jruschov por temor a que Jūichirō esgrimiese su derecho a la confidencialidad postal.

—¡Ah, se trata de eso! —dijo sin rodeos—. Fue una excursión para ver las estrellas.

—¿Las estrellas?

—Nos gusta estudiar las estrellas. ¿Infringe eso alguna ley?

—No, no. Por supuesto que no. No me refería a eso.

—Lo hacemos porque nos preocupamos mucho por la paz en el mundo.

—Ya veo. Así que guarda relación con el pacifismo.

—De continuar como ahora, el planeta se enfrentará a desafíos existenciales y nadie parece darse cuenta de ello. Si me permite que se lo pregunte, ¿cuál es su principal misión como agente del orden en un país democrático?

—Proteger la vida de los ciudadanos —respondió el oficial adoptando una posición de firmes.

—Entiendo. En tal caso, exactamente igual que la mía. De hecho, deberíamos unir nuestras fuerzas.

El policía lo observo con suspicacia, dio un ruidoso sorbo a su té medio frío y le preguntó:

—Y usted, ¿cómo protege la vida de los ciudadanos?

—Nuestra misión es salvar a la especie humana de la aniquilación.

—¿Humanidad y ciudadanía es lo mismo para usted?

—Desde una perspectiva amplia, la humanidad abarca a todos los ciudadanos que habitan en ciudades grandes o pequeñas.

—Aquí hay una diferencia entre nosotros. En nuestro caso, solo nos ocupamos de los ciudadanos, no alcanzamos a la humanidad entera.

—Pues lo único que deberían hacer en tal caso es ampliar su horizonte mental. De ese modo se dará usted cuenta de lo que le hablo. Imagine, por ejemplo, a una persona enjaulada en el zoológico de una ciudad. ¿Cómo se sentiría usted al verlo?

—Mal, con toda seguridad.

—¡Lo ve! Es una reacción puramente humana, muy distinta a la ira de los ciudadanos.

Cualquier situación en la cual un humano esté enjaulado ofende al sentido básico de humanidad, a la dignidad de cualquiera. Pues en este preciso momento la humanidad entera está enjaulada en un lugar peligroso cerrado con llave y sin ningún lugar donde escapar.

—De momento, que yo sepa, los ciudadanos de Hanno no están enjaulados.

—Se equivoca. Se trata de que usted no ve la jaula, porque es grande y está alejada. Lo que yo me propongo es romper la cerradura para liberarlos a todos.

—¿Para ir dónde?

Jūichirō no supo qué contestar a esa sencilla pregunta. En su mente aparecieron las vastas extensiones del universo, pero qué dirección tomar en esa oscuridad infinita tachonada de estrellas seguía siendo un completo misterio para él. En cualquier caso, esa era una dimensión que escapaba al control de la policía.

El oficial vio cómo el dueño de la casa elevaba sus ojos para mirar algún punto indefinido por encima de su cabeza. Fuera cual fuera el juego que se traía entre manos le parecía algo peligroso.

—En resumen, sus ideas se concretan en dos palabras: «paz» y «liberación». ¿Me equivoco? Sabrá usted que se trata de dos términos usados a menudo por los comunistas. La libertad de expresión es importante, por supuesto, pero a mí me parece que ese tipo de pensamientos termina por traducirse en actos destructivos...

En su respuesta, Jūichirō fue incapaz de dominar sus sentimientos.

—¿Es una broma? ¿No se trata de destrucción, precisamente, lo que hacen los de su clase?

Con «los de su clase» se refería a los humanos, pero al decirlo de ese modo el malentendido estaba servido, por lo que el oficial no tardó ni un segundo en interpellarlo.

—Señor, ¿sugiere usted que la policía está implicada en actos destructivos? Afirmar semejante cosa constituye una clara ofensa a las fuerzas del orden y nadie alberga esa clase de pensamientos a menos que sea un comunista convencido.

El oficial recuperó enseguida la compostura como si se le hubiera caído una máscara. Tenía por principio no inmiscuirse demasiado en los asuntos de la gente y llegó a la conclusión de que su charla de esa noche ya había cumplido su objetivo.

Jūichirō lo acompañó hasta la puerta de entrada sumida en la penumbra y le habló por la espalda mientras se calzaba.

—¿No patrulla usted de uniforme?

—No. En el Departamento de Orden Público vestimos todos de civil.

—Si no me equivoco debe usted lucir estrellas.

—En efecto.

El oficial Takahashi se puso en pie y se dio media vuelta mientras deslizaba la puerta corredera. En la prominente nariz de Jūichirō se proyectó una sombra de tristeza.

—Luce usted estrellas en su uniforme e ignora su significado. Todos ustedes han perdido el espíritu de las estrellas.

Cuando se marchó, Jūichirō cayó a plomo donde estaba, abatido por un súbito agotamiento. También notó un ligero dolor en el fondo del estómago. El armonioso alineamiento de Capricornio, la intimidad con el universo de la que había disfrutado esa noche tocó a su fin.

Los exámenes terminaron y empezaron las vacaciones de primavera. Un viento cálido cargado de polen amarillo soplaba sin descanso desde finales del mes de febrero.

Jūichirō estaba ocupado con la preparación de la conferencia que iba a pronunciar en Tokio, pero Kazuo se había negado a hacer de chófer y no parecía dispuesto a prestarle la más mínima ayuda. Tenía miedo de que Katsumi Kuroki se enterase de las actividades de su padre, perder por su culpa el trato especial que le dispensaba. La proliferación de coincidencias previstas por él podía incluir la posibilidad de un encuentro fortuito con Kuroki en circunstancias adversas.

Fue Akiko quien asumió al final el trabajo de chófer y de administradora. La intención de su padre no era pronunciar largas conferencias en salas con enormes aforos, sino más bien desplazarse por la ciudad y sus alrededores, por lugares recogidos como centros cívicos o salas municipales. Su objetivo era dar el mayor número posible de charlas y crear un ambiente de intimidad con el público. Su hija se encargó de reservar las salas, de publicitar los actos, mientras que Iyoko se hizo cargo de las copias de los boletines en los que se informaba a los socios de la Asociación sobre las actividades recientes. Akiko sugirió la posibilidad de cobrar algún tipo de entrada, pero su padre se negó en rotundo porque, según él, debían ser gratuitas y ser él quien asumiera los gastos que se pudieran ocasionar. El título de una de sus conferencias rezaba así:

EL MENSAJE DE LOS PLATILLOS VOLANTES: *La consecución de la paz en el mundo.*

Ponente: Jūichirō Ōsugi

Patrocinado por: Asociación por la Amistad Universal.

Akiko subió al coche una mañana y condujo hasta el centro de Tokio para reservar tres salas. Una vez terminó los trámites en las dos primeras se dirigió a la tercera, un centro cívico del barrio M. Cuando llegó ya eran las cuatro de la tarde.

Desde allí alcanzaba a ver a lo lejos el centro de Tokio. El edificio que albergaba la sala era de un estilo moderno y debía llevar poco tiempo abierto. No era excesivamente grande, como quería su padre, pero el barrio M. resultaba un lugar crucial para atraer la atención de la intelectualidad de Tokio.

Era un día nublado con viento fuerte del sur. Por la tarde se oyeron los truenos típicos de un día de primavera. Llegó a la entrada principal del edificio y le sorprendió encontrársela decorada con numerosas coronas de flores. La parte inferior de los caballetes donde se sujetaban las coronas estaba cubierta con una tela blanca y una negra formando una especie de pasillo. Debía tratarse de un funeral. De las coronas colgaban cintas negras que ondeaban al viento.

Se dirigió a la oficina, pero la recepción ya estaba cerrada. Los asientos de la sala de conferencias plegados. Vio a un hombre mayor con un crespón negro en el brazo al otro lado de la ventanilla de información. Parecía a punto de marcharse. Dio unos golpecitos en el cristal.

—Ya está cerrado.

El hombre se limitó a agitar la mano en la distancia para quitarse de encima la molestia, pero cuando vio el bello rostro de la muchacha que le importunaba se acercó para atenderla y la ventanilla chirrió al abrirse.

—¿Quiere usted alquilar la sala de conferencias? Lo lamento, pero hoy no puedo ayudarla. Si no le importa, vuelva usted mañana. Acabamos de celebrar el funeral del presidente de la asociación de vecinos del barrio —le explicó.

—¿Podría pedirle un favor?

—Vuelva usted mañana. No tenemos tantas reservas, no tiene de qué preocuparse.

—Sí, por supuesto, pero ¿podría usted hacer el favor de mostrarme la sala?

El hombre se tomó cierto tiempo para reflexionar. Tras los labios que remataban su mandíbula prominente emergía un terrible aliento.

—De acuerdo... Puede entrar usted por la puerta que hay al final del pasillo. Yo debo marcharme y no la puedo acompañar.

Akiko le dio las gracias, atravesó el pasillo y abrió la puerta que le había indicado. En el interior, unos operarios recogían la sala casi completamente a oscuras. Miró hacia arriba, hacia los grandes lucernarios y vio el cielo cubierto de nubes negras.

Los operarios habían retirado las telas blancas y negras que formaban los pasillos, pero aún faltaban por recoger al menos la mitad de las coronas. Las sillas estaban dobladas y no supo hacerse una idea de la capacidad exacta de la sala. La atravesó acompañada por el golpeteo de sus zapatos en el suelo y al no saber bien qué hacer se dedicó a leer los nombres de quienes enviaban las coronas. Entre ellas había de la ciudad de Kanazawa y, un poco más allá, una de la cámara de comercio e industria de la misma ciudad. Al parecer, el difunto era oriundo de allí y el hecho de ver ese nombre agitó su corazón. Por alguna razón pensó que el funeral, la ciudad y Takemiya estaban conectados de algún modo.

Los truenos que le parecía haber escuchado un rato antes eran, en realidad, el ruido de un piano de cola que los operarios arrastraban para volver a colocarlo en su lugar sobre el escenario. Ponían mucho cuidado en no dañarlo y lo dejaron en el lugar central que antes había ocupado el ataúd. Uno abrió la tapa frontal y aporreó el teclado de cualquier manera por la parte de las notas agudas.

El sonido del instrumento le convenció de que Takemiya no estaba muy lejos de allí. Las notas resonaron en el techo y de regreso alcanzaron las profundidades de su corazón.

Habían transcurrido ya tres meses desde su encuentro y desde entonces se intercambiaban cartas a menudo. El hecho de compartir origen y de haber presenciado juntos la aparición de platillos volantes unía sus corazones más estrechamente de lo que podían hacer las cartas. Las ideas de Takemiya sobre la belleza la carcomían desde su encuentro y por eso le molestaba tanto ahora verse en la obligación de ayudar a su padre en sus actividades. Pero fue el propio Takemiya quien le aconsejó colaborar con él un tiempo y no darle demasiadas vueltas al asunto. Durante los tres meses transcurridos desde su regreso, cada vez que tenía ganas de hablar con él, sacaba una pequeña foto que le había dado y se dirigía a él como si lo tuviera en persona. La guardaba en su cartera y se la llevaba consigo a la escuela.

Takemiya mencionó algo que, para su sorpresa, ya había descubierto ella por sí misma. El hecho de vivir en lugares geográficamente distantes les ayudaba a mantener una conexión espiritual constante, casi más fuerte que de otro modo. Si de veras el mundo solo era una ilusión, la distancia entre ellos lo era igualmente, porque lo trascendente era su condición de nativos de Venus, algo tan concreto y palpable como ese faro multicolor en el templo que visitaron desde donde disfrutaron de la vista del mar en la distancia. Entre él y ella podía mediar una separación física, la distancia exacta entre Kanazawa y Tokio, pero ellos se alzaban como dos grandes faros alejados entre sí y se enviaban señales luminosas por encima de las perezosas nubes que cubrían la noche del mundo de los humanos.

En la sala había por todas partes flores artificiales blancas con tallos plateados y pétalos a modo de velas. El aroma vigorizante de la muerte persistía aun terminado el funeral como una

hoguera que se resistiera a extinguirse. Las notas altas del piano flotaban en sus oídos como si anunciaran la inminente aparición de ese apuesto joven que era Takemiya. Miró hacia arriba, hacia las claraboyas, convencida de que su rutilante cara aparecería tras las nubes. A pesar de todo, no podía evitar una duda, una inquietud que no dejaba de crecer en su pecho. En Kanazawa habían compartido recuerdos, habían saboreado la solemnidad del paisaje, se habían estremecido con las mismas emociones. Incluso habían presenciado la aparición de aquellos objetos voladores, una experiencia más allá de las palabras, pero había algo que Akiko no podía compartir con él: el mundo exquisito que había entrevisto a través de las ranuras de los ojos de su máscara *fukai*, el paisaje de Venus que ni él mismo podía describir con palabras. Eso le hacía dudar. Quizás lo que había contemplado en realidad era el mundo de la muerte.

Un trueno inesperado quebró el silencio de la sala y el rugido de la lluvia no tardó en inundarlo todo.

—¡Maldita sea! Otra vez vuelve a llover y ni siquiera hemos recogido las coronas —se quejó uno de los operarios vestido con un pantalón vaquero azul.

—Es solo un chaparrón. Enseguida escampará. Vamos a aprovechar para fumar un cigarro —propuso otro de mediana edad que iba calzado con unos *jika tabi*¹³.

La lluvia aporreaba con fuerza los cristales del moderno edificio. Nadie encendió las luces y el interior se sumergió cada vez más en una tiniebla donde solo los tonos plateados, amarillos, azules y blancos de las flores artificiales de las coronas apoyadas contra la pared se resistían a desvanecerse mientras adquirían un curioso aire de naturalidad. En cualquier caso, los relámpagos deshacían pronto la ilusión óptica y revelaban una artificiosidad casi maligna.

Akiko se acercó a la entrada. La lluvia salpicaba con furia. No sabía cómo llegar en esas condiciones hasta el coche. Sacó la cartera del bolso para contemplar el rostro sonriente de Takemiya. De pronto, se acordó de algo que le había dicho en el parque Kenroku: «¡Ahora lo entiendo! Seguramente recibes de algún modo todo lo que se me pasa por la cabeza».

Sintió la misma sed de felicidad que había sentido en el mes de diciembre en las dunas de Uchinada. Era un sentimiento lejano sustituido por una soledad injusta. Quizás vivían de un modo que les permitía dominar el espacio, pero a lo mejor controlar el tiempo estaba más allá de su alcance.

—Dame algo, dame una señal. Si no puedes estar aquí conmigo ahora, envíame, al menos, una prueba de tu existencia —dijo en voz baja como si dirigiera sus plegarias a la lluvia.

Una sombra se le acercó por la espalda. Se dio media vuelta asustada. Una camisa sucia de cuadros rojos, unos vaqueros desgastados y el vello facial en un rostro de facciones ordinarias. El hombre llevaba en la mano una flor artificial que debía haber cogido de una de las coronas. Con aire afectado hincó la rodilla en el suelo y mientras se la ofrecía dijo:

—Acepte mi corazón, por favor, señorita.

Akiko tomó la flor sin pensar. En la oscuridad a sus espaldas brotaron las risotadas de los compañeros del joven celebrando su triunfo.

Akiko echó a correr bajo la lluvia con la flor en la mano.

*

Dos días antes de la conferencia, Jūichirō repasaba a medianoche su manuscrito encerrado en el

despacho entre libros de referencia y una serie de diapositivas esparcidas por todas partes con imágenes de platillos volantes. Citaba libremente párrafos de *Mi avistamiento de platillos volantes*, de Kenneth Arnold, *Los platillos volantes son reales*, de Donald Keyhoe, o *Un mensaje del espacio exterior*, de William Ferguson, en un intento de hacer la charla más interesante. Estaba muy cansado y notaba una gran pesadez en el estómago.

En la puerta sonaron unos golpes y tras ella apareció Iyoko con una taza de té y algo de fruta.

—¿Todavía despierta? —le preguntó—. Son casi las doce y media.

—Tenía las manos manchadas de negro por culpa de la linotipia y por fin he conseguido limpiármelas. Por hoy ya está bien. Buenas noches.

Desde hacía muchos años Iyoko tenía la costumbre de no pasar demasiado tiempo en el despacho de su marido. Sin embargo, Jūichirō la retuvo y le ofreció una silla.

—Quédate un rato. Justo pensaba tomarme un descanso.

Cuando estaban solos se creaba entre ellos ese ambiente afectado de una larga amistad como las que solían darse en los matrimonios liberales de los años veinte. Quizás por no tener costumbre de pasar mucho tiempo con él, a Iyoko le resultaba más atractivo cuando estaba allí encerrado.

El brasero eléctrico, Jūichirō abrigado con un cárdigan de lana y unos pantalones de franela, un pisapapeles de jade en forma de tigre sobre la mesa, un plumero abarrotado de lápices afilados con fruición... Nada en la escena hablaba de ese aroma grasiento que las mujeres de su edad solían notar en sus maridos.

—Los chicos ya se han dormido, ¿verdad?

—Sí, hace rato.

Bajo el subsuelo de las conversaciones domésticas de esa casa, siempre había alguna clase de insinuación. Iyoko se cubrió la boca con la manga del *haori*¹⁴ y dijo en voz baja:

—Escucha. Mientras Akiko estaba fuera he aprovechado para leer todas esas cartas que le envía ese joven de Kanazawa. Están llenas de pasión, no lo dudo, pero también aprecio algo muy frío en él. Nuestra hija no nos ha dicho nada, pero parece ser que vieron platillos volantes durante su encuentro.

Iyoko guardó silencio en cuanto comprendió que sus palabras herían a su marido. Sus mejillas blancas y frías enrojecieron apenas un instante antes de recuperar su palidez habitual.

—¡No digas bobadas! ¿Cómo es posible...?

Se sentía como si Akiko hubiese cometido la más terrible de las traiciones. Si de verdad habían visto juntos esos platillos volantes, eso significaba que el chico de Kanazawa también era de Venus y, si era cierto que solo los seres del mismo planeta podían verlos a la vez, entonces su hija era la única de la familia que podía confirmar su origen. Eso también significaba que el orden relativo de los planetas en la familia, la armonía celestial que lo gobernaba, se había roto. Por tanto, Akiko había cometido un error humano imperdonable al confirmar sus orígenes. Aun a riesgo de parecer un mal perdedor, Jūichirō se alegraba de su fracaso aquella madrugada en el monte Rakan, porque eso le había ayudado a comprender que el destino de su familia era el de mantenerse unida sobre la única base de la confianza mutua, dado que no habían obtenido ninguna evidencia real en ese sentido, lo cual, paradójicamente, hablaba de su destino sobrehumano. A pesar de ello, Akiko se había marchado y al hacerlo había rebajado sus convicciones a un plano carnal, a la vulgaridad de la evidencia, a eso tan propio de los humanos

como era la constatación. Peor aún. Había ocultado el descubrimiento a sus padres movida por una especie de remordimiento.

La elevada mente de Jūichirō se dejó arrastrar por un tumulto, por una indignación que difería poco de los habituales lamentos de cualquier padre corriente que, confiado en la virtud de su hija, descubre, de pronto, que ha actuado mal a sus espaldas.

—No exageres —le dijo su mujer en un intento por consolar su corazón roto—. Desde el momento en que descubrí que nuestros hijos vienen de planetas distintos, me resigné al hecho que antes o después ocurriría algo así. Kazuo se distancia poco a poco de nosotros y Akiko también trata de encontrar su camino. Cada planeta describe su propia órbita. Incluso cuando parecen aproximarse, en realidad solo se mueven según las leyes de la gravitación universal. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que mi propio vientre fue algo así como un préstamo para poder alumbrar la vida de dos seres llegados de otros mundos. De haber querido, podría haber dado a luz unos hijos humanos y si no lo hice es porque te quiero.

»Sin embargo, ahora sí pienso que me hubiera gustado traer al mundo a un humano. Al menos uno. No es que me gusten especialmente, pero no me desagrada la naturaleza de este planeta. Especialmente en primavera, cuando el campo reverdece, cuando la nieve se funde y baja el agua pura por el río Naguri, cuando el monte Rakan se inunda con el canto de los ruiseñores y la tierra de los campos se ennegrece y brilla. Si he podido criar a un niño de Mercurio y a una niña de Venus ha sido gracias a las bendiciones de esta Tierra. ¿Tú crees que me equivoco al pensar así?

—¿Podrías pelar un poco de fruta, por favor? —dijo su marido eludiendo la respuesta.

El cuchillo en la mano de Iyoko centelleaba bajo la luz de la lámpara mientras pelaba una manzana grande y crujiente con una piel delicada de un color rojo que se degradaba en un tono amarillo y en uno blanco pálido. Su carne dura y desnuda desprendía un aroma dulce y melancólico. Jūichirō comprendió en ese momento que sus esfuerzos por salvar el planeta desprendían un aroma similar a ese olor.

13. Calzado de trabajo flexible, de media caña y con el dedo pulgar separado para poder hacer fuerza.

14. Abrigo para llevar sobre el quimono.

La tarde del sábado 10 de mayo, Masumi Haguro esperaba a dos compañeros en la cima del monte Dainenji, al suroeste de la ciudad de Sendai. Se habían citado allí a las tres, en la rosaleta que había en el parque de la parte alta, en concreto.

Haguro tenía cuarenta y cinco años. Era profesor asociado de Historia del Derecho en la universidad de la ciudad. De constitución débil, cara pálida, gafas redondas, conservaba intacta una espesa cabellera. Ninguna particularidad en él despertaba el interés de la gente y, desde luego, tampoco se contaba entre los profesores más populares de los estudiantes.

Se impacientaba y mientras esperaba a que se presentasen los otros dos paseaba lentamente por la rosaleta imprimiendo sus huellas en el suelo de arena. Era una tarde soleada y hacia el norte, en el horizonte, resplandecía la imponente silueta del monte Izumigatake cubierta de nieve.

Acababan de hacer la poda de principios de primavera. Haguro prefería de largo esa época sin flores a la de las rosas en todo su esplendor. El año anterior en las mismas fechas había visto unos patillos volantes sobrevolar la cima nevada del Izumigatake y ese era el verdadero motivo de su predilección.

Estaba convencido de que los humanos eran seres fríos y la razón por la cual los lóbulos centrales de sus cerebros nunca llegaban a florecer era porque jamás los podaban. También estaba convencido de que, mientras aún eran niños, deberían haberles aplastado los dedos de las manos y de los pies a todos esos horrendos y estúpidos estudiantes suyos de la universidad.

Cansado de esperar, se agachó para leer el cartelito de una de las plantas: «Rosa Azteca». La arena crujió bajo las suelas de sus zapatos. Notaba que el cinturón le apretaba justo encima de su débil intestino, también la funda de las gafas en el bolsillo de la chaqueta, una cartera fina y una pluma estilográfica con poca tinta. Sintió cómo le alcanzaba el repugnante olor de su propia existencia humana, un olor parecido al de la bajamar cuando liberaba la pestilencia del fango de un río que moría en la playa.

Las ramas podadas dibujaban formas excéntricas rematadas por brotes verdes y robustos protegidos por espinas como si fueran cochinillas. Le perturbó descubrir dos o tres ramas sin podar que mantenían las rosas del año anterior, marchitas, congeladas, teñidas de una mezcla de color pardusco y morado, como la sangre seca. Eran redondas y pequeñas, como testículos de muerto, y al estar colgadas del extremo de las ramas mecidas por el viento, sus pétalos se desintegraban poco a poco como la ceniza. Las que aún resistían formaban un peculiar patrón en forma de zigzag.

Haguro tocó los pétalos con la intención de aplastarlos. Apenas hizo uso de la fuerza, pero bastó un ligero apretón para que se quebraran y se esparcieran por el suelo con sus huellas dactilares impresas. Eran rosas sentenciadas a morir en la hoguera que habían conservado su aspecto convertidas en ceniza, una belleza malvada con dos caras. Haguro tenía la profunda

convicción de que todas las formas visibles en el mundo eran falsas, una mera fabricación, e incluso la destrucción no dejaba de ser otra forma de engaño.

¿Se iba a ver obligado a hacer uso de la fuerza para borrar a la humanidad de la faz de la Tierra? Cabía la posibilidad de que el mundo humano desapareciese como los pétalos de la rosa, con un simple roce de sus dedos. Mejor dicho, con toda probabilidad el mundo ya estaba muerto y extinguido y tan solo mantenía su forma cenicienta. Todos esos pensamientos cruzaban su mente y él trataba de zafarse de ellos, de apartar de sí esas terribles imágenes. Después de todo, solo servían para distraerle de su verdadera misión.

—Profesor, buenos días. Sentimos haberle hecho esperar.

Sone levantaba la voz desde el arco que formaba la entrada de la rosaleda. Haguro no contestó, porque siempre le había desagradado el tono demasiado alto de ese hombre. Enseguida avanzó por el estrecho sendero. Tras él iba Kurita, un joven corpulento, callado.

Sone era el propietario de la barbería donde solía acudir Haguro, frente a la entrada de la universidad. Era rechoncho, tenía las manos bien cuidadas y una gran afición por coleccionar autógrafos que exponía en las paredes de su negocio. Le entusiasmaba el chismorreó y conocía al dedillo el último escándalo de cualquier actor novato que apareciera en televisión. El origen de su pasión, por decirlo así, se enraizaba en los celos que sentía hacia los demás, en la envidia por las cosas que poseían. Sin embargo, por alguna razón Haguro era el único hacia quien no albergaba ninguno de esos sentimientos.

Kurita, por su parte, vivía en Sanbyakunin-machi, cerca del templo de Hoshunin. Trabajaba en el banco S. Había sido alumno de Haguro y se había graduado el año pasado. Si se frecuentaban desde entonces era porque acudían al mismo barbero.

—Me acuerdo bien: Misma época, mismo lugar, las mismas caras del año pasado. La única diferencia es que en esta ocasión nuestro objetivo no es componer haikus.

Sone seguía hablando en ese mismo tono de voz demasiado alto.

A principios de la primavera del año pasado, un famoso poeta de Tokio había acudido a pronunciar una conferencia en la universidad y, por puro capricho, decidió cortarse el pelo en la barbería de Sone una vez terminó. Coincidió que también estaban allí Haguro y Kurita, que iba a graduarse en breve. Sone no pudo evitar pedirle un autógrafo y desatendió su trabajo para empezar a hablar de haiku a pesar de no ser, en absoluto, experto en la materia. El poeta, un hombre agradable con un punto adulator, comentó que sería interesante ir a algún lugar destacado de los alrededores para buscar inspiración, para componer algunos poemas acompañado de neófitos en ese arte. De inmediato le recomendaron el monte Dainenji antes que las ruinas del castillo de la ciudad, que habían terminado por convertirse en un destino demasiado evidente y frecuentado. El poeta se mostró entusiasmado y se citó con ellos en ese lugar para el día siguiente a las dos de la tarde. Se ofreció incluso a enseñarles algunos trucos sobre la composición de poemas centrados en paisajes y lugares famosos e, igualmente, les haría algunos comentarios sobre sus composiciones. Sone se mostró entusiasmado hasta tal extremo que de inmediato se puso a pensar en el menú para el almuerzo.

A las dos de la tarde del día siguiente, el profesor, el estudiante y el barbero se toparon con un monumental plantón en la cima del monte Dainenji. Esperaron y esperaron, pero el poeta no se presentó. Dieron cuenta del almuerzo que con tanto esmero había preparado Sone. Sin embargo, ninguno tenía ganas de beber. El profesor estaba herido en su orgullo. Cuando tuvieron la certeza

de que el poeta no se presentaría, Haguro se puso en pie y entró en la desolada rosaleda. Los otros dos lo siguieron.

En la distancia se veía la cumbre nevada del monte Izumigatake recortada contra un cielo despejado. Se quedaron de pie frente a la lejana montaña. En su fuero interno, Haguro despreció a ese poeta que no se había presentado a la cita. Sone le dedicó todo su odio y Kurita se quedó allí plantado con un aire ausente, lleno de estupor.

No obstante, sus corazones seguían arrebatados por la idea del haiku, por esa minúscula jaula mundana creada con la forma de insignificantes poemas, por una semilla de malicia caprichosa sembrada por el poeta y que empezaba a brotar bajo el luminoso cielo de principios de primavera. Un rumor les rondaba como si se tratase del vuelo de pequeños insectos. La maldad venía servida bajo la forma de un dulce sobre una bandeja de madera lacada...

De pronto, el barbero gritó:

—¡Platillos volantes! ¡Platillos volantes! ¿Qué tal suena eso?

*Platillos volantes.
Pedazos de nieve
flotan sobre el Izumigatake*

—¿Se puede saber qué estás diciendo? —preguntó Haguro irritado.

Antes de obtener una respuesta, tanto Kurita como él presenciaron lo que los ojos de Sone acababan de ver: una visión tan inesperada como repentina que había provocado el arrebato de su inspiración poética. Estaban allí, con una certeza tan absoluta que nadie podría haber dudado de su existencia.

A la derecha de la cima del monte Izumigatake flotaba un extraño objeto redondo de color plateado. A primera vista parecía no moverse y, como había reflejado el barbero en su verso, flotaba suspendido del cielo. Pero una observación más detenida reveló que el objeto giraba sobre sí mismo a toda velocidad en posición estacionaria.

—¿Qué es eso?

Haguro empujó el puente de sus gafas para colocarlo en el lugar correcto de la nariz.

Lo extraordinario del acontecimiento no acabó ahí. A la izquierda de la cima apareció un segundo objeto muy parecido. Se movía de un lugar a otro en una trayectoria confusa. La rotación mecánica de los platillos era tan visible a simple vista que Haguro llegó a preguntarse si no serían sus ojos los que le jugaban la mala pasada de una ilusión óptica, porque tal vez no estaban sobre la cima del monte, sino mucho más cerca de ellos.

Fuera como fuese, pronto se demostró que no se trataba de eso. El objeto de la derecha se inclinó hacia un lado, osciló hacia el contrario, formando una especie de línea abultada entre la parte inferior y superior (como si un ojo ligeramente abierto se cerrase de pronto para mostrar la pestaña). La nave de la izquierda se ocultó tras la montaña y la otra la siguió. Reaparecieron en apenas unos segundos teñidas de un bello color albaricoque. Se elevaron en diagonal a una velocidad vertiginosa y desaparecieron tras las nubes.

En ese instante el mundo cambió definitivamente para los tres.

—Gracias por venir —dijo Haguro, incorporándose mientras contemplaba en la distancia el

reflejo de la nieve—. Podíamos habernos citado en alguna cafetería de la ciudad, pero he sentido la necesidad de venir a este lugar, a esta rosalda en concreto, para contemplar la montaña frente a nosotros y confirmar así nuestro compromiso. La Asociación para la Amistad Universal ha empezado a organizar conferencias en distintos lugares y, como ya sabréis, llenan los aforos y se han ganado una reputación en Tokio que no debemos menospreciar. Yo tenía a ese Jūichirō Ōsugi por un estúpido medio loco, pero no parece el caso.

—¿Se refiere a esas conferencias sobre la paz mundial? ¿Todavía insisten con ese estúpido asunto de salvar al planeta y a la especie humana? —dijo Kurita en un tono despreocupado.

—Ese hombre es un auténtico majadero. ¡Y encima se está haciendo famoso! —dijo Sone en un tono que hacía sospechar que a lo mejor deseaba un autógrafo suyo.

—No se trata de si se ha hecho famoso o no. De lo que se trata es de que se guarda un as en la manga. Si los humanos empiezan a sentirse atraídos por sus ideas y a desear de veras la paz en el mundo, la cosa se convertirá en un verdadero problema. Quizás no tenga demasiado poder en sus manos en este momento, pero está en el camino de lograrlo. Pronto nos vamos a ver en la obligación de eliminar este obstáculo. Es el interés de los humanos destruirse a sí mismos lo antes posible, hacerlo despreocupadamente, con alegría y diversión, sin darse cuenta siquiera de lo que hacen. Estoy convencido de ello.

Haguro elegía cuidadosamente sus palabras para que fueran fáciles de entender, pero su voz parecía insinuar algo más.

Los tres miraron instintivamente en dirección al monte Izumigatake. No había rastro de platillos volantes, pero sí la misma transparencia inequívoca del año anterior, la misma conmoción perversa de entonces.

La visión de los platillos volantes había despertado en ellos una gran nostalgia por sus lugares de origen y disfrutaron de esa camaradería de los compatriotas por mucho que no supieran de qué lugares se trataba. ¿Qué escondía esa alegría perversa que les convertía en cómplices?

En un breve lapso tan extraño como perfecto, Haguro se sintió en disposición de dominar la voluntad de esos dos, de imponer la suya sin el más mínimo esfuerzo. Todo cuanto debía hacer era dar con una idea descabellada. No tenía ninguna intención ni deseo de dominar a ese barbero corriente y moliente. Tampoco al estudiante. Pero no le quedaba más remedio que hacerlo según le dictaba la revelación puramente casual que había tenido cuando no había nadie más a su alrededor.

La experiencia de avistar objetos voladores no identificados resultó algo tan fuera de este mundo que solo podía describirse como el despertar de un recuerdo dormido desde tiempos remotos. Por si eso no bastara, la experiencia, por sí misma, no dejó ningún residuo sensorial que pudiera transformarse en un archivo de la memoria guardado en algún lugar profundo. Por tanto, era lógico que los tres juzgasen la aparición de aquellos objetos como el reflejo de una realidad distante situada más allá de las coordenadas espacio temporales. Más aún, era natural que la visión despertase en ellos un estado de ánimo parecido, que la experiencia que habían compartido los ayudara a localizar la memoria común que guardaban dentro de sí, con sus episodios oscuros, sus fantasmas ocultos y visibles ahora a ojos de los demás. De manera simultánea descubrieron cada uno por su cuenta lo mucho que habían odiado a los humanos a lo largo de su vida, y en ese descubrimiento hallaron una forma de éxtasis.

Era el momento preciso para que a Haguro se le ocurriera una idea, para que un relámpago

iluminase el pasado común y removiera los cimientos de sus existencias, una idea que lo tiñese todo con el resplandor púrpura de las tormentas.

Miró fijamente al monte Izumigatake recortado contra el horizonte moteado de valles, de bosques, de los suburbios de la ciudad. El destello de la cima coronada de nieve se desbordaba por las faldas de la montaña a lo largo de los cuatro puntos cardinales, alcanzaba los pesados pliegues de otras montañas más bajas, se desplegaba como las alas de un cisne gigante que ocultase su pico entre las plumas.

Un cisne blanco... La silueta pura y refulgente de la maldad. Una mezcla de recuerdos y de visiones se amontonaron en la mente del profesor asociado: las páginas blancas de un cuaderno agitadas por la brisa que se colaba a través de la ventana del aula; el nombre de una estrella resonando en su cabeza desde que lo escuchó por primera vez cuando aún era alumno de la escuela secundaria, sus resonancias musicales... Un tumulto que no le daba descanso.

—¿Acaso no lo entendéis? —dijo al fin—. Nuestro origen está en ese planeta desconocido próximo al sistema solar binario 61, en la constelación del Cisne. Los platillos volantes así lo demostraron. Nos guste o no, nunca hemos sido humanos.

La idea se fijó de inmediato en las cabezas de los otros dos. Haguro se expresaba en un tono desapasionado, como si diera clase a sus alumnos, pero detrás de esa asepsia se escondía una enorme alegría por semejante hallazgo y una luz brotó en él para iluminar igualmente a sus compañeros. «¡Por fin lo entiendo!», se dijo a sí mismo. Todas sus dudas se habían resuelto. Todas las razones que explicaban su absoluto desprecio por los seres humanos estaban claras.

—Por eso hemos venido a este planeta... Pero ¿cuál es el verdadero propósito? —preguntó Kurita.

La respuesta de Haguro no pudo ser más clara.

—Exterminar a la humanidad.

*

Poco después de los acontecimientos del año anterior ocurrió algo que vino a reafirmar sus certezas. El poeta de haiku había regresado a Tokio tras su visita a Sendai y solo dos días después sufrió una apoplejía en el tren y murió en el acto.

Para celebrar esa primera victoria se reunieron en una cafetería del distrito de Higashi Ichiban-cho. Al profesor adjunto de Historia del Derecho le gustaba inventarse reglas para su asociación y había establecido una serie de complicados reglamentos internos que tenían el efecto de calmar la ansiedad que le provocaban los reiterados ninguneos que sufría en la universidad. Una de las reglas era que cada cual debía asumir la parte correspondiente de los gastos generados en el transcurso de sus encuentros y reuniones. El caso es que levantaron las tazas con el café que cada cual debía abonar por su cuenta para brindar.

—¡Uno menos! —dijo el barbero relamiéndose los labios.

—Una sola persona no es motivo de celebración. Es solo uno entre los tres mil millones de seres humanos que habitan este planeta en este tiempo que nos ha tocado vivir. No podemos perder de vista que la población mundial aumenta en 35 millones de individuos cada año.

—Me refería a uno de nuestros enemigos directos.

—Habla por ti, Sone. La humanidad debe ser destruida en su conjunto, insisto. Deberíamos

sentirnos próximos a eso que los humanos llaman «humanismo», pero en nuestra propia versión.

—Pero, profesor, hoy debemos celebrar una sola desaparición, ¿no le parece?

—En eso tienes razón...

Los tres rieron, felices.

En ese momento comprendieron que ellos, con sus diferentes temperamentos, con edades y profesiones divergentes, se habían caído bien desde la primera vez sin saber exactamente por qué. Tenían varias cosas en común: ninguno de los tres era atractivo, por ejemplo, a todos les dominaba un profundo odio hacia la gente y albergaban una vaga y persistente hostilidad hacia la humanidad en su conjunto.

Kurita miraba de reojo a las parejas que se habían citado en la cafetería.

—¡Qué divertido sería disparar a todos estos imbéciles como si fueran monigotes en una caseta de tiro al blanco!

—Esa idea solo demuestra la huella que ha dejado en ti la humanidad. Es natural que hayamos desarrollado cierto apego por la carcasa humana que llevamos encima desde hace décadas, pero en lugar de perder el tiempo en métodos, digamos, individuales, sería mejor dedicar nuestros esfuerzos a causas más generales. A pequeña escala podemos considerar eventos como Auschwitz, como la bomba de hidrógeno, y a escala más grande las convulsiones características del planeta como las que causan terremotos o inundaciones.

—Me pregunto si no habría extraterrestres entre los altos mandos nazis.

—Parece que sí, pero fracasaron a la hora de establecer métodos basados en las leyes de la naturaleza y se dejaron llevar por el salvajismo, por la crueldad característica de los humanos. Sus odios eran un callejón sin salida porque estaban contruidos sobre la base de una idea pueril como era la de las «etnias». En cualquier caso, podéis fantasear si queréis con genocidios. No deja de ser una distracción para evadirse de la vulgaridad de este mundo, como jugar al golf, vamos. Pero el camino de nuestro temperamento virtuoso debe ser el de atemperar nuestra maldad individual y elevar nuestro odio hacia el ambicioso objetivo de la humanidad en su conjunto. Para lograrlo propongo una idea: encontrarnos en este ruidoso local al menos una vez por semana y meditar sobre la multitud que nos rodea al menos durante treinta minutos. ¿Qué os parece? ¿Por qué no empezamos ahora?

Como estaban sentados en una mesa junto a la ventana de la primera planta, les resultaba muy fácil observar a la multitud en la calle. A lo lejos, en dirección norte, se cernía una gran oscuridad en la que apenas alcanzaban a entrever la torre del reloj del ayuntamiento con su pantalla de neón color mandarina ligeramente temblorosa. Fuera soplaba el típico viento de las tardes de principios de primavera. Los fluorescentes de las tiendas del distrito de Higashi Ichiban-cho centelleaban y reflejaban colores demasiado fríos para la época, como los del interior de las neveras.

Cada uno dirigió su mirada hacia un lugar adecuado a sus preferencias. Guardaron silencio y meditaron frente a sus tazas de café.

Haguro notaba el roce en el pelo de las hojas del ficus en el cálido interior de la cafetería, ese tacto vivo y a la vez desagradable típico de las plantas de la Tierra. Su imaginación revoloteaba entre escenas de una matanza de intelectuales.

Su sueño era reunir a toda la clase intelectual del mundo, académicos, artistas, líderes religiosos, en una misma habitación, desnudarles y encerrarles tras unos muros insalvables para

que murieran allí de inanición. No era la clase de gente adecuada a una muerte heroica. La muerte por inanición, por tanto, se ajustaba a ellos como anillo al dedo. Empeñados en sus estudios a lo largo de toda su existencia, sus cuerpos desnudos completarían el catálogo definitivo de la fealdad humana. ¡Cómo iba a disfrutar un día detrás de otro pegando su oreja a ese muro gigantesco! Un grito agudo ocasional, el silencio de nuevo... Pasarían las horas, los días, y tendría la oportunidad de asistir en persona al derrumbamiento de la ciencia, de la religión, de la estética, materias todas ellas consideradas la cristalización de lo más elevado del espíritu humano, y todo caería por causa del hambre. Oiría el tumulto provocado por el colapso del castillo de arena de la cultura humana y eso daría paso a la hermosa brisa del canibalismo... Gritos agudos seguidos de largos silencios... El último dios de la cultura humana, el dios del fin de los días, es decir, el dios caníbal se levantaría con sus ropajes rematados con brocados de oro. Los supervivientes escucharían entonces la declaración de ese dios suyo: «Todas las ideas producidas por la cultura humana conducen inevitablemente al canibalismo». Ese sería el último verso que escucharían sus oídos para dejar paso enseguida a esa brisa hermosa, oscura y esplendorosa. Quizás la salvación estuviese en ese viento que sonaba como las notas de un *koto*, o quizás estuviese en el festín de la carne humana. Sobre sus cabezas, el atardecer de un día perfecto, el ocaso más sublime jamás contemplado: nubes, líneas reflejándose sobre sus firmes penachos, la razón práctica desmoronándose peldaño a peldaño como dientes podridos al desprenderse de una mandíbula... Él volvería a pegar la oreja al muro y esperaría. Esperaría y por fin llegaría el día del silencio absoluto y con ello habría desaparecido de la faz de la tierra la más horrenda y lamentable especie animal que lo había habitado.

Sone, por su parte, movía sus ojos inquietos de acá para allá sin llegar a fijarlos en ninguna parte. Desde que supo de sus orígenes en el espacio exterior, su proverbial envidia, los celos, fueron sustituidos por la actitud fría e implacable propia de un fiscal. Siempre había tenido la costumbre de murmurar entre dientes, de asentir con la cabeza como si hablase con alguien, manías que solo habían empeorado en los últimos tiempos.

—Mmmm... Ricos, famosos, jóvenes apuestos rodeados de mujeres. Todos, todos deben extinguirse.

Debía movilizar a todos los barberos del mundo para encomendarles una tarea propia de los verdugos. Dispondrían sus sillas de barbero en filas, cubrirían el rostro de sus clientes condenados con toallas calientes, sus cuerpos con telas blancas, y les cortarían el cuello con las navajas de afeitar. Una navaja esterilizada es el orgullo de cualquier barbero y después de cumplir su misión pondrían mucho cuidado en dejarlas perfectamente asépticas. Cientos de miles de postes de barbero como los que anuncian sus negocios en las calles con sus serpenteantes colores azul, rojo y blanco girarían alegremente para hacer gala de lo que esos colores representaban: el azul pálido, la muerte; el rojo, la sangre, y el blanco, las toallas inmaculadas... Una sucesión de impolutos sillones de barbero hasta donde alcanzase la vista... Y una vez finalizadas las ejecuciones, todos ellos, los colegas de Sone, serían invitados a unos gigantesco baños públicos en agradecimiento por su trabajo. Después de bañarse y relajarse, una repentina pérdida de oxígeno provocada por un vapor tóxico acabaría con sus vidas.

Los ojos de Kurita, por el contrario, se habían clavado en el culo de una joven que comía un dulce occidental en una mesa al otro lado de la sala. Sus nalgas iban envueltas en una falda estrecha de cuadros de un verde suave y, por alguna razón, su silueta producía la impresión de

una ambición desmesurada que parecía desbordarla.

Los cuerpos de las mujeres siempre tenían para él algo llamativo, un cebo con el que atrapaban a los hombres, lo cual constituía la base misma del encadenamiento sucesivo entre los seres humanos. Él se sentía en disposición de cortar esa cadena: esterilizaría a todas las mujeres del planeta y no tendría prisa en hacerlo, porque mediante su método los seres humanos terminarían por extinguirse en un periodo de alrededor de cien años, según sus cálculos.

En sus ojos se formó la imagen limpia y transparente de una humanidad privada del ciclo reproductivo. Las ilusiones sobre el futuro, sobre las segundas oportunidades, sobre el renacimiento, todo terminaría aplastado. Los humanos comprenderían al fin que lo único en lo que podían confiar era en la realidad de la oportunidad única, en el tiempo finito de su existencia a la cual darían la consideración de una obra de arte. Llegados a ese extremo abandonarían sus anhelos, su codicia, se dirigirían hacia un grandioso *finale* que les permitiría disfrutar de una existencia soportable, al contrario de la que habían llevado hasta entonces.

—Se acabó el tiempo —anunció Haguro—. Expongamos ahora el contenido de nuestras meditaciones.

Las conclusiones que expusieron les resultaron sumamente divertidas.

—Nuestro odio crece poco a poco —afirmó el profesor asociado en su papel de llevar la voz cantante—. Debemos esforzarnos para que ese odio se transforme en algo indistinguible del amor que profesamos también a la humanidad. Si deseamos un sacrificio colectivo es solo porque nuestros cándidos corazones no soportan la contemplación de tanto sufrimiento.

Sone intervino en un tono temeroso.

—¿Podría pedirle el favor de hacer una pequeña excepción?

—¿Una excepción?

—Se trata de mi familia. Como usted bien sabe, tanto mi mujer como mis hijos son humanos, pero me preguntaba si podría hacer usted la vista gorda llegado el momento. Quisiera llevarlos conmigo a la constelación del Cisne cuando la vida se extinga en la Tierra.

—Está bien —concedió Haguro—. Tan solo asegúrate de no cambiar de idea.

—Se lo agradezco mucho —dijo muy complacido.

*

Un año después de su primer encuentro, en el transcurso de su cita en la rosalada, los tres discutieron varias alternativas para acabar con las actividades de la familia extraterrestre de Hanno. Regresaron a la ciudad a la hora de cenar y, como Haguro aún tenía muchos exámenes por corregir, volvió enseguida a su casa cerca del castillo de Sendai que, tiempo atrás, había formado parte de las instalaciones de la base de las fuerzas de ocupación norteamericanas. Su vivienda se encontraba a mano derecha en el camino que conducía al castillo, justo después de cruzar un gran puente sobre el río Hirose. Cuando las fuerzas militares extranjeras se retiraron, dejaron tras de sí toda una serie de construcciones sencillas de estilo occidental que pronto fueron ocupadas por funcionarios, por jueces, fiscales y profesores de universidad.

Había casas de una sola planta y de dos. Eran simétricas, estaban adosadas de dos en dos y agrupadas en conjuntos de cuatro. A pesar de contar con pequeños jardines sembrados de césped adornados con algunos arriates, el lugar no tenía el más mínimo encanto. No obstante, a los niños

de la zona les quedaba cerca en verano la piscina municipal recién estrenada, en el parque al otro lado del puente. Haguro estaba soltero y ocupaba una de las de dos pisos con la única compañía de una vieja sirvienta. Había acondicionado como despacho la habitación de diez tatamis de la segunda planta y la de cuatro como dormitorio. La primera planta contaba con un cuarto de seis tatamis reservado para la sirvienta. Por muy tarde que llamase a la puerta de casa, la mujer siempre le recibía vestida de quimono. Haguro le daba las gracias parcamente y de inmediato subía las escaleras para encerrarse en su despacho.

Cuando estaba solo, dedicaba mucho tiempo y entusiasmo a mirarse en el espejo. La imagen reflejada en él era la de un hombre delgado e inteligente de cuarenta y cinco años. Contemplaba ese rostro durante horas y se daba cuenta de que no había forma de sustituirlo por otro. Echaba el aliento sobre la superficie pulida y el vaho borraba la cara. Una ligera halitosis prolongada desde hacía décadas y de la que era incapaz de librarse del todo incordiaba a sus pituitarias, pero con el tiempo incluso ese aliento había empezado a gustarle. Era un olor desagradable sin ninguna conexión con su fuerza vital, sino más bien relacionado con el olor a podredumbre de la academia.

A diferencia de otros solteros de su misma edad, no tenía perro, ni gato, ni pájaro, como sí había en las casas de alrededor. Él ya era un perro descuidado, un gato astuto. Sabía entretenerse solo, alimentarse por su cuenta. Nada más... En su vida no había nada más.

En la casa de enfrente vivía un ingeniero con su familia y al llegar a casa escuchó las notas del piano en el que practicaba su hija. Descorrió la cortina y miró hacia fuera, hacia la intensa luz de la casa de los vecinos. El reflejo iluminaba el césped seco y el sonido infantil que salía del instrumento parecía esparcir felicidad a su alrededor.

«Así es como los humanos arrojan a su alrededor ese barro de la felicidad —se dijo a sí mismo—. ¡Qué molestia! Es como un coche por la calle en un día de lluvia que salpica a los incautos peatones».

De todos modos, Haguro estaba convencido del intenso sufrimiento de los humanos y, por tanto, la felicidad no estaba entre sus intereses. Él mismo disfrutaba de placeres casi infantiles, pero había un pensamiento recurrente que volvía una y otra vez a su mente y rumiaba por las noches: «¿Quién sabe en realidad que soy un extraterrestre? ¿Quién sospecha siquiera en la universidad que no soy humano?».

Se sentó en el sillón desvencijado del despacho y empezó a cortarse las uñas de las manos y a limárselas con cuidado como habría hecho un don juán. Le gustaba dedicar tiempo a su aseo personal antes de ir al trabajo. No tenía la más mínima intención de desatender la apariencia de su cuerpo humano. Sus uñas eran blandas como el papel, se le rompían al limarlas. Observó el resultado en sus dedos pálidos y se sumergió en sus recuerdos humanos, en los tiempos de su juventud, en su infancia sin amor. Podía echar la vista todo lo atrás en el tiempo que quisiera y solo encontraba un desierto de afecto.

Miró la pila de exámenes amontonada sobre la mesa. Antes de empezar a revisarlos ya estaba hartado. Todos esos papeles solo eran el resultado de esforzadas e inútiles mentes sin el más mínimo atisbo de originalidad, una característica muy propia de la nueva generación de jóvenes. Papeles y más papeles mugrientos y aceitosos escritos con una pésima caligrafía, abarrotados de todas las pretensiones y falta de conciencia propias de la juventud.

El tema de investigación de la tesis doctoral de Haguro versaba sobre servidumbres y

derechos comunitarios. Su biblioteca estaba repleta de viejos documentos acumulados a lo largo de los veinte años que había dedicado al estudio de la materia sin haber producido todavía ni un libro. Como mucho había alcanzado a publicar dos artículos en una revista trimestral llamada *Ensayos sobre legislación histórica*. El campo de su estudio se ceñía en principio a Japón, pero había terminado por desarrollar un gran interés por la jurisprudencia comparada y tan pronto entró en contacto con las ideas de Josef Kohler se perdió en un laberinto. Su estudio se iniciaba en el derecho comunitario japonés, base sobre la cual se había establecido el derecho consuetudinario, para sumergirse después en las oscuridades y laberintos de viejas normativas e incluso folclore de distintos países. En la universidad impartía Historia del Derecho, pero su doctorado había terminado por atascarse en un barrizal de donde no podía ni avanzar ni retroceder.

De chico siempre fue un niño pálido, testarudo, malpensado. En la escuela le apodaban *col de Bruselas*. Su madre soñó en una ocasión que de su cabeza brotaba una miríada de estrellas, pero él se convencía cada día más de su incapacidad aun cuando todos a su alrededor le tenían por una especie de genio malicioso. Contemplaba el cielo nocturno y fantaseaba con la idea de que su mente saltaría en algún momento hacia las alturas para fundirse con los astros. Cada uno de ellos se le antojaba un cerebro tan frío como deslumbrante.

Un día pintó las suelas de sus sandalias de color plata, no porque tuviera un significado especial para él, más bien por nada en concreto, pero su madre lo interpretó como un mal augurio. Vivían en una vieja casa oscura en el barrio sexto del distrito norte cuya única virtud era la de contar con muchas habitaciones. Sus primos lo tenían por un inútil. En una ocasión fueron a jugar con él y lo ataron al árbol de Fénix de la parte de atrás del jardín. Lo escupieron en la cara, se rieron de él, bailaron formando círculos a su alrededor. Su madre ya había muerto por entonces.

Volvió a descorrer la cortina para mirar fuera. La luz de la casa de enfrente estaba apagada, ya no se oían las notas del piano. Solo la desfallecida luz de la luna caía ahora sobre la hierba seca.

Se sentó frente al escritorio y en lugar de extender la mano hacia los exámenes volvió a leer la carta urgente que había recibido por la mañana. Era un mensaje de un miembro de la Asociación para la Amistad Universal, un joven entusiasta que le ponía al corriente de las últimas novedades ignorante de que tanto él como sus dos cómplices se habían unido a la Asociación con el único objetivo de espiar. Publicaban un boletín de forma irregular, de manera que las noticias del joven podían llegar incluso con un mes de antelación.

Estimado profesor:

Le envío esta carta desde la distancia para mantenerle informado, en la medida de lo posible, sobre los notables logros de nuestra Asociación aquí en Tokio.

Las conferencias de Jūichirō Ōsugi, nuestro presidente, han sido un rotundo éxito. Yo mismo he acudido a escucharle en alguna ocasión y me ha conmovido profundamente. Sus mensajes se han reproducido incluso en dos o tres revistas, lo cual, en mi opinión, coloca a nuestra Asociación en un peldaño superior.

Un resumen de las conferencias del presidente aparecerá próximamente en el boletín de la Asociación, pero ya le puedo adelantar que se pronunció con mucha elocuencia sobre la necesidad de mantener la paz en el mundo, así como sobre la urgencia de salvar este planeta

nuestro a punto de arruinarse. No obstante su tono calmado y en ocasiones desapasionado, al abordar el asunto de la catástrofe a la que se enfrentaría la humanidad en caso de declararse una tercera guerra mundial, su exposición adquirió un vigor que dejó a todos los asistentes sin aliento. Cuando expuso el modo en que la paz mundial podría armonizar con el conjunto del universo, su rostro, habitualmente pálido, enrojeció y la totalidad de la audiencia pareció abrigar y compartir por unos instantes el sueño de la felicidad, hasta tal punto sus palabras acertaban a la hora de crear esa imagen frente a los ojos de su audiencia.

Nuestro presidente es único cuando se trata de explicar y argumentar por qué los «platillos volantes» son mensajeros de la paz, amigos que vienen a nosotros para advertirnos de los peligros que nos acechan. Según él, en primer lugar, debemos aprender a tener coraje, a encontrar la paz en nuestro interior sin temer a los demás, al mundo en su conjunto ni al espacio exterior. El miedo, los recelos que puede llegar a provocarnos, es, en última instancia, la causa de todas las guerras.

Después proyectó una serie de diapositivas de platillos volantes y todas las imágenes eran de absoluta confianza. Las cedidas por las autoridades de la Marina brasileña eran excepcionales. En ellas se veían objetos blancos, imaculados, suspendidos sobre el océano Atlántico fuliginoso y no muy lejos de un acantilado en algún lugar de la costa sudamericana. Gracias a esas imágenes nuestros corazones se transportaron a lugares muy muy distantes de nuestro mundo terrestre plagado de pequeñas cuitas y conflictos, para elevarnos hasta los cielos...

«Este idiota ni siquiera sabe lo que le espera», pensó Haguro con un gesto de desprecio que le cruzaba el rostro.

*

El día siguiente era domingo y Kurita se lo pasó entero en casa sumergido en la melancolía. Todo había empezado dos años antes, cuando Fumiko Takarabe murió asesinada. Cuando entraba en ese estado, el resto de los miembros de su familia solo podía limitarse a observar desde la distancia con una gran ansiedad. El comienzo de la primavera le sentaba especialmente mal, porque la muerte de Fumiko había ocurrido en esa misma época...

Fumiko Takarabe vivía en Gojunin-machi, cerca de Kurita. Era una bella joven divorciada de veintiocho años que vivía con su madre anciana y se ganaba la vida fabricando muñecas y enseñando su arte. Kurita podía recitar de memoria las palabras exactas de la placa en la humilde puerta de su casa:

TALLER DE MUÑECAS

Auténticas muñecas japonesas
al alcance de todos.

HORARIO DE CLASES:

Martes / Jueves / Sábados. Hasta las 4 p.m.

Fumiko era una belleza famosa en el barrio y su encanto había despertado el interés de algunos hombres por las muñecas, aunque ella solo daba clase a mujeres. Tenía reputación de

perdida. Ciertamente, tenía varios amigos, pero si la amistad terminaba ahí o iba más allá era algo ignorado por todos a pesar de los rumores, maledicencias y de los celos de la gente.

Kurita abrió su diario por la entrada correspondiente a aquel día de hacía dos años. El segundo domingo del mes de marzo había anotado que le había pedido acompañarla al templo de Hoshunin, cerca de un parque en forma de triángulo. ¿Por qué tenía esa costumbre de hacerse acompañar por un hombre a lugares donde llamaba la atención de la gente? Llevaba puesto un abrigo ancho de terciopelo negro por debajo del cual sobresalía el cuello blanco del quimono de tejido indiano estampado en azul marino y verde oliva. Las frases de su diario le recordaron su rostro pequeño y blanco, esos ojos almendrados que no dejaban de mirar inquietos de acá para allá bajo un plátano de sombra de hojas polvorientas.

Kurita cerró los ojos incapaz de soportar la vergüenza. En el mismo momento de encontrarse, ella empezó a hablarle de su hijo. Por alguna razón, ese estudiante universitario tan grandullón como poco agraciado despertaba en ella la necesidad de hablarle de ese hijo que se había visto obligada a entregar a su exmarido después de separarse. Cuando estaban solos y él iniciaba sus acercamientos, ella siempre le decía lo mismo: «No puedo correr el riesgo de quedarme embarazada. Mi hijo y yo sufrimos mucho con esta situación y me da igual lo mucho que te esfuerces para que eso no suceda, porque eso es, precisamente, lo que tendría que haber ocurrido y fíjate ahora».

Siempre se lamentaba en el mismo tono de voz lánguido, como si cantase sin convicción. Por aquel entonces, Kurita ya había descubierto que no era un ser humano y eso había despertado en él una melancolía que, en realidad, era un sedimento del pasado, un sufrimiento vicario humano en una existencia no humana. Antes de su revelación, por el contrario, jamás había dudado de su condición humana.

Ansiaba alcanzar una posición que le permitiera disfrutar de una visión a vuelo de pájaro desde la cual observar los sufrimientos humanos. Fantaseaba con un desdoblamiento. La maldad resplandecería en el cielo junto con el sol, mientras la otra parte de sí mismo continuaría sumergida en la suciedad, encerrada en el barro de su cuerpo de hombre. En algún momento, su impulso asesino purificaría el hedor que se adhería a su cuerpo. No obstante, ¿qué distancia real mediaba entre la negatividad de su mente y su deseo de matar?

Lo cierto era que por muy negativos que fueran sus pensamientos jamás daban fruto alguno. Solo una verdadera matanza produciría algún resultado en ese sentido.

Entraron junto a una multitud por la puerta principal de un vivero situado al otro lado del puente del ferrocarril, justo enfrente del templo. En sus orígenes se le había conocido como el vivero del clan Date, fundado por Kunimune Date en el año 1900 con el objetivo de mejorar las especies agrícolas de la región norteña de Tohoku, pero transcurrido el tiempo la ciudad de Sendai se hizo cargo y lo reconvirtió en un centro de desarrollo de la agricultura local. La mayor parte de la gente que lo visitaba en esa época del año lo hacía con la intención de encontrar alguna ganga, flores de interior a precios sin competencia.

El vivero se extendía en paralelo hasta donde finalizaba el andén de la estación. En un rincón expuesto al viento frío de la primavera que atravesaba las llanuras, apartaban los frutales que no prosperaban, las flores malogradas y los parches secos de césped sin usar. Kurita sugirió ir a echar un vistazo por allí antes de comprar nada. No se le ocurrió ninguna otra sugerencia.

Fumiko, como de costumbre, le hablaba de su hijo. Según ella, su exmarido se enfadaba

mucho cada vez que el niño pronunciaba el nombre de su madre. A veces se confundía y en lugar de decir «televisión» decía «tevilisión». Al niño le hacían creer que su madre era un monstruo...

Fumiko ignoraba a Kurita constantemente, pero no se olvidaba de restregarle en la cara sus angustias y preocupaciones. Hacía un frío espantoso y se arrepentía de no haberse puesto el abrigo encima del uniforme de estudiante. Soportaba el frío como podía y pasear con ella le aliviaba un poco la horrible sensación de congelarse a cada instante.

No llovía, pero el cielo estaba completamente cubierto. Habían protegido los troncos de las palmeras chinas con esteras de paja para que no les afectaran los rigores del tiempo. En un pequeño estanque en un parquecito que había dentro del propio vivero, el agua se rizaba en la superficie como si tuviera la piel de gallina. Los frutales sin brotes se inclinaban hacia la tierra seca y ondulada como si se dieran por vencidos. Ellos dos se abrían paso sin dejar de luchar contra ese viento de las llanuras que golpeaba sus caras. Llegaron a un pequeño terraplén sembrado de cerezos junto a un pequeño puente de madera. El agua color verde pardusco bajo el puente reflejaba los suaves movimientos del bambú enano en la orilla.

Fumiko se detuvo en mitad del puente. Torció los labios y le habló a Kurita como si le impusiera su voluntad.

—No quiero caminar más.

Tiempo después, Kurita todavía se acordaba de su rostro aquel día lívido por culpa del frío. Los débiles rayos de sol que alcanzaban a filtrarse entre las nubes reflejaban apenas sobre su frente la sombra de su cabello revuelto por el viento. Tenía los ojos enrojecidos con lágrimas asomando por los rabillos. ¿No miró a su asesino con esa misma expresión momentos antes de morir?

De la boca de Kurita brotaron las palabras de siempre que se traducían en impotencia y resignación.

—Está bien. Volvamos dentro.

Estaba convencido de que la detestaba, pero no fue él quien acabó con su vida. Las vejaciones de la vida habían marcado su frente como si luciera un escudo de armas y si ya hubiera dejado de ser humano por entonces habría podido contemplar la situación desde la altura de las gélidas nubes, desde un lugar situado muy por encima de las ramas desnudas de los cerezos que había junto al río. Desde allí, la negativa a andar de ella y cualquier otra expresión dibujada en su rostro le habrían resultado gestos encantadores, como si se tratase de una cervatilla hambrienta. Él podría haber representado entonces el papel de un cazador y haberle disparado una flecha al pecho sin el menor titubeo.

El invernadero estaba cerca de la entrada principal del recinto. De allí entraba y salía un sinfín de gente y quienes se iban lo hacían cargados con macetas llenas de flores.

«Flores en maceta: Ciclamen, 150 yenes; tulipanes, 120 yenes; jacintos, 100 yenes; flores de azafrán, 60 yenes; arvejillas, 150 yenes; begonias, 80 yenes; primulas, 100 yenes. Sírvanse y paguen en la oficina, por favor».

Junto al cartel en el exterior del vivero, en un rincón donde alcanzaban los rayos de sol, florecían las violetas. Dentro daba la impresión de lucir un sol espléndido. El ambiente cálido y húmedo, parecido al de una bañera, les salvó del frío que habían pasado fuera. Sobre un jacinto morado descansaba una avispa. En contraste con la desolación de hacía un momento, allí dentro disfrutaron de una auténtica explosión de colores: bocas de dragón, venus atrapamoscas

amarillas y rojas, regaderas azules, tulipanes carmesíes a punto de florecer...

Fumiko se decidió por una maceta de ciclámenes rojos que parecían bordados entre sí.

—¡Me llevo esta! —dijo con la maceta en las manos—. Ya me he decidido.

Sin saberlo, había elegido flores del mismo color de su sangre, muy adecuadas para decorar su lecho de muerte. Estaba muy contenta con su maceta de 150 yenes entre las manos. El lodazal del amor en la vida humana, la despiadada lucha por abrirse camino en ella, la pureza casi provocativa, el amor maternal instintivo. Todo ello se manifestó a la vez en el instante en que Fumiko levantó las flores como si fuera un grito a voz en cuello en su propia defensa, como si fuera la cristalización de todo cuanto había de falso en el mundo. ¡Qué apropiado habría sido que fueran artificiales!

«Odio a esta mujer, realmente la odio —pensó Kurita—. ¡Qué alegría si pudiera volver atrás en el tiempo y hacerla infecunda! Si ese hijo que dice haber dejado a cargo de su exmarido fuera solo una mentira, si me hubiese engañado en todo, eso significaría, al menos, que su rechazo hacia mí sería un acto de absoluta pureza. Si yo supiera que esos aspavientos que hace para proteger su cuerpo fueran solo mentiras, acabaría con ella sin el menor escrúpulo, pero desprende un aroma tan humano que me empuja a renunciar».

Tales eran los pensamientos de Kurita. El malévolo grito de alegría de ella, ese gesto forzado de acercarse las flores a la mejilla... Le ofendían todos esos detalles mezquinos típicos de la vida humana. El color rojo terroso de la maceta sin barnizar parecía interpretar un himno a la vida salido de una trompeta de cobre pulido y él se sentía apartado como si no existiera. La cara pequeña de Fumiko, con su gesto inexpresivo, parecía afirmar una sola cosa: «¡Estoy viva! ¿Y tú, qué? ¿Qué haces tú, señorito, un tipo tan grande como feo? Ni siquiera eres capaz de preñar a una mujer».

Tres días más tarde, Fumiko murió asesinada en su propio domicilio. La sangre había salpicado el cuello y las extremidades de la muñeca en la que trabajaba en ese momento. Salpicó también la maceta del ciclamen, las flores y las hojas, porque la había colocado en el *tokonoma*. Su madre se encontró con la escena y del impacto cayó al suelo inconsciente. Poco después murió ella también. Al asesino lo detuvieron enseguida. Al parecer se trataba de un obrero sin empleo fijo y el periódico despachó la noticia como un simple crimen pasional.

Kurita sufrió una profunda crisis nerviosa cuando lo leyó. Durante mucho tiempo estuvo prácticamente paralizado. Se recuperó poco a poco y justo un año después de aquello fue cuando avistó el platillo volante junto con Haguro y el barbero.

*

Sone acostumbraba a salir de excursión los domingos con sus hijos y se llevaban el almuerzo. Su afición le había permitido visitar casi todos los lugares de interés de la ciudad y quizá por eso en los últimos tiempos frecuentaban el campus de la universidad que quedaba muy cerca de su casa. En aquel lugar, además, no había distracciones que le obligasen a gastar dinero.

Tenía dos chicos, uno en primero de primaria y otro en tercero. Luego estaba la chica pequeña, que ya cursaba quinto. Su esposa, Hideko, era una mujer modesta de escasa estatura y su hija mayor cursaba ya el segundo año de secundaria. Caminaban siempre en ese orden.

Enfilaban hacia la puerta norte del campus por una amplia calle flanqueada de viejos ejemplares de pino. Solían sentarse en las gradas del campo de béisbol para disfrutar de algún partido.

La hija mayor de Sone se avergonzaba de verse obligada a ejecutar semejante paseo y tampoco le gustaba lo más mínimo acarrear el pesado cargamento del pícnic familiar. Caminaba de mala gana un poco apartada de los demás, y cuando todos empezaban a comer, ella se abstenía para concentrarse en la lectura de una revista. Le gustaba especialmente una muy colorida con todo tipo de entretenimientos y pasaba una página detrás de otra como si tuviese entre manos algo verdaderamente trascendente.

Sone se sentaba a su lado y, aún a sabiendas de que a ella le desagradaba, le echaba el brazo por encima y apoyaba la barbilla en su hombro. Ojeaba las páginas de la revista sin dejar de hacer ruido al masticar.

La revista llevaba fotografías a todo color de gente joven ataviada con llamativas camisas bailando el *twist* y abrazándose bajo flores artificiales de cerezo; chicos peinados al estilo «más vulgar y subversivo posible», un corte sobre el que le había prevenido a Sone su maestro ya en sus tiempos de aprendizaje: «Todos esos malcriados gastando dinero a espuestas, niños consentidos que comen lo que les da la gana, visten como quieren, salen todas las noches sin preocuparse de nada, conducen coches deportivos fuera de su alcance y seducen a más mujeres que estrellas hay en el firmamento. ¡Bah! ¡Y todo con dieciocho añitos...!».

La mirada soñadora de la hija y la severa e indignada del padre se concentraban simultáneamente en las páginas de la revista de estrellas del pop disfrazadas con colores chillones. Sone se conocía sus nombres de memoria: Henry Niimura, Jō Asano, Dicky Yamada, Susumi Tori. Una panda de petimetres con nombres absurdos. Pero el hecho de que los conociese les hacía más populares todavía y al hacerlo proyectaban su resplandeciente luz sobre la vida de Sone.

Lo que a él le hubiera gustado de verdad hubiera sido sentarles uno a uno en su sillón de barbero y degollarles. De ese modo habría terminado de una vez por todas con el ruido absurdo que ensordecía la Tierra para dar paso, al fin, a ese silencio característico de los planetas muertos. En otras palabras, se inauguraría el reino de la elegancia. La Tierra se convertiría entonces en un «hermoso planeta» y la gente podría volver a lucir cortes clásicos de pelo en armonía con el mundo.

—Ese Henry Niimura empezó su carrera en un centro de internamiento de menores en Norima, ¿lo sabías? Siempre ha sido un mal bicho, un ladronzuelo.

Sone señaló a su hija la foto de un joven de piel pálida y ella la miró embelesada. Esos dientes blancos en una boca sonriente parecían hechos exprofeso en un molde de yeso.

—¡Mentira! ¡No te creo! —protestó sacudiéndoselo de encima.

—No te miento. Lee los semanarios serios, las revistas de adultos y verás. Lo que publican ahí es todo cierto. El caso es que salió del centro de menores y vivió de una mujer de cincuenta y tantos años mientras disfrutaba de su doble vida de *gigoló*...

—Cariño —interrumpió su mujer con una voz quejosa—. ¿Cómo puedes hablar de esas cosas a los niños?

Sone se dio media vuelta y contempló a su mujer de escasa estatura. En ese instante tuvo la impresión de contemplarlos a todos ellos desde un lugar muy elevado, desde las nubes algodonosas en lo alto del cielo. Ahí estaba él, tendido en esa cama de nubes primaverales

parecidas a un kimono acolchado de seda, como si fuera el único digno de ser salvado de entre toda la humanidad.

Hideko había sido muy guapa de joven a pesar de su estatura y compleción. Sin embargo, el paso del tiempo la había convertido en una cuarentona fea con el ceño siempre fruncido y un semblante triste. Quería a su marido con todo su corazón, aunque esa forma suya de amar se parecía al afecto que tienen los niños por esos pequeños tesoros guardados en cajitas y compuestos por clavos viejos y retorcidos.

Hideko parecía haber comprendido que a su marido le carcomía el odio, unos celos que excedían por mucho los de cualquier persona normal, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que todo eso se dirigía a lugares que nada tenían que ver con ella. No obstante, como cualquier otra mujer banal que toleraba los inofensivos entretenimientos de su marido, ya se tratara de cultivar bonsáis o de entregarse a su pasión por el béisbol, no le daba mayor importancia ni le producía ninguna clase de rencor. Ella siempre parecía tan ocupada que él no encontraba siquiera el momento oportuno de dirigirle la palabra. Las tareas de la casa se le amontonaban y, por si fuera poco, en la barbería se hacía cargo de preparar las toallas calientes que usaban su marido y su aprendiz.

También tejía jerséis de vivos colores para sus hijos, peleaba contra inundaciones de mocos, contra montañas de deberes...

«Soy yo el que os mantiene a todos —pensó Sone, el extraterrestre, satisfecho de sí mismo—. Es mi responsabilidad ponerlos a salvo cuando la humanidad entera está al borde de la extinción».

Vista desde las alturas, la familia parecía un conjunto de pequeños ovillos de lana de vivos colores. El mundo, sin embargo, ignoraba por completo su existencia dado que aún no disfrutaban de ninguna clase de *fama*.

Los dos chicos pequeños se aburrían de ese partido de béisbol sin nervio.

—¡Son malísimos! —dijeron antes de echarse a corretear por las gradas semicirculares del campo central.

Estaban construidas en un estilo occidental antiguo con aleros españoles a ambos lados. El tejado de pizarra formaba una superposición de escamas azuladas y tras una terraza se levantaba una hermosa fachada en madera. Bajo la sombra del transepto norte aún quedaban restos de nieve a medio derretir.

Los chicos parecieron tropezar con algo, pero en realidad se agacharon para recoger unas ramas caídas en el suelo. Con sus improvisadas espadas de madera empezaron a batirse en la terraza iluminada por el tenue sol.

Sone se quedó embelesado con la escena. Disfrutar de un encantador domingo en familia como aquel conseguía que todos los ricos y famosos actores de cine, cantantes de moda y demás se desvanecieran en la nada en un abrir y cerrar de ojos. También las felices y encantadoras familias de la pequeña burguesía terminaban por ser golpeadas por rayos maliciosos. Todos sin excepción caían abatidos entre estertores de dolor.

Los niños jugaban con espadas hechas de endebles ramas secas, pero en su mente habían creado la ilusión de algo real. Las ramas que blandían sobre sus pequeñas cabezas se transformaban de ese modo en gigantescas espadas que atrapaban reflejos melancólicos en el cielo de primavera. Espadas de plata alzándose al cielo. «Cualquier cosa es susceptible de convertirse en un arma letal», pensó Sone en un arrebato de alegría embriagadora. Él era barbero.

Por tanto, muy consciente de lo fina que era la piel humana.

*

Cuando pensaron en ello, los tres se dieron cuenta de que no habían hecho nada especial durante todo el año anterior. La crisis en Berlín les había alterado mucho tan pronto comprendieron en qué medida el mundo se asomaba al abismo. Sone le pidió a su perpleja mujer que preparase el arroz ceremonial de judías rojas y llevase un plato a Haguro a su casa, pero el peligro terminó por diluirse en algún momento. La constelación del Cisne, orgullosamente instalada en el cénit de la bóveda celeste desde el verano hasta el otoño, había retrocedido hacia el norte mientras la amenaza sobre el mundo se disolvía. Lo mismo había sucedido con la estrella de Cisne 61 y su planeta invisible.

El año anterior habían subido los tres una noche de verano hasta las ruinas del castillo de Sendai y a duras penas localizaron su estrella natal en las vecindades de la Vía Láctea. Fue Haguro quien se la señaló a los otros dos gracias a la ayuda de un telescopio que había tomado prestado en la universidad.

A pesar de tratarse de una estrella poco relevante de magnitud seis, ostentaba el honor de haber sido la primera cuya distancia a la Tierra pudo medirse con exactitud, en el año 1838, gracias a los esfuerzos del astrónomo alemán Friedrich Bessel. Los once años luz de distancia la convertían en la cuarta más próxima y en uno de los astros visibles a simple vista. Haguro les explicó que Cisne 61 era una estrella binaria y que él no tenía ninguna duda de que el planeta invisible del que hablaban los astrónomos orbitaba a su alrededor. Era, ni más ni menos, el mundo del que provenían ellos tres. Solo en el año 1943 se había podido demostrar la existencia de cuerpos celestes equiparables a exoplanetas más allá del sistema solar.

Buscar, localizar e identificar la estrella a través del telescopio les proporcionó una inmensa alegría. Sintieron como si en ese mismo instante se divorcieran por completo de su aspecto cotidiano para transformarse en monstruos sofisticados dotados de ocho estómagos y cinco pares de pulmones. Todos sus engranajes internos se desgajaron, se rompió la armonía de las piezas y sus tractos intestinales crujieron como si se tratase de una nueva maquinaria. El mundo material se alejó de ellos como si los hubieran arrojado al espacio vacío, congelado. Se dieron las manos, unas manos frías como el hielo a pesar de la calidez de la noche de verano.

—La guerra no tardará en estallar —dijo Haguro.

Seis meses después de aquella noche, Haguro, sin embargo, se veía en la obligación de repetir frustrado esas mismas palabras.

—La guerra no tardará en estallar. Pase lo que pase, algo va a ocurrir.

Unos cuantos días después de su reunión en la rosaleda, se citaron en una cervecería de Higashi Ichiban-cho y se les ocurrió dar una vuelta más tarde por los grandes almacenes Fujisaki para comprar unas cuantas naderías. Habían tenido una ocurrencia infantil animados por las rondas de cervezas y actuaron rápido para ejecutar el plan.

Con un presupuesto no superior a los cien yenes, Haguro propuso que cada uno comprase un artículo capaz de arruinar la vida en el planeta.

Ninguno de ellos era habitual de los grandes almacenes. De hecho, detestaban el consumismo,

la coquetería impostada de los objetos materiales, su falsa promesa de eternidad. En la sección de menaje del hogar siempre había piezas de vajilla de repuesto para sustituir a las que se rompían con el uso diario, como si eso fuese una garantía para la infinitud de la vida. Si se rompía una escoba, allí se podía encontrar una exactamente igual para sustituirla. Semejante filosofía constituía una verdadera afrenta a su secreta voluntad.

Haguro entró el primero en la sección de menaje y compró un pequeño destornillador por noventa yenes.

—¡Mierda! —gritó Sone en voz alta al tiempo que se tapaba la boca con la mano.

Haguro se le había adelantado. Él había tenido la misma idea.

Kurita, por su parte, preguntó en la sección de farmacia si tenían ácido sulfúrico. Haguro le oyó y se escabulló entre las estanterías de maquillaje para que nadie pudiera asociarle con él. Simuló un desmesurado interés en las cremas faciales para mujer. La dependienta le preguntó al joven para qué quería exactamente ese producto y él le explicó que era para un uso industrial. Finalmente compró una botella de medio litro por ochenta yenes y se acercó a Haguro, que seguía evitándole. Se acercó y le susurró al oído:

—Lo arrojaré en la cara del planeta.

Era el turno de Sone. Arrastró a sus dos acompañantes por varias secciones, reflexionó y se decidió por un cascanueces de cien yenes exactos.

Satisfechos con las compras salieron de allí con una expresión de felicidad en sus rostros. Contemplaron a los viandantes bajo la luz de las farolas y se les antojaron tan efímeros como las figuras proyectadas por una linterna mágica.

—Pobres de ellos. Su tiempo está a punto de terminar —dijo Kurita arrastrando la lengua por culpa de la borrachera—. ¿Qué cara pondrán cuando comprendan lo que ocurre? ¿No siente curiosidad, profesor?

—Van a caer como moscas —se adelantó Sone, siempre presto a relacionar cataclismos con chascarrillos—... Como moscas. ¡Pobres diablos!

Una empleada de oficina con un bolso a la moda y una frase, «¡No aparcarse!», impresa en él; un joven asalariado vestido de traje con un abrigo a conjunto; estudiantes con uniformes un par de tallas más grandes; niños de la mano de sus madres... Todos ellos portaban la sombra de una muerte inminente, como si hubieran entrado a formar parte de una asociación de la muerte sin saberlo siquiera y lucieran en sus pechos el majestuoso emblema de una funesta estrella.

—Tomemos un taxi. Pago yo. Vamos al castillo de Sendai para probar nuestros utensilios.

Kurita hablaba envalentonado. Incapaces de frenar su locura, los otros dos intercambiaron una mirada y asintieron.

—¡Al castillo, al castillo! ¡Llévenos al castillo de la destrucción! —gritó Kurita mientras sacudía su cuerpo enorme en el interior del pequeño taxi.

El taxista estaba acostumbrado a las bobadas de los borrachos y condujo a toda prisa por la cuesta flanqueada de cedros que conducía al castillo arrojando piedrecillas del camino a los árboles e iluminando con los faros el cielo nocturno.

Sone agarraba fuertemente con manos sudorosas su paquete. Habían pasado al menos diez minutos desde que lo compró, pero seguía embelesado por su ingenio. «¡Qué idea tan brillante! ¡Un cascanueces para acabar con el planeta! Soy el más audaz de los tres, lo cual me convierte en el ganador. ¿A quién se le va a ocurrir algo así?».

La borrachera tenía los minutos contados, pero al ver el travesaño intermedio de madera en forma de *i* del gran *torii* del santuario de Gokoku bajo el cielo estrellado, notaron una tensión y una frescura estimuladas por la vanidad de quienes estaban a punto de participar en un acontecimiento de trascendencia cósmica.

Las noches seguían siendo frescas y quizás por eso no había nadie en el castillo. La casa de té estaba cerrada. Una serie de carteles a lo largo del paseo explicaban dónde se localizaba en tiempos la gran sala o el escenario para las representaciones de Noh. La parte alta de la majestuosa torre de Shochu, el verdadero icono del castillo, recibía el reflejo de la luna en cuarto creciente a punto de ocultarse. Un águila gigantesca fundida en cobre coronaba la torre y extendía sus alas como un mal augurio que le hablaba a la noche.

Se sentaron para escuchar el rumor de la brisa a través de las coníferas dándole la espalda a la estatua blanca y rechoncha de Masamune Date, el fundador del castillo. La ciudad de Sendai se extendía a sus pies. El río Hirose serpenteaba en la oscuridad antes de adentrarse en la urbe en cuya parte central se veía la estación, la avenida Hirose y la de Aoba, donde parpadeaban incontables luces de neón colgadas de las fachadas de los edificios. Al este, el océano Pacífico, cuyo horizonte se desdibujaba entre la bruma y el fulgor de las luces.

Ya sobrios, contemplaron con aire ausente las luces de la ciudad en la que habían crecido, ese pútrido lugar donde se amontonaban los recuerdos de días pasados y obligaciones futuras. El manto de luces recordaba a esos peces sobre cuyas escamas se extienden microscópicos hongos luminiscentes. En aquel espacio frente a sus ojos se concentraban todas las características del mundo de los humanos donde habitaban. Había luces cenicientas alrededor de la torre de ladrillo del edificio de los juzgados, cerca del puente de Hyojogawara; luces dispersas entre la aglomeración de edificios que componían el campus de la universidad T.; líneas paralelas de fluorescentes en el distrito de Higashi Ichiban-cho; un mar de neones en cada esquina proyectando su luz hacia el cielo... Cuanta más iluminación, más soledad les invadía. De tanto en cuanto resonaba el pitido seco de algún claxon y su eco encajaba a la perfección en el molde de esa noche oscura. Sobre sus cabezas, el cielo estrellado ligeramente cubierto por la parte del este, donde lucían los despreocupados contornos de las constelaciones de Virgo y del Boyero.

—La guerra estallará en breve —repitió Haguro una vez más—. No quedará ni rastro de todas esas molestas luces y entonces las estrellas del cielo acariciarán la superficie de la Tierra sin impedimentos.

La soledad de Haguro estaba imbricada en cada una de esas luces humanas encendidas delante de sus ojos. Por alguna razón, tenía la firme creencia de que el sufrimiento les era innato, pero ahora que él había sido expulsado de su mundo, la realidad de ese sufrimiento resultaba todavía más evidente y, como ya no era uno de ellos, no le quedaba más remedio que soportar todo eso a su lado. Una situación así exigía, por tanto, un remedio urgente, y él haría lo que estuviese en su mano. Dicho de otro modo, los seres humanos y su peculiar mundo debían extinguirse. Solo entonces su compasivo corazón encontraría el descanso.

—Podemos esperar el inesperado estallido de la guerra en cualquier momento. Solo con pulsar el botón de un control remoto, los misiles antibalísticos Nike Zeus, los de combustible sólido ICBM y los LGM-30 *Minuteman* se dispararán a una velocidad de crucero de veintitrés mil kilómetros la hora. Nadie, absolutamente nadie, tendrá tiempo de escapar... No habrá tiempo siquiera de sufrir. Ya han sufrido demasiado hasta ahora, de manera que no habrá mal que por

bien no venga.

Parecía como si Haguro hablara consigo mismo.

—En tal caso, ¿qué podemos hacer para precipitar las cosas?

Por su forma de hablar, Kurita mostraba reminiscencias de sus tiempos de estudiante.

—La conclusión general a la que he llegado es que debemos oponernos al movimiento pacifista. No hay más que fijarse cómo actúan, con esas manifestaciones y recogidas de firmas, con su obsesión por los números y por los grupos. De ningún modo vamos a conseguir incorporar a sus simpatizantes en un «movimiento belicista». Después de todo, la guerra nuclear no se desencadenará por el odio mutuo entre grupos distintos, sino por una desgraciada casualidad, por un delirio o por un capricho personal.

»¿Entendéis lo que os digo? El tiempo de las masas ha terminado. La historia contemporánea ha consistido fundamentalmente en la estandarización, pero el secreto más terrible es que el tiempo de las masas ya no existe. Nuestro camino no es interpelar a esas masas, depender de ellas, sino, más bien, meditar sobre la forma oportuna de sacudir el núcleo de la maldad humana, de permitir con ello que la humanidad se destruya a sí misma. El mal se ha convertido en un único poema y la poesía un único mal. Tal es el estado de las cosas en nuestro tiempo. Todo el mundo asume que la guerra dará comienzo tan pronto la masificación y la estandarización hayan alcanzado su clímax, pero este es un tiempo en el que llegará conducida a través de un sencillo poema compuesto por un único individuo.

»Bastará con que un día ese poema, como una mota de polen, penetre en los corazones y provoque un estornudo. Los comandantes en jefe a cargo de los misiles intercontinentales, los suboficiales bajo su mando, ejecutarán la orden de apretar el botón. Así comenzará la guerra.

»¿Cómo podemos sembrar nuestras meditaciones en sus espíritus sin recurrir a la fuerza? Ahí está la cuestión. El único camino viable es el de interrumpir las vías de comunicación existentes que, en cualquier caso, la lógica humana ya se encarga de hacer casi inviables, y encontrar nuestra propia forma de hacerlo. Pero no debemos olvidar nunca que venimos del espacio exterior. Además de la comunicación, debemos recurrir también a la educación, lo cual exige tiempo, a la radio, a la televisión, a los medios impresos, todo lo cual exige un espacio físico en dos dimensiones y nosotros poseemos recursos comunicativos de cuatro dimensiones. A medida que perfeccionemos nuestra capacidad meditativa podéis estar seguros de que estaremos en disposición de engendrar en los corazones de todos esos mediocres suboficiales, los responsables últimos de apretar el botón, una especie de cavidad, un agujero en esa tosca malla que es el razonamiento humano.

»Permitidme que ponga un ejemplo. Lo que sentimos cuando avistamos platillos volantes, cuando vemos en la distancia nuestra estrella natal, ese sentimiento de estar aislados de todo lo terrestre es lo que los humanos llaman equivocadamente poesía. En el corazón de un suboficial, esa clase de sentimientos se transformarán de inmediato en una sábana blanca tendida al viento, en una humilde hierba florecida. Esa es su poesía, pero, a pesar de la apariencia sentimental, en ese momento experimentará la sensación de su propio cuerpo al separarse de todo y proyectarse en el espacio. La sábana y la humilde flor no son más que insinuaciones de la necesidad del urgente regreso al mundo de las cosas. En un momento de pánico saltarán sobre lo que tengan más a mano, y eso será el botón. ¿Me entiendes ahora, Kurita? Lo que yo llamo humano, el mal humano, es algo simple. Solo se trata de su relación con las cosas.

Después de escuchar sus palabras, Kurita recuperó desde algún rincón de su corazón la imagen de la maceta de ciclamen en el vivero. Sone, por su parte, parecía aburrirse y se esforzaba por no bostezar. Había desenvuelto su paquete y sujetaba entre las manos el reluciente cascanueces. Miró a su alrededor y al pie de una farola encontró una pelota de tenis de mesa que algún niño debía haber olvidado allí.

—¡Mirad, es la Tierra! —exclamó.

Haguro y Kurita seguían sumergidos en sus meditaciones y apenas entendían lo que pasaba ni a qué venían esos gritos. Solo el crujido de la pelota de celuloide al aplastarse les hizo volver en sí.

—¡Aplastado! ¡El planeta aplastado! ¡Qué divertido, ya no tenéis un planeta que podáis destruir!

Sone se rio de su ocurrencia y se agitó como si bailase.

Kurita se animó. Se acercó a la barandilla del mirador y arrojó el ácido sulfúrico sobre las ramas de los árboles sin brotes, sobre el bambú que crecía a sus pies.

—¡Eso es! Es como destruir la cara de esta «hermosa estrella». ¿No le parece, profesor? A partir de ahora el planeta ya no podrá volver a mostrar en público su rostro.

Sone y Kurita estallaron en una carcajada sin sentido, como si de pronto volviesen a estar borrachos. Se agarraron de los brazos y empezaron a bailar y sus sombras, una larga y la otra pequeña, se estiraron y se encogieron en el suelo.

Haguro se sacó del bolsillo del pecho el destornillador. Dio la espalda a sus ruidosos compañeros y se acercó a la misma barandilla por donde Kurita acababa de arrojar el ácido.

Apuntó con el destornillador hacia la ciudad resplandeciente en la distancia. Un único giro de la herramienta bastaría para aflojar los engranajes del mecanismo de la sociedad humana. Unos cuantos giros más y el engranaje se derrumbaría. La torre plagada de neones del edificio Denryoku parpadeaba con una frecuencia errática entre fogonazos blancos y azules. Su colapso provocaría el desplome en cascada de todo lo demás hasta destruir la totalidad de la ciudad. En la frente pálida de Haguro se marcaban claramente las venas y él notaba un ligero dolor en las cavidades de sus orificios nasales. Tenía las palmas de las manos empapadas de un sudor frío, como si fueran las aletas de un pez. Todo el mundo sabía que era un incompetente, pero nadie sospechaba el poder oscuro que encerraba en su interior.

Era un día fresco de mediados del mes de marzo cuando Iyoko llevó a su hija al hospital nuevo del distrito de Shiba, en Tokio. Esperaron una eternidad, algo que nunca habría ocurrido en Hanno, pero ella quería evitar por todos los medios llevarla allí.

Akiko se entretuvo en observar al resto de pacientes que la rodeaban. Eran todas mujeres. La moderna sala de espera sin ventanas bañada por una luz de un fluorescente le producía la extraña sensación de estar en el fondo del mar.

Las mujeres iban bien vestidas y todas esperaban pacientemente su turno. Eran mujeres humanas que dejaban entrever destellos de culpa y al tiempo de astucia, alegría y orgullo. Ocupaban sus sitios con las cabezas ligeramente agachadas, como si abrigasen la culpabilidad y la vergüenza tan típicamente humanas, pero de un modo que sugería una excesiva intimidad con la parte más cálida de su interior. Cualquier clase de solidaridad femenina parecía completamente fuera de lugar.

Akiko no entendió por qué su madre se mostraba abatida, amedrentada por lo que las otras mujeres pudieran pensar. Una mujer de Júpiter no tenía ninguna razón de sentirse en inferioridad de condiciones, ya se tratase de instintos animales o banales.

Solo Akiko, con el pecho henchido por debajo de su traje de primavera, observaba desde lo alto a esas mujeres que habían caído aún más bajo de lo que normalmente hacían los seres humanos. Eran mujeres que iban al hospital y lucían sus anillos de casadas como si buscasen indulgencia por sus pecados. Anillos dorados en sus dedos anulares que atrapaban la luz. ¿Qué podía ofrecer Akiko para obtener el perdón por sus pecados? Nada comparable a aquella flor artificial plateada. Todo había empezado con aquella flor...

Una mañana, después de que el largo ciclo de conferencias de su padre hubiera concluido, estaban todos en casa disfrutando de un merecido descanso. Su madre se acercó a ella, que estaba sentada frente al tríptico de espejo del tocador. Vio la flor en un jarrón delante del espejo y frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Es una flor de funeral.

Akiko no dijo nada. La flor resplandecía bajo la luz de la mañana. Sus pétalos tensos exhalaban un orgullo insolente mayor al de una flor verdadera y su imagen se reflejaba en las tres caras del espejo impoluto. Akiko nunca se olvidaba de rociarla de perfume por las mañanas. Las flores artificiales, pensaba, podían llegar a marchitarse como las reales si no se las cuidaba.

Akiko apenas hablaba a causa de la angustia. Takemiya solía responder a vuelta de correo a sus cartas, pero las dos últimas no habían recibido contestación. La inquietud le hizo adelgazar y cuando aquel joven rudo del centro cívico acostumbrado a portar ataúdes sobre sus hombros le ofreció esa flor plateada, ella lo interpretó como un aviso. Quizás Takemiya se había aventurado a curiosear en el mundo de los muertos tomándolo equivocadamente por Venus y no podía volver a casa.

—No tiene nada que ver con funerales, tan solo es una flor que no es de este mundo — respondió en un tono arrogante—. Me recuerda a las flores de Venus. Es la única flor de este mundo que imita una de mi planeta. Escúchame, mamá. En Venus todas las flores tienen color metálico. Desprenden brillos plateados bajo el reflejo de la luna, dorados cuando les alcanzan los rayos del sol. Si sopla el viento, chocan entre sí y hacen un ruido de campanillas.

—Tienes mala cara —dijo su madre.

—Estoy cansada por culpa de las conferencias de papá.

—Has trabajado mucho, es cierto. Una parte sustancial de su éxito se debe a ti.

Akiko había decidido trabajar en la preparación de las conferencias por indicación de Takemiya y con un considerable esfuerzo había evitado que su padre le preguntase sobre aquel joven. Su madre, por su parte, nunca se había tomado ese asunto en serio.

—A pesar de todo, me parece que tienes muy mal color de cara —insistió su madre.

Akiko se tapó en ese instante la boca con un gesto rápido, se levantó y se marchó.

Iyoko no comprendía qué había dicho exactamente como para herir de ese modo los sentimientos de su hija, pero de repente vio la imagen de los dedos de su mano tapándose la boca. Se levantó sin perder un segundo.

—¿Qué te pasa Akiko? ¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal?

Madre e hija se sentaron frente a frente y hablaron en voz baja. Iyoko siempre se había interesado por la salud de sus hijos y ellos nunca habían sido capaces de mentirle en nada ante su insistencia.

—Ya no soy una niña.

Iyoko hubo de recurrir entonces a la lógica.

—Ese argumento podrías usarlo si fuéramos una familia humana como las demás, pero procedemos de planetas distintos y es mi responsabilidad saber lo suficiente sobre las diferencias físicas entre la gente de Venus, de Mercurio y de Marte.

Akiko fue sometida a un severo interrogatorio y al final hubo de confesar que desde el mes de diciembre del año anterior no había vuelto a ver algo que sí debería haber visto cada mes. Nunca le había afectado demasiado el influjo de la Luna cuando se presentaba puntual a su cita en el cielo nocturno de cada ciclo. Sus periodos siempre habían sido irregulares y desde que supo de su origen en Venus, se enorgullecía al pensar que estaba bajo la influencia de su lejano planeta, el cual, a pesar de la distancia, conseguía doblegar la atracción de la Luna. Las mareas provocadas por ella sí tenían algún ligero efecto sobre su cuerpo, pero no llegaban a sustituir la verdadera fuente que la controlaba. Pero cuando veía el pálido resplandor del día terrestre reflejado en la parte no iluminada de la luna en cuarto creciente, le parecía probable que fuera su propia influencia lo que controlaba la Luna.

Desde su encuentro con Takemiya en el mes de diciembre, Akiko había logrado zafarse de esos grilletes lunares de los que, mes tras mes, ninguna mujer humana lograba escaparse. Las cadenas de sangre que las ataban a esa bella y al tiempo vulgar órbita celeste se habían roto gracias al poder sublime del lejano Venus y, por ello, Akiko ya solo se sometía a los principios puros de su planeta. En el mes de enero y también en el de febrero, no hubo indicios de que la Luna ejerciera poder alguno sobre ella. Era lógico después de todo y no le sorprendió especialmente.

¡Las impuras cadenas de sangre de la Luna ya nunca volverían a amenazarla! La pureza de

Venus había destruido al fin el humillante sometimiento que ese perverso y luminoso cuerpo celeste imponía sobre el flujo menstrual de todas las mujeres del planeta. El húmedo canal interno en las sombrías profundidades del cuerpo de Akiko que, mes tras mes, se ensangrentaba para responder a los guiños y asentimientos de la Luna se había cerrado... Comparado con el placer y el alivio que sentía, ¿qué importancia tenía un cierto desagrado o unas cuantas náuseas? Era solo la pequeña venganza y vejación de una Luna que se sabía abandonada.

Su madre continuó con su tranquilo y desapasionado interrogatorio.

—¿Diciembre...? Eso significa desde que volviste de Kanazawa, ¿verdad? Kanazawa... No me voy a enfadar, pero dime. Tengo la impresión de que me ocultas algo. En Kanazawa...

Al principio, Akiko ni siquiera intuía lo que su madre sugería y se limitó a mirarla distraída a los ojos. Sus palabras se le antojaban polillas jugueteando alrededor de un fuego. Pero cuando al fin comprendió la naturaleza de ese fuego se enfadó mucho.

—¿Se puede saber qué quieres decir, mamá? ¿Cómo puedes dejarte arrastrar por esos pensamientos tan impuros? No solo no nos dimos ni un beso, es que ni siquiera nos cogimos de la mano.

Esa misma noche, Iyoko buscó el apoyo de su marido para tratar de convencer a su hija con algunas lisonjas. Akiko se resistió a sus absurdos intentos de persuasión con sonrisas cada vez más gélidas. Por primera vez en la vida se enfrentaba en toda su crudeza al modo de pensar de la gente de Marte y Júpiter, pero al final no le quedó más remedio que darse por vencida y a la mañana siguiente acompañó a su madre al hospital.

«Yo soy diferente a todas esas». Con ese pensamiento en mente, Akiko miraba a las otras pacientes sin la más mínima reserva. Por lo demás, la prueba y la humillación que estaba a punto de experimentar le provocaban verdaderos estremecimientos. No había ninguna otra mujer pura en esa sala de espera a excepción de ella misma. ¿Por qué no la salvaba en ese instante un acto de gracia de Venus para evitarle así el trago que estaba a punto de pasar? Imploró con todas sus fuerzas. Quizás alguno de los médicos del hospital fuese también de Venus. Rogaba para que esa persona apareciese por la puerta con su cara pálida y resplandeciente, para que escrutase la sala de espera con sus ojos amenazadoramente transparentes, le sonriera a ella y le dijera: «No hay razón alguna para que esté usted aquí, señorita. Márchese cuanto antes. Me basta mirarla para jurar ante Dios que es usted pura».

En ese momento, la cara del médico se transformaría en el hermoso rostro de Takemiya. Las fúnebres paredes del hospital se volverían traslúcidas, las mujeres profanadas temblarían y se postrarían ante semejante milagro, el instrumental médico y las gasas blancas volarían hacia el cielo estrellado...

—Señorita Ōsugi.

Una enfermera con un pañuelo blanco en la cabeza la llamó desde la ventanilla de la recepción. Iyoko empujó ligeramente a su hija por la espalda. Akiko se puso en pie con una mirada fría cargada de menosprecio.

El joven doctor trató de no mirarle a la cara mientras le hablaba. Le hizo unas cuantas preguntas sencillas que su madre se preocupó de contestar cuando no lo hacía ella.

—Pase por aquí, por favor.

La enfermera llevó a Akiko a un lugar separado por cortinas. El médico no hizo acto de presencia mientras se preparaba. Le pidieron que se sentara en un extraño sillón de exploración. Un calentador eléctrico expulsaba aire templado a la altura de las caderas. Colocó las piernas en el reposapiernas y el sillón subió hasta una altura determinada. La enfermera corrió descuidadamente una cortina gris a la altura de su pecho. Al otro lado de esa cortina escuchó la voz del médico y el rumor del agua mientras se lavaba las manos.

Cerró los ojos y pensó en las estrellas que veía a menudo desde la ventana del tren de la línea Seibu cuando volvía de la escuela. Obligada a adoptar la postura de una bestia salvaje maltratada, había alcanzado, a pesar de todo, la más alta cota de espiritualidad. La vergüenza que los humanos sentían por su propio físico escondía algo que fascinaba a Akiko. Su cuerpo era sometido a una indescriptible humillación y ya no tenía claro si le pertenecía a ella o no, pero la profanación de la carne humana que ella misma padecía en ese momento le ayudó a comprender la verdadera profanación que debía soportar la humanidad entera, y así se divorció de su propio cuerpo.

Bajó la mirada y se fijó en los delicados encajes ondulados de su camisa a la altura del pecho. Ninguna artesanía del mundo podía ofrecer una decepción más bella y delicada. Dejó que sus dedos juguetearan con la camisa bajo la cual vio sus pechos firmes como animales acorralados.

El médico colocó los pies debajo del sillón para pisar unos pedales y el ángulo en que estaba recostada cambió despacio hasta situarla en una posición en la que, de haber sido de noche, su cuerpo habría quedado expuesto a la luz de las estrellas.

—Relájese —dijo el médico.

Una fuerza oscura y pesada se introdujo en el interior de su cuerpo. ¿Qué clase de ruido metálico era ese que había oído justo antes, como si algo estallase? ¿Era uno de esos extraños utensilios metálicos que acababa de ver en la mesa auxiliar? Los platillos volantes estaban hechos de metal pulido y eran capaces de atravesar la atmósfera turbia, densa como una sopa que rodeaba el planeta. Luces intensas. El médico dirigía una intensa luz hacia ella. Los bajos de la cortina que tenía a la vista parecían haberse incendiado. La humanidad entera parecía empeñada en escapar sumida en una confusión total. Akiko se había transformado en una flor plateada.

La revisión terminó. Cuando Akiko se vistió, el médico ya estaba a punto de terminar su informe. Al pasar a su lado, echó un vistazo furtivo al papel. Vio algunas abreviaturas, P.M.m, Ut., g., c., Add., Er., L.F., Sek. Al lado de cada una de ellas había garabateado números y unas palabras en alemán escritas en tinta negra. Se disponía a estampar un sello donde se leía *soltera* y otro más de color rojo donde se leía: *embarazada*.

Su madre se levantó de la silla temblando y volvió a sentarse enseguida.

—Está embarazada —sentenció el médico—. De cuatro meses. No hay duda.

—¡Válgame el cielo!

Al contrario de su madre, Akiko mantuvo la calma y el médico pareció acobardarse ante la inquietante templanza que brotaba de sus ojos. Era excepcional que una mujer soltera mostrase semejante serenidad al anunciarle que estaba encinta. El médico imaginó el aspecto que tendría el hombre que se ocultaba tras los ojos brillantes de Akiko y lo que vio fue un monstruo.

Salieron del hospital para sumergirse en el luminoso día. Iyoko se tambaleó ligeramente y Akiko tuvo que sujetarla. Su hija sonreía y ella no pudo reprimir un grito.

—¿Cómo es posible que te rías en una situación así? ¡Me das miedo! ¡Deja ya de asustarme, te lo ruego!

Se sentaron en la mesa de una vieja y anodina cafetería y pidieron algo frío para beber. Iyoko aspiró de un solo trago a través de la pajita la soda de color rojo vivo que le habían servido.

—No sé por dónde empezar... —dijo en voz alta agradecida por el hecho de que la televisión tapara su voz—. ¿Es que ni siquiera te has sorprendido?

—Una vez dicho ya no me sorprende.

—¿Una vez dicho? —preguntó Iyoko estupefacta, incapaz de comprender—. ¿Qué quieres decir exactamente?

De nuevo los labios de Akiko dibujaron esa sonrisa que tanto inquietaba a su madre.

—Antes del examen médico me sentía fatal, pero cuando el doctor ha confirmado lo que pasa lo he comprendido. Ahora estoy tranquila. Siento como si me hubiese despertado. Al fin entiendo de qué va todo esto.

—La que no te entiendo soy yo. Habla claro.

—He comprendido sin género de duda que soy pura.

—¿Pura? —gritó Iyoko incapaz de contenerse.

La sonrisa de Akiko se transformó en el más natural de los gestos que sus bellos labios eran capaces de expresar, pero no se circunscribió a su rostro, sino que alcanzó la totalidad de su ser, como si emitiese ondas, e incluso la melancolía que producía su brillante cabellera se transmutó en un bosque envuelto por una niebla de sonrisas.

—No sé de qué te sorprendes tanto, mamá. Se trata de una inmaculada concepción.

—¡No digas sandeces!

—Recuerda lo que dijiste en una ocasión: «No somos humanos». Nunca debíamos olvidarlo, ni por un solo momento, dijiste. La inmaculada concepción. No le he dicho nada al doctor porque habría sido inútil tratar de explicárselo.

—Pero tú...

—Mamá, no estás en disposición de hablar de eso. Yo soy la única que lo ha vivido. Por fin sé cómo conciben los venusianos.

Las dos mujeres se sumieron en un largo silencio y a sus oídos solo llegaba el griterío de los personajes que aparecían en la televisión. Contemplaron la calle a través del ventanal sucio. Los coches parecían moverse irritados, como si se lanzasen los unos contra los otros. Fue un momento lleno de amargura en el que un milagro empezaba a revelarse despacio, como si fuera tinta invisible sobre el vidrio tras el cual se desplegaba ese cuadro polvoriento de una escena de la vida diaria.

Después de pensarlo mucho, Iyoko hizo una sola pregunta a su hija:

—No te voy a molestar más —dijo tímida—, pero aclárame una sola cosa. Ese joven y tú visteis platillos volantes en Uchinada, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Akiko nunca había hablado a nadie de ese secreto y para desviar las sospechas de su hija optó por una maniobra de distracción.

—Los de Júpiter nos damos cuenta de esas cosas.

—¿Por qué...?

—Escúchame. No es eso lo que me interesa en realidad, si lo viste con ese joven a solas o si

había alguien más. Lo que me interesa son los detalles, quiero decir, qué sentiste cuando apareció el platillo.

—Fue algo indescriptible. Jamás en mi vida había presenciado algo que me acelerase el corazón de ese modo. Aparecieron tres justo delante de nosotros, surgieron tras las nubes negras que cubrían el cielo sobre el mar de Japón.

En ese punto Akiko vaciló. No sabía cómo seguir.

El avistamiento apenas había durado cuatro o cinco segundos. Las naves volaron sobre el mar, se detuvieron de pronto en mitad del cielo y se convirtieron en las pupilas de esos negros nubarrones. Un instante después, empezaron a temblar y se tornaron de un color albaricoque, como si se estuvieran incendiando... Se elevaron en perpendicular a la superficie del mar a una velocidad inimaginable y desaparecieron...

¿Qué había sentido Akiko en aquel momento?

Era consciente de haber experimentado una forma de éxtasis, pero cuando lo pensó mejor comprendió que su memoria se había diluido de algún modo, como los senderos que se estrechan gradualmente hasta acabar por desaparecer bajo la hierba.

Era natural que los platillos volantes se presentasen en clímax de ese instante de conexión espiritual y solidaridad cósmica. Aparecieron porque debían hacerlo. De no haberlo hecho, el mundo se habría desintegrado sin más.

Quizás el corazón de Akiko albergaba una expectativa que excedía la capacidad de los humanos y, posiblemente, que también viera algo invisible a sus ojos. Por tal motivo, aun cuando en alguna otra parte de las dunas hubiera habido otras personas, dudaba mucho de que hubieran visto los platillos volantes. Los que sí los vieron fueron los ojos de la joven pareja.

¿Cómo podía describir Akiko ese momento de bendición suprema, los sentimientos que desbordaban su corazón?

Su corazón, de hecho, siguió la estela de las naves, atravesó la capa de nubes bajas típica de las tierras del norte, ascendió en perpendicular a las formaciones de cirros, a través de las nubes nacaradas de la estratosfera y más allá de las capas altas de la atmósfera, allí donde vagaban nubes noctilucantes hasta ascender incluso donde las auroras carmesíes lo envolvían todo. Su cuerpo quedó abandonado en la Tierra. Durante mucho mucho tiempo. ¿Cómo podía saber ella lo que le había ocurrido durante ese largo intervalo? Un humano podría haber sido testigo, pero lo cierto es que no había nadie por allí.

El alma de Akiko había levantado el vuelo junto con Takemiya. Su espíritu se había transformado en una pieza musical perfecta. La pureza en su máxima expresión entretejida con las pulsiones del deseo carnal... Y su verdadero centro, el núcleo mismo de su existencia, se había sumergido en una deslumbrante y placentera atmósfera sin forma definida. Volaron juntos agarrados de la mano en dirección a horizontes más bellos y lejanos.

¿Cuál fue la naturaleza de aquel placer que disfrutó? ¿Qué había causado ese arrebató indefinido que convirtió su cuerpo en una nube a la deriva? Sus recuerdos eran transparentes, pero cuando profundizaba sus contornos se desdibujaban.

... Agachó la cabeza y renunció a ese hábito tan humano de analizarse una misma que a ella le parecía como comprobar una y otra vez el contenido de la cartera. De nuevo se convenció de que no había razón para dudar delante de su madre.

—Nada más —dijo—. No nos dimos la mano, no nos besamos. ¿Entonces, qué? ¿En algún

sitio dice que una inmaculada concepción necesita de al menos un beso?

Iyoko se inquietaba cada vez más. Esa ama de casa de Júpiter comprendía, como todos los de su planeta, la nefasta influencia de los seres humanos cuando se trataba de especulaciones con intención de trascendencia. Palabras como *alma* o *espíritu* apestaban a humanidad, se reconocían de inmediato como un perro reconoce a otro. El sentido de esas palabras desprendía el aroma de las camas de paja donde dormían los humanos.

—Te he entendido. No dudo que dices la verdad, pero en el mundo de los humanos un secreto revelado se convierte de inmediato en un enorme problema. Si se enteran, los periodistas de la televisión, de la radio y de los periódicos rodearán nuestra tranquila casa en Hanno y terminarán por convertirte en su hazmerreír.

—No se lo voy a decir a nadie.

—Guarda bien tu secreto, ¿de acuerdo? La mejor manera de hacerlo es que desaparezca. A mí me parece que no es tarde a pesar de estar ya de cuatro meses.

La expresión del rostro de Iyoko reveló toda la crueldad de una ama de casa que se sentía más contenta cuando lavaba la tabla de cortar bajo el grifo. Akiko la miró desconcertada.

—No puedo hacer eso.

—Solo piensa en ello. Cuando se te empiece a notar ni siquiera podrás ir a la escuela o poner un pie en la calle en nuestra pequeña ciudad de provincias. La gente te despreciará. ¿Tú crees que alguien con tu orgullo será capaz de mostrarse en ese estado y soportar las risas y las burlas de la gente durante las veinticuatro horas del día?

Akiko desvió la mirada en completo silencio. Su corazón no podía obviar la humillante realidad que acababa de describir su madre con terribles palabras.

Se había sujetado el pelo con una horquilla adornada con una flor de loto dorada, como si se leyeran en ella las palabras «inmaculada concepción». Quizá su destino estaba decidido desde el mismo instante en que descendió de Venus. Caminar por las avenidas del mundo humano luciendo esa horquilla en el pelo. Hacerlo desde su primer paso en la Tierra hasta el mismísimo final.

La tripa de Akiko iba a aumentar por días. Para ella era la prueba fehaciente de la pureza máxima, pero para todos los demás la evidencia de todo lo contrario. La suprema poesía de Venus se transformaría entre ellos en un espectáculo obsceno. Caminaría despacio y luciría su tripa como si ocupase una hermosa carroza en un festival. Caminaría con sus adornos divinos que todo el mundo despreciaría... Después de todo estaba en la Tierra... Miró a su alrededor. Nunca había experimentado una sensación parecida. Tuvo la impresión de vivir en el interior de una horrenda pesadilla.

«No puedo creer que esté en este planeta».

Aún en el interior de una cafetería, el planeta no dejaba de mostrar sus sucios y aterradores colmillos. No había ni rastro de la antigua armonía, de la paz de antaño y de la unidad que había gobernado el mundo en algún momento. La bendición de la suprema felicidad había descendido sobre la morada de los Ōsugi tras la aparición de los platillos volantes. Pero también eso se había esfumado. Las sillas polvorientas, los cubitos de hielo teñidos de rojo en el fondo de los vasos, los números bien visibles y casi imperativos de un calendario colgado de la pared. Las orejas de aspecto animalesco de los actores de cine en los carteles publicitarios que decoraban el local, los huevos de las moscas del año anterior pegados al techo, el alboroto demencial que salía del

televisor... Akiko miraba inquieta a su madre mientras ella se ponía unos guantes negros de encaje para la primavera, como si con ese gesto perpetrarse una maldición.

—Nos vamos a casa. Tu padre estará impaciente.

Iyoko apresuró a su hija, pero su respuesta no la dictó el temor que se había instalado en su corazón.

—No vuelvas a hablarme nunca más como has hecho antes. Estoy preparada para lo que tenga que venir.

Akiko tenía una misión: transitar el camino de su santidad hasta el final, por muy arduo y escarpado que pudiera ser.

—Es por culpa de su belleza —murmuró Jūichirō una y otra vez—. La belleza ha sido lo que ha traído el embarazo.

Estaba pálido, enfadado, pero esa ira cargada de amor paterno no se dirigía contra su hija ni contra su joven amigo. Él se oponía a que raspasen su útero con ninguna clase de instrumento, que la sometieran a una operación que entrañaba un riesgo. Creía firmemente, además, que no era en absoluto recomendable arrancar un brote, ya viniera de este mundo o de otro. Él estaba preparado para no dejarse amedrentar por risas burlonas, por reproches salidos de bocas humanas y, a pesar de todo, estaba convencido de que se trataba de una oscura trama motivada por la belleza de una chica tan joven como ella. Había apartado su mirada del supremo objetivo de alcanzar la paz en el mundo, se había dejado engatusar por esa idea de la belleza que falsificaba la imagen del mundo y, al hacerlo, había sembrado dentro de sí la semilla de un destino calamitoso. Aquellos platillos volantes de Uchinada representaban, a buen seguro, la forma más vil de belleza.

El éxito de sus conferencias se había traducido en un notable incremento de los miembros de la Asociación para la Amistad Universal, con lo que el trabajo de oficina se había multiplicado considerablemente y ya no se encontraba en disposición de rechazar visitas. Y encima, el asunto de Akiko añadía más peso a su corazón. Por si todo eso no bastara, Kazuo volvía todos los días muy tarde a casa y la ayuda que esperaba recibir de sus hijos durante las vacaciones de primavera no se materializó.

Lo peor de todo, sin embargo, fue que la primavera arrastró las cenizas de la muerte. El polvo radioactivo desprendido como resultado de los frecuentes ensayos nucleares había alcanzado la estratosfera, donde el estroncio 90 y el cesio 137, ambos con una larguísima vida, flotaban de un lado a otro sin llegar a disolverse y a la espera de precipitarse sobre el suelo en forma de partículas. Cuando la primavera llegó al hemisferio norte y la temperatura aumentó, las cenizas de la muerte, retenidas hasta entonces en las capas altas de la atmósfera, empezaron a descender y a colarse por los huecos de la tropopausa en las altitudes medias y de allí pasaron a la troposfera. La lluvia de cenizas de la muerte se duplicó y los científicos le dieron un nombre al acontecimiento: Máximo primaveral. Los ensayos nucleares llevados a cabo por la Unión Soviética durante el otoño del año anterior habían contribuido a acumular material radioactivo en proporciones desconocidas hasta entonces.

Jūichirō no daba crédito. Contemplar el suicidio a cámara lenta de la humanidad le dejaba mudo.

La muerte envolvía a los humanos con la forma de hermosas nubes. El fulgor de sus

formaciones carmesíes y violetas en los cielos del atardecer era tóxico. La muerte invisible se filtraba de manera constante. El veneno de la primavera disperso en las inalcanzables alturas del cielo se precipitaba sobre la Tierra, envenenaba los vegetales, la leche y terminaba por fijarse en los huesos humanos. Motas microscópicas de muerte en un incansable descenso, infiltrándose en su camino en las estructuras profundas de la radiante flora y fauna de los campos de la Tierra, buscando oscuras moradas donde instalarse de una vez para siempre para fijar allí sus domicilios definitivos desde donde extender su mal infinito a través del interior de los cuerpos de la gente. Los huesos, normalmente, pasaban inadvertidos hasta la muerte, pero ahora empezaban a sonar como trompetas durante la vida. La muerte florecía en los magníficos campos cultivados de verduras calentadas al sol, en pastos atravesados por arroyos rodeados de bosques, en paisajes inundados de flores y de abejas. Los excursionistas oían sin saberlo un canto en sus huesos, el canto de la muerte adherida a la naturaleza. Los huesos humanos eran su único dote de eternidad. Las cenizas de la muerte podían destruir la carne, pero esa humilde estructura ósea disecada no se perdería nunca. Las cenizas de la muerte y los huesos humanos cantaban un dulce dueto para celebrar su victoria sobre la vida... Era un canto que se escuchaba ya muy cerca, un rugido ensordecedor para Jūichirō mientras que los humanos, en su inconsciencia, no oían nada.

Había estallado la rebelión de la naturaleza y las personas que habían prendido esa mecha eran, sin duda, las mismas que habían inventado la bomba de hidrógeno. ¿Nunca habéis notado esa adorable coquetería de unos huesos a punto de recibir material radioactivo? También los Estados Unidos habían fracasado a la hora de aprender la lección y estaban a punto de retomar sus ensayos nucleares. El escenario más apocalíptico capaz de imaginar por Jūichirō había llegado. Los huesos habían formado una alianza. El día en el que la carne se liberaría de las cadenas ya no estaba lejos y forcejeaba para ofrecer un buen alojamiento a sus microscópicos liberadores. Aprovechaba cualquier oportunidad para intercambiar miradas cargadas de intención, para adular, para soñar con el día en que al fin podría tumbarse desnuda bajo el cielo estrellado rodeada de flores y bosques cubiertos de rocío.

No sorprendía, por tanto, que los platillos volantes se presentasen por todas partes y que los humanos empezasen a tomar conciencia de su existencia. Sobre el escritorio de Jūichirō se amontonaban cartas y más cartas que atestiguaban avistamientos de objetos voladores, aun cuando él mismo no había vuelto a tener la oportunidad de ver uno.

Las cartas detallaban avistamientos en todos los rincones del país: pasadas las siete de la tarde, dos estudiantes de secundaria del pueblo de Ogawa, en Sakawa-cho, en el distrito de Takaoka de la prefectura de Kochi, aseguraban haber visto un objeto ovalado cubierto de una fina membrana volando de este a oeste a una velocidad vertiginosa para ocultarse tras las montañas. Otro testigo de la ciudad de Yatanomachi, en Komatsu, en la prefectura de Ishikawa, aseguraba haber visto, alrededor de las nueve de la noche a treinta grados de elevación en el cielo del oeste, un cuerpo luminoso anaranjado que emitía haces de luz y sombra. Otro más decía haber visto un platillo de estructura saturnal justo delante de sus ojos mientras conducía su coche por la autopista de Kawagoe y que, súbitamente, se elevó hacia el cielo y desapareció. También le llegó un informe desde Bihoro-cho, en el distrito de Abashiri, en Hokkaido, según el cual alrededor de las cinco de la tarde se observó un objeto lejano detenido en el cielo del oeste del tamaño de una judía de soja iluminado por la luz del ocaso...

La verdad de aquellos testimonios no podía cuestionarse y de todas las cartas emanaba un

sincero deseo de paz. La Asociación para la Amistad Universal reunía cada vez más manos en ese gran círculo que servía para rezar con el fin de evitar la extinción de la humanidad. Pero no era ese su único objetivo. También pretendían traer de vuelta a la Tierra la armonía y la unidad.

Un día visitaron a Jūichirō en su casa de Hanno dos miembros del comité contra los ensayos nucleares. Querían agradecer sus conferencias y pedirle que se hiciera miembro del comité. Eran dos reputados y conocidos académicos que parecían esconder una doble intención. Le adularon subrepticamente con un lenguaje muy racional. Jūichirō había leído algunos de sus artículos en varias revistas y en ellos ofrecían sus puntos de vista sobre las artes, sobre el mundo de las ideas y sobre las creencias de la clase trabajadora. Ambos hacían gala de una infinita habilidad para llevarse el gato al agua por muy peculiar que pudiera ser el tema. Durante su visita, sin embargo, se esforzaron mucho por tratarle como si tuvieran enfrente a un intelectual de su misma talla.

Jūichirō no soportaba esos disparates tan típicos de los seres humanos. Él se limitaba a hablar de platillos volantes y no podía evitar la sorpresa de que dos académicos se lo tomaran tan en serio. Cuando al fin tomó confianza con sus dos visitantes, aludió de pasada al secreto mejor guardado incluso entre el más próximo de los miembros de la Asociación.

—Me da la impresión de que se dirigen a mí como si fuera un humano más. Estoy seguro de que sabrán guardar un secreto, de manera que seré franco con ustedes. Lo cierto es que yo no soy humano.

—¿Lo dice de verdad? —preguntó uno de ellos con un semblante serio mientras subía ligeramente el mentón puntiagudo y casi azulado de su barbilla recién afeitada—. En tal caso, ¿qué es usted?

—En realidad —comenzó en voz baja y sin dejar de mirar a su alrededor—, soy... marciano. Quiero decir, he venido de Marte con la misión de salvar la vida en este planeta.

Los dos hombres intercambiaron miradas. Debieron pensar que semejante afirmación superaba con creces los límites de su afición por lo popular. Hicieron unos comentarios más bien vagos y se excusaron antes de marcharse.

Jūichirō insistió.

—Desde la perspectiva humana tiene todo el sentido, imagino, impedir que gente como yo se convierta en compañera suya. ¿Me equivoco?

—¿Desde la perspectiva humana? —preguntó el otro con los ojos muy abiertos tras unas gruesas gafas—. Esta clase de asuntos no ayuda en absoluto a nuestra lucha contra los ensayos nucleares. Nuestra misión no va por ese camino.

Mientras les despedía cortésmente en la entrada, analizaba complacido la reacción negativa cuando usaba la expresión «desde la perspectiva humana».

*

Jūichirō se marchó de viaje inesperadamente sin hablar de su destino, algo muy raro en él. Tenía un semblante preocupado. Iyoko sí estaba al tanto de lo que ocurría, pero no le había dicho nada a sus hijos.

Se dirigía a Kanazawa. Sentado en el tren, vio en repetidas ocasiones el bello rostro de su hija y notó una fuerte opresión en el corazón.

Había decidido soportar cualquier clase de humillación si eso servía para ponerla a salvo de la

infelicidad. Si debía arrodillarse e inclinar la cabeza hasta tocar el suelo con la frente delante de ese niño que se decía de Venus, estaba dispuesto a hacerlo.

Tenía entre sus manos la importante misión de salvar a la humanidad, pero carecía de un plan concreto. ¿Por qué había sido capaz entonces de tomar medidas de urgencia al tratarse de su hija, de pasar a la acción de manera inmediata? Habría sido un error muy humano atribuirlo al amor paterno y negar la lógica de identificar la belleza de Akiko como la verdadera razón. Quizás era porque salvar a una persona resultaba mucho más fácil que salvar a tres mil millones. O a lo mejor porque llevar esa vida de incógnito en la Tierra constituía una afrenta fundamental para él y se esforzaba por actuar como una persona corriente.

Alrededor de la una de la tarde, cuando el expreso *Cisne blanco* se acercaba a Naoetsu, en la ventana izquierda del vagón apareció el monte Myoko rodeado de otras montañas. Sus cimas plateadas parecían arañar el cielo nublado, algunos edificios de madera en mitad del campo, hierbas que reverdecían lentamente, hileras de chopos delgados sin brotes... Y en mitad de la desolación del paisaje se le apareció de pronto en el cielo la ilusión del perfil de su hija ligeramente cabizbaja con su mirada transparente fija en sus entrañas como si estuvieran lastradas por un oscuro peso. Vio su pelo, el puente de su nariz, sus labios firmes y apretados. Todos sus rasgos recortados contra el pálido cielo de la primavera parecían estar allí para iluminar tres palabras: «La inmaculada concepción». Aquellas palabras parecían coronar su frente de invisibles gemas, adornar sus orejas con pendientes invisibles de piedras preciosas... Se abrió un pequeño claro en el cielo y sus ojos y mejillas se diluyeron, dejando tras de sí una vaga impresión entre las nubes.

Miró en dirección a la bahía de Toyama y comenzó a llover. El tren giró hacia el oeste, hacia Takaoka, por donde cruzaba la península de Noto para dirigirse al noreste por la laguna de Kahokugata antes de llegar a la ciudad de Kanazawa.

Pasó la noche en vela en un hotel barato cerca de la estación. Dada la naturaleza del asunto que le había llevado hasta allí no quería visitar al joven de noche para no dar una impresión de amenaza. Al día siguiente por la mañana descorrió las descoloridas cortinas de flores y vio que fuera llovía. Abrió el paraguas plegable que había llevado consigo y salió a la calle mojada por la llovizna.

Tenía una dirección que le había anotado su mujer en secreto, sacada de las cartas de Takemiya:

Kaoru Takemiya.

36-1, Nibancho, Nagamachi, Kanazawa.

Cuando preguntó en el hotel le dijeron que se trataba de una zona residencial de casas antiguas donde en tiempos estuvieron las mansiones de los samuráis. En una de sus cartas, Takemiya se quejaba amargamente de lo incomprendido que se sentía viviendo en una de esas casas con sus padres, hermanos, rodeado de familia, tíos y tías.

Si le recibían sus padres, pensó Jūichirō, no iría directo al grano. En primer lugar, debía hacer uso de su conocimiento del mundo humano para presentarse como alguien digno de confianza, ofrecer una imagen de respeto y de disfrutar de una posición social desahogada. Una vez logrado ese objetivo estaría en disposición de abordar poco a poco el asunto del matrimonio.

Repasó la línea argumental que se había trazado la noche anterior en el tranvía que le llevaba hacia el distrito de Korinbo.

Había perdido el apetito. Tenía la sensación de llevar una plancha de hierro oxidado en el estómago y le pesaba el cuerpo como si se hubiera empapado con la lluvia. Un malestar como ese no presagiaba para ese día un desenlace feliz.

El equinoccio acababa de terminar, pero la primavera no llegaba todavía a las regiones del norte donde, al parecer, melocotoneros, cerezos y ciruelos florecían todos a la vez. En las partes umbrías orientadas al norte se amontonaba la nieve. Jūichirō se apeó del tranvía y desplegó el mapa a cubierto bajo el alero de una tienda. Se había perdido. Tuvo que dar un gran rodeo hasta llegar a su destino.

Un sauce empezaba a brotar junto a un puente de piedra cerca de un muro de adobe por donde discurría en paralelo un torrente. Las plantas acuáticas mecidas por la corriente aumentaban la sensación de frío.

Cruzó el puente, tomó por un camino estrecho y serpenteante. Las casas, en efecto, tenían aspecto de ser muy antiguas, de cargar sobre sus vigas el peso de la historia. A pesar de la estación, en muchas de ellas había esteras de paja apoyadas sobre estacas de bambú para proteger los muros de la nieve. Al otro lado se adivinaban algunos manzanos. La lluvia pulía las tejas esmaltadas en negro de las casas. Tras las cancelas se abrían pequeños jardines con árboles desnudos cubiertos de nieve. Había puertas pequeñas al estilo de las viejas casas de los nobles, ventanas cerradas con celosías e interiores oscuros donde no se intuía la presencia de nadie.

Echaba el paraguas hacia atrás frente a cada una de las placas de las casas, pero no veía el apellido Takemiya por ninguna parte. Subió y bajó varias veces por la misma calle y varias veces se plantó frente a las mismas puertas. Quizás se había equivocado, de manera que se acercó a las casas adyacentes. No se cruzó con nadie en todo el trayecto. Tan solo le adelantó una bici con el sonido de su timbre oxidado.

Estaba exhausto, a punto de desmayarse a causa del largo paseo. Decidió regresar a la misma zona por donde había empezado su búsqueda. Volvió a mirar en las mismas casas y al fin dio con una cuya placa le había pasado inadvertida. Se trataba de un hotel de aspecto humilde un poco fuera de lugar y con un farol en la entrada en lo alto de un muro de hormigón donde se leía «Hotel Meiji». En el lánguido jardín delantero había varios pinos y unas palmeras amontonados en una pequeña isla alrededor de la cual los coches daban la vuelta. Era una casa de dos plantas de madera tosca mezclada con mortero. En la planta superior, un anuncio de unos billares tapaba por completo las ventanas.

En la valla de bambú había una placa pequeña junto a la puerta de servicio con un nombre escrito en tinta negra medio borrado: «Takemiya». Abrió la cancela de inmediato y entró. Un sendero de grava conducía a la cocina.

Al lado de la puerta había tres o cuatro cuencos sucios de *ramen*. La lluvia había empapado la mitad del suelo de la entrada y unas sandalias de madera que alguien había dejado allí de cualquier manera. Llamó en voz alta:

—¡Señor Takemiya! ¡Señor Takemiya!

Se presentó un hombre de escasa estatura vestido con una cazadora color gris.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Me llamo Ōsugi. Estoy buscando a Kaoru Takemiya.

—¿Kaoru? Ya no está aquí.

Jūichirō se sentó en la entrada de la cocina para descansar y como el hombre debió pensar que iba a tardar un rato en recuperar el aliento se sentó en una sillita que había allí cerca cubierta con un plástico amarillo. Tendría unos cincuenta años, la cabeza despoblada, una cara pequeña, hirsuta como la de un ratón.

—Pero en sus cartas consta esta dirección.

—Se marchó hace ya más de un mes.

—En la placa aparece su apellido...

—Sí. Es el mío.

—¿Es usted pariente?

—No, señor. No tengo ninguna relación con él. Aunque haya usted leído hotel, en realidad se trata de apartamentos. Kaoru ha estado un año con nosotros. Es un hombre atractivo, muy presumido. Me pidió usar mi apellido para que le llegasen las cartas sin necesidad de especificar Hotel Meiji en la dirección. En realidad, se llama Kaoru Kawaguchi, aunque no le puedo asegurar si se trata de su verdadero nombre o no. Quizás escribía cartas con nombres falsos para engañar a mujeres de quién sabe dónde. Como no me molestaba le dejé usar mi apellido sin pensar en nada más. No sé a qué se dedicaba, pero sí que leía muchos libros y que, de vez en cuando, practicaba el canto *utai* del teatro Noh. Al parecer escribía cartas como una especie de pasatiempo. Se relacionaba con muchas mujeres. Ah, por cierto, ¿por qué no va usted a ver a la dueña del Hotel Senkaku? Practicaban juntos y ella cuidaba de él. Puede que se aloje allí ahora. Me debía el alquiler de seis meses y fue la señora quien se hizo cargo... Pero no, no se fue por eso. Tan solo recogió sus cosas y desapareció, sin más. No he vuelto a tener noticia de él desde entonces. Supongo que es de ese tipo de persona que guarda muchos secretos.

Jūichirō se acercó al hotel donde se había alojado su hija. Se presentó como el señor Ōsugi de Hanno y recibió una inesperada bienvenida. La sirvienta le hizo pasar a una habitación de té desde donde se podía ver el río y le ofreció un refrigerio. La dueña del hotel, sin embargo, no se presentó enseguida.

A las doce del mediodía sonaron las sirenas de la megafonía pública que anunciaban la hora en toda la ciudad. Jūichirō no tenía ninguna intención de comer nada. El río al otro lado de la ventana estaba cubierto con la bruma provocada por la lluvia. La habitación olía mucho a incienso. A duras penas lograba mantener la posición erguida sentado sobre el tatami.

Tras media hora de espera, la dueña se presentó al fin. Era una mujer rechoncha con el pelo cano, vestida con un llamativo quimono de color morado. Lo saludó desde el umbral de la puerta con suma cortesía, pidió a la sirvienta que se retirase y ella misma se hizo cargo de servirle sake.

—Padre, tome una copita, por favor. Ha sido usted muy amable por venir a visitarnos desde tan lejos. Imagino que estará cansado del viaje. Tuvimos el placer de tener a su hija con nosotros alojada en esta misma habitación.

El hecho de llamarle «padre» le resultó muy extraño. La mujer se sujetó la manga del quimono con la mano izquierda para servirle y en su brazo derecho se descubrió una piel inusualmente blanca, carnosa, un poco fofa, que iluminó la atmósfera oscura de la habitación.

La mujer no le dio la oportunidad de pronunciar una sola palabra. Cuando él se disponía a llevarse la copita de sake a los labios, ella se retiró hacia atrás, apoyó las manos en el suelo de

tatami e hizo una profunda reverencia. Se levantó con la cara cubierta de lágrimas.

—Necesito pedirle algo —dijo enseguida—. Comprendo sus sentimientos, pero le ruego se apiade de mí y permita que vuelva Takemiya. No me pregunte por qué, ese es mi único deseo, es el favor más grande de mi vida.

*

A Jūichirō le costó un considerable esfuerzo hacerle entender a la mujer que él había ido hasta allí en busca de Takemiya. Se esforzó por no mencionar el embarazo de su hija y le dio algunos detalles.

Tan pronto comprendió la situación, la mujer le explicó que ella misma había ayudado al joven a organizar su encuentro con Akiko y en su tono de voz no solo no apreció el más mínimo remordimiento, sino más bien descortesía. Ella había conocido a Takemiya dos años antes durante los ensayos de los cantos *utai* de la obra de Noh titulada *Himuro*. Cayó rendida ante él nada más verle aparecer con la *hakama* blanca adornada con motivos en azul oscuro. Mantuvieron una relación desde entonces aun cuando hubo de soportar sus infidelidades o mentir sobre su nobleza cuando se hacía cargo de atender a ocasionales conquistas. Su forma de interpretar el canto eran tan extraordinaria que terminó por debutar en la representación de *Dōjōji*.

La mujer no arrojó ninguna luz respecto a la desaparición de Takemiya. Tan solo sospechaba que había estado viendo a sus espaldas a una bailarina de cabaré en el antiguo barrio del placer de Itsusaka, en Sanbancho. No sabía el nombre de la chica ni tampoco el lugar donde trabajaba, pero sí de su existencia, porque alguien los había visto caminando muy juntos a plena luz del día por las cuestas de Itsusaka.

En un principio, ella asumió que Takemiya se había fugado con Akiko y por eso no indagó más en el asunto.

Jūichirō estaba agotado, se sentía mal, casi al borde del desmayo. Le pidió a la mujer que le preparase el futón para dormir una siesta. Fue un sueño ligero, se despertó repetidamente sintiéndose incapaz de mover su cuerpo, que parecía atrapado en un bloque de arcilla. Abría los ojos y veía los brotes de unas flores de colza en el jarrón que decoraba el pequeño *tokonoma* del cuarto, pero ni siquiera podía determinar si se trataba de la realidad o de una ilusión.

Cuando uno se adormece después de tener conocimiento de una noticia impactante como la que él había recibido, los sueños suelen ser sorprendentemente divertidos. Jūichirō, por el contrario, soñó cosas inconexas, historias difusas, colores emborronados, momentos de euforia... Parecía deslizarse a toda velocidad cuesta abajo en un trineo.

Pasadas las tres de la tarde se levantó y fue a darse un baño. Por la ventana junto a la bañera vio que el cielo se había despejado. Se apresuró y poco después estaba de nuevo en la calle con un mapa entre las manos.

El barrio del placer de Itsusaka tenía muchas casas al estilo *keihan*, como las de Kioto y Osaka. Incluso a ojos de un forastero como él, estaba claramente dividido por un arroyo con en el mundo del *karuikai*¹⁵ en un lado y el de la prostitución al viejo estilo al otro. Había también pequeños negocios esparcidos por aquí y por allá, fruterías, pescaderías, los únicos que contaban

con algo de clientela a esas horas de la tarde. También vio papelerías, librerías de préstamo, puestos de chucherías, todo entremezclado sin orden aparente. En medio de un callejón trasero caldeado por el sol, dos o tres niños jugaban a dar patadas a las piedras. Sus rodillas llenas de cicatrices brillaban bajo los rayos de sol con destellos del color del jengibre.

El antiguo barrio del placer lo ocupaban ahora las tabernas, los cabarés y los viejos *ryokan*. A pesar de las reformas mal rematadas, los viejos elementos sobrevivían entre los nuevos y le imprimían a la zona un aire verdaderamente extraño. Jūichirō buscó en todos los cabarés, la mayor parte de ellos con nombres tomados de los Estados Unidos. Todos tenían las persianas echadas y el interior parecía desierto. Unas flores artificiales empapadas por la reciente lluvia junto a un cartel publicitario con una mujer desnuda que anunciaba la fiesta por la floración de los cerezos recibían los últimos rayos de un sol que empezaba a ocultarse por el oeste. Se cruzó con una mujer vestida con una sudadera de nailon de hombre, el pelo recogido en un moño como si volviera de darse un baño, que le lanzó una mirada perspicaz. El golpeteo de sus sandalias de madera mientras se alejaba se oía perfectamente en la calle inundada de silencio.

Jūichirō caminó sin rumbo fijo. Su única obligación, pensaba, era caminar hasta caer rendido al suelo. Cayó en la cuenta de que no había visto nunca la cara de Kaoru Takemiya, mejor dicho, Kaoru Kawaguchi, ni tampoco la de esa mujer con quien andaba y por mucho que se cruzase con ellos en plena calle no habría tenido forma de reconocerlos. Estaba aturdido por el cansancio, pero tenía la absoluta confianza de ser capaz de reconocer a ese joven venido del espacio exterior incluso a cien metros de distancia. Eso siempre y cuando fuese un verdadero extraterrestre, claro está.

Había pulcritud en el mundo del *kariukai* a esas horas; conservaba su aspecto de tiempos remotos con las celosías en las ventanas pintadas de un rojo ocre. El sol bajo daba paso a las sombras del atardecer.

Subió y bajó las cuestas del distrito hasta salir finalmente a la parte alta, más cercana a la calle por donde circulaba el tranvía. De pronto, hacia el oeste se abrió delante de él un paisaje inesperado donde vio al sol a punto de ocultarse tras los campos poblados apenas por algunas casas dispersas. El ruido del tranvía al pasar se le antojó como el chirrido estruendoso del sol al ponerse en el mar.

Una vez desapareció por completo de la vista, le llamó la atención un punto luminoso blanco entre las nubes horizontales, como si un pequeño pez brincase entre las olas. Era Venus, el lucero del alba, que en ese momento de tránsito del año se presentaba por la tarde. Su ángulo de elongación no parecía haber alcanzado todavía los diez grados.

Takemiya no aparecía por ninguna parte. ¿Qué iba a decirle a Akiko? Era su padre, después de todo, y no estaba seguro si decir: «Al ser originario de Venus te ha dejado para regresar a su planeta, como había imaginado» o «tan solo se trataba de un humano. Te engañó y se esfumó». La segunda opción resultaba más plausible. Las evidencias podían señalar en ambas direcciones, pero él no creía en absoluto que ese Takemiya fuera de verdad de Venus. Un padre humano se lo habría ocultado a su hija, la habría mentado solo con tal de no arruinar sus sueños. Si optaba por la segunda alternativa estaría más en sintonía con la realidad de una familia de extraterrestres a pesar de su crudeza.

De haber actuado como un padre humano habría fingido que ese Takemiya era de Venus, pero desde su perspectiva de extraterrestre se daba cuenta de que Akiko había cometido el error

de fantasear con un ser de este mundo y ahora la única forma de expiar su equivocación era ignorar la nula base sobre la que había construido su ilusión. En resumen, Akiko se había perdido al confundir la belleza con una falsa realidad.

«De acuerdo, le haré pagar su error», pensó ese padre llegado de Marte con un tierno corazón. Una vez de vuelta en Hanno, extenuado, seguro que le diría: «Como había imaginado era de Venus y te ha dejado para regresar a su planeta».

Sin embargo, su tortuosa compasión no era en absoluto ni un compromiso ni una forma de transigir con la forma de entender la realidad de los humanos.

15. Se trata de la parte ocupada por restaurantes, tabernas o casas de té entre otros negocios en los antiguos barrios de placer.

«Darles sueños a los jóvenes». Ese era el lema de Katsumi Kuroki.

Su éxito se debía tanto a la ambigüedad de su enunciado como al hecho irrefutable de que la juventud había perdido la capacidad de soñar. Pero Kazuo, por su parte, veía las cosas de otro modo. A él solo le satisfacía la realidad. Es decir, su realidad de ser originario de Mercurio, la realidad de que el planeta donde vivía era un lugar magnífico, su naturaleza ubérrima, sus mujeres agraciadas y, en muchos otros aspectos, un lugar digno de ser preservado... ¿Qué otra realidad podía existir aparte de todo eso?

Ese tesoro arraigado en su corazón proyectaba la imagen de un joven con grandes esperanzas y él mismo tenía la convicción de que la gente le prefería a él con su prometedor futuro que a todos esos otros jóvenes neuróticos tan comunes en su tiempo.

—Tengo la sensación como si solo tú albergases una firme esperanza en el futuro de Japón y de la humanidad. Pero no creo que sea solo una impresión mía, porque es lo que transmites.

Cuando Kuroki le hablaba de ese modo, Kazuo se sentía halagado aun cuando era consciente de lo equivocado de su afirmación. Si las cosas se desarrollaban así, los humanos terminarían por votar antes o después a los extraterrestres y lo harían sin saberlo, sometiéndose a un dominio ajeno a la Tierra, pero no veía la necesidad de aclarar que tal situación sería la máxima bendición para ellos.

Cuando se producía un incidente en el mundo, Kuroki escribía enseguida una carta dirigida a los altos funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos para mostrar su punto de vista al respecto y Kazuo no soportaba esa ingenuidad suya. Había ocasiones en las que recibía una breve respuesta de dos o tres líneas firmadas por algún asistente y él no dudaba de reproducirla alegremente en sus panfletos. Sin embargo, a Kazuo le gustaba Kuroki a pesar de toda su candidez.

Las estrategias de Kuroki para ganarse el favor de los jóvenes, de los japoneses especialmente, constituían toda una lección de vida para Kazuo. No tardó mucho en llegar a la conclusión de que su propio padre no entendía en absoluto la psicología de los terrestres.

Sus conferencias tenían éxito, sí, pero entre los enfermos y, en ese sentido, se asemejaba al lamentable éxito de algunos artistas.

Cuando terminaron los exámenes finales a principios del mes de marzo, Kazuo dejó toda la carga de trabajo relacionada con las conferencias paternas en manos de su hermana pequeña. Había oído decir que a un político había que visitarlo por la mañana, de manera que se presentó en casa de Kuroki en Setagaya a las ocho y media con la tarjeta de visita que le había dado. Era una casa inesperadamente pequeña rodeada de setos polvorientos. Tenía numerosas visitas ya a esas horas, antes incluso de empezar a trabajar en una subcomisión a las diez de la mañana.

Kazuo le explicó al pupilo que vivía en la casa como su ayudante el propósito de su visita. Obviamente, Kuroki no se acordaba de un joven al que solo había visto en una ocasión a pesar de

haber sido él quien lo invitó ir a verlo. No obstante, a Kazuo esa especie de deslealtad le resultó refrescante, incluso atractiva.

Le ofreció al chico todo tipo de detalles sobre sus actividades en la universidad. Había comprendido bien la trascendencia de hacerse valer uno mismo y hacerlo con desparpajo y sin sombra de vergüenza.

Escuchó a través de la pared cómo el chico le transmitía a Kuroki toda la información que acababa de darle y su voz destacó entre las del resto de invitados.

—¡Ah, sí! Hazle pasar enseguida. Es un chico prometedor.

Kazuo había elegido su uniforme de estudiante a propósito. Se estiró, sacó pecho para lucir los botones dorados de su chaqueta y se presentó entre el grupo de hombres.

—Es Kazuo Ōsugi —anunció Kuroki en voz alta sin apartar los ojos de la tarjeta de visita del chico—. Este joven causó verdadera sensación en una charla en la universidad. Los izquierdistas organizaron un buen alboroto y él solito fue capaz de calmarlos. Tiene un gran futuro por delante.

Después de la presentación, sin embargo, no volvió a decir una sola palabra sobre él.

Kuroki llevaba un jersey negro que acentuaba su estupendo estado físico y dirigía sus ojos veloces y sagaces a sus invitados sin dejar de mover una cabeza demasiado pequeña para ser de la raza japonesa. Pocos hablaban, sin embargo. La mayor parte guardaba silencio y parecían disfrutar de su sola presencia. Había cuatro o cinco chicas.

Kazuo pronto se dio cuenta de que todos se dirigían a él con unas palabras que un observador ajeno no habría entendido, y él mismo solo comprendió de qué hablaban al cabo de cierto tiempo.

«Señor, ¿cuándo cree usted que se resolverá ese asunto?», preguntó uno de los directivos de una empresa que apoyaba a Kuroki. «Le ruego haga usted cuanto esté en su mano para concederme el permiso de importación de esa máquina lo antes posible, por favor. El Ministerio de Industria se demora demasiado a la hora de responder». Otro de los allí reunidos dijo: «Por favor, *sensei*. Intervenga usted cuanto antes en este asunto. Me preocupa mucho la estación de lluvias». Quien hablaba en esa ocasión era un funcionario de la prefectura de Miyagi ansioso por obtener el permiso para terminar cuanto antes las obras de contención del río R.

Entre los invitados había un periodista, el único que se dirigía a él sin tantas cortesías, como si fueran amigos. Se refería a sí mismo y al periódico para el que trabajaba como *cool*. A Kazuo también le dirigió unas palabras en ese mismo tono desenfadado y vulgar.

Kazuo estuvo allí sentado durante algo menos de una hora. Llegó un coche para buscar a Kuroki y solo el periodista parecía disfrutar del privilegio de acompañarle a él y a su secretaria. Kuroki se presentó en la entrada de la casa después de cambiarse a un traje gris con un corte de calidad. Los presentes se apretaron unos contra otros en la angosta entrada, pero el anfitrión se acercó a él vestido con su uniforme y le dedicó una gran sonrisa.

La dulzura de su gesto en ese rostro astuto producía un efecto peculiar. Kazuo comprendió en ese momento el éxito y la popularidad de los que disfrutaba en televisión y él mismo sintió como si su cuerpo se debilitara. Le dio unas palmaditas en el hombro.

—Lo siento. Estoy muy ocupado esta mañana. Acostumbro a reunirme con un grupo de estudiantes los viernes a las cuatro de la tarde en mi oficina de Toranomón, así que si te apetece puedes venir y participar. Durante una hora hablamos distendidamente y es un momento que

disfruto mucho y siempre espero con ilusión.

Kazuo acudió a la reunión. De nuevo, Kuroki se pasó la hora entera hablando él sin dejar intervenir a los demás. Su discurso, en cualquier caso, no dejó de tener encanto para Kazuo, a pesar de verse obligado a comprimirse con los asistentes en aquella angosta oficina.

El tema de su discurso versó sobre las civilizaciones. Empezó por la circunscrita al océano Índico (tal como lo describió él), después pasó a la del Mediterráneo, luego a la del Atlántico (el traspaso de la europea a las Américas) y, al final, a las del océano Pacífico durante las últimas décadas. Según él, Japón estaba llamado a convertirse en el epicentro de ese mundo y explicó cómo la camarilla militar que gobernó el país durante la guerra había proclamado sin descanso «unificar las ocho esquinas del mundo», hasta vaciar de sentido su exhortación y hasta dejar de entender el desarrollo de la historia de la civilización. Según él, era inevitable la llegada antes o después de una suerte de federación mundial, pero los principios fundacionales de ese nuevo orden no debían basarse en la igualdad, como había propuesto Naciones Unidas. Sus principios debían descansar en las visiones proféticas sobre las mareas de la historia de la civilización según las cuales Japón, como nación individual, y el resto del mundo se abrazarían para forjar un colectivo multidimensional (!). La paz mundial descansaba, como una burbuja en un plano espiritual, en el núcleo mismo de la conciencia de crisis del presente, en el corazón de Japón, que se agitaba entre las poderosas olas de la política mundial para reflejar a la perfección el espíritu de esa nueva comunidad mundial.

Él veía en la gente joven la personificación de las aspiraciones más frescas de los japoneses. A la vez que ponía sus esperanzas en el futuro, lamentaba la corrupción de los hombres políticos del presente. Le reprochaba al gabinete del primer ministro Ikeda la actitud pusilánime, su indecisión, la política económica y la de relaciones exteriores. Tomó el ejemplo de Suiza para explicar la trascendencia de formar un ejército de defensa nacional y se lamentó del nulo patriotismo de la izquierda, que había quedado atrapada en el modelo de la nueva educación impuesto tras la guerra. Allí donde no existía verdadero patriotismo no podía darse el espíritu de los tiempos, lo que los alemanes llamaban *Weltgeist*. Se declaraba igualmente enemigo jurado del cosmopolitismo decadente de la izquierda, así como de su fachada nacionalista.

El físico vivaz de Kuroki y su tono de voz barnizaban sus ásperas y genéricas opiniones hasta darle un aspecto sano y deportivo. Durante la hora que duró la reunión, los estudiantes, sentados en filas ordenadas y en total silencio, recargaron por completo sus energías e incluso Kazuo se dio cuenta de cómo sus ideas habían conseguido que la sangre se le subiera a las mejillas.

De nuevo volvió a convertirse en objeto de un trato especial. Era solo un novato, pero recibió el encargo de servir de guía a los pares del distrito electoral de Kuroki que iban a visitar Tokio al día siguiente.

Y de nuevo a la semana siguiente, a causa del resfriado de su secretaria, Kazuo se hizo cargo de acompañar a un influyente diputado de la prefectura de Miyagi, favorable a Kuroki, durante su visita al Parlamento, y él mismo en persona tuvo la deferencia de decirle:

—El diputado me ha hablado muy bien de ti. Le has parecido un joven enérgico y prometedor.

Kazuo ya casi no tenía tiempo de volver a su casa en Hanno. En una de las raras ocasiones que se presentó por allí se la encontró desbordada de ruidosos invitados. Su hermana estaba muy

pálida, no salía de su cuarto, y su madre aprovechó para hablarle discretamente del embarazo de Akiko. La noticia solo le produjo esa clase de fastidio pesado que hubiera afligido a cualquier familia humana corriente.

Kuroki le enseñó un día uno de los modos de gastar dinero para forjarse, sin dejar lugar a dudas, una reputación de honestidad y desprendimiento.

—Vete a ver al director gerente de Ōtori Shoji y tráeme trescientos mil yenes. Ya está advertido. Solo tienes que ir y volver con el dinero.

Para cumplir el encargo, Kazuo se marchó a la empresa, que estaba situada en Otemachi, y se presentó con una tarjeta de visita de Kuroki para ver al director gerente. El director, en efecto, tenía preparado el dinero, lo contó de nuevo y lo metió en un sobre para entregárselo. Era la primera vez que Kazuo recibía en sus manos fondos destinados a la acción política.

Cuando regresó a la oficina, uno de los protegidos de su jefe, un parlamentario que atravesaba dificultades financieras, lo esperaba allí. Kuroki recibió el sobre y se lo entregó de inmediato a ese hombre. Kazuo nunca había visto a nadie aceptar dinero con ese gesto de sumisión de levantarlo reverencialmente por encima de la cabeza.

—Pobre tipo —comentó Kuroki en cuanto se marchó—. No tiene dinero para afrontar los gastos del hospital donde está ingresada su mujer.

Para él era un motivo de alegría ver la expresión de los ojos de los jóvenes que lo rodeaban en momentos como ese. Kazuo, como no podía ser de otra manera, lo miraba con unos ojos ardientes de inocencia, hasta el extremo de sentirse en cierto modo como una niña.

—Siempre he tenido la impresión de que abrigas grandes sueños para el futuro de Japón y de la humanidad. No tengo razones concretas para pensar eso. Me lo dice mi intuición.

Tales fueron las palabras que Kuroki eligió para ese preciso momento.

Kazuo acompañó una noche a un grupo de invitados del distrito electoral a un paseo nocturno en autobús y más tarde a una representación de la ópera *El Mikado*. Kuroki atendía otro compromiso en Akasaka, pero pronto se aburrió y decidió acercarse a saludar. Al final optó por unirse a ellos para asistir a un espectáculo protagonizado por tradicionales cortesanas de la casa Matsubara Geisha, en el distrito de Yoshiwara, que hizo las delicias de sus invitados. Después de dejarles en el hotel, se subió al coche para volver a casa e invitó a Kazuo a ir con él. Era tarde y no dejaba de canturrear.

En Setagaya, antes de llegar, a Kuroki le dieron unas ganas irrefrenables de aliviarse. Detuvo el auto junto a un gran vivero de plantas y orinó durante un tiempo considerable cerca de un grupo de cipreses enanos.

Kazuo lo esperó sin salir del coche. Era una espléndida noche con el cielo estrellado. La vegetación era espesa y en la distancia se veía un acantilado que enmarcaba la desmesura del cielo y la infinitud de campos debajo de él.

El golpeteo del pis contra la tierra reblandecida por la primavera duró una eternidad. Las ramas de los árboles del bosque se cruzaban bajo el resplandor de las estrellas y los brotes de los abetos parecían cubiertos de ceniza blanca. En el vivero había un rincón reservado a las camelias y sus flores carmesí a punto de abrirse se veían negras, como sangre seca entre las sombras de la noche. Las ramas desnudas de un olmo se alzaban sobre árboles de hoja perenne para recortarse sutilmente contra el cielo.

Desde donde estaban, el cielo se extendía más allá del bosque en dirección al sur. La Vía Láctea fluía hacia el este en la parte más baja con la constelación de Hydra serpenteando por el firmamento justo enfrente. El cuadrado formado por la del Cuervo, habitual en los cielos del sur en primavera, se iluminaba sobre las ramas de los arbustos y, en el cénit, Leo se tumbaba hacia el oeste como si observase el mundo desde lo alto, con Régulo, la más brillante de sus estrellas, mostrando su pupila de luz.

Kazuo estaba extasiado por la grandiosidad de aquella visión y no se dio cuenta de que Kuroki no volvía a pesar de haber solucionado ya sus urgencias. Era muy raro en él permanecer callado y pensativo tanto tiempo, dar la espalda a su audiencia por mucho que estuviera formada por una sola persona. Podía suceder también que fuera una costumbre suya, ignorada por Kazuo, admirarse de la belleza del cielo y reorganizarlo en su propia cosmología.

—Siento haberte hecho esperar —le dijo al fin.

Kuroki se deslizó en el interior del coche como una sombra y la velocidad de su movimiento le hizo sentir a Kazuo algo extraño. No vio su cara en la oscuridad, tampoco el brillo de sus ojos, pero en ese instante sospechó de su posible origen extraterrestre.

Se acomodaron y el coche arrancó.

—¿Le gustan las estrellas? —le preguntó Kazuo en un tono despreocupado.

—¿Las estrellas? ¿Te refieres a las estrellas del cielo? Sí, me gustan.

*

A Kazuo le molestó no poder acompañarlo cuando hubo de irse precipitadamente a la Academia Tantan, en la prefectura de Miyagi. Su enfado fue aún mayor cuando leyó en el periódico que había ido con el propósito de preparar en su circunscripción las elecciones a la Cámara Alta previstas para el 1 de julio. No obstante, los más cercanos creían que el verdadero propósito del viaje era la ampliación de la academia. El temor de Kazuo era que ese súbito trato frío se debiera al hecho de haber intuido su secreto durante esa noche estrellada.

La Academia Tantan, muy conocida por la gente de Tokio, era el bastión de Kuroki contra el Sindicato de Docentes de Japón. Se encontraba en Nanakita, una localidad rodeada de montañas en la prefectura de Miyagi, el lugar perfecto para el estudio, el trabajo en equipo y el ejercicio físico. Debía tener algo más de setecientos alumnos, entre los cuales se incluían jóvenes tokiotas discípulos de Kuroki. Kazuo ansiaba conocerla y se lo había sugerido en alguna ocasión sin ningún resultado.

En lugar de eso, las vacaciones de primavera le habían convertido en un universitario con una asignación mensual. Antes de darse cuenta se convirtió en empleado de Ōtori Shoji, empresa que le pagaba salario como «secretario personal de Kuroki». Guardó en la cartera el primer sueldo de su vida, la introdujo en el bolsillo del pecho y se marchó a la universidad para disfrutar de la floración de los cerezos a punto de alcanzar la apoteosis. Una compañera se dirigió a él, pero él actuó como si no la conociese de nada. Estaba tan entusiasmado con el mundo de la política que ya ni las chicas le llamaban la atención.

El trayecto de ida y vuelta a Hanno le resultaba incómodo y para evitárselo había decidido alojarse en la misma pensión de otro estudiante que también ayudaba a Kuroki. Pero una vez empezó a recibir su salario se mudó a otro lugar en Setagaya. Desde su nueva residencia hasta la

casa de Kuroki apenas había un trayecto a pie de cuatro o cinco minutos.

Cuando Kuroki regresó a Tokio, todo volvió a ser como antes. Ahora que vivía tan cerca de él, Kazuo se encargó incluso de ayudar a su ocupada mujer con las compras.

Un día, ella le mostró una foto en una revista que ilustraba un artículo sobre una de las conferencias de su padre.

—Es tu padre, ¿verdad? —le preguntó.

Kazuo se sonrojó.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Mi marido. ¡Oh...! —se extrañó—. ¿No te ha dicho nada?

Descubrir que lo sabía y no le había dicho nada le hirió profundamente. ¿Acaso le menospreciaba? ¿Acaso sentía lástima por él?

Su padre le había aconsejado en una ocasión actuar como una persona corriente, por muy desagradable que le pudiera resultar. Tal era el deber, según él, de quienes estaban por encima de los demás, la única forma de protegerse uno mismo.

Jūichirō le ofreció el consejo a su hijo dándose aires de sabelotodo, aunque por entonces se había convertido en el hazmerreír de la gente, en una especie de mártir de tres al cuarto. Kazuo, obviamente, no había revelado su secreto a nadie, pues la sola mención a «platillos volantes» habría bastado para despertar suspicacias sobre su salud mental.

Podía ser su padre, pero no por ello tenía derecho a avergonzarle en público, pensaba él llevado por la rabia. Entre su forma de hacer las cosas y la de su padre había una enorme distancia, y por mucho que se tratase de él, eso no le daba autoridad para obstaculizar su vida.

La inmensa felicidad de avistar un platillo volante, la impresión de que las fracturas del mundo sanaban de buenas a primeras, el sentimiento transparente de haber alcanzado una armonía y una unidad puras... No era sencillo sostener todos esos sentimientos en la vida cotidiana, sin duda, pero una vez se habían saboreado resultaba imposible sacudirse la certeza de que el mundo debía ser así en realidad y, en ese aspecto, todos los miembros de la familia Ōsugi coincidían. El esfuerzo por alcanzar la suprema armonía implicaba remontar la corriente que llevaba a la fuente misma de todas las cosas. Sus sueños se cumplirían si la felicidad, como el rocío sobre una orquídea en una mañana de verano, existía no solo en el instante en el que aparecían los platillos volantes, sino en todo momento, para disfrutar así del placer de las cosas en el día a día.

Kazuo deseaba lo mismo. Sin embargo, actuaba en un plano discreto, sin llegar a mostrarse como lo que de verdad era. Quería saltar a lo que los humanos llamaban «realidad» y purificarla a través de un control práctico. Por eso le interesaba la política. Una vez alcanzase el poder, promulgaría la Constitución Universal que había rumiado durante mucho tiempo en su corazón. Con el fin de establecer una paz permanente en el mundo, la Constitución necesitaría instituir una organización policial despiadada dotada de un poder casi ilimitado.

Kazuo estaba atravesado por la vergüenza y entendía el embarazo de su hermana como un castigo por la ingenuidad de su padre respecto a la vida humana. Lo odiaba, de hecho, por consideración hacia su hermana pequeña. Desde que su madre le habló del embarazo era incapaz de mirarla directamente a la cara. No volvieron esas peleas felices de antaño entre ambos e, incluso, no supo cómo dirigirse a ella.

La desgracia tenía su origen en el supremo idealismo de su padre; tenía la culpa su nariz

prominente, esas gafas que le daban un aire de profesor; la culpa la tenía esa distancia intelectual con la que hipnotizaba a la gente a su alrededor. Cuando exponía embelesado su tesis sobre la paz en la Tierra, ¿hasta qué punto se servía de su palidez, de su débil complexión para ganarse a su audiencia? Por si fuera poco, esa soledad intelectual que tanto decía repudiar era, en realidad, algo que había tomado de los humanos de la Tierra.

Kuroki no anunció su vuelta a Tokio, pero una revista semanal aprovechó su ausencia para publicar el asunto de la Academia Tantan. Solo después de leer el artículo, Kazuo comprendió la razón de su precipitado regreso. La revista ilustró el artículo con una serie de fotografías.

PROBLEMAS EN LA ACADEMIA TANTAN

Kuroki, el director de la Academia, trata de resolver los problemas derivados de los «derechos de uso comunitarios».

Gracias al aumento del número de estudiantes y a la inesperada generosidad del mundo financiero, Kuroki decidió acometer a principios de este año las obras de ampliación de su academia en la localidad de Nanakita. El edificio y los terrenos donde se asienta debían ser ampliados sobre los campos situados en la parte posterior, una extensión de unos nueve mil metros cuadrados.

Los campos afectados son de uso comunal y pertenecen a la prefectura de Miyagi. Kuroki solicitó la enajenación y la asamblea de la prefectura se disponía a conceder el permiso sin mayor inconveniente. Sin embargo, los habitantes de la localidad se organizaron en un movimiento ciudadano para reclamar los «derechos de uso» sobre esas tierras.

Dichos derechos se remontan a tiempos de la era Tokugawa, cuando los campesinos segaban la hierba de los señores y cortaban madera de sus bosques previo pago de un tributo. La práctica derivó en derechos efectivos de origen consuetudinario y se consolidó de ese modo, porque la política legislativa de la era Meiji juzgó, de facto, que los funcionarios tenían mayor rango que el pueblo llano y, por tanto, no se consideró necesario formalizar derechos adquiridos que para ellos no tenían ningún significado práctico. Sin embargo, después de la guerra, en el año 1957, cuando las Fuerzas de Autodefensa de Japón manifestaron su interés en hacer uso del área de maniobras situado al este del monte Fuji, el asunto cobró relevancia. De acuerdo con el nuevo espíritu de los tiempos, los derechos comunales empezaron a considerarse una forma tradicional de práctica democrática.

Debido a todo ello, Kuroki se vio inmerso en un serio problema, pero, por fortuna para él, tuvo conocimiento de que en la universidad de Sendai había un profesor asociado llamado Masumi Haguro quien resultó ser una autoridad en el campo de los derechos comunales. Kuroki viajó a Sendai sin dilación para consultar la opinión del profesor. Haguro, por su parte, inició de inmediato un estudio sobre el terreno, además de una investigación en los archivos de la localidad. Por casualidad, la calificación legal de esas tierras se inscribía en su campo de investigación y pudo obtener pruebas fehacientes de que los habitantes de la localidad se excedían en el ejercicio de sus derechos, con lo cual la reclamación no procedía. Los afectados se vieron empujados a pactar, y la perspectiva de un inminente acuerdo tranquilizó a Kuroki, que regresó de inmediato a Tokio. En la estación de Nanakita se

despidió amistosamente de Haguro como si fueran viejos conocidos con el compromiso de reencontrarse pronto.

El artículo le hizo sospechar a Kazuo que el asunto escondía algo oscuro. No sabía exactamente por qué, pero intuía una manipulación en el manejo del asunto, en esa pretendida amistad que parecía haber surgido como la cosa más natural del mundo. Podía ser que le estuviera dando demasiadas vueltas, que todo fuese una mera coincidencia, pero incluso si esa hipótesis era cierta, Kazuo se acordaba de un día cuando su padre le dijo que debían mantenerse alerta sin descanso para vigilar cuanto sucedía a su alrededor, tomar nota de cualquier coincidencia por muy insignificante que pudiera parecer porque, según preveía, todas esas señales crípticas escondidas como pequeñas e insignificantes coincidencias serían cada vez más habituales.

No había una relación clara entre la intuición de Kazuo y la extraña actitud de Kuroki la noche anterior a su partida cuando contemplaron el fabuloso cielo nocturno estrellado. Sin embargo, esa impresión arraigó en su corazón y por mucho que pretendiese arrancarla volvía a enraizar una y otra vez hasta modificar por completo la imagen que había tenido de Kuroki hasta entonces. Cuando volvió al coche después de admirar las estrellas, Kuroki no caminaba como una persona normal. Parecía descender hasta el suelo y ocultar sus alas con toda naturalidad antes de meterse en el coche.

*

—Esta noche vienen el profesor Haguro y dos amigos suyos de Sendai. Ve a buscarlos a la estación y llévalos al *ryokan* Ōgiya. Mañana al mediodía tienen entradas para el teatro Kabuki y cuando termine la obra me encargaré de agasajarles en Akasaka. Estoy en deuda con el profesor, porque ha sido él quien me ha ayudado con el asunto de la academia, así que trátale como se merece. He sido yo quien le ha invitado a venir a Tokio con quien quisiera.

Después de recibir las instrucciones de Kuroki, Kazuo se marchó enseguida a buscar a sus invitados a la estación de Ueno.

Nada más verlos bajar del vagón de primera clase, Kazuo supo enseguida que se trataba de Haguro y sus acompañantes. Llevaba consigo una banderita con el nombre de Katsumi Kuroki para que le reconocieran, pero ni siquiera le hizo falta hacer uso de ella.

Su aspecto, su cara pálida con esas gafas redondas, el traje tosco y la corbata eran fáciles de asociar con la imagen que tenía de un profesor de provincias, pero su intuición alcanzó mucho más allá. «¿No exagera con esa caricatura? —se preguntó—. ¿No será un farsante no solo como profesor, sino como ser humano...?».

Sus dos acompañantes no tenían nada que ver con él. Uno era joven, corpulento, poco agraciado, el otro un tipo rechoncho de mediana edad completamente ordinario. Los tres juntos daban la impresión de sintetizar lo peor de la especie humana.

—Vengo a buscarlos de parte del señor Kuroki —anunció—. Espera muy ilusionado reunirse con ustedes mañana por la noche. Yo los acompañaré hasta su hotel.

—Tu eres Ōsugi, ¿verdad? —preguntó Haguro con una voz que parecía flotar en el aire.

Kazuo se sorprendió. No pensaba que Kuroki se hubiera tomado la molestia de dar su nombre

a una persona que venía de tan lejos. Se hizo cargo de su viejo bolso de viaje y caminó delante de ellos sin dejar de sentir tres pares de ojos clavados en su espalda. Las miradas escrutaban cada uno de sus movimientos entre el gentío de la estación.

Llegaron al coche y Kazuo ocupó el asiento junto al chófer.

—Ya ha terminado el espectáculo nocturno de los cerezos en flor de Ikenohata —dijo Haguro—. ¡Qué lástima! Hace cinco años que no vengo a Tokio.

Kazuo miró por el espejo retrovisor y se fijó en las mejillas secas de ese hombre de aspecto apocado y exhausto. Los neones pasaban a ambos lados del coche y en el distrito de Hirokōji se toparon con una multitud.

—Hay tanta gente en Tokio como pensaba. Debemos poner orden a todo esto —dijo el hombre rechoncho de mediana edad.

Kazuo se sintió como si le hubieran tirado al suelo de un codazo. Desde allí hasta que llegaron al hotel en Akefunachō, en Chiba, apenas hablaron.

Fue a buscarlos al día siguiente por la mañana con tiempo suficiente para llegar al teatro sin contratiempos. Kuroki les había informado de que la interpretación de Danjurō XI durante ese mes señalaba el momento de la sucesión en la famosa saga de intérpretes que heredaban el mismo nombre de generación en generación. Si había conseguido entradas para un acontecimiento así había sido gracias a sus contactos.

Ocuparon un palco, un lugar del todo inapropiado para semejante trío. El telón se descorrió y dio comienzo la representación de *Shibaraku*, pero ninguno de los tres mostró el más mínimo interés por lo que sucedía en el escenario, sino más bien por el público en el patio de butacas. Como era de suponer, lo único que sí llamó su atención fue cuando el nuevo heredero de la saga Danjurō ejecutó los famosos «seis saltos» de salida de la danza *kanjinchō* en la sección del pasillo elevado sobre la platea, justo enfrente de ellos. La última obra era una pieza de Yukio Mishima titulada *El vendedor ambulante de sardinas y la red del amor*, pero el profesor aseguró que las obras modernas firmadas por escritores contemporáneos y escritas a modo de novela no merecían la pena. Los otros dos se mostraron de acuerdo.

—¿Por qué no nos acompañas a dar un paseo por Ginza? —le preguntó Haguro a Kazuo—. Seguro que disponemos de mucho tiempo libre antes de encontrarnos con Kuroki.

Haguro hablaba en un tono más rudo que familiar, como si hablase a sus estudiantes.

Era una soleada tarde de primavera y el gentío en Ginza parecía reunirse allí como si hubiera ocurrido algún desastre.

—En estas condiciones no vamos a poder hacer nuestros ejercicios, ¿no le parece, maestro? —preguntó el corpulento joven cuya cabeza sobresalía por encima de todas las demás.

—Yo estoy muy contento de tener la oportunidad de hablar con el señor Kuroki —dijo Haguro sin responderle—. Me alegro mucho de haberle conocido. Gracias a él las cosas empiezan a marchar. Siempre había pensado que terminaría por encontrar a alguien del *mismo lugar*.

—Fíjate lo hermosas que son las rosas que venden en Tokio. Son para toda esta gente tan presumida que parece ganar dinero con suma facilidad. Supongo que la gente famosa vivirá enterrada en rosas.

—No te creas. Será así cuando estén dentro del ataúd.

Poco a poco se despreocupaban de mantener abiertamente su enigmática conversación delante de Kazuo, quien, gracias a la experiencia adquirida durante el último mes, había terminado por acostumbrarse a tratar con gente de todo tipo. Sin embargo, en esa ocasión todo le parecía distinto. Caminaban rodeados de personas vestidas con los colores típicos de la primavera, pero a él le pareció que atravesaban un sendero a mediodía en pleno campo sin un alma por los alrededores. Por momentos, el ruido en la calle desaparecía y la atmósfera a su alrededor parecía inundarse del cri-cri de los insectos.

—Si lo desean, podemos ir a un café de chicas guapas —dijo al fin, incapaz de soportar la situación por más tiempo.

—¡Buena idea! —dijo el profesor.

Cuando ocuparon una mesa en la penumbra y una belleza hierática les sirvió torpemente los cafés, ninguno de los tres dio muestras de satisfacción. El joven corpulento observaba a la chica con ojos iracundos, severos, y el hombre rechoncho de mediana edad no apartaba los suyos de su cuello, que parecía haber despertado en él un aterrador interés.

Sorbieron sus cafés ruidosamente y Haguro miró con una sonrisa a medias a Kazuo.

—Apenas te conozco, así que te pido perdón por la descortesía, pero me gustaría saber si eres hijo de Jūichirō Ōsugi.

Kazuo asumió que conocía a su padre de cuando este daba clase.

—Sí, es mi padre.

—He leído varios artículos últimamente sobre sus actividades.

—Mi padre es mi padre y yo soy yo —cortó Kazuo visiblemente molesto.

—Todos los jóvenes de hoy en día dicen lo mismo. Está bien, no puede ser de otra manera.

La conversación concluyó de repente y los tres invitados se sumieron en un silencio conspirativo, como gatos atentos a cualquier susurro que pudiera llegar de cualquier parte.

De pronto, Haguro preguntó sin mirarle a la cara:

—Me gustaría preguntarte una cosa... ¿No será tu padre un extraterrestre?

Kazuo miró de un lado a otro, inquieto mientras se esforzaba por sondear la verdadera intención de la pregunta de Haguro. Bien podía tratarse de algo intrascendente producto de la simple curiosidad o, por el contrario, de algo más profundo con la apariencia de una nadería.

Fuera como fuese, la respuesta comprometía un importante secreto familiar, no solo de su padre. El hecho de que en su tono de voz no apreciase burla alguna, sino más bien gravedad e incluso oscuridad, le salvó de la ira que solía apoderarse de él. Una vez recuperó la calma y se sintió, al fin, en condiciones de contestar con toda normalidad, dijo:

—Pues... No sé qué decir. Suena todo muy absurdo. Mi padre ha estado un poco fuera de sí en los últimos tiempos y yo ya no soy capaz de saber en qué piensa.

Su acertada respuesta le brindó la oportunidad de ganar tiempo para esquivar el tema y en esas llegó el momento de acompañar a los tres visitantes a Akasaka. En condiciones normales, allí habría terminado su trabajo de cicerone, pues jamás había asistido a ninguna de esas cenas exclusivas de su jefe y ellos tres volverían al hotel en taxi.

—Aquí me despido de ustedes —dijo mientras se alejaba de la puerta del restaurante.

Pero Haguro lo retuvo. Entraron y enseguida apareció una camarera con un mensaje de Kuroki para él.

—El señor Kuroki —dijo— le pide que les espere y vaya a cenar al restaurante Edoya. Al parecer, tiene un asunto que quiere comentar más tarde con usted. Iré a buscarle en cuanto me lo indique.

A Kazuo no le quedó más remedio que cenar él solo en ese restaurante en pleno centro del barrio del placer de Akasaka. En condiciones normales se llenaba de geishas que salían a cenar a medianoche, pero a esas horas apenas había unos cuantos clientes acompañados de chicas, un equipo de televisión cuyas oficinas estaban cerca de allí y montones de mesas vacías vestidas con manteles blancos. Se pidió un estofado de carne y una cerveza *Löwenbräu*.

Una profunda inquietud agitaba su corazón. Desde el instante mismo en que vio la cara de Haguro en la estación, perdió por completo la calma que siempre había sentido rodeado de humanos. Sentirse diferente a los demás, no notar sobre los hombros el peso de la responsabilidad aun cuando hacía lo que le pedían, la conciencia de acatar temporalmente las leyes del mundo le otorgaban una sensación sumamente agradable, como si se sumergiera en agua caliente. Sin embargo, toda la calma de Kazuo, toda esa paz de su espíritu, se rompió en pedazos frente a Haguro.

Haguro y sus dos acompañantes le habían arrojado a la cara algo así como un viento venenoso que le parecía llegar desde un lugar muy lejano. No tenía claro de qué se trataba exactamente. Tan solo tenía la certeza de que jamás había sentido algo así delante de nadie.

La camarera tardó una eternidad en ir a buscarle. Después de cenar se quedó pensativo con los codos apoyados en la mesa mientras se golpeaba la frente aceitosa con los dedos... Comprendió

entonces que ya había olfateado en otra ocasión ese mismo olor de otro mundo. Recordó la imagen de Kuroki mientras contemplaba el cielo nocturno, la sensación de que una niebla maliciosa se extendía entre las estrellas. Seguían en el mismo lugar de siempre, pero daban la impresión de alinearse poco a poco en constelaciones distintas y poco propicias. Fue solo una idea fugaz que atravesó su mente para caer en el más absoluto olvido un segundo después.

Lo pensó y repensó hasta establecer una hipótesis. Entre los extraterrestres que habitaban temporalmente en la Tierra los había de especies distintas a la de la familia Ōsugi. Los miembros de una misma especie podían reconocerse con suma facilidad, pero sus ojos estaban nublados por oscuras ilusiones y eso complicaba mucho reconocer a otras especies llegadas del espacio exterior.

Si él alcanzaba a reconocerlos, pero no al revés, estaba obligado a esconderse, a fingir que no se había dado cuenta de nada, de que Kuroki y esos tres de Sendai venían de otros mundos. Su seguridad dependía por entero de ello.

Kazuo no tenía forma de obtener certezas sobre la situación, pero al menos su criterio había mejorado, por lo que no pudo evitar un sentimiento de superioridad. En cualquier caso, estaba convencido de la absoluta necesidad de ocultarse por completo frente a ellos, mucho más que frente a los humanos. Cualquier destello de brillantez, por muy pequeño que fuera, debía desaparecer. Los celos de los extraterrestres, pensó, podían ser mucho peores que los de los humanos.

A medida que progresaba en su conocimiento de la política de los humanos, se enfrentaba en realidad a su esencia verdadera, a algo mucho más sutil y profundo que los detalles de todos los días. Para él, las mujeres eran transparentes, pero la política completamente opaca. No obstante, sí había ciertas cosas que lograba adivinar, aunque se preocupaba mucho de ocultarlas a ojos de los demás. Se daba cuenta de que le utilizaban para algún propósito y debía fingir que sabía de qué se trataba. Para eclipsar su inteligencia le bastaba con una sonrisa, pero para hacer lo propio con su ignorancia se veía obligado a blandir un garrote. Esperaba impaciente en el restaurante, sentía la inminencia de algo a punto de suceder. Una fruta dulce, abundante y jugosa maduraba delante de él.

«No me había dado cuenta hasta ahora. No hay nada humano en esta situación. Es difícil de creer, pero son esos misteriosos extraterrestres quienes de verdad me enseñan sobre la condición humana», pensó mientras sorbía los restos fríos de su segunda *demitasse* de café.

La puerta de cristal de la entrada se abrió y apareció la misma camarera de hacía un rato. La chica bromeó con un camarero que debía ser conocido y enseguida se acercó a él.

—Siento haberle hecho esperar —se disculpó—. El señor Kuroki le pide que vaya usted cuanto antes. Lamento que se vea usted en la obligación de atender a esas personas tan poco refinadas.

Hizo un gesto con la manga del quimono como si sacudiera el aire a su alrededor, aunque ese gesto delicado no concordaba con su cara hinchada de piel blanca en la cual los párpados parecían sobresalir como los aleros de un tejado. En el camino de regreso al restaurante caminó pegada a las paredes para evitar los coches como si fuera una gata. Kazuo iba delante y le advertía todo el rato que tuviera cuidado con el tráfico.

Kuroki estaba borracho. Su voz golpeaba torpemente las esteras de tatami verdes rematadas en

los bordes con finos brocados.

—¡Bienvenido! Me alegro de que llegue la nueva y prometedora generación —proclamó antes de dirigirse a Haguro—. ¿No le parece a usted un joven brillante, señor Haguro? Tokio ha cambiado. El primero de esos cambios son todos estos jóvenes brillantes. Jóvenes inocentes, serios, sin las rémoras del pasado.

—Le he conocido hoy mismo, pero sí, estoy de acuerdo con usted. Mis estudiantes en Sendai son conservadores, pero muy orgullosos, lo cual no deja de ser un problema.

Haguro aprovechó su respuesta para devolverle un golpe rencoroso a sus estudiantes, que jamás le tenían en consideración.

La sala de tatami decorada al estilo tradicional era amplia, pero las luces de las numerosas velas la iluminaban como si fuera mediodía. Con ellos había cinco geishas y nada más sentarse Kazuo le sirvieron sake. Era la primera vez que asistía a una celebración con geishas. Todas se desenvolvían con mucha seguridad, con sus gruesos maquillajes blancos resplandeciendo en sus mejillas. Cada movimiento de sus manos parecía ejecutar una danza con una mezcla de suavidad y firmeza. A Kazuo le pareció que aquel grupo parecía estar formado por humanos que se hacían pasar por extraterrestres.

—Este chico es menor de edad, seguro —afirmó una de las geishas, considerablemente mayor, que estaba sentada junto a Kazuo—. ¿No infringimos la ley si le servimos alcohol? Quizás bastaría con cuidar de él. Así nos evitamos problemas.

Kuroki no le prestó atención y se lanzó a uno de sus dilatados y frecuentes discursos.

—Te hemos hecho venir por el asunto de tu padre, no por otra cosa.

«Lo sabía», se resignó Kazuo en silencio.

—Incluso antes de conocer al profesor Haguro, ya había prestado mucha atención a este asunto por mi cuenta. Él también ha investigado por su parte, lo cual nos ha revelado una serie de intereses comunes. Es una lástima no poder decirte algo más claro por el momento, pero ese empeño de tu padre por alcanzar la paz mundial despierta muchas suspicacias y recelos. Si actúa de ese modo sin ser de verdad un extraterrestre, solo va a conseguir generar más sospechas sobre su persona. Si, por el contrario, es de verdad un extraterrestre, se pone a sí mismo en una situación peligrosa y lo hace sin darse cuenta. En el primer supuesto no hay nada que podamos hacer, pero si se trata del segundo caso, el profesor Haguro irá a verle en mi nombre a vuestra casa de Hanno para convencerle de que desista de su proyecto y, de ese modo, salvarle. Si me presento yo en persona llamaré demasiado la atención. Fíjate hasta qué punto nos preocupamos de ti, de tu padre y del resto de tu familia. Espero que ahora nos reveles el secreto de tu padre con toda sinceridad.

Kazuo se empeñó en un obstinado silencio. Era muy consciente de tener en su poder el verdadero as en la manga.

Kuroki le apremió a dar una respuesta presionado por las miradas de sus invitados, pero Kazuo olfateó el aroma de súplica en sus palabras, lo cual le ayudó a calmarse.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir, pero me doy cuenta de que apela usted a mi sentido de la lástima dando por hecho que albergo el amor filial de un hijo solícito hacia mis padres. Pero ¿y si le digo que no siento afecto alguno por ellos? En ese caso, no tengo ningún problema si mi padre se pone bajo el foco de la sospecha política.

—Interesante —se apresuró a responder Kuroki—. Eso quiere decir que tu padre y tú tenéis

orígenes distintos y eso es un obstáculo en vuestra relación. Quiero decir, tú eres humano y tu padre...

—No tengo nada que decir al respecto —respondió Kazuo en un tono categórico.

En la sala se instaló un silencio incómodo. Las geishas estaban atónitas, sus ojos abiertos como platos, las jarras de sake suspendidas entre sus manos en el aire. Los tres invitados se concentraron en el gesto de Kazuo para no dejar pasar la más mínima señal. El joven corpulento y mal encarado incluso tiritaba.

«Ese secreto lo vendo yo a buen precio», se decía Kazuo a sí mismo a voz en grito. Solo pronunciar la palabra *extraterrestre* bastaba para suscitar todo tipo de burlas, eso pensaba él, pero ahora comprendía que se había equivocado. En eso, su padre, con toda su cobardía, tenía razón.

La palabra *extraterrestre* había adquirido de pronto un estatus inesperado y había perdido toda su connotación de burla. La palabra se había transformado por sí misma en una especie de corona invisible colocada sobre una mesa de madera lacada en negro, había recuperado sin darse cuenta su antiguo esplendor. Políticos, economistas o académicos se amontonaban a su alrededor y gracias a la conducta y al poder de Kuroki había llegado a impregnar hasta el último rincón de la vida humana, ya se tratase de hornear el pan, de arreglar las flores, de hacer caramelos, bicicletas, máquinas de coser o incluso de los gatos o los pulgones.

Kazuo era un hombre joven, paliducho, dotado de un intelecto mediocre, pero estaba implicado en un poderoso juego. Lo que en principio había sido algo como un ramo de violetas para el corazón de una doncella, se había transformado con el tiempo en un arma poderosa en la lucha por el poder... ¿Qué había pasado? Todos esos nobles ideales en los que tanto esfuerzo invertían los humanos, que convenientemente archivaban en cajones, se habían vuelto del revés inesperadamente delante de sus ojos. Pero incluso para un extraterrestre como él resultaba imposible adivinar la razón de semejante cambio. Para él solo se trataba de infinidad de estrellas estremeciéndose en algún lugar del firmamento...

En su mente se apareció la nariz grande, bien proporcionada y elegante de su padre. «¡Qué nariz más ridícula! —pensó—. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Yo me encargaré de que se convierta en una nariz verdaderamente trágica como tanto desea él». Dirigió hacia su padre todo el desprecio que albergaba a causa de su propio rostro cándido sin ningún rasgo particular. Estaba decidido a exagerar el secreto de su padre para venderlo lo más caro posible al mejor postor y consumir de ese modo una verdadera traición.

Ofreció su copita vacía a una de las geishas. Pese a la sorpresa inicial de esta, le sirvió enseguida sin alcanzar el borde del vaso, donde el líquido marcó una línea de un color amarillo ligero. Vació la copa de un trago como hacían tantos jóvenes humanos.

—Puedo ser un hijo ingrato —dijo con entusiasmo—, pero revelar el secreto de mi padre exige de mí un gran coraje, porque no deja de ser algo vergonzoso para mí también. Si el señor Kuroki me lo permite, exigiré un par de cosas. Una, mi inmediato nombramiento como secretario oficial suyo. Dos, que cuando en el futuro me presente a las elecciones me ceda usted su circunscripción. A cambio de esas dos cosas hablaré.

—¡Vaya, vaya! Pides un precio muy alto —dijo Kuroki, renuente en un principio—. Está bien. Acepto tus condiciones.

—¿Estamos de acuerdo entonces?

—Lo estamos. A partir de mañana serás mi mano derecha. En lo que se refiere a mi circunscripción, firmaremos pronto el protocolo.

—De acuerdo, entonces. No esconderé más el hecho de que mi padre es un extraterrestre como bien suponían ustedes. Fuera de la familia nadie conoce su secreto. Mi padre viene de... de Marte.

Kazuo clavó sus ojos en los de Kuroki, pero eso no evitó que se diera cuenta de cómo sus tres detestables invitados se miraban entre ellos y cuchicheaban: «Lo sabía...». Las geishas, por su parte, viendo cómo el ambiente se relajaba hicieron correr más sake, pero a Kazuo toda esa animación le sonaba a fuegos artificiales lanzados a plena luz del día. Tras los estallidos solo quedó el humo de la pólvora adherido a su mente sin intención de disiparse. Cuando al fin sintió como si se hubiera despejado, preguntó:

—¿Se fijó usted en mí solo a causa de mi padre, señor Kuroki?

—No digas tontadas. Lo hice porque vi en ti a un joven prometedor. No soporto a todos esos izquierdistas de la Federación de Estudiantes de Japón. En ti reconocí a un joven capacitado para cargar con el futuro del país a sus espaldas —dijo en un tono muy serio.

*

El 17 de abril fue un día soleado y radiante. En casa de la familia Ōsugi, en Hanno, terminaron de cenar antes del ocaso y tanto Jūichirō como Iyoko subieron sin ninguna razón especial a la habitación de su hija, en la segunda planta y orientada al oeste, para contemplar desde allí aquel hermoso cielo de un atardecer de la primavera tardía.

Tras su regreso de Kanazawa, los sentimientos de Jūichirō hacia su hija adquirieron una ternura renovada. Una vida se formaba en su vientre, pero él la había tratado hasta ese momento como si se enfrentara a una persona a las puertas de la muerte. Ella, por su parte, desde que tomó la decisión de dar a luz escribió de inmediato a la escuela para comunicar su renuncia y se encerró en casa para dedicarse a tiempo completo al trabajo administrativo de la Asociación para la Amistad Universal. Nadie mencionaba a Kazuo. Ya no volvía por allí. En los momentos de distensión, como ese atardecer después de cenar, disfrutaban los tres de una suerte de comunión.

Cuando las náuseas de Akiko se calmaron y una vez su padre le habló de su viaje a Kanazawa, todas sus preocupaciones desaparecieron. A ojos de él, la expresión serena y los gestos de ella le añadieron cada día un nuevo elemento de santidad. Su belleza se había caracterizado hasta entonces por una notable frialdad y un desdén cristalino, pero en ese momento desbordaba una languidez melancólica, como un lago rebosante de agua protegido en sus orillas por altas hierbas. Incluso su modo de hablar calmado reflejaba una dignidad espiritual que evidenciaba su incapacidad para infringir daño a nadie. Akiko se reía a menudo, pero, desde la lejanía desde la que le escuchaba su padre, el eco de su risa clara y triste le angustiaba el corazón.

El sol se ocultó mucho más allá de la línea de casas bajas de la ciudad de Hanno. Estaban apoyados en la barandilla sin despegar los ojos de la que bien podría ser la última de las incontables puestas de sol de la historia de la humanidad. El sol terminó por disolverse entre las nubes de la tarde, apagado por culpa de los suspiros líricos y al tiempo opacos exhalados por la gente de la Tierra.

Akiko hojeaba con aire ausente las páginas de un libro de mitos y leyendas celestiales que su padre le había recomendado como parte de un plan de entrenamiento prenatal. Jūichirō menospreciaba la inexacta astronomía de los humanos, pero creía a pies juntillas en sus leyendas porque, según él, sí habían logrado captar las imágenes que les ofrecieron los extraterrestres en tiempos remotos. A Akiko le interesaba especialmente la leyenda de los nativos americanos conocida como *La novia de las estrellas*, la cual hacía referencia a los astros de la constelación de la Corona Boreal. Un cazador llamado Waupee, Halcón Blanco, vio descender del cielo a doce hermanas a cada cual más bella, todas ellas cargadas con cestas plateadas, y se enamoró perdidamente de una de ellas. La chica se convirtió en su mujer, pero nunca se libró del profundo anhelo que sentía por su hogar en el firmamento y solo pudo regresar cuando ella misma se convirtió en una estrella.

A Iyoko le preocupaba el hecho de que su hija, abandonada por un hombre y con un bebé en ciernes, estaba desarrollando una tendencia cada vez más acusada a la ensoñación. Haber sido engañada por un humano debería haberle ayudado a aprender algo más sobre ellos, pero su marido le decía que la dejase tranquila y no pudo guiarla en ese terreno. Los años de convivencia, por su parte, la habían llevado a despreocuparse por completo de él hasta el extremo de que Jūichirō había adelgazado mucho en los últimos tiempos, si bien ella lo interpretaba como el resultado natural de tanto trabajo y tantas preocupaciones.

—Papá —le dijo Akiko un día de buenas a primeras—, últimamente te has vuelto muy quisquilloso con la comida.

—Supongo que me he cansado de la comida de la Tierra.

—Pero ¿qué dices?! —protestó Iyoko convencida de que sus palabras encerraban una crítica velada a su cocina—. El planeta Tierra está bendecido con una abundancia de manjares.

—Mi paladar ha empezado a recordar poco a poco la dulzura de los alimentos de las estrellas, lo cual me predispone contra la comida de aquí. Yo hablo de comida inmaculada, sin humedecer, sutilmente aromatizada, presentada en forma de pétalo. Recuerdo que solía caer del cielo por la noche y se quedaba atrapada entre las ramas de los árboles. El gusto de uno solo de esos pétalos tenía el efecto de rejuvenecer mi corazón y tres de ellos bastaban para saciarme. ¿De qué estaban hechos? Los habitantes de Marte jamás cocinan, pero sí encienden fuegos en sus jardines por el puro placer de contemplar esas pequeñas camas de flores rojas. Son flores peligrosas, te queman si llegas a tocarlas. Cuando ocurría, decíamos que el dedo se había clavado en una espina roja, pero si les acercabas un pequeño candil de aceite, las dulces florecillas trepaban felices hasta él como gorriones domesticados posándose en la mano de su amo y te seguían allí donde ibas.

El sol había desaparecido y desde la calle vacía justo debajo de ellos llegaba el sonido de los timbres de las bicis, las voces de niños jugando fuera que se negaban a entrar en casa sin hacer caso de las llamadas de sus madres, el sonido del cornetín del vendedor ambulante de tofu, el rugido de las sierras en el aserradero al otro lado de la calle donde se hacían horas extras y el sonido apagado de los televisores encendidos... Eran los sonidos del atardecer arrastrados por la brisa primaveral, como si estuvieran envueltos en un tejido de franela. En el ocaso tan solo destacaba la tierra blanca y reseca de la calle.

Justo en ese momento se oyó el ruido del motor de un coche que circulaba en dirección al santuario de Inari y desde la ventana solo alcanzaron a ver una parte del resplandeciente vehículo negro. Se bajaron tres hombres y hablaron entre ellos mientras consultaban un papel que parecía

un mapa. Uno era delgado, otro rechoncho y el último de ellos era llamativamente alto. Poco después caminaron en dirección a su casa con los rostros oscurecidos a causa del contraluz.

Al verlos, la cara de Jūichirō perdió todo rastro de color. Tenía los ojos muy abiertos por culpa del miedo, los dedos apoyados en el marco de la ventana le temblaban, los hombros delgados parecían desprovistos de fuerza, como si la carne los hubiera abandonado repentinamente.

—¿Qué pasa, papá?

—¡Es horrible, es aterrador! Siempre he temido que este momento terminase por llegar.

*

Mientras esperaban en el salón a ser recibidos, los tres hombres de Sendai no dejaban pasar la oportunidad de criticar en voz baja cuanto veían a su alrededor.

—El típico salón de una familia acomodada de provincias. En Sendai hay muchas como esta, pero cuando te encuentras con una habitación tan desastrada como esta es porque tienen mucho dinero en realidad. Pero un verdadero talento se esconde y no se muestra con facilidad. Desde que inició su gira de conferencias, el señor de la casa debe recibir una buena cantidad de donativos por parte de sus admiradores... Me extraña que haya aceptado recibirnos a nosotros. Supongo que mi tarjeta de visita ha causado su efecto.

El eterno candidato a la plaza de profesor titular era quien más se explayaba.

—Si las cosas continúan así, terminará por hacerse famoso. Deberíamos cortar de raíz esa posibilidad en este mismo momento.

El barbero fue el segundo en intervenir.

—Kazuo mencionó a una hermana pequeña. ¿Cómo será? Si me las arreglo a mi manera con ella y la dejo embarazada seguro que terminará por suicidarse, pero a juzgar por el aspecto de su madre cuando ha salido a recibirnos no creo que sea gran cosa.

El último en hablar fue el joven empleado de banca que había tenido que tomarse unos días de permiso para poder acompañarlos.

La puerta se abrió y apareció Jūichirō. Los tres se sorprendieron por la extrema palidez de su rostro demacrado. Llevaba un kimono rojo y negro de seda estampado con motivos hexagonales. Las gafas colgadas sobre su nariz prominente a través de las cuales observó a los tres individuos brillaron con un reflejo como el de la luna en un charco. Se sentó en una silla, alcanzó una pitillera plateada que había encima de la mesa, les ofreció un cigarrillo y se encendió uno.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó en voz baja.

—Nada en particular —respondió Haguro en un tono cortés.

Estaba impresionado por el aspecto exhausto de Jūichirō, tan agotado, de hecho, como él mismo. Pensó que cada uno por su lado ansiaba alcanzar una situación en la que ya no hiciera falta esforzarse más.

—Su reputación ha llegado hasta Sendai —continuó—. Tenía ganas de hablar con usted.

Alguien llamó a la puerta y enseguida entró Akiko para servir té con unos dulces. Los tres hombres se quedaron sin aliento, deslumbrados ante la inesperada belleza de esa joven vestida de negro. Kurita fue quien habló en cuanto salió de la habitación.

—Su hija es humana, supongo. Una mujer con semejante belleza solo puede serlo.

—Sí, mi hija es humana —dijo Jūichirō, por primera vez con una cierta sonrisa en los labios.

Acababa de intuir el motivo de su visita y, aliviado por su equivocación, se sintió en condiciones de jugar sus cartas sin demasiado esfuerzo.

—En eso es muy distinta a mí —continuó.

—Ya que lo menciona usted, eso me da pie para hablar del asunto que nos ha traído hasta aquí —dijo el profesor asistente mientras sorbía su taza de té—. La razón de nuestra visita es nuestro deseo de intercambiar opiniones respecto a qué hacer con los humanos. A fin de cuentas, somos todos colegas llegados de otros mundos. Por cierto, señor Ōsugi, según tengo entendido es usted originario de Marte, ¿me equivoco?

—Ha acertado. ¿Y ustedes?

—De un planeta desconocido del sistema estelar binario Cisne 61, en la constelación del Cisne —repitió el barbero de corrido y de memoria.

—Del Cisne... Vienen ustedes de un lugar muy poco propicio.

El profesor soltó una risotada siniestra.

—¿Usted cree? Desde el punto de vista de los humanos, no tanto. Nuestra misión al venir aquí es ofrecer un descanso verdadero a la humanidad.

—Es magnífico que hayan venido ustedes desde tan lejos para ayudar —respondió Jūichirō—, pero ¿no sería mejor permitir que el destino del sistema solar continúe inalterado?

—Eso sería una desgracia para los humanos. Precisamente porque los amamos estamos empeñados en impedir que continúen comportándose a ciegas como pretende usted. Al contrario de su planteamiento, nosotros no tratamos de imponer condiciones imposibles.

—¿Condiciones imposibles?

—Sí, como ese asunto de la *paz*. Pero estoy siendo demasiado franco. ¿Qué le parece si nos tomamos un tiempo esta noche para discutir con calma qué hacer con ellos? Sin duda llegaremos a una conclusión con toda la naturalidad del mundo.

—A una conclusión con toda la naturalidad de mundo —repitió Jūichirō en voz baja.

Su voz resonó en el techo anormalmente alto para una habitación tan pequeña. Se hizo un silencio persistente mientras la lámpara de color leche infectada de insectos muertos del verano anterior parecía absorber el humo del tabaco de los extraterrestres.

—Le diré, en primer lugar, que he considerado toda una variedad de temas para establecer el juicio de qué cosas constituyen sus defectos, cuáles su maldad y qué castigo sería proporcionado —dijo el profesor en un tono mezclado de modestia y pedagogía—. Los humanos padecen tres enfermedades fatales. Mejor dicho, tres defectos fatales. Uno es la ansiedad por las cosas, lo que los alemanes conocen como *sorge*. Otro es el interés por ellos mismos y el último, el interés por Dios. Si la humanidad pudiera librarse de esos tres defectos tal vez se libraría también de la extinción, pero desde mi punto de vista son incurables.

»Permítame explicarle cómo surgen estos defectos. En lo que a la ansiedad por las cosas se refiere, desde niños tienen la costumbre de guardar, como si de tesoros se tratase, clavos rotos, botones, alguna piedra curiosa. En el colegio enseguida desarrollan un gran interés por el estuche de los lápices, por las mochilas, las gomas de borrar, los guantes de béisbol, por las pistolas de juguete. Cuando se hacen mayores, pasan a interesarles los coches, la ropa y las revoluciones acaecidas en el extranjero. Una vez se casan se interesan por las pipas de fumar, por las máquinas

de cortar el césped, por los artículos de papelería que usan todos los días en los escritorios de sus oficinas. Y por encima de todo se interesan por el dinero y por las acciones. Para la vida humana es necesario que se acomoden una serie de cuestiones complicadas. Si no, pregúntese usted cuántas mujeres casadas se dedican a recolectar cordones, cajas vacías, y cuando se aburren de los utensilios empiezan a coleccionar objetos artísticos, antigüedades, a amar la naturaleza en sus diversas formas. Porque para los humanos, tanto la naturaleza como las plantas o los animales que viven en ella no son más que cosas coleccionables.

»Sus cosas favoritas, de hecho, se las hacen guardar en los ataúdes cuando mueren y se incineran con ellas. No obstante, la mayor parte de las cosas por las que se han interesado en vida continúan existiendo tras su muerte, de manera que, irremediamente, no les queda más remedio que admitir que las cosas amadas les sobreviven. Obviamente, muchas se echan a perder en el día a día y aun así viven en un mundo de cosas percederas sin presenciar el momento de su desaparición definitiva. Para ser honesto con usted, le diré que los campos de concentración nazis demostraron que lo único material de cierto valor que se puede obtener de los cuerpos humanos son jabones, cepillos o, en el mejor de los casos, mamparas para las lámparas. Jamás se ha logrado obtener de un ser humano algo tan útil como un ventilador, por ejemplo.

»¿Lo entiende? No me limito a una enumeración del listado de cualidades materiales de la Tierra como cuerpo celeste que soy, sino al triunfo de la materia inorgánica. A la gente le encanta juntarse en grupos, pero así y todo son incapaces de librarse de la sensación inconsciente de soledad cuando se les hace evidente que la vida es solo la excepción que confirma las reglas cósmicas. Por eso se aferran tanto a las cosas materiales como a la materia inorgánica. Las monedas de oro y las joyas son el epítome de la crueldad en oposición a la vida humana y su vitalidad y aun así se afanan en su persecución, en dotarles de un color y un olor propios de la humanidad. Se acostumbran rápido a ese tipo de cosas y terminan por descubrir en ellas algo esencial en su regularidad y circulación. Si se trata de materia orgánica, de un gato vivo y coleando sin ir más lejos, de un incidente provocado por un humano o incluso de una existencia humana, solo recurriendo a los atributos de la cosa misma se obtiene la tranquilidad de espíritu. Es, ni más ni menos, porque los atributos dan visibilidad a lo percedero de las cosas y crean una apariencia de felicidad en la que los conceptos de permanencia y voluntad terminan por mezclarse en auténtico revoltijo.

»En ese sentido, la ansiedad humana por las cosas equivale al deseo inextinguible de evadir la irreversibilidad del tiempo. Se puede tratar de un hombre que todavía usa su paraguas favorito comprado en Londres hace treinta años o de una mujer que se afana por el último grito en bañadores para la temporada. Dan lo mismo treinta años o un mes, porque se aferran a esos objetos que representan un tiempo y ahí se quedan tranquilos.

»En esencia, el esfuerzo de los humanos por controlar las cosas siempre termina con la victoria de las cosas sobre ellos. De no ser así, ¿por qué iba a haber tal cantidad de lápidas conmemorativas de tan mal gusto en el planeta, monumentos, edificios construidos en piedra, cobre o acero? En última instancia, después de investigar las propiedades y características de la materia han terminado por descubrir el poder del átomo, es decir, la energía nuclear. La bomba de hidrógeno es la máxima paradoja a la que han llegado y en la actualidad tratan con esa materia tan peligrosa como si fuese la suprema ilusión humana.

»No hay necesidad de ahondar en las razones que han llevado a semejante perversión. La

infinita ansiedad humana por las cosas los ha empujado a imitar la apariencia externa de esas mismas cosas para proteger su felicidad y los ha llevado hasta el extremo de convertir sus relaciones interpersonales en cosas. Puedo citar varios ejemplos: actualmente no hay amistad más hermosa que la que se produce entre un humano y su perro, mientras que las relaciones entre ellos se han convertido en comités. Por lo demás, la bomba de hidrógeno ha aparecido en escena en el teatro de una humanidad que afronta el capítulo final. Eso es porque los seres humanos de este tiempo parecen haber perdido su poder para el mimetismo y cada uno de ellos alberga sueños sin esperanza.

»La bomba posee una fuerza solitaria, heroica, colosal, insondable, y también el más moderno, intelectual y modesto de los objetivos, es decir, la destrucción total. La bomba solo vive el momento presente. No tiene pasado ni tampoco futuro y, lo más importante, entraña la exquisita fugacidad de unos fuegos artificiales. Encontrar una forma más sublime de la fantasía humana es tarea imposible. El objetivo es la autodestrucción y la destrucción de todo lo demás. ¿No le suena como la letra de una bonita canción? «El objetivo es la autodestrucción y la destrucción de todo lo demás».

»Los humanos son incapaces de detenerse a sí mismos. Lo único que hacen es besar su imagen de humanidad. Como el resultado de su actitud es irrevocable se limitan a bailar en círculos una y otra vez. Pero llegará el momento inevitable, repito, inevitable, en el que no tengan más remedio que agacharse y besar el pie del «reflejo humano» que han creado. Me reafirmo en lo que acabo de decirle. El sencillo botón que se encuentra junto al pie de ese «reflejo humano» se activará con el roce de unos labios y al hacerlo lanzará al cielo del atardecer todas las cabezas nucleares existentes sin el más mínimo esfuerzo. ¡Ah, otra vez los botones! No solo es humano, sino que también es un botón. Qué existencia más ideal. Los humanos coleccionan botones desde que son niños y al fin han descubierto su verdadera importancia.

»Pero no solo se trata de eso. Hay un grupo de humanistas sentimentales que se empeñan en considerar la bomba de hidrógeno como una simple cosa más hasta sus últimas consecuencias. Los humanos disponen de mentes muy confusas y en función de su modo de pensar pueden llegar a considerar con un pequeño esfuerzo a su creación, a ese «reflejo humano», como una cosa más. Sin embargo, uno de los problemas es que la bomba de hidrógeno sigue siendo una cosa incompleta y ellos solo pueden garantizar su felicidad si se rodean de cosas ya completadas. En ese sentido, a los humanistas enamorados de sus pipas de fumar y de abrigarse con chaquetas de cuero con coderas para disfrutar de largos paseos meditativos no les gustan nada las concesiones. Por eso en algún momento otorgarán el sentido de conclusión a una cosa aparentemente natural como es la bomba de hidrógeno... ¿A qué me refiero con otorgar el sentido de conclusión? Es sencillo. Ni más ni menos que a apretar el botón.

Jūichirō, cabizbajo, guardaba silencio tratando de ocultar su profundo desagrado. Fue el barbero quien interrumpió el discurso con aplausos húmedos de sus manos fofas.

—¡Qué razón tiene usted, profesor! Yo quiero a mi mujer y a mis hijos y disfruto del hermoso amor de la familia gracias a que soy un extraterrestre. A buen seguro, las cosas no me irían tan bien si fuera humano. De hecho, las familias de ricos y famosos suelen esconder una realidad muy fría y todos esos agraciados mujeriegos consideran a las mujeres simples «cosas», mientras ellas, por su parte, piensan que son muy atractivos. Es la condición humana en su forma más depravada. El hecho de cortejar a una mujer debería implicar un profundo respeto por su

condición humana y otorgarle el más cálido de los afectos. Obviamente, yo ya estoy ocupado con mi propia mujer e hijos y no me queda tiempo para semejantes devaneos.

Haguro ignoró por completo el comentario de su compañero.

—En segundo lugar —continuó—, está la enfermedad humana de la ansiedad hacia la propia humanidad. Tal vez se pueda pensar que la consecuencia más directa de esto es el deseo sexual, pero no, no es esa la verdadera fuente de la ansiedad. El deseo sexual implica entrever la penumbra del mundo entre la reproducción y la destrucción.

»Pero dejando ese asunto de lado por el momento, no puedo dejar de sorprenderme de ese constante interés que muestran los unos por los otros de la mañana a la noche. Los asuntos humanos ocupan los periódicos de principio a fin, y la televisión lo mismo. Aun cuando aparecen animales, se les humaniza para hacerlos más digeribles. Cuando alguien habla, lo hace solo para hablar de alguien. A veces se ocupan de fenómenos naturales, de terremotos, de tsunamis, de la floración de los cerezos, pero lo hacen desde la perspectiva del perjuicio o beneficio para sí mismos, y lo que más les divierte son las historias donde la gente muere o es asesinada.

»Por eso, el verdadero interés universal siempre guarda relación con los humanos. La astronomía, las matemáticas, la física y la química quedan en manos de los especialistas y jamás generan el interés de las masas. Los asuntos de índole política que interesan a las masas, se les vista como se les vista, como se teoricen o estructuren, siempre tratan de lo mismo, de la gente, la gente, la gente. Así ha sido desde el principio de los tiempos y así será hasta el final.

»Tomemos por caso una de esas cenas donde la gente se reúne para complacer su ansiedad por la gente. Las palabras vuelan, se intercambian emociones y todos parecen felices. Da la impresión de que los asistentes son todos viejos conocidos, amigos de cuna prácticamente, todo parece mezclarse, compartirse. Pero, mientras sucede todo eso, la comida que picotean de los platos y la bebida que les sirven de las botellas inician su recorrido por el esófago individual de cada uno de ellos en dirección a la oscuridad total de sus estómagos. La digestión de cada uno sigue su propio ritmo sin relación alguna con lo que suceda o deje de suceder en el esófago o en el estómago de los demás. Si se trata de una reunión de ocho comensales, los solitarios tubos digestivos de cada cual, invisibles a la luz de las velas, harán su trabajo de un modo particular.

»Le daré otro ejemplo. Imagine usted un accidente de tráfico en el que una mujer joven se desploma en la calzada dejando al descubierto sus muslos. Da la casualidad de que es una noche lluviosa y las gotas de agua se mezclan con la sangre que brota de sus muslos hasta dar la impresión de que lleva puestas unas medias rojas.

—¡Eso es! ¡Eso es! —interrumpió en un arrebató lírico el joven empleado de banca—. Los humanos son todos fuentes de sangre. Si la fuente no brota mientras están vivos, es que se ha roto y se ha secado. Las palomas se acercan a los humanos buscando esa fuente, pero siempre terminan por alejarse desilusionadas. ¡Incluso a una dulce y pura paloma blanca le encanta mancharse las alas de sangre!

—Y luego tenemos a todos esos curiosos que se acercan —continuó el profesor asistente con voz calmada—. Observan con una mezcla de perplejidad y alegría a esa mujer que sufre. Todos ellos saben perfectamente que el sufrimiento no se transmite, que cada cual soporta su peso de manera intransferible.

»La ansiedad de los humanos por los humanos se manifiesta siempre de esa manera. Comparten las mismas condiciones existenciales, pero saben perfectamente que no existe el

dolor compartido, que no existe un único estómago para toda la humanidad. Usted mismo sabe bien cómo las mujeres se olvidan pronto del sufrimiento del parto y al mismo tiempo están convencidas de que nadie ha experimentado jamás semejante dolor. Cada uno de los individuos de este mundo está plenamente convencido de que su propia experiencia con el envejecimiento, la enfermedad y la muerte no tiene conexión alguna con el resto de sus congéneres.

»Los seres humanos se congratulan al reconocer la universalidad y el espíritu común cuando se trata de eslóganes políticos, de ideas y cosas de ese estilo sin consecuencias prácticas. Las cosas inofensivas y sin sentido como la vieja arquitectura o las obras de arte se categorizan con suma facilidad como patrimonio cultural de la humanidad. Pero si estuviera implicado el sufrimiento entonces se nos presentaría el verdadero problema. Si a un político en mitad de un discurso le empezaran a doler las muelas y poco después les sucediera lo mismo a las diez mil personas que lo escuchan, entonces tendríamos un verdadero problema.

»La gente no se aburre de hablar y escuchar sobre otra gente porque es una forma de compensar la realidad de su existencia. Toleran la existencia de los héroes porque saben que, por muy héroes que puedan ser, al final deben aliviarse como todos los demás.

»Para poder decir “al final es lo mismo que me pasa a mí” o para afirmar “para bien o para mal, yo soy único”, los humanos buscan desesperados a otros humanos con quienes confirmar así la uniformidad de las condiciones de la existencia, la realidad sensual de cada individuo.

»Pongamos por caso un grupo A y un grupo B. En el grupo A aparecería en determinado momento la idea del bien común en el mundo. Sus planteamientos no estarían enraizados en una filosofía determinada, simplemente se habrían adscrito al fácil recurso del universalismo y se habrían adherido al concepto de la unidad que precede al compartir real. “¡Pueblos del mundo, uníos!”. “¡Erradiquemos los prejuicios raciales!”. Todo esto vendría de la parte del grupo A. Sin embargo, daría igual cuántas manos se pudieran estrechar, porque mientras no existiera la más mínima preocupación de que a las manos blancas les llegase el dolor de estómago de los hombres negros, ¿qué sentido tendría ese gesto? Hay algo frígido y al tiempo excesivamente edulcorado y optimista en esa idea de un bien mundial compartido. Por cierto, la esencia de las ideas sobre ese bien mundial común, una especie de república universal, conduciría de manera irremediable a un final aterrador. Dado que esos ideales se fundamentan en la aceptación de unas condiciones existenciales universalmente compartidas por todos los seres humanos, la conciencia común poco a poco sería incapaz de soportar las circunstancias de aislamiento provocadas por el dolor, por la incomodidad, por el hambre. A una persona con dolor de muelas ese bien mundial común le traería sin cuidado. Envejecer en esa clase de mundo se convertiría en una injusticia sin explicación posible. ¿Por qué no se podría transmitir la vejez a la totalidad de la juventud rebosante de vida y energía? Nadie soportaría ser considerado un traidor por los tiempos de los tiempos solo por el hecho de rechazar la idea de compartir. La gente en ese mundo del bien común nacería junta, envejecería junta y languidecería junta. Si las condiciones universales de la existencia son el único ideal de semejante nación, en algún momento esa misma nación debería presentar evidencias de ello.

»De tal modo, llegaría el momento en el que la gente ya no sería capaz de resistir el sufrimiento individual, el aislamiento, la existencia sensual. Después de todo, el fundamento básico para el establecimiento de la república universal del bien común sería, en esencia, cerrar los ojos a todo y vivir en la completa ignorancia.

»Llegado ese punto sería el momento de abordar una política de extinción total y simultánea como jamás se ha conocido en la historia. Esa sería, en realidad, la única prueba capaz de evidenciar la fuerza de esa república universal, así como la única oportunidad de reconocer en su totalidad las condiciones universales de la existencia. Cuando los humanos comparasen el sufrimiento de esa mujer en el accidente de tráfico con las condiciones universales de la existencia humana en sí misma, tan solo identificarían vagamente las conexiones mutuas gracias al poder de la imaginación. Pero en el caso de la bomba de hidrógeno no haría falta recurrir al poder de la imaginación. En ese momento, el sufrimiento aislado dejaría de existir en todas partes.

»Una vez los humanos descubrieran la bomba como medio de lograr la destrucción simultánea e inmediata de la república universal, ya no haría falta más tiempo ni esfuerzo. Bastaría con situarlas en determinados lugares del planeta para que los líderes de las naciones pulsaran los botones correspondientes con solemnidad y ligereza, como si se tratase de la ceremonia de botadura de un barco, cuando una mano tira de una cuerda que libera cientos de palomas bajo la luz del atardecer... El fin.

»Después tenemos a los del grupo B, quienes vendrían a confirmar la realidad sensual de cada individuo. Se trata de un grupo orientado por ideales nacionalistas basados en la identidad tanto racial como nacional. En otras palabras, su ideología estaría gobernada por el dolor. A diferencia del resto de la sociedad, sus ideas estarían inquietantemente desconectadas de cualquier clase de destrucción y resultarían espeluznantemente saludables. Se fundamentarían en los apetitos individuales por la comida, por el sexo, en la incomodidad provocada por un simple picor, incluso, y, por encima de cualquier otra cosa, por el dolor. Su argumento esencial sería: «Para bien o para mal, yo soy distinto», o: «¿Cómo vas tú a entender mi dolor?». De hecho, razón no les faltaría. Es imposible que nadie entienda del mismo modo el dolor de otra persona. Esa forma de pensar, por tanto, quedaría encerrada para siempre en el dolor propio y para demostrarlo estarían dispuestos a derramar su propia sangre. Se las arreglarían sin el poder de la imaginación, pero sabrían apelar al poder de la imaginación en otros.

»Dada su creencia en cosas imposibles de comunicar, se olvidarían a menudo de las condiciones universales de la existencia, confundirían dioses con héroes y malinterpretarían el picor provocado por una sarna con un milagro. Por milagro me refiero a una entidad sensual individual transformada en una forma universal. Si clavarse una daga uno mismo provoca un dolor que le hace a uno pegar un salto y eso constituye un hecho excepcional en la historia de la humanidad, ¿cómo no va a ser aquello un milagro?

»Sin embargo, el instinto de preservación ofrecería a esa gente una protección ilimitada. Semejante instinto permite a los humanos sentirse seguros, una creencia inamovible que albergan desde niños. Es decir, creen en el milagro de que, pase lo que pase, solo ellos se salvarán.

»Si alguien se lanza bajo una lluvia de balas, solo él evitará resultar herido. Si un tren sufre un accidente y se incendia, solo él resultará ileso. Si un avión se estrella, solo él escapará a rastras sin un rasguño de entre la montaña de cadáveres carbonizados. Eso es porque la realidad sensual de cada individuo es algo irremplazable, más valioso que cualquier joya, única en el mundo, impermeable a la destrucción.

»El caso es que, en poco tiempo, para bien o para mal, las ideas del grupo B se convertirían en un peligroso ensayo. El milagro debe ser demostrado. Una serie de incidentes banales

conducirían a la idea de la destrucción total y la escala de esa destrucción se acumularía como una bola de nieve. Finalmente, se llegaría al punto en el que, incluso asomándose a la destrucción absoluta de la humanidad, la gente concebiría el escenario de una persona, una sola raza o una nación salvándose. Resulta imposible imaginar una situación más atractiva que esa. Para alcanzarla bastaría con pulsar el botón... Eso es, tan solo pulsar el botón.

»Ya habrá comprendido usted que cuando se trata de la ansiedad de la gente, esté uno en el lado que esté, al final la única opción es pulsar el botón.

Kurita llevaba un rato haciendo muecas de impaciencia e intervino antes de que Haguro terminase su exposición.

—No estoy de acuerdo con el planteamiento del profesor de excluir el deseo sexual. No me interesa tanto la extinción de la humanidad en su conjunto como la de las mujeres. Las mujeres desprecian a los hombres en lo más profundo de su ser, incluso cuando se tumban de espaldas para permitirles entrar en sus cuerpos. Y a pesar de todo, los hombres no pueden reprimir la urgencia de reproducirse con ellas. Esto evidencia algo siniestro y oscuro en la condición humana.

—Hablas de las mujeres, pero las esposas y los hijos son excepciones —intervino el barbero—. Si un marido es un hombre decente, su esposa jamás le perderá el respeto. Las peleas en los matrimonios humanos son inevitables, pero...

El profesor Haguro ignoró por completo los comentarios de sus acompañantes y continuó con la exposición de su teoría. Jūichirō, por su parte, no dejaba de asentir en silencio.

—En tercer lugar, tenemos la enfermedad de la fe, la ansiedad humana por Dios.

»Dios es un invento verdaderamente asombroso. Los humanos afirman que el noventa por ciento del conocimiento se debe a ellos mismos y el diez por ciento restante se lo conceden a Dios. Allí donde el conocimiento humano toca el vacío, se ponen en manos del gran administrador. Los humanos no soportan la soledad que experimentan cuando alcanzan las fronteras del conocimiento. De ese modo, los condotieros, a quienes conocemos bajo distintos nombres de Dios, asumen el papel de guardianes a cambio de inmensas reverencias y ofrendas de dinero entregadas en sus distintos altares. A medida que el conocimiento humano se expande, las fortalezas de esos guardas quedan más y más lejos. Los habitantes de las ciudades ya no tienen la posibilidad de ver a esos mercenarios, pero todos ellos se aferran a la vieja creencia de que continúan otorgándoles seguridad en algún lugar muy alejado. Cada vez que ven el cielo teñirse de rojo durante el alba, los humanos se acuerdan de ellos con sus barbas blancas, del sonido de sus trompetas en sus lejanas guarniciones, de sus pulidas lanzas en formación justo antes de romper el día.

»Los humanos prefieren llamar a su dios Verdad y Justicia. Pero Dios no es la Verdad en sí mismo ni tampoco la Justicia. Ni siquiera es un Dios. Se trata tan solo de un administrador que habita en ese interregno entre el conocimiento humano y el vacío, alguien que se dedica a difuminar los límites entre lo real y lo irreal. Su razón de ser es que los humanos no soportan el abismo entre la existencia y la no existencia, porque una vez aparece en la mente el concepto de *lo absoluto*, la distancia entre la relatividad de las cosas del mundo y ese absoluto se hace insoportable. La guarnición en la lejana frontera parece conectar entonces relatividad con absoluto. Sus armas, sus cascos y corazas constituyen el duro trabajo y el soporte financiero de los humanos.

»Esas mesnadas han trabajado para los humanos durante miles de años y nunca han llegado a perder el contacto del todo con ellos. Los filósofos escolásticos parloteaban sin cesar sobre la falsedad de la existencia, sobre la finitud humana, sobre Dios como el único en posesión de la existencia verdadera. El temor a que esos hombres de armas a sueldo pudieran no existir era lo único que se necesitaba para espolear el débil poder de su imaginación.

»¿Qué pasaría si los condotieros desaparecieran? La nada atravesaría de inmediato la frontera y destruiría las ciudades creadas por el conocimiento humano, inundaría las casas de las grandes capitales hasta las ventanas. La gente se despertaría por la mañana, se lavarían la cara, abrirían esas mismas ventanas para saludar al nuevo día y en el exterior solo encontrarían la nada. Bajarían atropelladamente las escaleras y caerían de cabeza al abismo. Abrirían la tapa de un bote de pepinillos y la cara color negro azabache de la nada los miraría desde allí dentro. Tratarían de arreglar unas flores en un jarrón solo para arrojarlas al pozo sin fondo de la nada.

»Todo conduciría a la nada. Quien enviase un telegrama sería para entregarlo en la nada y jamás recibiría respuesta. Un tren cualquiera que partiera de una estación acabaría por circular en la nada y jamás regresaría. Las voces humanas se transformarían en un eco infinito e incluso los llantos morirían ahogados en la nada, como si cayeran sobre un papel secante. Quienes se defenestrasen tan solo lanzarían sus cuerpos a la nada y los asesinos ya nunca más deberían preocuparse por hacer desaparecer los cadáveres, puesto que acabarían disueltos en la nada.

»Tales son los celos humanos y el alto precio que los mercenarios han arrancado de sus señores. Y además siempre han escuchado muy atentos todos los informes falsos de sus guardianes, quienes tan solo se han ocupado de manejar los asuntos, pero han contado mentiras sobre esporádicos enfrentamientos en una serie de interminables escaramuzas.

»Tal es mi torpe esbozo sobre la tupida red de mentiras alrededor de Dios en la cultura humana. Gracias a eso se las han arreglado a duras penas para no enfrentarse al vacío, a la no existencia, a lo absoluto. Por eso aún hoy tienen escaso conocimiento sobre la verdad del vacío. El humanismo se aferra todavía a la estúpida y ciega creencia de que la teoría de un vacío destructor no surge del interior mismo de la cultura humana puesto que su conocimiento es incapaz de crear vacío.

»¿Realmente es así? Cuando la nada baja la escalera hasta la calle de pronto cae al abismo. Uno se empeña en arreglar unas flores en un jarrón y lo que hace es arrojarlas a ese mismo abismo. Es decir, en el momento en el que uno se plantea un propósito, un acto de voluntad, el acto es traicionado, el propósito excedido y todo termina por caer en un sinsentido sin fin. Uno se sumerge en la sinrazón como si en realidad siempre lo hubiera deseado. Cualquier pequeño fracaso es engullido de inmediato en la gigantesca piscina de destrucción. Ha ocurrido siempre a lo largo de la historia humana y constituye la esencia misma del vacío.

»Desde principios del siglo xx lo vemos en infinidad de lugares, pero los humanos, ignorantes de la verdad del vacío, creen estar protegidos todavía por su Dios, por los centinelas de sus fronteras. Esos pequeños acontecimientos ocurridos aquí y allá han sido, digámoslo así, los *esquisses*, los bocetos preliminares de la gran nada. La ciencia y la tecnología han aprendido a iluminar ese vacío ubicuo con una gran precisión. La ciencia y la tecnología no son algo tan racional como piensan los humanos. Más bien son el impulso opaco de una abstracción, la sistematización de la pesadilla humana desde los tiempos de la alquimia. Los humanos sueñan con un monstruo y la ciencia y la tecnología vienen a confirmar que solo han anticipado su

existencia. De tal modo, llegará el día de iluminar el vacío en el que los humanos ya han caído. Como una rosa de proporciones descomunales y unos pétalos de un rojo intensísimo que recuerda la locura que ellos mismos han creado por primera vez en su historia. Me refiero a la bomba de hidrógeno.

»Sin embargo, como siguen creyendo que Dios es el administrador del vacío y que aun cumple con su responsabilidad, no tienen mayor problema en apretar el botón de la bomba atómica. Se santiguan, rezan, apartan de sí toda clase de responsabilidad y aprietan el botón sin dudar. En el fondo da igual lo que suceda, no importa lo mucho que podamos analizar esas tres enfermedades que les aquejan. Los humanos están destinados irremediablemente a apretar el botón.

—¡Oh, pobrecito botón! —canturreó el barbero aprovechando una pausa del profesor como si así se sacudiera el sopor—. ¡Apretas el botón de los hermosos pechos de las chicas y aparecen dos estupendos hongos gigantes! ¡Vaya, vaya, qué cosa más rara! ¡Nunca había visto nada igual!

—¡Shhhh! —chistó el profesor para poner punto final al alboroto sin apartar los ojos de Jūichirō, que parecía a punto de intervenir.

No obstante, no tenía ninguna intención de decir nada por el momento.

El viejo salón se sumió en un silencio como si no existieran los humanos. De hecho, allí no había ninguno.

Había anochecido al otro lado de la ventana y la luz del interior se reflejaba en los cristales. Las sombras de los tres visitantes se proyectaban sobre el papel gastado de las paredes, como si fueran grandes pájaros agachados.

—Tiene usted razón en lo que dice. Es triste admitirlo, pero el modo de actuar de los humanos es tal cual lo describe.

Las palabras de Jūichirō sorprendieron enormemente a Haguro.

—¡Vaya! ¿Está usted de acuerdo conmigo?

—Por supuesto. Los defectos humanos son como usted dice. Lo que quisiera preguntarle es qué pretende hacer con ellos.

—¿No se lo imagina? Si estamos todos de acuerdo deberíamos unir nuestros esfuerzos para que aprieten el botón lo antes posible. ¿No le resulta lastimoso dejarles en este limbo entre la vida y la muerte?

—El profesor arde de amor por la humanidad y lo que pretende es sacrificarla lo antes posible —explicó Kurita.

Jūichirō se sumergió en sus pensamientos durante un tiempo.

—¿No podríamos considerar alguna forma de salvación? —dijo al fin.

—No. No puede ser. Si les dejamos tan solo se dedicarán a acumular sufrimiento —sentenció Haguro fríamente en un tono tan humano como académico.

A los tres de Sendai les sorprendió tanto la actitud dócil y apacible de Jūichirō que intercambiaron unas miradas de extrañeza. El hecho de que un hombre frágil como él se esforzase tanto por salvar el planeta no solo arrojaba una luz pobre sobre el mundo, sino que devaluaba la misión de ellos tres.

Jūichirō miraba fijamente el viejo mantel que cubría la mesa con una representación bordada de un mandala del templo Hōryūji. Daba la impresión como si encima del mandala se concentraran todos esos humanos a los que Haguro tanto despreciaba y a los que él contemplaba desde lo alto con unos ojos inundados de tristeza.

—Tiene usted toda la razón —dijo tan pronto recuperó su energía—. Los humanos están desesperados por apretar ese botón. En una rueda de prensa, el 8 de febrero, el presidente Kennedy insinuó que habían reanudado los ensayos nucleares dos meses atrás y en ese mismo instante quedó meridianamente claro que al día siguiente los británicos harían lo mismo en la isla de Navidad. Eso, a buen seguro, animará a los soviéticos a continuar con los suyos y el planeta entero quedará cubierto por el polvo radioactivo. Si de verdad llevan a cabo el ensayo en la isla de Navidad, escribiré de inmediato una carta de advertencia al presidente Kennedy, aunque no creo que me responda, como tampoco lo ha hecho Jruschov.

—Eso es —intervino Haguro cargado de certezas—. Los humanos son incapaces de responder a semejantes cuestiones. Solo intentarlo provocaría que toda la tinta del planeta se congelase.

—Tiene razón, tiene razón —continuó Jūichirō sin perder la calma—. Yo mismo me doy cuenta de lo extraño de ese planteamiento mío orientado a promover la paz entre los humanos. En la actualidad no se puede afirmar que la guerra sea la norma, por lo que desde cierto punto de vista podemos considerar que estamos en paz. Al mismo tiempo existe un anhelo sincero de paz. La gente reza por ello, se impacientan para que llegue lo antes posible y lo absurdo de esperar a algo que ya existe en realidad sugiere que no están satisfechos con la situación de la que disfrutamos en este momento. Lo que pretenden es una paz más completa, libre de ansiedades; quizás lo que les frustra de verdad no es esto de ahora, sino la esencia misma de la paz.

»La paz, como la libertad, es un pez de nuestro mar extraterrestre. Tan pronto como toma tierra en este planeta se pudre. La característica esencial de la paz en la Tierra es la velocidad a la que se deteriora y eso la convierte en algo verdaderamente frustrante. Los humanos buscan sin descanso una paz fresca, instantánea y al tiempo dotada de una coraza metálica e imperecedera que dure para siempre. Todas las versiones imperfectas del presente apestan a falso para ellos.

»Es más, sus instintos animales los llevan a aceptar las formas de paz que suelen aparecer después de acontecimientos concretos. Su sensibilidad solo la acepta como verdadera cuando se ha vencido en la guerra, una paz poscoital por decirlo así. En resumen, nuestra paz actual es, en cierto sentido, previa al gran acontecimiento, extremadamente opaca y falsa.

»Una parte considerable de la humanidad alborota sin descanso para detener la guerra, para mantener la paz, pero ese afán está enredado con sentimientos tan humanos como la ansiedad y la impaciencia. Para satisfacer de verdad a esas personas lo que haría falta sería una paz inmediata y posterior a un acontecimiento concreto, pero desear eso es tanto como desear que ocurra algo y ese algo se traduce en la guerra nuclear.

»Los humanos son incapaces de dominar el tiempo. Al menos todavía. Por eso sus ideas sobre la paz y la libertad están relacionadas con el principio del tiempo, atadas a él. La irreversibilidad del tiempo es un elemento fatídico que hace extremadamente difícil la libertad humana.

»Si colapsaran las leyes del tiempo y se conectaran el pasado y el futuro, si lo instantáneo se disolviera en lo eterno, los humanos alcanzarían la libertad de inmediato. Solo entonces la paz absoluta y la libertad tomarán cuerpo y su autenticidad será incuestionable.

»Disfrutar del futuro en el momento presente. Saborear el momento en la escala de la eternidad. Mi objetivo al venir a este planeta es el de transmitir a los humanos una capacidad como esa consustancial a los extraterrestres, usar esa virtud como arma y ayudarles con ello a alcanzar la paz y la unidad universal.

»He tratado de ofrecerles desde la perspectiva del presente una visión clara de las consecuencias para el mundo de una guerra nuclear. Me he esforzado por darles la oportunidad de sentir en sus corazones el arrebató de la paz eterna e inorgánica que existiría después de esa guerra. Si lo he conseguido habrán saboreado en sus propias lenguas la frescura absoluta de ese mundo ulterior. Si todas y cada una de las personas que habitan el planeta lo hubieran hecho ya, no haría falta apretar ese botón. He venido para ofrecerles un alcohol de calidad con la capacidad de anestesiarlos. En ese sentido, ustedes, que tienen el objetivo de provocar una eutanasia colectiva, y yo no nos diferenciamos tanto.

»Mi idea era servirme del poder de su imaginación, pero he descubierto sus sorprendentes limitaciones en ese terreno. A pesar de su apariencia tan poderosa, ni siquiera se acerca a la ilusión de la ruina total. Eso sucede porque la gente de este planeta tan solo tiene una comprensión muy limitada del verdadero significado de la palabra “ruina”. Por ejemplo, si un gris funcionario malversa tres millones de yenes de las arcas públicas y terminan por encarcelarlo, a eso lo llaman “ruina personal”.

»He hecho todo cuanto estaba en mis manos para insuflar en su imaginación la imagen de su propia destrucción y con todo ello ni siquiera alcanzan una mínima fracción de mi capacidad de imaginación. Esto es así incluso entre los japoneses que han pasado por la experiencia de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, lo cual da una idea del estado de cosas en otros países.

»He tratado de apelar a su imaginación poniendo el acento en fantasías de destrucción y de paz para que contemplasen esas imágenes en un espejo doble. Me he esforzado por convencerles de que, si en una cara del espejo veían una cosa, lo que aparecía en la otra era también real. Los avistamientos de platillos volantes me han servido para apelar a su razón. Al ofrecerles un sentido de la razón, mi propósito era conducirlos a la conclusión racional de que estaban contaminados con la imagen de una sola cara del espejo y que esa contaminación equivalía a la negación misma del razonamiento humano: el fin de la irreversibilidad del tiempo, el fin de la capacidad de atisbar el futuro. Es decir, la negación de los deseos como posibilidad, pues todos los deseos hunden sus raíces en el tiempo. Se suele decir que el razonamiento puro humano

equivale a todas sus capacidades cognitivas innatas que terminan por hacer factibles las experiencias y esas experiencias operan de acuerdo con las leyes de los deseos. Es decir, el tiempo.

»He tratado de mostrar a los humanos esa intoxicación de la que no han sido conscientes hasta ahora. Un arrebató en el cual el presente florece y el mundo humano empieza a desprender fulgores, el rocío de la hierba se transforma de pronto en joyas.

—¿Y lo han comprendido? —preguntó el profesor asociado con una leve sonrisa.

—No. Todavía no.

—Ahí lo tiene. ¿Lo ve usted?

—Pero mantengo la esperanza.

—¿¡Esperanza!?! —exclamó el profesor como si la cara de su interlocutor se hubiera transformado de repente en la de un cerdo.

—Por supuesto, los humanos no reúnen las condiciones necesarias para albergar esperanzas, pero nosotros sí, porque dominamos el tiempo que nace de la esperanza.

—En ese sentido somos como usted —le interrumpió Haguro—. ¿En qué nos diferenciamos entonces? Usted y yo representamos dos principios opuestos del universo. Ambos hemos dominado el tiempo, excluido el miedo y el único y último principio político que nos queda es el de una simple sonrisa. Aunque, eso sí, admito una diferencia entre una sonrisa siniestra y otra alegre. Sea como sea, si nuestras dos especies comparten la misma visión respecto al planeta no veo motivo para luchar, así que le pregunto, señor Ōsugi, ¿cuál es ese futuro del planeta y de la humanidad con el que está usted tan íntimamente familiarizado? Debería usted hablarnos de ello con toda franqueza. ¿Cuál es su visión? ¿Qué futuro espera al planeta y a los seres humanos? Lo sabe usted tan bien como lo sabemos nosotros. Hable de ello honestamente.

Jūichirō no contestó de inmediato. Tenía el gesto tenso, los ojos clavados en un punto fijo. En su cuerpo debilitado, el único lugar donde aún resplandecía entereza y una fuerza indómita era en sus pupilas, que parecían reflejar llamas oscuras. La absoluta tensión de su cuerpo era el resultado de su desesperado intento por bloquear las puertas de su corazón y evitar así por todos los medios que descubrieran su visión. En su frente aparecieron gotas de sudor. Tenía los labios secos y parecía costarle trabajo respirar.

—Lo sabe. Usted lo sabe y es incapaz de contestar. ¿Por qué? Porque es usted un fraude. Nosotros hemos venido para decir la verdad a los seres humanos, mientras que usted se dedica a engañarles con dulces. Seguro que piensa que no debería avisarles de eso. Seguro que intenta cubrir sus ojos y llevarlos de la mano donde usted quiere.

—¡En absoluto! —gritó Jūichirō alterado—. Se equivoca.

En su voz al gritar había una disonancia, como si naciese de un abismo oscuro que se abría en los intersticios entre las resplandecientes y difusas nebulosas.

—Si no hablo de mi visión —continuó—, es para que no se convierta de inmediato en el destino de la humanidad. Aunque mi misión sea apaciguar sus corazones impacientes, no pretendo que alcancen ese estado como si estuvieran predestinados a ello. Lo que deseo es que descubran su intoxicación, su embelesamiento carente por completo de deseos.

»La política humana trae consigo alusiones lascivas al futuro, como si curioseara en la entropía de las mujeres. Es una política que se sirve del cebo de los sueños, de las esperanzas por *algo mejor*, como la zanahoria delante del hocico de un burro que esconde el palo que lo

arrastrará hacia la oscuridad. Eso es lo que trato de detener en el crepúsculo de este tiempo... Solo necesito que esa política quede atrapada un tiempo en ese estado de embelesamiento.

—¡Vaya, vaya! ¿La política humana? —intervino Haguro en el mismo tono de voz que usaba cuando se quejaba de la política de la universidad de Sendai—. Siempre ha sido una gran equivocación permitir que los humanos se gobiernen a sí mismos. Seguro que una pulga lo haría mejor.

—No, se equivoca usted. Gobernar a los humanos es fácil. Basta con controlar el vacío que habita en su interior. Los humanos tienen el cuerpo lleno de agujeros por donde pasa el viento. Si pasamos un cabo por esos agujeros y los arrastramos nos seguirían a millones sin rechistar.

—¡Otra absurda teoría!

—Eso es lo que he aprendido después de vivir en la Tierra. He visto a menudo gente, sentada en los bancos de los parques o en trenes abarrotados, bajar la mirada de repente sin saber exactamente dónde dirigían los ojos. Parecían contemplar el vacío de su interior. Se podía ver con toda claridad en su expresión cómo enfrentaban una soledad que no conducía a nada, a ninguna clase de unidad, a ningún tipo de consolidación. Lo que yo he presenciado es la típica expresión antipolítica de los humanos, incluso en el más estúpido de ellos.

»A lo largo de la historia, la política se ha centrado, fundamentalmente, en cómo proveer de pan, pero lo que ha diferenciado a los políticos más inteligentes de los líderes religiosos ha sido darse cuenta de que los humanos solo viven con pan. Este descubrimiento es algo precioso y por mucho que los líderes religiosos vociferen, los humanos están firmemente asentados en la biología y a partir de ahí han construido toda una variedad de ciencias políticas lúcidas y sanas.

»Ahora bien, ¿no ha pensado nunca en su desesperación cuando hubieron de enfrentarse a las simples condiciones de la existencia humana, cuando tomaron conciencia de que todo cuanto necesitaban para sobrevivir era pan? Esos humanos debieron ser los primeros en contemplar la idea del suicidio. Imagine a un hombre que, después de alguna clase de incidente, toma la decisión de suicidarse al día siguiente. El día antes, sin muchas ganas, cierto, come pan. Después de pensarlo mucho pospone el suicidio dos días. De nuevo vuelve a comer pan sin ganas. El suicidio se aplaza de día en día y todos los días vuelve a comer pan... Un día descubre de repente que puede llevar una vida sin sentido y sin objetivos solo gracias a un pedazo de pan. Está vivo gracias al pan. Es una verdad incuestionable. Le domina una terrible desesperación, pero se trata de algo sin solución, porque no se trata de desesperación por el hecho de estar vivo, lo cual constituye la causa habitual de los suicidios, sino desesperación por la vida en sí misma y cada vez más es la propia desesperación la que lo sostiene.

»Debe hacer algo para lidiar con esa desesperación. Necesita reemplazar la idea del suicidio con algo único para vengarse de ese frío conocimiento de la política. Se le ocurre la idea de practicar subrepticamente agujeros de viento en su propio cuerpo sin que los políticos se den cuenta. Toda clase de sentidos se escapan a través de los agujeros, pero el consumo de pan continúa sin cesar. La eterna búsqueda del siguiente pedazo y luego del siguiente y del siguiente. Los políticos pueden no saberlo, pero están obligados a mantener el suministro de pan para la gente con el fin de garantizar el sinsentido de su existencia. Por su parte, la gente está obligada a no permitir jamás que sus gobernantes se den cuenta de ello. Ese vacío, esos agujeros por donde se cuela el viento terminan por convertirse en los verdaderos genes de la naturaleza humana sin que uno llegue a darse cuenta, se extienden por todas partes y conducen a esa expresión

antipolítica que yo he visto en los bancos de los parques o en los trenes abarrotados.

»A los gobernantes les encanta la organización y construyen torres y torres sin el más mínimo gusto en cualquier rincón del planeta. Yo los he observado en profundidad y he descubierto esos pequeños agujeros de viento también en los cuerpos de esa gente poderosa elegantemente vestida.

»Fue después de hacer este descubrimiento cuando comprendí que era posible contemplar la idea de la paz y de la unidad aquí y ahora. Me cuesta admitirlo, pero durante mi estancia en la Tierra oculto como un ser humano más, todos esos agujeros de viento han terminado por abrirse milagrosamente en mi propio cuerpo.

»Considero que esas condiciones compartidas por todos ellos mientras enfrentan la extinción son una bendición otorgada del universo. Con eso quiero decir que esos agujeros de viento, ese vacío, representan el universo en miniatura.

—Ya entiendo —intervino Haguro—. Me acaba de dar usted la clave. No se trata sino del siguiente pedazo de pan, de otro más y otro más. Los políticos deberían conspirar para mezclar cianuro potásico en la masa de ese pan.

—No. No importa lo malvados que puedan llegar a ser los políticos, porque en el momento en que sean capaces de conspirar ya se habrá instaurado la paz en la Tierra y ese plan de usted habrá sido superado.

»Cuando los humanos sean capaces de llenar su vacío interior en masa, todas las políticas perderán el sentido y una unificación antipolítica será perfectamente posible. Ya nunca apretarán el botón, porque hacerlo significaría el derrumbe del universo que llena su vacío interior, e incluso quienes no temen la destrucción de sus cuerpos no resistirían la destrucción de ese vacío. Después de todo, ese vacío está moldeado con la maternal nada del universo.

—¿Por qué confiaba usted tanto en esos agujeros de viento?

—Por mi experiencia como humano. En un principio pensé que yo era el único que los tenía, pero pronto me di cuenta de que era la señal evidente de que el universo se infiltra en cada uno de los seres humanos. Esperé y al final pude verlos con mis propios ojos.

—¡Tonterías! En este preciso instante los humanos de la Tierra se entregan al amor y a la reproducción. En este preciso instante en el que usted habla de unidad, ellos se entregan con entusiasmo a la desintegración del individuo.

—¡Mujeres! ¡Las odio! —gritó el joven empleado de banca grande y feo como si al fin le hubiera llegado el turno—. Si exterminamos a las mujeres, la desaparición de la humanidad en su conjunto solo será una cuestión de tiempo y si basta con el exterminio de la mitad de los humanos, mucho mejor para nosotros. Menos trabajo. ¿Cómo podríamos reunir las en un único lugar? Seguro que se pondrían a alborotar y a cacarear y ni siquiera escucharían lo que tuviéramos que decirles.

—Bastaría con trasladar todos los salones de belleza al hemisferio sur y todas las barberías al hemisferio norte. Sencillo —dijo el barbero rechoncho arrugando la nariz al hablar.

Jūichirō continuó en su tono calmado:

—Ha sido una brillante artimaña política que la religión de los humanos haya conectado el amor y la procreación. Como cualquier otra artimaña, solo ha sido un método para guardar a un rebaño de ovejas dentro de un cercado, es decir, para arrastrar a lo que en principio no tenía propósito hacia una conciencia de propósito. El deseo sexual por los demás es como caminar a

tientas sobre una superficie resbaladiza en la oscuridad, pero una vez consigue uno sostener en las manos la vela del amor, lo cual se supone que es la culminación de la conciencia útil, crea la ilusión de que el objeto sublime de nuestro deseo se ha iluminado con una luz sagrada. No obstante, no hay ninguna prueba de que lo que uno ve sea lo mismo que lo que uno busca a tientas. Quizás la luz de la vela ilumina una cosa distinta.

»Los humanos se han acostumbrado a procrear bajo la luz de esa vela. Nosotros deberíamos hacerles retroceder, alejarles de ese lugar sin amor con una espectacular ratio de procreación, para llevarlos a otro oscuro, al viejo universo donde se produce la procreación.

»Y la razón por la cual debemos hacerlo es porque esa artimaña política que ha durado ya demasiado tiempo es una de las principales causas de la guerra en la Tierra. Cuando los líderes políticos aún eran jóvenes aprendieron en sus camas por qué fusionar el deseo con la imagen virtual del amor era un error. Comprendieron la esterilidad de sus ideales gracias a travesuras que hacían bajo la luz de la vela.

»Nunca ha habido un tiempo como este en el que los líderes de los dos grandes países del mundo se aparten tanto de los fríos cálculos que usan para producir sanos gobernantes. Parece como si estuvieran enamorados de algo. ¿De qué otra manera podrían si no aspirar a triunfos con pocas esperanzas de éxito como los que representan esa demencial competición en la carrera nuclear o la producción extra de bombas atómicas? Podrían también volcar a diario camiones cargados de billetes en pozos oscuros y sin fondo.

»Irónicamente, la irracionalidad del amor surge porque lo esperado nunca llega y los deseos nunca se cumplen. Si las cosas están lejos de nuestro alcance es, precisamente, porque el amor se estructura en los actos de la espera y de deseo. Lo más peligroso de todo es que los líderes de las dos superpotencias no alberguen ningún deseo de destrucción. Como están enamorados, algo que no desean en absoluto terminará por llegar inevitablemente. De hecho, ya ha empezado. Su amor por la destrucción no deja de crecer.

»Por lo tanto, como he advertido repetidamente, hemos alcanzado un tiempo en el que el poder de la imaginación está menos tentado por la locura que por el raciocinio. He intentado animar a la gente para que se incline hacia la imaginación con el fin de apartarles de la locura, pero ha sido en vano. “Confiamos en la razón humana”, dicen. “Ahora que tenemos armas de destrucción masiva no habrá guerra”. Simplemente no se dan cuenta de la locura en la que tanto confían.

»Pero mantengo la esperanza. No sé si la mantendrán los humanos, pero yo, como mínimo, tengo derecho de mantenerla.

»Los humanos son criaturas encantadoras. Un hombre enfadado llama a la puerta de su vecino para quejarse de la fiesta demasiado ruidosa de la noche anterior, pero justo antes de tocar el timbre ve un caracol en las plantas junto a la entrada después de la lluvia y encontrarlo allí le proporciona tal felicidad que decide volverse a casa sin decir nada. Otro ejemplo, un hombre sale de paseo y decide comprar una maceta de flores...

—¿Una maceta de flores? ¿Una maceta de flores? Seguro que se trata de ciclamen —gritó Kurita mientras se incorporaba en la silla y miraba a Jūichirō con los ojos inyectados en sangre.

—No hace falta que sean ciclámenes. En cualquier caso, esta persona compra una maceta de flores y mientras pasea y piensa en qué ventana la colocará, de pronto llega a un lugar desconocido. Entra en un bar en una esquina de la calle a descansar un rato, toma una copa detrás

de otra y se olvida de la maceta cuando vuelve a su casa. Es otro ejemplo de esas cosas que no pueden evitar.

»El capricho es una virtud humana obtenida de los cielos. A veces permite entrever la parte más dulce y hermosa del cielo. Su sustancia recuerda al aliento que se escapa de vez en cuando de la ley universal perfectamente ordenada, de un poema profundo. Es un regalo otorgado a los humanos por el lejano universo. Si tomo prestada la terminología de las religiones humanas, podría afirmar que se trata de su única virtud angelical.

»Un humano sostiene un arma frente a otra persona, pero justo antes de disparar algo brota en su corazón y la aparta a toda prisa. Así de extraños son sus caprichos. Está bajo la ventana de su amada, a quien desea abrazar con todas sus fuerzas, y justo cuando está a punto de trepar por la cuerda hasta su estancia, un inexplicable capricho arrebató su corazón como si se tratara de una suave brisa y se embarca en un largo viaje al desierto. Muchos de esos hermosos caprichos son enigmas que los propios humanos jamás serán capaces de desentrañar. Tal vez la respuesta solo la tengan las abejas frente a un montón de rosas. Después de todo, el capricho consiste en reconocer que todas las rosas son la misma, que existen otras al margen de las que tienen frente los ojos, el mundo está inundado de ellas.

»No renuncio a la esperanza, porque confío en el raciocinio de los humanos, porque ponen toda su confianza en esos bellos caprichos suyos. Dice usted que no hay duda de que terminarán por apretar el botón. Tal vez tenga razón, pero justo antes de hacerlo sonreirán caprichosamente. Eso es lo que significa ser humano.

—En ese aspecto estamos de acuerdo. El capricho puede ser una buena razón para apretar el botón.

—Lo harán llevados por la locura, no por un capricho.

—De acuerdo. Si como usted dice apretar el botón equivale a un acto de locura y no hacerlo al capricho, ¿no significa eso que lo que distingue la locura del capricho cuando el botón está por el medio es el raciocinio? Pero usted dice que el raciocinio es una locura. En tal caso, en qué se distingue el raciocinio de la locura del simple capricho cuando se trata de apretar el botón. Me gustaría conocer su opinión al respecto. Ha caído usted en una contradicción según la cual admite que apretar el botón o no es, finalmente, una operación de la razón. El hecho es que, y se dará usted cuenta de ello, si apretar el botón representa la razón de la locura, entonces tomar la decisión de actuar al apretar el botón es resultado de una operación de la razón sobria. ¿No le resulta extraño que coexistan dos tipos de raciocinio?

—La razón de los humanos carece de capacidad de decisión. Tan solo tienen la capacidad física de apretar el botón con certeza, con calma, como harían los idiotas.

—Qué extraños son los extraterrestres como usted, profesor, cansados de contemplar el sufrimiento humano y que aun así hablan según los términos de la lógica humana.

»Hace un rato ha explicado usted con todo lujo de detalles y con suma amabilidad los tres principales defectos o enfermedades que aquejan a los humanos. Creo que es mi turno ahora de citar cinco virtudes tuyas, las cinco cualidades especiales que sería muy lamentable que se perdiesen. Lo cierto es que los humanos tienen muchas costumbres peculiares, pero solo por esas cinco virtudes de las que le hablo sería un gran logro salvarlos.

»Incluso si la humanidad llegase a desaparecer, al menos debería tener la deferencia de hacer constar sus cinco virtudes en unas pocas palabras sobre su lápida funeraria. La lápida debería

ofrecer un relato de los logros humanos de un modo muy resumido, pero que cubrieran aspectos esenciales de su historia. Le propongo el siguiente borrador:

*Aquí yace la especie humana que habitó un planeta llamado Tierra.
Mintieron hasta el último momento,
ofrecieron flores a la buena y a la mala fortuna.
A menudo cuidaban de pájaros en sus casas.
Solían llegar tarde a sus citas
y reían a menudo.
Descansen en paz por los tiempos de los tiempos.*

»Traducido en las palabras de usted quedaría así:

*Aquí yace la especie humana que habitó un planeta llamado Tierra.
Eran seres dotados para las artes.
Representaban la alegría y la tristeza en la misma medida.
Revocaron otras formas de libertad y, al hacerlo,
reconocieron lo relativo de la suya propia.
Incapaces de dominar el tiempo, se esforzaron, al menos,
por ser infieles a ese tiempo.
A veces, durante breves lapsos, alcanzaron a exhalar
la nada con su propio aliento.
Descansen en paz por los tiempos de los tiempos.*

»Seguro que prefiere la segunda versión, pero yo, por supuesto, la primera. Después de todo, no tengo ese gusto de nuevo rico como los de la constelación del Cisne, ni tampoco me atraen las cosas brillantes y llamativas. Además, si usamos la primera versión ¿acaso no ofrece un retrato que suscita una considerable simpatía por los extraterrestres?

»Los humanos ofrendan flores en los momentos buenos y en los malos. El consumo exagerado de todas esas flores, tan fácilmente marchitables, significa que en parte reconocen lo breve de la felicidad, pero, al mismo tiempo, también revela su deseo de que la desgracia sea momentánea. Cuidan de pájaros enjaulados. Digamos que es una pequeña crueldad, pero el motivo de hacerlo es profundamente conmovedor y transforma la crueldad en cariño. Atrapan el vuelo a través de los cielos y lo encierran en una pequeña jaula. Los pájaros que han volado libres en días resplandecientes quedan encerrados en jaulas como si se hubieran enredado con hilos invisibles. Con los recuerdos de su libertad aún frescos en la memoria, se limitan a movimientos torpes de acá para allá, pero al hacer eso los humanos han logrado purificar su canto. Los pájaros nunca olvidan su canto, que es una versión cristalizada de la libertad arrebatada. El canto reduce la inmensidad del añorado cielo azul a un único concepto, al infinito temblor de un sentimiento desnudo. Es algo que los hace felices. Es una invención puramente suya.

»Una multitud espera bajo la lluvia en la estación. Otros en una oscura cafetería. El presidente de una compañía aguarda impaciente a sus visitas en su amplísimo despacho sin dejar de mirar su reloj ultrafino Audemars Piguet. ¿Hay escenas más humanas que esas? Los humanos han

obtenido el privilegio más increíble: la capacidad de hacer esperar a los demás. Tener a las mujeres sobre ascuas ha sido el método más eficaz desarrollado por los soberanos masculinos para mantener su poder sobre los intereses románticos de estas. Pero, incluso así, las mujeres maduran el tiempo en el interior de sus cuerpos. Es decir, sus úteros son órganos de tiempo. En su búsqueda de la libertad y de la paz, se alían con un tiempo más favorable. Gracias a su capacidad para esperar a los demás y para hacerles esperar, las mujeres han desarrollado un talento innato con el que los hombres no pueden rivalizar, porque ellas digieren las leyes del tiempo en sus propios cuerpos mientras miran de reojo a esos hombres voluntariosos empeñados en hacer historia y en ejecutar sus planes.

»Los humanos han creado las artes. Han construido infinidad de edificios tan imaginativos como inútiles. Desde nuestra perspectiva extraterrestre, cada obra de arte producida por ellos, ya sea seria o trágica, nos parece brotar de un mismo principio típico de ellos: la risa. La risa es la verdadera raíz de las artes. Sin risas, todas esas mentiras que cuentan los humanos habrían terminado por pudrirse. Los artistas han descubierto que las risas son un conservante de las mentiras.

»Las mentiras asociadas a la vida humana, la falsificación, las traiciones, la desconfianza, han fortalecido a los artistas en su convicción de que toda realidad puede ser sustituida por mentiras. Los artistas se han dado cuenta de que todas esas mentiras humanas consideradas verdad se pudren con suma facilidad, como el pescado. En su búsqueda de un material que pudiera prevenir semejante decadencia, encontraron un cemento perfecto llamado risa. Pero lo cierto es que ese principio innato en los humanos es algo que aprendieron de la naturaleza.

»Estoy convencido de que la primera vez que los humanos se rieron fue al contemplar al sol de la mañana separarse de las cumbres de una cadena montañosa y al hacerlo modificar el color de las laderas de esas mismas montañas. Porque no hay ninguna lógica en la forma en la que el vacío del universo deleita al ojo humano con sus delicadas gradaciones de color. Es extraño y es gracioso. Cada vez que la nada se revela de esa forma un tanto payasa, ellos se ríen. Observan una suave brisa cruzar las planicies y erizar la lana de las ovejas y se ríen. Se ríen porque ese incidente banal en el gran océano de la nada es una broma. Solo cuando se ríen sienten como si esa nada no existiese en realidad. Convengamos que eso ha sido lo que les ha curado de la nada.

»En poco tiempo empezaron a cultivar las semillas de la risa con sus propias manos. Sin embargo, detrás de la risa siempre se extendía la sombra de la nada. Sin esa nada, el teatro de la risa humana habría quedado incompleto. Sobre el escenario de ese teatro siempre cruzaba un personaje importante pero invisible cuyo papel era el de ser expulsado de allí por las risas.

»... En fin, creo que he expuesto a vista de pájaro mi visión de la vida humana, su historia. No tengo nada más que añadir. Los humanos son muy capaces de crear hermosos paisajes. ¿No sería una lástima que desaparecieran del universo?

—No ha terminado usted —ladró el empleado de banca Kurita como si quisiera morderle—. ¿Qué pasa con el amor, con el matrimonio?

—Sobre amor y matrimonio ya está todo dicho en la lápida funeraria. Mienten, llegan tarde a sus citas, hacen ofrendas florales, cuidan de pájaros en jaulas durante toda su vida y se ríen antes de morir.

—Entonces, ¿la economía?

—Llegan tarde a sus citas. Esa frase afecta a todo lo relativo a los beneficios y a las

obligaciones.

Los tres de Sendai cruzaron sus miradas y guardaron silencio, gracias a lo cual Jūichirō recuperó el coraje.

—No estoy diciendo que deban respetar a los humanos o considerarlos algo importante. La cultura que dejan tras de sí es un asunto de tercera categoría visto desde la perspectiva del universo. Y si su sistema económico resulta primitivo, entonces sus diferentes sistemas políticos se encuentran entre lo peor del espacio. A pesar de todo, si los salvamos, en algún momento aportarán un beneficio para el universo.

—¡Bobadas! —exclamó Haguro con el gesto torcido—. ¿Qué pasaría si no extirpásemos ese tumor mientras aún estamos a tiempo? Ya han logrado vencer la fuerza de la gravedad y han salido del planeta. Se está criando el huevo de la serpiente.

»En el mundo antiguo, una única persona era capaz de acumular en sí misma una enorme cantidad de maldad y expresarla tanto bajo la forma del placer como del sufrimiento. Eso le procuraba la aclamación pública. El pueblo recibía su parte, por supuesto. En el Coliseo romano más de diez mil personas recibían la parte que les correspondía del placer que emanaba de la autoridad y participaban sin ambages de ese mal. Asistir al espectáculo de la muerte sangrienta de un ser humano podía ser un placer para algunos y un sufrimiento insoportable para otros, pero en ambos casos era una liberación esencial de la vida misma. ¿Qué ocurre hoy en día? Cuando se arrojaron las bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki, ¿quién de entre los humanos quedó colmado de placer o de sufrimiento? ¿Quién resultó liberado? Nadie.

»En cambio, los desgraciados verdugos de tiempos remotos tienen ahora trabajos a tiempo completo para procurarse el sustento. Los verdugos se han convertido en patéticos hombres casados que dejan su sufrimiento, su placer y responsabilidad en manos de gente poderosa. Como miserables cabezas de familia, su número se multiplica hasta el infinito hoy en día y se les puede encontrar en cualquiera de las múltiples oficinas que inundan el mundo. Dada la mecanización e industrialización del mal, era inevitable que sucediera algo así. Los humanos se han convertido en una raza de asalariados de cuello blanco y ya no les hace falta tener los brazos fornidos cubiertos de pelo como les sucedía a los herreros. Simultáneamente, la producción masiva de todo tipo de productos se ha simplificado hasta convertir la totalidad del proceso en algo simple, rápido, funcional, mientras que los esmerados ornamentos y sofisticados diseños de los maestros artesanos ya no significan nada ni se necesitan en ninguna circunstancia. ¿Qué diferencia hay en realidad entre Auschwitz, una fábrica de conservas o una industria química?

»El mal se ha convertido en algo tan abstracto que prácticamente nunca implica la visión de la sangre y se presenta empaquetado de un modo perfectamente higiénico. A cambio, nadie puede participar del todo en él. Eso es cierto incluso para quienes ostentan el poder. La gente que se entrega al mal y los garantes de ese mal han dejado de existir. Lo que me resulta más interesante de este estado de cosas es que no difiere en nada de esos agujeros de viento en los humanos de lo que usted ha hablado, esos que dominan incluso a un soberano.

»En el Coliseo de Roma se daban cita tal cantidad de males y de tan diferentes categorías que casi se podían pesar en una balanza. Sin embargo, en la actualidad se trata de algo escaso. A cambio, no está limitado a un lugar específico como el Coliseo y se extiende por todo el mundo infiltrándose de un modo insidioso en el corazón de las personas. Los seres humanos viven ahora en una sociedad de verdugos pacíficos, caseros, aficionados al bricolaje los domingos. Hablan de

fertilizantes, de cortadoras de césped y el único tabú en su conversación es el trabajo por el que les pagan.

»El placer y el sufrimiento provocados por el mal agitaron durante mucho tiempo los corazones humanos, pero ahora se ha infiltrado en sus existencias como el rescoldo humeante de un fuego sin apagar. Lo que mejor define a la sociedad humana contemporánea, más que a ninguna otra en la historia, es que se trata de una «sociedad sedienta de sangre». La sociedad de nuestro tiempo tiene más sed de sangre que la del terrible imperio de Genghis Khan. Pero mientras la gente se aferra a un mal sin límites, nadie participa verdaderamente de él y por eso no ofrece un sentimiento de liberación. Los domingos por la tarde, un hombre lleva a su familia a un concierto en el parque aun cuando le atormenta la sed de sangre.

»Es esta la sociedad menos natural de toda la historia. Solo con un pequeño esfuerzo de la imaginación cualquiera será capaz de comprender qué clase de impulso puede llevar a alguien a cometer actos inesperados. Una forma de describir el sufrimiento humano en nuestros días es, precisamente, el sufrimiento provocado por todas esas muertes sin sentido causadas por una versión superficial, aterradora y universal del mal. No liberar lo antes posible a la gente de ese padecimiento a través de la eutanasia será una negligencia por nuestra parte, la renuncia a cumplir con nuestro deber. Es obvio, debemos actuar.

Jūichirō le interrumpió.

—Los extraterrestres no debemos dejarnos engañar por los delirios del progreso humano. Yo mismo tengo muchos recelos hacia ese sueño humano sin fundamento. Pero ese espejismo no es una característica esencial de la humanidad. Yo sé hacia dónde se dirigen sus naves espaciales. Parece como si se lanzasen entusiasmados a la oscuridad del futuro del universo, pero, en realidad, retroceden a los abismos de la memoria del pasado que ya han olvidado. No solo se trata de una aventura a la búsqueda de una experiencia desconocida para ellos, sino también el resurgimiento de las oscuras e insondables experiencias primordiales. Para la conciencia humana, el universo tiene una doble estructura: la primera, el lugar al que deberían llegar y, la segunda, el lugar al que deberían regresar. Es algo parecido a lo que les sucede a los hombres con su atracción por las mujeres: pueden caer seducidos por una en concreto, pero no dejan de ver en ella un reflejo maternal.

»Es inevitable que cada paso hacia delante de los humanos implique un paso hacia atrás. Por tanto, jamás llegarán a ningún sitio ni tampoco regresarán a ninguna parte. Pero ese es su universo. No debemos temer nada en ese sentido ni preocuparnos por el daño que puedan hacernos. Deberíamos tener claro este aspecto.

»Ha llegado el momento de decirlo alto y claro. Mi misión es salvarles, de manera que, digan lo que digan los demás, debo limitarme a cumplir en silencio con ese objetivo. Yo les ofrezco visiones de la destrucción total y hasta me he hartado de ellas. Necesito convencer a la humanidad de que detenga de una vez por todas cualquier tipo de ensayo nuclear, de que abandonen para siempre esas armas. Necesito que comprendan la razón por la cual los platillos volantes visitan la Tierra. Después de conocerlos a ustedes he comprendido que las sombras siniestras que deja este siglo en la historia del planeta deben mucho a las actividades de sus camaradas de la constelación del Cisne. Veo con claridad meridiana cómo la maligna influencia de su constelación impide que la Tierra renazca como una hermosa estrella.

»Los de su especie se han entremezclado desde comienzos de este siglo con políticos,

filósofos y famosos artistas con el objetivo de preparar cuidadosamente la situación en la que nos encontramos hoy en día. Hay muchas señales de ello ahora que lo pienso y me doy cuenta de que quizás soy un recién llegado, pero déjenme advertirles que no es demasiado tarde.

»Se han inmiscuido ustedes en las pasiones más honestas de los humanos. Han carcomido poco a poco lo que en la Tierra había de rectitud hasta reducirlo a una máscara o, mejor dicho, al esqueleto muerto de esa máscara. Ahora mismo llega a mis oídos con toda claridad el ruido de sus camaradas mordisqueando la estructura de madera que lo sostiene todo, como si fueran termitas. En realidad, ese ruido se escucha desde hace mucho tiempo y los insensatos humanos lo han confundido con un problema de audición.

—Sin duda, sus palabras constituyen un ataque en toda regla, ¿no es cierto? —intervino el barbero en un tono abiertamente hostil y sin quitar ojo del pecho delgado de Jūichirō cubierto por su quimono de color ferroso, como si calculase el precio de esa prenda tan elegante que él llevaba como si solo se tratara de ropa corriente—. Profesor Haguro —continuó—, ¿no le importa que este tipo diga semejantes cosas? ¿Cómo puede llamarme termita? ¿Cómo puede decir algo así a un honesto barbero entregado a su trabajo? ¿No le parece a usted que un tipo que se dedica a engatusar incautos con sus funestos oráculos, a malversar el dinero de los pobres es, precisamente, quien merece ser considerado una termita?

El profesor asistente dedicó una mirada comprensiva a su amigo antes de clavar una vez más sus ojos en Jūichirō, quien, agotado por la conversación, se había recostado en el respaldo de la silla con un profundo suspiro sin dejar de agitar sus hombros.

—Le he perdido todo el respeto. A partir de este instante ya no me siento obligado a tratarle de usted y guardar la debida cortesía. Me importa un bledo si tu misión es salvar a los humanos o no, porque lo cierto es que ya los tenemos atrapados en nuestras manos.

»Precisamente porque nos inflama el amor por ellos pensamos en la forma más amable de acabar con todo. Pero ya está clara tu astucia. Eres un despreciable trilero, un fraude que, en realidad, los mira por encima del hombro mientras recurre a elegantes palabras de elogio. No soporto la peste de la hipocresía humana mientras frunces el ceño angustiado, pones pose de intelectual y no dejas de parlotear con la boca pequeña sobre tus denodados esfuerzos por salvar al mundo. Eso por no mencionar tus cantinfladas sobre política, tus cálculos subrepticios sobre qué decir o no decir para que no influya en tu cuenta de resultados. Te dedicas a esparcir por aquí y por allá términos en desuso entre los humanos como “paz” y “libertad”, sazónándolos con un condimento espacial para darles una apariencia de novedad y vendes tu mercancía a un precio desorbitado, como un chamarilero cualquiera. En resumen, estás utilizando tu propio y oscuro método para acabar con todo. Es evidente que eres un mercachifle que comercia con la “exterminación”, un truhan del espacio llegado a la Tierra con la única intención de hacer negocio.

»Lo más irónico de todo es que somos los de nuestra especie quienes planeamos hacer entender a los humanos que las armas nucleares constituyen el sumun de su conocimiento y estimular con ello su orgullo. En ese caso, ¿por qué te interpones en nuestro camino? Sin duda, hacerles creer eso habría sido la forma más sofisticada de ofrecerles un consuelo. Habría venido a demostrar que existe algo verdaderamente precioso en su malhadada historia y en su cultura. Podría ocurrir simplemente que han desarrollado sentimientos ambiguos respecto al valor de esa historia y de esa cultura que han ido creando a lo largo de miles de años, y la razón por la que

han inventado esas armas capaces de destruirlo todo ha sido la de redimir ese valor, liberarlo de su decadencia para consolarse a sí mismos. ¿Qué derecho tienes de privarles de ese inmenso consuelo?

»Con tu inteligencia, los únicos aliados que vas a encontrar entre los humanos son mujeres irracionales e histéricas. Aun en el caso de que los humanos tuvieran virtudes de las que ni siquiera son conscientes y nos tomáramos la molestia de mostrárselas, ni siquiera íbamos a recibir de su parte una palabra de agradecimiento. Basta con alabar los defectos que reconocen por sí mismos. Esa es la verdadera salvación. Al salvarles tal cual son a buen seguro llegarán alegremente a la conclusión de la eutanasia. Lo único que tienes que hacer es aplaudir sus vicios, aceptar cada uno de sus deplorables actos delincuentes, liberarles de todo tipo de precepto religioso, permitir que hagan la primera cosa que se les pase por la cabeza. Eso les proporcionará una libertad ilimitada durante varios meses. Después de eso, créeme, implorarán por la extinción total. El vicio exige una dosis de creatividad enorme si lo comparas con lo que exige la virtud. Su creatividad, por tanto, se marchitará pronto en una situación de libertad perfecta y llegado ese punto solo se les ocurrirá la idea de la destrucción total del mundo. Puedes estar seguro de ello. Llegado el caso, nuestra voluntad de destruirles y la suya de ser destruidos coincidirán por fin, encajarán como una pareja de novios acoplándose en el acto sexual. Estaremos en disposición de acabar con ellos dándoles a entender que la extinción es resultado de su creatividad y durante sus últimos estertores, lo que saldrá de sus gargantas será mi nombre como muestra de agradecimiento. El tuyo lo habrán olvidado mucho tiempo atrás. Sabes que tengo razón en lo que digo. Yo me convertiré en su último y definitivo dios, pero yo no demando un reino de la eternidad como ese Dios suyo. A mí me bastarán unos cuantos meses. Después de todo, no tiene mucho sentido jugar a ser dios cuando todo el mundo ha muerto.

»La libertad que yo vendo no es como esa falsificación que te empeñas en colocar. Si tú eres un simple mercader del exterminio, yo soy, sin duda, el dios de ese exterminio.

—¡Qué horribles son los humanos! ¡Qué horribles! —repitió el joven empleado de banca como si estuviera poseído—. ¿Por qué debemos permitir que continúe esa fealdad? Los horribles dinosaurios y los pterodáctilos se extinguieron sin dejar ni rastro, pero los humanos aún prosperan exponiendo la fealdad en todo su descaro. Si desaparecen todos de la faz de la Tierra y su superficie se tapiza de flores, el planeta se convertirá en un lugar de ensueño.

—¿Qué has querido decir antes con eso de termitas? ¡Es una ofensa imperdonable! —protestó de nuevo el barbero rechoncho en cuanto tuvo la oportunidad con sus ojos furiosos clavados en Jūichirō—. Lo que dices proviene, en esencia, de un prejuicio contra la felicidad familiar. Por eso hablas de cosas raras como que el cuerpo de los seres humanos tiene no sé qué agujeros de viento. He estado callado todo este tiempo escuchando lo que decías. Para ti el enamoramiento y el matrimonio equivalen a mentiras. Llegar tarde a la hora comprometida, arreglar unas flores, criar un pajarito en una jaula y reírse antes de morir... Pues mi mujer es humana y jamás ha llegado tarde a ninguno de sus compromisos y aunque la consideres un pajarito, entra por su propio pie en la jaula y allí está muy contenta. Es porque la he educado con toda la firmeza y el criterio de los extraterrestres. Si he podido establecer la felicidad familiar ha sido gracias al látigo del amor. Cuando todo termine en este planeta los llevaré conmigo a mi mundo originario. Por el contrario, tu familia debe ser tan fría como el hielo, como pasa siempre con las de los ricos y famosos. Seguro que embarazaste a una mujer de la Tierra para que diera a luz a una belleza

como tu hija y seguro que ahora vives con ella amancebado. No es normal esa mirada tan seductora cuando nos ha servido el té hace un rato.

—¿Cómo? ¿Qué acabas de decir? ¡Atrévete a decirlo de nuevo!

Jūichirō estalló llevado por la furia. Quiso saltar de la silla con los puños apretados, pero bastó un empujoncito de la mano descomunal del empleado de banca para devolverle a su sitio con todo el patetismo. Los tres de Sendai se miraron y se rieron en voz baja incapaces de contener la risa.

—¡Ja, ja, ja! Un extraterrestre inútil forcejeando por el honor de los terrestres para terminar humillado a la primera de cambio —dijo Haguro esforzándose por destacar la parte ridícula y chistosa de aquello.

Pero de igual manera que ninguno de sus estudiantes se había reído nunca de una sola de sus bromas, su comentario tampoco produjo efecto alguno en sus acompañantes.

—No tenemos tiempo —continuó al darse cuenta y sentirse obligado a cambiar de asunto— de aguantar esa cháchara tuya sobre la salvación de la vida en el mundo. Jamás hubiera pensado que iba a dedicar tanto tiempo a escuchar semejante cosa.

—Piense usted lo que piense —dijo Jūichirō haciendo un esfuerzo por recuperar la calma a pesar de respirar con dificultad—, el tiempo que transcurre para nosotros es, sin duda, un *tiempo humano*. Ya hablemos de la salvación o de la destrucción, el futuro está más allá de un muro de acero y al otro lado es donde transcurre un tiempo puro y sin adulterar. Es un tiempo manejable, flexible, moldeable con relación a cualquier decisión que esté por llegar y, aun así, es completamente natural. Es el tiempo de los humanos. Sus existencias son como las olas que se forman a cada instante y se rompen después. Aunque pudiéramos extinguir a los humanos del futuro, ¿cómo íbamos a hacerlo con los del presente? Aunque sean capaces ustedes de hacer desaparecer hasta el último cuerpo de la Tierra, su tiempo permanecerá para siempre. Nosotros mismos lo sabemos al haberlo experimentado durante nuestra estancia entre ellos.

—Vuelves a escudarte en ellos. Cada vez que las cosas se ponen feas haces lo mismo. Eres de una naturaleza anfibia verdaderamente repugnante. ¿Qué pasa entonces con ese «embelesamiento» que tanto te esfuerzas por ofrecer a los humanos? Eso sí es la suspensión de su tiempo, me parece a mí, la negación total del presente.

—¿De verdad tiene una opinión tan pobre sobre lo que están viviendo en este momento? Yo he venido a la Tierra para advertirles, para aconsejarles que no nieguen el presente, para que no infravaloren su tiempo, para que no se olviden de ese precioso tesoro que poseen, para que no se dejen atrapar por el pasado o por el futuro y para que se dejen seducir por otra forma no humana del tiempo. Pero yo mismo he descubierto en su tiempo una fuente rica e inextinguible. Es cierto que aún no conocen el «embelesamiento» que he venido a ofrecerles. Sin embargo, en su presente veo escondidos algunos brotes de eso.

—Tú y tus vanas y lamentables palabras sin sentido. ¿Qué diferencia hay entre esas estúpidas esperanzas tuyas y las fabulaciones concebidas por esos lívidos intelectuales terrestres en sus despachos? ¿Qué diferencia hay entre tú y esos que parten de premisas inexistentes para rellenar interminables tesis plagadas de ideas fofas expresadas en un lenguaje esotérico? Esos tipos empiezan a pensar de sí mismos en determinado momento que se han convertido en grandes personajes, caen en la ilusión de que en sus plumas estilográficas se concentran todos los problemas del mundo y se nombran a sí mismos miembros de diversos comités para ganar un

buen dinero con sus engaños. ¿En qué te diferencias tú de ellos? En la destrucción como mínimo hay una lógica, pero en la salvación solo existe la lógica del deseo. Tú mismo debes admitir en tu interior que el deseo no puede rivalizar con la verdad. Es una de las reglas de oro del mundo de los humanos.

—Admito que el juicio no puede rivalizar con la locura —dijo Jūichirō—. Sin embargo, también es cierto que el pesimismo, es decir, el argumento de que la aspiración es derrotada por la verdad y la razón por la locura, no nace de la lógica del universo. No es nada más que la simple y lógica realidad creada por ustedes para servir a sus propios intereses.

Kurita lo miró con los puños apretados, la mirada furiosa, henchido de rabia por el hecho de enfrentarse a un optimismo incurable. «¿Por qué no admite este tipejo el supremo valor del exterminio? —se preguntó a sí mismo—. ¿Por qué se levanta una y otra vez como un tentetieso cada vez que le derriba la desesperación...?».

Obviamente, Jūichirō había debilitado las ideas preconcebidas sobre la extinción de Kurita para cegarle de ira. El joven empleado de banca chasqueó los dedos en un gesto amenazador y dijo:

—Lo que tú pretendes es salvar a los humanos sin que sientan ni tan siquiera la necesidad de cambiar. ¿Por qué no te esfuerzas un poco en depurar a todos esos sacos de mierda? De seguir así, aún si alcanzases tus objetivos de unidad y paz, lo más probable es que todo vuelva a la misma casilla de salida.

Te opones al progreso de la industrialización del mal. Te opones a la matanza provocada por las armas nucleares. ¿Por qué no das un paso adelante entonces y añades un nuevo artículo a tu programa de pacificación? *Que vuelva el mal de los tiempos antiguos y que vuelva también el deseo de ejecutar asesinatos en masa.* Solo el deseo de asesinar puede purificar a la humanidad. Solo la sangre eliminará la pestilencia humana.

»¿Y si nos olvidamos de matanzas colectivas? Podemos revestir los rituales de la muerte de maneras complejas, podemos enfrentarlos unos contra otros individualmente, poco a poco, siempre con el debido respeto. Se matarán sin piedad y temblarán de placer mientras asisten al espectáculo del sufrimiento ajeno.

—Tienes razón —dijo el barbero—. Para eso lo mejor son las cuchillas esterilizadas.

Se notaba que estaba agradecido por la ayuda que su compañero le había prestado un rato antes.

—Una cuchilla, una navaja, lo que sea —continuó Kurita—. Cualquier cosa servirá. Y todas las ejecuciones serán públicas. Retomaremos la vieja costumbre de usar carros tirados por bueyes para desmembrar al reo, el brillante e ingenioso invento chino de «la muerte de los mil cortes», las hogueras, la crucifixión... Allí donde haya humanos habrá asesinatos en las calles, en los dormitorios, en las cocinas...

—Esperar a que los humanos se maten entre ellos llevará demasiado tiempo —reprendió con calma el profesor asociado—. Aunque esa clase de días sangrientos son los que de verdad le gustan al señor Ōsugi. Después de todo se trata del tiempo de los humanos. Pero os empeñáis demasiado en la sangre. El problema del derramamiento de sangre es que, paradójicamente, insufla una cierta frescura a la vida humana, crea una ilusión de resurrección. Cuando los humanos ven sangre tienden a emborracharse con la imagen de la vida, a creer que recuperan su fuerza a través de quienes mueren. Si los humanos redescubren la vida en esa clase de días

sangrientos que parecís anhelar tendremos verdaderos problemas.

»Lo que necesitamos es una apisonadora que lo nivele todo, que no admita discusión. No estoy pensando en torturas. No me gustan, porque comportan un gran peligro: un sufrimiento tan prolongado y enloquecedor termina por despertar hasta en el más rastrero de los seres humanos la conciencia, el respeto hacia sí mismo. Lo que nos hace falta es un único golpe mortal que no deje rastro de sufrimiento. Una Pompeya a escala mundial. Se acerca la guerra. Por primera vez los humanos se enfrentarán a un cataclismo definitivo.

—A los humanos... yo solo... quería... —balbuceó Jūichirō.

—¿Salvarles? En tal caso, por qué no te concentras en salvar la pequeña ciudad de Hanno. No te preocupes de esos seguidores tuyos medio locos. Ocúpate también de la policía local, del oficial de orden público, de la dueña del bazar. Todos sospechan de ti, lo sabes. Ahora mismo eres el hombre más famoso de la ciudad, pero no te creas que les gustas a todos. Hay muchos que no soportan tu altivez. Al venir hemos preguntado a una chica por la dirección de tu casa y nos ha mandado con un gesto frío.

—Yo no pretendo salvar a nadie para que me lo agradezca.

—En ese caso te entrometes sin ninguna necesidad. Escúchame. Al contrario de lo que sucede conmigo, para conseguir lo que tú te propones necesitas el consentimiento de otra persona. Dejemos los agradecimientos de lado. Para salvar a alguien necesitas, como mínimo, a alguien que quiera ser salvado. Mi plan, por el contrario, es mucho más claro. No requiere consentimiento ni contrato. Yo hablo de extinción. De una extinción ineludible... Todas esas palabras inútiles que tanto repites, como paz, unidad y armonía, son, por sí mismas, un reconocimiento de la dificultad de llevar tu plan a buen término. ¿Me equivoco? Para lograr la salvación que propones, primero hace falta la paz y, para obtener la paz, antes debes conseguir la unidad. Son pasos imprescindibles e imposibles de obtener. Es un «consentimiento» que está más allá de tu alcance. La mayor parte de las personas que desean salvarse o están medio locas o enfermas, porque una persona decente no desea tal cosa. Jamás se unirán a la causa de la supervivencia de la humanidad. Una persona decente llena de vitalidad, con apetito, con deseo sexual, ni siquiera tiene la intención de mover un dedo para salvar a nadie, como para pensar en «la totalidad de la humanidad».

—Así es como han funcionado las cosas hasta ahora —dijo Jūichirō—. Ahí radica el fracaso de todas las religiones que han existido, pero mi idea de la salvación no implica ninguna clase de sentimiento religioso, tan solo la voluntad de vivir. Nada más.

—Eres un necio. Eres como una tortuga que esconde la cabeza dentro del caparazón. No te molestas en ver lo que se puede ver ni en escuchar lo que se puede escuchar. Al pensar de ese modo cometes dos graves equivocaciones. En primer lugar, para cualquier tipo de salvación debe existir la amenaza de un final, pero no todas las amenazas tienen la capacidad de vencer al optimismo irredento de los humanos. En ese sentido, da igual si se trata del infierno, de la guerra nuclear o de la ruina espiritual o física. Nadie cree de verdad en el fin hasta que no lo tiene delante de las narices.

»En segundo lugar, los humanos no tienen esa voluntad de vivir de la que hablas. En ellos se da una conexión sumamente débil entre esa falta de voluntad y el optimismo. “Ay, me quiero morir, pero al final no voy a morirme”. Es la letanía cotidiana de todos y cada uno de los humanos sanos y la repiten sin cesar allá donde estén, ya sea en el trabajo, junto al torno de una

fábrica, a la sombra de una camisa blanca tendida al sol, en los trenes abarrotados o en los callejones inundados de charcos.

»¿Cómo vas a salvar a esa gente? Son como una pelota resbaladiza y nunca vas a poder atraparlos con tus frágiles manos.

—Yo no critico sus espíritus satisfechos de sí mismos —insistió Jūichirō—. Creo que eso les ofrece una hermosa visión de su propio mundo. Les dejaremos tal cual están en ese estado. La diferencia entre nosotros es que usted tiene la intención de dejar que se extingan sin avisarles siquiera. Yo tampoco tengo intención de avisarles, pero sí de salvarles. Lo cierto es que esas personas tan inconscientes como satisfechas de sí mismas son presa fácil tanto para usted como para mí. Cada vez que me encuentro con uno de ellos tengo la tentación casi infantil de probar mis habilidades, ya se trate de él o ella. Me gustaría llevarlos mientras duermen a ese momento de paz y unidad tal cual están en sus camitas y me hago la ilusión de que cuando despierten tal vez se conviertan en los ciudadanos ideales de un reino nuevo.

—¿Ciudadanos ideales? No son más que veneno y tú lo sabes. Como mucho crean una mala caricatura de lo que tú llamas armonía universal, unidad, pero solo es, en realidad, el retrato de su satisfacción. El resultado de ello es que tanto el genio como el heroísmo quedan definidos por su mediocridad y así las masas de imbéciles salen victoriosas una vez más. ¿Eso es de verdad lo que quieres? En tal caso, te basta y te sobra con el mundo actual.

—No —se revolvió Jūichirō—. Hay una gran diferencia entre la abstrusa paz que mora en alturas vertiginosas y esa otra clara que habita en los valles. Mi tarea es recuperar todos los elementos útiles para la paz de los seres humanos sin dejarme uno solo, ya se trate de piedras preciosas o de deshechos.

—Es decir, no te importa la calidad. ¿No tienes un pueblo elegido en mente? Me parece bien. Después de todo, tu movimiento está pensado para las televisiones. Adulas a las masas y te dan limosna a cambio. Al menos esa triste cara tuya se vende bien en la televisión.

—Eso es, intenta hacerte lo más famoso posible —dijo el barbero como si expulsara pestes por la boca—. Trata de pasarlo bien antes de la extinción total. Hazte famoso a pesar de tu edad, firma autógrafos o escribe poemas conmemorativos. Ven a verme a la barbería y yo mismo te haré uno de esos agujeros de viento en la garganta con mi cuchilla.

El hombrecillo rechoncho se puso a dar palmas y con su voz atiplada entonó una canción de moda:

—¡¡Ay, las encantadoras calaveras, sí, sí, las encantadoras calaveras!! Lo digo así porque te quiero, *pretty little skeleton*... ¡¡Los buitres cantan canciones de amor, *pretty little skeleton*, mi preciosa calavera!!

Parodiaba a su manera una canción cuya letra había publicado *Holiday Songs*, una revista que su hija no soltaba de las manos ni cuando comía. A Haguro también le gustó.

—¡Hay que acabar con los humanos lo antes posible! —insistió el empleado de banca con los orificios nasales abiertos de un modo indecente—. Nada más nacer se revuelcan en su propia mierda, en su orín. Cuando se hacen mayores solo les atrae el olor de las mujeres. Sus bocas solo sirven para comer y para beber con ansia, para pronunciar palabras vulgares o para lamer lugares ocultos. Envejecen y vuelven a revolcarse en la mierda, en el orín. ¡Qué existencia más repugnante! Deberían extinguirse lo antes posible. Lo único que hacen es alimentar la envidia, las calumnias. Cada minuto de su vida es solo una mentira. Esa raza debería desaparecer lo antes

posible. No son más que gusanos llenos de vísceras asquerosas. ¡No lo soporto más! ¡Que se extingan, que desaparezcan!

—A qué demonios se dedica el Departamento de Sanidad de la ciudad de Tokio si se puede saber —le interrumpió el barbero dejándose llevar por la euforia—. Si se trata de sanidad pública, ¿por qué no arrojan a todos los habitantes de Tokio a la bahía? De ese modo, por mucho que se tratase solo de Tokio, se convertiría en el mejor ejemplo para todo el mundo de una ciudad perfectamente higiénica. No hay mayor enemigo para la higiene que los humanos. ¿No le parece, profesor Haguro?

—En muchas ocasiones, los humanos han pensado que habían llegado al punto final —intervino él en un tono solemne—. Ha ocurrido muchas veces, casi obstinadamente. Desde los inicios de la historia humana han llegado varios finales que nunca se han materializado, pero en esta ocasión es verdad, va a ocurrir, porque todo lo que podíamos considerar humano ha muerto. Han perdido la capacidad de hablar. Los presagios de la muerte invaden el mundo. Los ropajes de sus ideas se han podrido y ahora se enfrentan a la frialdad del espacio desnudo.

»Con tus manos impotentes no puedes calentar esos cuerpos que están ya a punto de enfriarse. Lo único que puede hacerles entrar en calor son las bombas nucleares. Los dioses han muerto. El espíritu ha muerto. Las ideas también. Solo quedan los cuerpos, pero son solo esqueletos con forma de cuerpos humanos. Padecen el sufrimiento de la muerte sin síntomas, sin dolor, sin notar nada, tan solo como si se tratase de un crepúsculo.

»El fin llegará con toda la naturalidad, como llega la noche. Los ataúdes están listos. Todo el mundo encontrará su mortaja preparada cuando llegue el momento.

»El olor a cadáver se extiende por todos los rincones del planeta y los únicos que no lo perciben son los propios humanos. La guerra nuclear no va a provocar tanto alboroto como pensamos. Como mucho será el ruido minúsculo de una llave que cierra una puerta por fuera para no volver a abrirse nunca más.

»El planeta desolado seguirá quemándose con los restos de las bombas nucleares durante un tiempo. Las montañas arderán hasta que todos los árboles de toda la Tierra se conviertan en ceniza y durante ese tiempo, vista desde el espacio, tal vez resplandezca como la estrella más hermosa.

»Eso es exactamente lo que deseas. El planeta se convertirá en una pequeña lámpara de papel en un festival prendida durante toda la noche. Será la primera y única vez que ofrezca un espectáculo tan poético. Justo lo que deseas. La Tierra se convertirá en la estrella más hermosa. ¿De qué puedes quejarte?

—¿De qué puedes quejarte? —repitieron Kurita y Sone al unísono sin apartar los ojos de un Jūichirō, turbado en sus propios pensamientos.

—La humanidad está acabada.

—La salvación no llegará nunca.

Los tres iniciaron un monótono y deprimente ataque dirigido al cabizbajo Jūichirō como si fueran una bandada de gaviotas defecando a su paso.

—El destino de los humanos ya está decidido. Tú deberías saberlo. De hecho, lo sabes y te escondes.

—Eres un fraude, un saqueador a la espera de su oportunidad.

—Un parásito de los humanos, una desgracia del universo.

—¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Imbécil!

—La paz llegó anteayer. Llegas tarde a la cita.

—No hacen falta funerales. Ese negocio ya no funciona, porque el mundo entero se va a convertir en un funeral.

—¡Toca la trompeta y te seguirá tu ejército de la paz! Te despellejarán para usar tu piel como bandera y tu odiosa cara resplandecerá en el centro.

—Deberías desaparecer lo antes posible, antes de que te quemes las manos.

—¡Viva la humanidad desaparecida!

—Desaparecerán los bebés, desaparecerán los columpios. Los campos de béisbol se convertirán en pantanos y los parlamentos en arenales. ¡Niños desaparecidos, ahora sí podéis jugar donde queráis!

—El olor a cadáver se diluirá para dar paso a un aire fresco cargado de radioactividad. El cielo lucirá siempre transparente y las estrellas serán visibles desde cualquier parte. Las piedras abrasadas serán los nuevos bancos donde podrán sentarse los novios desaparecidos.

—La dulce fragancia de la radioactividad.

—Impregnará las médulas como si fueran un bello poema.

—¡Larga vida a la radioactividad!

—Ahora que lo pienso, todo lo que hicieron los nazis fue solo un pequeño ensayo. Décadas después el planeta entero se ha convertido en un campo de concentración. ¿Dónde pretendes liberarlos?

—¡Eres un ser despreciable, un marciano eunuco!

—¡Es el fin!

—Se acabó todo, la historia, la filosofía, los bancos, las universidades...

—Vacaciones de verano eternas a partir de este momento.

—¡Qué bella es la radioactividad!

—¡Larga vida a la radioactividad!

—¡Tú y tus orejas malhechas, tus ojos nublados, tus brazos sin fuerza! Solo eres un mendigo del universo.

—¡Muérete! ¡Desaparece con el resto del planeta!

—Es lo que te mereces, extinguirte. Solo eres un traidor del espacio.

—Ya se acerca el amanecer con el sonido de los tambores de la destrucción. Despidámonos y observemos el viaje a la nada de los seres humanos cargados con sus pertrechos.

—A partir de mañana ya no habrá más pasta de dientes por la mañana, trenes para ir al trabajo, teléfonos sonando, trajes baratos, salones de *pachinko* con sus ruidosas tragaperras.

—La bolsa de valores será solo un puñado de cenizas; el mundo, un lugar plano como una pista de tenis.

—Los humanos van a desaparecer, seguro. Seguro... Seguro...

—La humanidad se va a extinguir...

*

Iyoko y Akiko se sobresaltaron con el ruido de la puerta de entrada al abrirse bruscamente seguido del golpeteo en el suelo de unos zapatos, pero cuando se acercaron hasta allí los

invitados ya se habían marchado. A lo lejos oyeron el ruido del coche alejarse por las calles anchas de Hanno. La noche ya estaba avanzada.

Madre e hija deslizaron la puerta corredera del salón muy inquietas porque el dueño de la casa siempre ponía especial atención en despedir educadamente a sus invitados y acompañarlos hasta la puerta, fueran quienes fueran.

Estaba tirado sobre el tatami. Akiko se acercó a toda velocidad para levantarlo. Su padre se llevaba las manos al estómago y dijo para tranquilizarla que solo se sentía mal. Entre las dos mujeres lo levantaron y lo llevaron al sofá. Él ni siquiera tenía fuerza para arreglarse el kimono. Iyoko escrutó la cara de su marido bajo la luz de la lámpara. Se asustó al comprobar hasta qué punto se había consumido en unas pocas horas.

Incluso con la ayuda de su familia, a Jūichirō le costaba mucho mantenerse en pie. Finalmente aceptó ingresar en el mismo hospital donde Akiko había acudido a su consulta ginecológica. El diagnóstico no era definitivo hasta recibir el resultado de los análisis, les explicó el médico, pero lo más probable era que se tratase de una úlcera por lo que decidió ingresarle enseguida.

Kazuo acudió al hospital nada más recibir el aviso, pero se sintió incapaz de mirar a la cara al enfermo. Le avisaron de su empeoramiento tras la visita de los tres de Sendai y en el poco tiempo transcurrido desde la última vez que lo vio, en efecto, su aspecto se había demacrado considerablemente. Estaba muy delgado y la visión de sus escuálidas muñecas asomando por debajo de la manta le horrorizó. Se marchó enseguida con el pretexto de que estaba muy ocupado, a pesar de que Kuroki no le encargaba nada en los últimos tiempos. Lo cierto es que después de salir del hospital no supo qué hacer para matar el tiempo y se metió en un cine para ver tres películas seguidas sin ninguna gana.

Tras sucesivos análisis, le metieron en el quirófano para una intervención. Kazuo estuvo junto con su madre y su hermana mientras esperaban el resultado, aunque la operación concluyó en algo menos de media hora, cuando lo llevaron de vuelta a la habitación aún bajo los efectos de la anestesia. Mientras atravesaban el pasillo tras la camilla, uno de los médicos detuvo a Kazuo para pedirle fuego. Con el cigarrillo en la mano le preguntó si tenía la suficiente confianza en sí mismo como para poder oír lo que le iba a decir. Le pidió que no se lo comentara a nadie de su familia, mucho menos a su padre. Kazuo asintió. Se trataba de un cáncer de estómago en fase avanzada y, por tanto, imposible de operar. Esa era la razón de lo breve de la intervención. Lo habían cerrado nada más verlo. Según el doctor, apenas le quedaba tiempo de vida.

Kazuo no quiso ver a su madre y a su hermana tras enterarse de la noticia y decidió esperar hasta que el golpe que acababa de recibir se mitigara un poco. Salió a la terraza de la tercera planta y contempló el paisaje de la ciudad a principios de verano. No pudo contener las lágrimas.

Pensó en la tela blanca que cubría los ojos de su padre cuando le sacaron del quirófano, en su nariz mucho más prominente de lo normal. «Siempre ha sido una nariz absurda y sigue siéndolo —pensó—. Voy a hacer de esa nariz una auténtica tragedia. Después de todo es lo que andas buscando». El silencioso juramento que se había hecho frente a Kuroki terminó por materializarse mucho antes de lo esperado, pero no era así como lo había planeado. En algún momento, los hilos de sus deseos habían terminado por enredarse hasta llevarle a una situación desesperada. Quizás era eso lo que los humanos consideraban un pecado, pensó, y se dio cuenta de que era la primera vez que miraba tan profundo en las emociones humanas.

Era principios del mes de mayo. El día de la celebración de la fiesta de los niños estaba cerca y sobre los tejados de las casas volaban los *koi-nobori*, las banderas conmemorativas con forma de carpas de llamativos colores, con las ruedas que remataban los mástiles de donde colgaban girando sin parar bajo el sol. En condiciones normales, la visión feliz de esos peces al viento le

habría dejado frío, incluso habría despertado en él un antagonismo muy acentuado hacia los humanos, pero en ese momento sus sentimientos eran otros y su tristeza bailaba al ritmo de la misma melodía de las carpas multicolores en su pausado nadar en el cielo. La despiadada luz del sol pronunciaba las sombras de los altos edificios de la zona. Todo a su alrededor bailaba al compás de una danza suave y cíclica cargada de emoción. Cuando algún elemento del paisaje entraba en la zona de sombra, se convertía de inmediato en una nota de tristeza. Volvía a salir bajo el sol y se transformaba en una de esas coloridas carpas mecida al viento. Contemplar ese espectáculo le otorgó una mayor comprensión de los lazos que podrían llegar a mejorar el contacto entre humanos y extraterrestres.

Kazuo tenía muchas razones para sentirse abrumado por sus emociones. Se daba cuenta de la contradicción existente entre la muerte de su padre y la simple desintegración de un cuerpo circunstancialmente ocupado por una existencia de otro planeta. Se sentía traicionado por él como extraterrestre, pero le dolía su muerte como padre. Se daba cuenta de que sus incongruentes lágrimas solo eran la expresión parcial de lazos más profundos entre dos realidades distintas. Pensaba en todo ello y no pudo evitar un llanto aún más desconsolado mientras continuaba apoyado en la barandilla de la terraza.

No se dio cuenta de que su hermana estaba detrás de él. Cuando se dio media vuelta, sorprendido, ella pudo ver su cara inundada de lágrimas.

Akiko permaneció indiferente a las lágrimas de su hermano. Sus facciones perfectamente proporcionadas habían perdido la calidez de otros tiempos y, de nuevo, sus ojos almendrados y su boca bien delineada reflejaban ese desdén frío tan habitual en ella.

—Estás llorando... Entiendo. Es un cáncer, ¿verdad?

—No.

Negar lo estuvo tan fuera de lugar que hubiera sido preferible quedarse callado. Lo comprendió enseguida y trató de enmendarse.

—El médico me ha pedido que no os dijera nada ni a mamá ni a ti. Menos aún a él, por supuesto. No hay nada que hacer. No durará mucho.

—Está bien. A mamá no se le diremos. Estoy segura de que solo serviría para complicar aún más las cosas, para que actúe de la peor manera posible —dijo con el recuerdo en mente de cuando ella estuvo en ese mismo hospital la primavera pasada.

—Me alegro de que lo entiendas —dijo él aliviado solo hasta que cayó en la cuenta de que no había mencionado a su padre—. Tampoco se lo digas a él. Si lo haces tendremos un verdadero problema.

No hubo respuesta.

A Kazuo le pareció que su hermana sollozaba y se mordió la lengua durante un buen rato. Pero no escuchó ningún sollozo y cuando la miró de frente comprendió que no lloraba. El gesto en su cara le estremeció. Parecía contemplar cuanto ocurría en el mundo desde el otro lado de un cristal donde sus sentimientos se habían escarchado.

—¿Te acuerdas de lo que dijo mamá aquel amanecer en el monte Rakan el mes de noviembre del año pasado? «No somos humanos. Nunca debemos olvidarnos de eso».

—Pero nuestro padre tiene un cuerpo humano —protestó él permitiendo por primera vez que la tristeza tomase la forma de enfado—. Su enfermedad es humana, su dolor también. En tal caso, ¿por qué...?

La voz transparente de Akiko le cortó en seco.

—Su muerte no es la muerte de un humano. No debemos olvidarlo.

Sucedió un día cuando Jūichirō disfrutó de un periodo de calma después de que le quitaran los puntos. Iyoko estaba a cargo de la casa en Hanno y Akiko había dormido con él en el hospital. Los miembros de la Asociación para la Amistad Universal se ofrecían a cuidar de él para que pudieran descansar, pero el enfermo se negaba obstinadamente. A pesar de su negativa, sus seguidores se turnaban durante el día para recibir al menos a las visitas. Ese mismo día por la tarde, se presentaron tres antiguos compañeros del instituto: Satomi, el director del Departamento de Administración General de la compañía eléctrica Tozai; Maeda, director de Daynippon Rayon, y Otsu, el propietario de la tienda de quimonos de Ginza. Empezaron a alborotar con asuntos de trabajo, sobre la marcha de la economía del país, sin preocuparse en absoluto del enfermo, quien, agotado por la cháchara, se quedó dormido enseguida. Los visitantes, por su parte, no parecían tener intención de marcharse. Jūichirō se despertó de pronto como si hubiera tenido un espasmo y gritó:

—¿Habéis venido otra vez?

Sus ojos iracundos miraban al vacío como si allí hubiera algo terrible.

—¿Qué dices? —protestó uno de ellos—. ¿Cómo que otra vez? Estamos muy ocupados, ¿sabes? No te creas que es tan sencillo para nosotros dedicar tiempo a un enfermo que tampoco tiene nada del otro mundo.

—Has enfermado porque te tomas las cosas demasiado en serio. Cuando te recuperes, nosotros te daremos unas cuantas lecciones sobre cómo relajarte con alcohol y mujeres. Por cierto, no está tu mujer, ¿verdad?

En su duermevela, Jūichirō les había confundido con los tres de Sendai. Antes de marcharse se dirigieron a Akiko en un tono condescendiente:

—Señorita, hemos hecho todo lo posible para animarle. Pensábamos que actuar con naturalidad, como ruidosos estudiantes, animaría al enfermo. Las caras de funeral son el peor favor que se le puede hacer. Volveremos en otra ocasión. Cuídese usted e intente no cansarse demasiado.

Akiko los acompañó hasta el ascensor. Se empeñaron en saber más detalles de la clase de enfermedad que le aquejaba. Antes de subir al ascensor, el propietario de la tienda de quimonos miró furtivamente la tripa de Akiko. Antes de que las puertas del ascensor se cerraran del todo, pudo oír con toda claridad:

—Es solo cuestión de tiempo. No dicen nada, pero seguro que se trata de un cáncer. Lo siento por él.

—¿Os habéis fijado en la tripa de su hija?

Cuando Akiko regresó junto a su padre, lo encontró adormilado, aunque se dio cuenta de que su cara delgada había experimentado un cambio. «Ha engordado», pensó. Cuando el médico hizo su ronda poco después, aprovechó para preguntarle y en su mirada huidiza no percibió nada bueno. Comprendió entonces que no había engordado. Eran los primeros síntomas de una hinchazón.

Cayó la noche. Akiko obligó a los miembros de la Asociación a marcharse a casa y al fin se quedó sola. Se sentó en una silla junto a la ventana y abrió un poco para que entrase la brisa de la

noche de verano. Bajo sus ojos centelleaban infinidad de neones. Le llamó especialmente la atención uno de una marca de refrescos que representaba una cruz esvástica inversa de un rojo flamígero, la cual, con sus destellos, impedía a los ojos descansar. La imagen imprimía al cielo nocturno una inquietud muy humana y, obviamente, estaba diseñada para estimular el sistema nervioso de quien la mirase.

En ese momento, notó un ligero movimiento en su tripa. Desde la primera vez que lo notó el mes anterior había tenido tiempo de acostumbrarse y se había convertido en algo familiar. Los movimientos tenían el efecto de calmar la pesadez de la tripa, sentía como si un pequeño relámpago le recorriese el cuerpo procurándole una sensación de frescura. Después, de nuevo la calma. Esperaba. Se concentraba. Sus emociones se dirigían hacia la oscuridad que habitaba en su interior sin que nada se lo impidiese.

Pensaba que su padre estaba dormido, pero en realidad estaba despierto.

—Lo siento. No deberías estar aquí en tu estado. No te canses demasiado. En cuanto me recupere te compraré lo que quieras. Solo me pregunto cuándo será eso. Después de la operación el dolor disminuye día a día. Supongo que a partir de ahora será más fácil. Haremos algo en cuanto me recupere. Últimamente he estado muy ocupado, lo siento. Podríamos ir de viaje o a ver alguna obra de teatro.

Disculparse tres veces seguidas en el intervalo de esa breve conversación enfadó mucho a Akiko. Le preocupaba su debilidad, su ciega esperanza típica de los humanos. Hacía bien poco, su espíritu recorría los cielos y ahora había quedado atrapado en la trampa del cuerpo, encerrado en una oscuridad que no iba más allá de sus límites físicos.

El dolor le impedía dormir por la noche. Más que la cicatriz le dolía la espalda y el pecho.

—Siento pedírtelo, pero podrías frotarme un poco la espalda —dijo en un tono casi inaudible, servil.

Akiko vio en su forma de expresarse un colapso más espiritual que físico.

«Se ha convertido en un enfermo como cualquier otro», pensó.

Acercó la silla junto a la cama, metió la mano bajo las sábanas y la apoyó en la espalda de su padre, que había logrado darse media vuelta a duras penas. Era una mano blanca y delicada como una nebulosa de estrellas en el oscuro firmamento. Sin embargo, lo que tocó no fue un pedazo del frío universo, sino una espalda humana, nervuda, caliente y que desprendía un olor. Tocó hasta donde creyó notar el límite de la repugnancia y allí se detuvo. Sabía sin necesidad de llegar más allá qué había al otro lado: un cáncer, un espíritu humano aferrado a duras penas a la esperanza. Unas cuantas nueces rodeadas de hojas secas...

Mientras frotaba la espalda con suavidad, aprovechó que él no podía verla para preguntarle algo que le rondaba desde hacía mucho tiempo, una pregunta que no sería capaz de volver a hacerle si dejaba escapar la oportunidad.

—Papá, a tu regreso de Kanazawa me dijiste que Takemiya era de Venus y que había regresado sin mí.

—Sí, eso te dije.

Agitó apenas la espalda como si fuera un conejo escuálido.

—¿Es verdad?

Cuanto más lentamente movía su mano por la espalda de su padre, más abrumado se sentía él por todo lo que implicaba su pregunta, por las emociones que acumulaba ella desde hacía tanto

tiempo. En su estado, todo eso representaba un considerable peso extra. Siempre había sido sensible a la estructura de las emociones de los demás, siempre le había gustado observar desde un lugar elevado, pero en ese momento todas esas emociones solo eran para él una máquina tan delicada como inútil y respondió sin pensar.

—Es verdad. Yo no te miento.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

La voz de Akiko adquirió de pronto un tono agudo.

—¡Deja de tratarme ya con tantas consideraciones! No puedes imaginar lo que he sufrido por culpa de eso. Me he esforzado por convencerme de que decías la verdad, claro que sí, porque en ese caso todo sería un sueño, podría perdonar cualquier cosa por muy irracional que fuese, e incluso mi embarazo sería una inmaculada concepción. ¿Quién podría negarlo? Todo eso me hizo tomar la decisión de seguir mi propio sueño, de declarar que este bebé que llevo dentro es el fruto de una inmaculada concepción. Es el único camino para dar realidad al bebé que llevo dentro.

»No conocías los hechos, pero aceptaste mi decisión e incluso te tomaste la molestia de viajar a Kanazawa para encontrar evidencias de lo que yo te decía. Pero si la razón de que fueses hasta allí no hubiera sido que creíamos en el mismo sueño, que compartíamos la misma forma de entender el mundo, sino solo para compadecerte de mí, en ese caso no lo habría permitido. Habría sido una auténtica traición, mucho peor que decirme la verdad.

»Yo estaba decidida a darle una realidad a esta criatura. Si de verdad disfruté de un romance con otro ser venido también de Venus, todo habría sido un sueño y este bebé se habría convertido en una existencia tejida de esos mismos sueños e ideales. En ese momento tendría que haber nacido una criatura de absoluta pureza, totalmente independiente de su padre y de su madre. Esa es la definición de los originarios de Venus y de ese acto generativo es de donde debería nacer su pureza.

»Pero desde que empecé a preguntarme si tus palabras no estarían guiadas por la compasión, en mi corazón nació una oscura sospecha, aunque día tras día me esforcé por esconderla. Eso se convirtió en la fuente de un intenso dolor, día y noche, en la semilla de una preocupación sin fin. De ser mentira, se trataría tan solo de un incidente real, vulgar, y mi sueño no iría más allá del bebé que llevo dentro de mí. Una vez nacido, perdería su realidad para convertirse en la crisálida de un sueño de su madre abandonado para siempre y con toda la carga del destino de los humanos sobre sus espaldas. Me refiero al destino de un hijo extraterrestre ilegítimo. Es decir, otro sueño mancillado y echado a perder.

»Cada día que pasaba, mi corazón se debatía entre la alternativa buena o la mala y fue entonces cuando empecé a notar sus movimientos. Me di cuenta de que el día de traerlo al mundo se acercaba y mi resistencia empezó a debilitarse poco a poco. Por eso he decidido preguntártelo a pesar de tu enfermedad. Si me has mentido, dímelo. Tal vez entonces nazca en mi interior una fuerza distinta.

Jūichirō, conmovido, se volvió hacia su hija y agarró su mano con fuerza.

—Ahora te entiendo, Akiko. Has sufrido mucho. Perdóname, te lo ruego.

—Es decir, me mentiste. Takemiya solo es un hombre más que profanó mi cuerpo sin que yo me diera cuenta.

Su padre resistía como podía un dolor sordo en la espalda y en el pecho y vaciló mucho rato antes de contestar.

—Te hablaré con franqueza. Yo tampoco estoy seguro de si era verdad o mentira. Fui a Kanazawa, lo busqué por todas partes y no lo encontré. Nada más. Ese chico era un mentiroso, de eso no cabe duda, pero aún no puedo afirmar con rotundidad si era terrestre o de Venus.

—¿Insistes con eso? ¿Sigues con tus consideraciones hacia mí?

La voz de Akiko se había transformado en un látigo.

—¡No soporto esa forma ambigua de hablar de los terrestres! —gritó—. El cielo me ha castigado con una mentira por duplicado y he pasado meses de sufrimiento tratando de desenredar todo este asunto. Al final, lo único que dices es lo mismo que diría un padre terrestre: «Hija, aguanta. Es el destino».

»La persona a la que yo amaba más que nadie me disparó una flecha de engaño. Si mi padre hace lo mismo, no sé cómo voy a protegerme. Tal vez le hayas ayudado a él con sus mentiras, pero eso no ha hecho ningún bien a mis sueños. Te has equivocado al intentar tapar sus mentiras con más mentiras, al pensar la forma de consolar mis sueños. Deberías haberme dicho la verdad. Deberías haberme dado la opción de elegir, de desafiar a la verdad y creer en mis sueños o renunciar.

»Los extraterrestres no somos criaturas débiles, tan temerosos de la verdad que necesitamos de una máscara interpuesta para poder mirarla. No somos como los humanos. La verdad es, precisamente, lo que alimenta nuestros sueños. ¿Acaso me equivoco? Nuestros sueños, de hecho, se oponen a la mentira. ¿O no? Vivir en una mentira reconfortante, aunque solo sea unos instantes, equivale a carcomer los propios sueños. El resultado es terrorífico. “Acabaremos por convertirnos en humanos”.

—Tienes razón. Te comprendo. Nunca he tenido la intención de reducir a mi querida hija de Venus al nivel de los humanos. Pero deberías pensarlo con calma. Disfrutar de la felicidad con los ojos tapados es lamentable, pero esta cuestión de la que hablamos respecto a la verdad y la mentira tiene un carácter más sutil. Nosotros, por ejemplo, escondemos nuestra condición de extraterrestres porque debemos mantener la verdad de nuestro lado y mostrar una máscara ante los humanos. Ellos son diferentes. Tienen la tendencia de enmascarar sus mentiras con la verdad.

»¿Entiendes lo que quiero decir, Akiko? De nuestro lado solo existe la verdad. Por mucho que profundices solo vas a encontrar eso. Por muy mentiroso que sea ese Takemiya, tú eres como un cedazo donde solo queda oro cuando todo lo demás se ha ido.

»Yo creo de verdad en ese cedazo y para que no se trabara te dije una mentira a medias, un poco masticada por mí para no presentarte algo demasiado tosco. A pesar del consuelo, lo que he pretendido ha sido transmitirte algunas mentiras porque sabía que serías capaz de filtrarlas y encontrar la verdad oculta tras ellas.

—No sé si las cosas funcionan así. Por mucho que se trate de un extraterrestre, ese mecanismo de filtración se puede averiar, ¿o no?

La ira volvía a ser visible en los ojos de Akiko por culpa del modo de razonar de su padre.

—No. Nunca se estropea.

—En tal caso, ¿qué ocurre con ese sistema si solo echas verdades?

—Nada. Un ligero temblor momentáneo, nada más.

—Es decir, tenías miedo de que me echase a temblar, ¿verdad?

—Sí.

—En ese caso, prueba en mí ese cedazo, arroja en él toda la verdad. Ten coraje.

Su padre dudaba, pero la mirada inquisitiva de su hija lo acorraló y hundió en la tristeza.

—Hija, me has vencido. La verdad es que ese hombre es solo un seductor, un mujeriego. Se aprovechó de tu embelesamiento, te dejó embarazada y desapareció.

Akiko cerró los ojos con tanta fuerza que casi parecían a punto de hundirse. Jūichirō estaba aterrorizado, temía el momento en que volviera a abrirlos, pero cuando lo hizo en sus labios lucía una tenue sonrisa como la luz del alba y pensó que en apenas un segundo había sido capaz de superar algo.

—He tenido una sensación extraña, como un temblor, en efecto, pero ya estoy bien. Creo que siempre lo he sabido. Estoy segura. El único papel de esa persona fue el de servir como catalizador. Necesitaba la ayuda de un ser terrestre para traer al mundo un hijo de Venus. Él solo fue como una de esas brisas vagabundas en jardines floridos inundados con el somnoliento zumbido de las abejas. Pero ya basta. Es suficiente... A partir de ahora ni siquiera tendré la necesidad de volver a pensar en él nunca más.

—Me alegro mucho.

—Es un juego interesante este del cedazo de la verdad. Ahora es mi turno de probar si ese mecanismo de filtración funciona en tu caso. Debo comprobarlo, ver si es capaz de masticar cualquier clase de mentira para transformarla en verdad... ¿Qué te parece? ¿Confías lo suficiente en ti mismo?

—Sí, tengo confianza.

—¿De verdad?

—De verdad.

Jūichirō se olvidó del dolor durante un rato y se sintió aliviado por el inesperado desparpajo de su hija. Quería participar en ese juego divertido que le proponía. Ella, con la misma velocidad de un destello desprendido de un bisturí, dijo:

—Todo eso que te han dicho sobre una úlcera gástrica es mentira. Es un cáncer de estómago incurable.

Vio entonces un espasmo de miedo cruzando el rostro amarillento de su padre, que perdió todo rastro de sangre. Su boca balbuceó sin llegar a pronunciar una sola palabra. Tenía los ojos muy abiertos, se movían desesperados como si buscaran el soporte que acababan de arrebatarle. Se quedó inmóvil, hundió la cabeza en las profundidades de la almohada.

Verle en ese estado desarmó de golpe la resistencia de Akiko y en sus ojos brotaron unas lágrimas que había logrado mantener a raya hasta ese momento. Apoyó la cabeza en la almohada junto a la de su padre y sin dejar de sollozar dijo:

—¡Lo siento, lo siento, papá! No quiero que te conviertas en un humano.

Jūichirō no contestó. Sus ojos seguían muy abiertos, la sombra inesperada del miedo impresa en ellos.

«Mi padre conserva todavía esa capacidad de transformar en alimento cualquier realidad por terrible que sea —pensó Akiko—, la capacidad de crear sueños a partir de ese alimento. ¿Serán sus dientes lo suficientemente fuertes para masticar ese alimento? No lo sé. Tal vez me he equivocado al confiar tanto en él, al confesarle la verdad».

Pensar de ese modo le provocó de nuevo una insuperable tristeza y un miedo aterrador.

Jūichirō no volvió a decir una palabra. Akiko se hacía cargo, pero el sentimiento de culpa le abrumada y no se atrevió a hablarle. Se pasó la noche en vela a su lado sin quitarle la vista de encima. Él se adormilaba de tanto en cuanto para despertarse enseguida entre gemidos, sobresaltado. Miraba hacia los rincones más oscuros de la habitación como si buscara algo. Akiko le limpiaba el sudor de la frente, pero ya ni siquiera se quejaba.

Al mediodía del día siguiente, Iyoko sustituyó a su hija para hacerse cargo del enfermo. Le sorprendió el hecho de que su marido se negara a ver a nadie a partir de ese momento, a pesar de su buena predisposición a recibir visitas aun cuando los médicos se lo habían prohibido. No quería volver a escuchar ninguna de esas palabras huecas de consuelo de los humanos.

Despidieron a los miembros de la Asociación que se habían ofrecido a ayudar y, al fin, Iyoko estuvo a solas con su marido por la tarde de aquel día nublado. La enfermera le llevó la cena, pero él ni siquiera la tocó.

—Deberías comer un poco —insistió ella—. Si no te alimentas tardarás en recuperarte.

—¿Recuperarme? ¿Tú también me consuelas? —dijo él con un gesto de desprecio en sus ojos oscuros.

Iyoko no entendía en absoluto la razón de esa repentina aspereza.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido de repente?

—Ayer supe la verdad.

—¿La verdad?

—No te hagas la tonta.

Por consideración a su hija se lo contó sin ofrecer detalles sobre la verdad de lo ocurrido.

—Como Kazuo y Akiko actuaban de un modo tan extraño les obligué a decirme la verdad. Sé que tengo un cáncer de estómago, que me queda poco tiempo. No hay ninguna necesidad de continuar con este teatro durante más tiempo.

No descartaba del todo, sin embargo, la posibilidad de aferrarse hasta el final a la versión de Iyoko. Si ella lo negaba, si negaba la gravedad de su padecimiento, él la acusaría de falsedad, de consolarle con las mismas palabras estériles de los humanos. Pero si insistía, si la golpeaba con preguntas insidiosas y ella se mantenía en sus trece sin dejar de asegurar que no sabía nada, entonces un débil rayo de esperanza lo iluminaría.

Si lo sabía, se había fingido ignorante desde el principio. Pero lo cierto era que esa madre originaria de Júpiter no había recibido ninguna información por parte de sus hijos. De hecho, escuchaba la noticia por primera vez de boca de su marido.

De toda la familia, era Iyoko quien tenía una sensibilidad más equilibrada y por eso no dudó en ningún momento de las palabras de su marido. Estuvo a punto de derrumbarse a causa del dolor, de la tristeza, pero también había un rastro de vanidad en su sufrimiento. El hecho de que ella, quien de verdad mantenía la casa en funcionamiento, no participase de un secreto conocido por todos los demás hirió profundamente su orgullo.

Esa familia de extraterrestres, pensó, se había unido para compartir un secreto del que ella había quedado excluida. Podía tratarse de un secreto típicamente humano, pero seguro que lo habían descubierto gracias a su intuición sobrehumana. En lo más profundo de su corazón habitaba la eterna angustia de que su excepcional marido e hijos la menospreciaran por su sensibilidad tan prosaica, por esa testarudez suya tan pasada de moda. Odiaba la sensación de sentirse al margen y en ese momento crucial echó mano de su vanidad y fingió con todas sus

fuerzas ser partícipe del secreto.

Se dejó caer sobre el borde la cama sin dejar de sollozar.

—Lo siento... Lo sabía, lo sabía, pero no he podido decírtelo.

Al escuchar sus palabras, los ojos de Jūichirō se extraviaron, se vaciaron como un pozo seco. Poco después le pidió que se marchara a casa. No le hacía falta la compañía de nadie esa noche. Quería estar solo para pensar. Ella se opuso con todas sus fuerzas, pero él no la escuchó. Fue su primera noche a solas en el hospital desde que lo ingresaron.

*

Jūichirō tomó verdadera conciencia de lo aterrador que resultaba pasar una noche solo en el hospital. De vez en cuando se oía el ruido de la cisterna del baño de la habitación de al lado, la siniestra y solitaria evacuación de un paciente. Alrededor de las nueve de la noche se produjo una conmoción en una habitación un poco más allá de la suya, al otro lado del pasillo, sollozos, pasos apremiantes. Pero incluso ese pequeño tumulto terminó por convertirse en un silencio forzado. Notó cómo la muerte había encendido la luz en ese cuarto, de un modo mecánico, como la luz roja de una señal de advertencia.

Pensó en lo mucho que amaba al mundo, la vida que había llevado en ese planeta, pero sus pensamientos no se sustentaron en nada, porque la realidad era que apenas había vivido. Cómo se arrepentía. El hecho de vivir lo había dejado por entero en manos de los humanos.

Y, sin embargo, era incapaz de comprender por qué el deterioro y la extinción de un cuerpo puramente transitorio le pesaba tanto, por qué le provocaba semejantes sufrimientos, ese ánimo tan sombrío, un miedo atroz. A los humanos solo les preocupaba lo incomprensible de la muerte, pero lo que a él de verdad le sorprendía era el miedo que causaba, la influencia definitiva que ejercía sobre todas las cosas.

Comparado con la ligereza de la vida humana que él no había vivido, resultaba increíble el peso de la muerte que ahora lo amenazaba. Si ese peso era el verdadero sentido de la vida humana, ¿significaba eso que al fin empezaba a vivir?

Curiosamente, las imágenes sobre la extinción de toda vida humana en el planeta tan vívidas y presentes hasta entonces estaban a punto de desvanecerse. Intentó en repetidas ocasiones dirigir su atención una vez más hacia la aniquilación, pero ahora solo se trataba de un concepto descolorido que se escurría como la arena entre sus dedos.

La humanidad al borde del precipicio parecía mostrar una notable capacidad de resistencia, burlarse de él, que esperaba solo a la muerte en la habitación de un hospital. Los seres humanos gritaban entusiasmados todos a la vez, se entregaban locamente a la copulación, a la lascivia, tomaban el camino de la vida eterna. ¿Qué había pasado? En lugar de abandonar a la humanidad en su camino hacia la extinción, era la humanidad la que le abandonaba a él en su camino hacia la muerte.

Al otro lado de la ventana contemplaba la ilusión de la humanidad, su vida, sus movimientos, su reproducción infinita. Bailaban felices en la fiesta de una vida sin objeto, saltaban llevados por arrebatos de gozo en un desorden total. Se chocaban los unos contra los otros en plena calle, se ponían de pie, proferían gritos extraños, se reían, murmuraban y lloraban, pero jamás se detenían. Cantaban obscenidades limitadas solo por su propia imaginación, inventaban melodías

preñadas de vida... Cada uno con sus propios pensamientos se convertía en una única y desenfadada canción. Las pupilas de sus ojos parpadeaban sin cesar, sus ágiles cuerpos se agitaban en la oscuridad. Sus cabellos eran la maraña de la noche. ¿De verdad era capaz de amarlos?

Recordó los incontables símbolos ideados por ellos en su búsqueda de la felicidad y de la vida eterna, en los emblemas de sus celebraciones, en lazos de hilos rojos y blancos tejidos para atraer la buena suerte, en las grullas de vuelo parsimonioso, los pinos inclinados frente al mar moldeados por la brisa, en algas amontonadas en la orilla con tortugas gigantes preparando sus nidos¹⁶ encima de ellas... Gracias a todas esas maravillas, los humanos soñaban con una victoria momentánea sobre el tiempo, con un círculo eterno de reproducción. La iracunda muerte no dejaba de observar desde el horizonte en alta mar, de levantar los pesados párpados de sus ojos, pero la orilla luminosa sembrada de símbolos de prosperidad siempre había sido y siempre sería el territorio de los humanos.

¿Cuántas noches habían soportado antes de volver a reunirse en las orillas y cantar las mismas canciones? Imposible de decir. Jūichirō miraba su mano consumida por la enfermedad y soñaba con la efímera y gloriosa carne de esa vibrante humanidad. Unos ligeros arañazos bastaban para hacerles sangrar en abundancia, pero esa misma carne herida era también un espejo donde se reflejaba el sol. Los humanos estaban predestinados a no separarse nunca ni un solo milímetro de esa carne. Al mismo tiempo habían convertido las frágiles conchas de sus cuerpos en una orilla inestable que separaba el vasto océano del espacio cósmico de un continente interior igualmente extenso. La fuerza brotaba de sus cuerpos para repeler, en la medida de lo posible, el avance del mar y la propia piel contribuía al esfuerzo. Era lógico, por tanto, que la carne joven fuese el orgullo de los humanos, porque constituía su orilla más luminosa y repleta de buenos augurios.

El hecho de que lo abandonasen a su suerte mientras ellos continuaban con su vida contradecía sus previsiones, pero, sin duda, era algo que demostraba la victoria sobre el maléfico plan de esos tres siniestros extraterrestres llegados del planeta invisible en la órbita de la estrella Cisne 61. De su corazón brotó la idea del sacrificio. La voluntad del universo había prometido la salvación de la humanidad a cambio del sacrificio de un individuo llegado de Marte, Jūichirō, un plan que se había mantenido oculto hasta entonces.

Miró atemorizado en la dirección por donde podría llegar esa voluntad que le enviaba el universo, un lugar mucho más allá del techo blanco y frío de esa habitación de hospital que apestaba a desinfectante, hacia el abismo donde la oscuridad era la luz y la luz la oscuridad.

La cortina de la habitación estaba cerrada. A través del tabique le llegaban los murmullos de enfermos incapaces de conciliar el sueño, el funesto timbrado ocasional de un teléfono lejano, el deslizarse de pasos a hurtadillas en el pasillo y, de nuevo, el rugir de una cisterna. Era de noche avanzada en el hospital, pero Jūichirō clavaba sus ojos en el techo blanco e inmóvil sobre su cabeza. Los bajos almidonados del uniforme de las enfermeras del turno de noche rozaban las flores de los ramos de las visitas que se sacaban al pasillo antes de la hora de dormir. El sonido de cada una de esas caricias confirmaba la languidez y la melancolía que se habían apoderado de él.

Si la voluntad suprema del universo podía atravesar ese insignificante techo sobre su cabeza para revelar el sentido oculto de su misión en la Tierra, él, por su parte, estaba en disposición de abrazar su fin con confianza. Después de todo, su ineludible sacrificio en pos de la salvación

de la humanidad transformaría su desaparición en algo que trascendía la de un ser humano cualquiera. El peso de su muerte igualaría el peso de la vida de los miles de millones de habitantes de la Tierra. Un pequeño fragmento de esa voluntad bastaría para librarle del miedo, del sufrimiento sin sentido...

A pesar de sus muchos intentos, su método para comunicarse con el universo había fracasado y no había producido resultados satisfactorios. Eso le hacía dudar de si estaría en condiciones de esperar algo de esa voluntad universal oculta. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? De tanto mirar al techo sus ojos terminaron por hincharse y se enrojecieron. También tenía la cara hinchada. Le dolía el cuerpo, el sudor rezumaba como si se le clavasen agujas heladas. Gemía de un modo que ni él mismo reconocía.

En el techo blanco no vio nada y tampoco escuchó nada. La materia respetaba las leyes de la materia y el tiempo del planeta se mantenía dentro de las leyes del tiempo. La pared estaba sólidamente unida al techo y la estructura del edificio recién construido ni se movía ni crujía. El techo seguía siendo un techo y el enfermo diagnosticado de cáncer que había debajo seguía siendo el mismo.

Esperó. A su mente volvieron los recuerdos de la infancia, de su juventud solitaria, de la alegría que lo embargó la primera vez que vio un platillo volante, de la visita de los tres de Sendai. Parecía como si escribiera la biografía de toda una generación teñida con el color monótono de su vida, pero decorada aquí y allá con pan de oro, lirios y rosas. Creía haber visto algo sagrado en la estupidez, en la derrota, en la miseria y en el sufrimiento. Los humanos se inclinaban hacia esos padecimientos, pero tenía la vaga impresión, como le había señalado Akiko, de que la brisa falsa de la existencia humana era lo que favorecía el brotar espontáneo de algo sagrado.

Esperó. Las cortinas de la ventana empezaron a transparentarse. No se oía nada. Era la primera vez que el hospital estaba tan silencioso desde que lo ingresaron. La noche se desvaneció poco a poco.

De pronto, sintió como si el techo blanco sobre su cabeza se abriera a izquierda y derecha. Le invadió una gran alegría y le pareció enfrentarse a algo real y perfectamente lógico. La voz sonó alta y clara. Comprendió a la perfección todo lo que dijo sin perderse un solo detalle.

*

Por la mañana temprano avisaron a Kazuo de que tenía una llamada de su madre, que le avisaba de que su padre podía morir en cualquier momento. A pesar de la gravedad de la noticia, su voz sonaba tranquila. Le pidió que fuera enseguida al hospital. Sintió algo extraño. Desde la mañana del día anterior, cuando leía el periódico, Kazuo no había dejado de darle vueltas a la idea de abandonar la casa de huéspedes donde se alojaba lo antes posible para regresar a su casa en Hanno. El periódico informaba de que Katsumi Kuroki había formado un nuevo partido político, pero él no sabía nada al respecto. No solo eso. Según la noticia, el profesor asociado Haguro había sido nombrado asesor. En los últimos tiempos no tenía ánimo de acercarse por casa de Kuroki. Tampoco había contacto por su parte. No quería ver la cara moribunda de su padre ni retomar las clases en la universidad y había terminado por encerrarse en la casa de huéspedes sin hacer absolutamente nada. El periódico, al menos, le ayudó a comprender sin ningún género de

duda que Kuroki lo había abandonado a su suerte.

Llegó al hospital. Su madre y su hermana ya estaban allí. Su padre estaba medio incorporado en la cama y sus ojos chispeaban alegres. Nada más verle, Kazuo supo enseguida cuáles eran sus intenciones. Ni su madre ni su hermana añadieron nada a sus explicaciones. De nuevo volvían a convertirse en una familia unida formada por cuatro miembros cada cual procedente de un planeta distinto.

Su padre expuso el plan con una notable energía. Era domingo y, por tanto, había poco movimiento en el hospital. Su salida se fijó a las once de la noche y la reunión tenía por objeto solucionar los detalles prácticos. Kazuo debía volver a casa con su madre, preparar todo lo necesario y regresar con el viejo Volkswagen. Akiko se quedaría con él para deshacerse de visitantes indeseados, de los miembros de la Asociación que acudían a echar una mano. Los preparativos debían estar concluidos antes de las diez de la noche.

Ni Iyoko, ni Kazuo o Akiko pronunciaron una sola palabra.

Antes de las diez de la noche, la hora en la que se apagaban las luces, la familia se reunió en la habitación y confirmaron que tenían todo en sus equipajes de mano. Kazuo informó de que su madre y él habían clausurado por completo la casa de Hanno. Akiko tenía su neceser, una bolsa con una esclavina y un gorro que ella misma había tejido para el bebé. Iyoko llevaba todos sus anillos engastados con piedras preciosas, pero ninguno entendió por qué había cogido también la cartilla del banco y el certificado de depósito a plazo fijo. Había preparado sándwiches para todos y los había metido en un bolso con un termo. No se había olvidado de guardar también una linterna.

En cuanto la enfermera terminó su ronda y se cercioró de que todas las luces estaban apagadas, ayudaron a Jūichirō a ponerse el traje cuidándose de no hacer ruido. Como había adelgazado mucho parecía un traje prestado. A medianoche, el ascensor funcionaba en modo automático, sin ascensorista, pero para subir a él debían pasar justo delante de la sala donde estaban las enfermeras del turno de noche, así que no les quedaba más remedio que bajar por la escalera de emergencia mal iluminada.

Faltaban diez minutos para los once de la noche. Después de asegurarse de que el camino estaba despejado, ayudaron a Jūichirō a salir de la habitación sin mayor contratiempo.

Le resultó muy duro bajar las escaleras, pero si su hijo cargaba con él a la espalda y alguien los veía de esa guisa tendrían un problema. No le quedó más remedio que bajar despacio los peldaños con la ayuda que le ofrecían. Estuvo a punto de derrumbarse en varias ocasiones, se veía obligado a parar hasta que se le pasaba el dolor o el mareo y después continuaba.

Al guardia de seguridad de la puerta del hospital solo parecían preocuparle los ladrones, por lo que cuando vio salir de allí a aquella familia elegante se limitó a echar un vistazo sin mayor interés. Desde la puerta hasta el aparcamiento, Jūichirō hubo de hacer acopio de toda su energía para caminar como si fuera una visita más en perfecto estado de salud.

Kazuo se puso al volante. Akiko se sentó a su lado. Jūichirō se tumbó sobre el regazo de su mujer en el asiento de atrás.

—Vamos, date prisa. Ya conoces nuestro destino.

Aliviado por su fuga exitosa del hospital, Jūichirō solo logró sacar un hilo de voz de su cuerpo antes de cerrar los ojos.

El coche se sumergió poco después entre el gentío de la estación de Shibuya.

—Fíjate lo tarde que es y la cantidad de gente —se sorprendió Iyoko cándidamente.

Era la primera vez que estaba allí a medianoche.

Jūichirō levantó ligeramente la cabeza con su ayuda y entreabrió los ojos para contemplar el mar de neones cuyos reflejos se le antojaban una ilusión.

—Mirad —dijo—. Mirad bien todo esto. Es la última vez que vemos la ciudad de los humanos.

—Pero, papá —dijo Kazuo incapaz de sortear la masa humana que ya había renunciado a dominar—. ¿Qué va a ser de toda esta gente cuando desaparezcamos?

En el asiento de atrás bañado por las temblorosas luces de la ciudad, Iyoko vio por primera vez una sonrisa en los labios de su marido.

—Se las arreglarán de algún modo —dijo en un tono tan audaz como desenfadado, algo muy poco habitual en él.

Akiko estaba maravillada por la belleza de las calles al otro lado de la ventanilla. Saber que se marchaban para no volver nunca más lo impregnaba todo con un manto de indulgencia. El movimiento perpetuo se detenía de pronto como si se transformase en un cuadro de cristal. La vulgaridad desapareció de la vista y la ruidosa ciudad de los humanos en esa medianoche a principios de verano centelleaba inmaculada como si se tratase de la Tierra Pura de Buda.

—¿Por qué no habrán elegido un lugar más cercano? —protestó Kazuo mientras aceleraba por una calle oscura del distrito de Setagaya—. Debe ser muy duro para ti, papá.

—No te preocupes. Es el lugar más próximo y seguro. Me han dicho que era imposible en el centro de Tokio. No hay un solo lugar discreto donde pasar inadvertidos. Si tengo que aguantar un poco, no importa. Una vez allí terminará todo este padecimiento.

No había muchos coches que se dirigieran a las afueras de Tokio un domingo por la noche, lo cual les permitía avanzar sin contratiempos. Nada más cruzar el puente de Izumitamagawa, entraron en la prefectura de Kanagawa y poco después cruzaron la vía desierta de la línea de tren de Nanbu. Giraron a la izquierda nada más pasar la torre de vigilancia contra incendios en forma de faro próxima a la estación de Noborito. Estaban ya muy cerca de Higashi-Ikuta, su destino final. El coche volvió a girar a la izquierda una vez más para detenerse poco después en la plaza que había en la parte trasera de la estación de Higashi-Ikuta, que parecía una sencilla casa de campo. El interior quedaba iluminado por las luces de los andenes desiertos. En los alrededores había infinidad de parcelas vacías cubiertas de malas hierbas.

—Sí, aparca ahí —dijo Jūichirō—. A partir de ahora caminaremos. Tenemos que cruzar el paso a nivel en dirección a la colina.

—¿Se tarda mucho?

—No lo puedo saber hasta que no vayamos.

—Kazuo, ayuda a tu padre. Lo único que puedo hacer yo es empujarle por la espalda. Akiko, tú cuida de ti misma en tu estado. No podemos ayudarte así que no te caigas.

—Está bien —respondió dócilmente mientras bajaba del coche.

Ayudaron a Jūichirō a salir del coche y miró a todos a la cara en la oscuridad.

—Volvemos a estar todos juntos. Hemos unido nuestras fuerzas. Nunca me he sentido tan feliz como en este momento... Sin embargo, lo que distingue a nuestra familia es que cuanto más

unidos estamos más cerca nos encontramos de la despedida. Somos una familia circunstancial unida solo hasta que cada cual regrese a su lugar de origen. Hasta entonces debemos mantener nuestros lazos de unión firmes, no discutir. Así pondremos el broche de oro a todo esto.

Jūichirō se agarró al hombro de su hijo. Se había convertido en un joven recio y gracias a él y a su mujer pudo caminar. Cruzaron las vías en dirección sur donde se extendían algunos arrozales tras los cuales se encontraba el monte. Cerca de sus faldas discurría una acequia de donde llegaba el rumor del agua. Al otro lado de un pequeño puente de hormigón alumbraba una solitaria farola. Jūichirō caminó hasta allí sin demasiada dificultad casi por sus propios medios, pero en cuanto el camino volvía a la izquierda se estrechaba para sumergirse en la oscuridad bajo las ramas de los castaños y de los arces. A partir de ese punto, la única luz con la que contaban era la linterna de Kazuo.

—Es por aquí —dijo Jūichirō entre jadeos—. Es tal cual me indicaron.

El oscuro sendero parecía más bien un túnel tapizado de hojas caídas e inundado por el aroma de las nuevas. El suelo era resbaladizo y hubieron de avanzar con cuidado.

Subieron una primera cuesta hasta un claro donde había una casa sin una sola luz sumergida por completo en el sueño. Sobre sus cabezas se abría un cielo estrellado bajo el cual unos campos sembrados de trigo se mecían con la brisa. No era un cielo tan límpido como el de Hanno, pero Escorpio y Libra eran perfectamente visibles en dirección sur, la misma donde se dirigían ellos. El cielo estrellado les hizo revivir. Avanzaron entre los campos de trigo maduro y a sus espaldas oyeron el ladrido de un perro en la casa que acababan de dejar atrás. Sin embargo, no había rastro humano.

—¡Hacia el sur! ¡Tan lejos como podamos! —gritó Jūichirō.

Más allá, la silueta de otro monte más alto parecía cortar el camino.

El esfuerzo de hablar le arrebató la energía y sus pasos se ralentizaron. Ya no era suficiente el hombro de su hijo para permitirle continuar. Se acuclilló y estuvo mucho tiempo con la cabeza agachada.

—Ya falta poco, papá. ¡Ánimo!

Kazuo se esforzaba por insuflarle fuerzas, cargó prácticamente con todo su peso para evitarle tropiezos y avanzó despacio. A Akiko le dolía el pecho por el esfuerzo de la subida, pero sujetó todas sus cosas en una mano y dejó que su padre se apoyara en su hombro.

Avanzaban muy despacio. Llegaron hasta un campo sembrado de berenjenas y pepinos. Comprendieron que aún faltaba un buen trecho hasta alcanzar la cumbre. Mientras empujaba a su marido por la espalda, Iyoko tropezó varias veces por culpa de las irregularidades del suelo. De todos modos, ya no le importaba mancharse el quimono.

Jūichirō casi perdió la conciencia de caminar, del destino al que se dirigían. Había sobrepasado el límite del sufrimiento, oía la cadencia de sus jadeos, los golpes de su pulso agitado. Le bastaba con llegar. Tan solo debía superar la resistencia del tiempo y del espacio. Notaba sobre su cabeza la bendición del cielo estrellado, una bendición mineral, fresca, inarticulada, nacida de la luz; sentía la comunicación, la correspondencia, el silencio. Una dicha nacida del orden y de la locura. El espacio se abría magnánimamente para liberarle de esa caja angosta, caliente y enfermiza que le encerraba. Pensaba como si estuviera soñando. Por mucho que no lograra llegar con ese cuerpo humano que había ocupado temporalmente, ¿por qué no iba a lograrlo su espíritu? La frontera entre lo posible y lo imposible se había desdibujado. Las

firmes barreras que separaban el acto de caminar y el de volar, el hecho de imaginar y la pura realidad, podían quebrarse ahora con el simple empujón de un dedo.

Alcanzaron al fin la cumbre. Jūichirō se desplomó sobre la pendiente cubierta de hierbas. Se incorporó como pudo con la ayuda de su hijo. Estaba empapado por el rocío de la noche y supo entonces que había alcanzado el trigal que se extendía allí arriba. En la distancia se veía una cima más cubierta de árboles, como una isla en mitad de un lago.

—¡Ahí están, ahí están! —gritó Akiko—. ¡Papá, han venido!

Un platillo volante de color gris plateado había posado parte del fuselaje en la cima de la colina arbolada para ocultarse. Los cuatro vieron la parte baja de la nave cambiar de un tono verde a uno naranja llamativo, como si respirase.

16. Hace referencia a imágenes que en la tradición japonesa representan una vida larga, la fortuna y las relaciones armoniosas, como las grullas o las tortugas.

Título original: *Utsukushii hoshi*

Edición en formato digital: 2024

Copyright © 1962 The Heirs of Yukio Mishima

All rights reserved

© de la traducción: Fernando Cordobés y Yoko Ogihara, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-571-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.